

*La favorita
del Inca*



COLETTE DAVENAT

se

En pleno ocaso del Imperio Inca, cuando la llegada de los conquistadores españoles ha alterado profundamente los ritos, tradiciones y costumbres de una cultura milenaria, una mujer cuenta la historia de su vida. Azarpay, favorita de los tres últimos emperadores indígenas y también esposa de un conquistador muerto repentinamente, relata su vida al jesuita Juan de Mendoza, enviado desde España para investigar las causas del deceso.

Así pues, el lector irá descubriendo no sólo los sucesos, combates e intrigas de poder que conforman la historia de un pueblo, sino también los detalles hasta entonces desconocidos de la vida cotidiana de los incas. E, igual que el sacerdote, quedará fascinado por el hechizo de una mujer bella, valiente y ambiciosa que lucha por la supervivencia de su cultura. Colette Davenat ha tenido el acierto de reconstruir la historia desde el punto de vista indígena, acercándonos al mundo de los incas del siglo XVI como pocas novelas lo habían logrado hasta ahora.



Colette Davenat

La favorita del Inca

ePub r1.1

RoqueNublo 13.02.18

Título original: *La Femme Choisie*

Colette Davenat, 1995

Traducción: Clara Jiménez

Diseño de cubierta: Bert Hülpmusch, «Mama Ocllo, esposa del primer Inca», anónimo, siglo XVIII

Editor digital: RoqueNublo

ePub base r1.2



Prólogo

Pensó que tenía la piel muy clara para ser india. ¿Su edad? Cualquiera que fuese no tenía importancia. La estructura del rostro fascinaba... ¡Los hombres debían de haberse vuelto locos tratando de conmovier aquellos ojos alargados, de provocar a aquella boca! Maquinalmente, en el espíritu de Juan de Mendoza surgieron reflexiones de otro tiempo, aquel en el que andaba consumiendo su juventud, un tiempo que había creído enterrado bajo el arrepentimiento, los rezos y las mortificaciones, y que surgía de pronto, con sus encantos venenosos, restituido por la india.

El odio aturdió al jesuita. El odio, la repulsión que suscitaba en él toda evocación de la mujer, que tal vez no era más que miedo de sí mismo y de sus debilidades de hombre. Se enderezó. Lo habían enviado ante ella para establecer su culpabilidad y para confundirla, y, en todo juicio, la cabeza debía permanecer fría.

—¿Doña Inés? —dijo—. Soy el padre Juan de Mendoza. Os ruego que excuséis esta intrusión en vuestra morada. Una morada muy agradable, por cierto.

—Un antiguo palacio, como todas las casas y conventos que bordean la calle San Agustín. Después del gran incendio de Cuzco, vuestros compatriotas conservaron los muros de granito, a modo de cimientos, y construyeron encima estas fachadas revocadas con yeso en tonos delicados, más de su gusto que nuestra maciza arquitectura. ¿Habéis notado en el patio el perfume del jazmín y los claveles? Las plantas vinieron de España. Cuando Su Excelencia el virrey me hace el honor de cenar a mi mesa, dice que tiene la impresión de estar en Sevilla... Pero tomad asiento, padre. ¿En qué puedo servirlos?

—Habláis espléndidamente nuestra lengua, señora.

Ella sonrió.

—Os habrán dicho que mi difunto esposo era español.

Se lo habían dicho. Y le habían dicho mucho más.

El retrato que había trazado el padre general apestaba a infierno: «Destinada al vicio desde la infancia, según las bestiales costumbres del antiguo Imperio inca; figura casi legendaria de la rebelión indígena durante la Conquista; luego, convertida, casada con un capitán español, íntima de los Pizarro, y, poco después, viuda... ésa es la mujer. Un recorrido ambiguo que corrobora las acusaciones dirigidas contra ella, a saber: favorecer en toda Cuzco la acción de los idólatras e incitar al sacrificio humano, a los maleficios y a otras prácticas de hechicería que continúan proliferando a pesar de nuestros esfuerzos.

»La tarea de desenmascarar estos actos no puede ser confiada más que a un religioso ajeno a los asuntos del Perú. Las autoridades reales y eclesiásticas de este país creen ciegamente en esta mujer. El oro empaña la vista, suaviza las conciencias y altera las memorias. Su pasado se borra ante el maná que ella distribuye... Hábil, perversa y demoníaca son los calificativos que se repiten más a menudo en las denuncias que conserva el Santo Padre, cuyos autores han pedido conservar el anonimato hasta el final de nuestras investigaciones, pues temen por sus vidas... Pero rumores y presunciones no son evidencia de nada, ¡sobre todo cuando la inculpada goza de un innegable prestigio, tanto entre los suyos como entre los nuestros! De manera que nos hacen falta pruebas o, en su defecto, la íntima convicción de un espíritu formado, sereno e imparcial...».

—Señora —dijo Juan de Mendoza—, me han elogiado vuestra piedad y vuestra generosidad de corazón. A ellas me dirijo. Nuestro padre general, Francisco de Borja, antiguo virrey de Cataluña y pariente mío, me ha encargado una misión de particular interés, especialmente para Su Santidad el Papa. Me atrevo, por lo tanto, a esperar vuestra ayuda.

—Sin necesidad de saber más, padre, considerad esta ayuda conseguida. Abrazar vuestra fe me ha enriquecido tanto...

—Nuestra ambición, señora, es llegar a conocer mejor la población del Perú: sus costumbres, sus obligaciones y los instintos a los que obedecen. Ya hemos abierto algunos colegios. Debido a la falta de formación de nuestros compañeros, la empresa aún no ha dado el resultado esperado. De ahí la conclusión de que, antes de desbrozar y construir, es imperativo ante todo explorar el terreno en profundidad.

—¿El terreno?

—Hablaba de la población, señora.

—¡Ah! Perdonadme... Continudad.

—En Lima, los padres me han proporcionado un intérprete. Mi propósito es recorrer la región, aldea por aldea, y entablar relaciones con los habitantes. Para eso...

—¡Entablar relaciones con los habitantes! Padre Juan, se nota que venís de España. El Perú es otro mundo, un mundo de vencedores y vencidos, y los vencidos no hablan con los vencedores. Los españoles nos han aportado los frutos de su civilización, y algunos de nosotros los saboreamos, pero el pueblo... un pueblo secreto, fuerte en el trabajo, sobre todo en los montes... Nuestro pueblo se aferra a sus antiguas costumbres. ¡Qué queréis! Para él, los buenos tiempos eran aquellos en que los españoles no estaban aquí. Hasta los jóvenes, que no los han conocido, sueñan con ellos. ¿Y cómo luchar contra los sueños? En efecto, hoy el sueño constituye para esa gente lo esencial de la existencia. Soñar con lo que fue.

—Soñar no es vivir. Vuestras palabras, señora, me estimulan aún más vivamente a seguir adelante. Lo que les falta a esas infortunadas criaturas es florecer bajo la mirada de Dios. Vos, que los conocéis, podéis serles de gran ayuda. ¿Sería pedirlos demasiado que me introduzcáis en algunas aldeas de los alrededores? Vuestra presencia acreditaría mi gestión, soltaría las lenguas.

Con una súbita animación que la descubrió diferente, más bella aún, pues el mármol se volvió carne, ella dijo:

—¿Habéis probado ya la *chicha*? ¿No? Padre, si deseáis comprender a nuestro pueblo, es por ahí por donde debéis comenzar. ¡La *chicha* es la leche de nuestra tierra, y la tierra, nuestra madre!

Se levantó, poniendo de manifiesto una elevada estatura. El vuelo de su manto bordado en vivos colores palpitaba como las alas de un pájaro. Cojeaba ligeramente. Al pasar ante un espejo, se detuvo. Juan de Mendoza sintió que lo observaba. Después continuó hasta un aparador del que cogió dos vasos de oro; los llenó y se volvió.

—No sacaréis nada de nuestra gente, no aprenderéis nada. El único modo de saber qué tienen en la cabeza es conocer el pasado en el que sus pensamientos y sus corazones permanecen anclados. Yo he vivido ese tiempo. Aceptad compartir mi cena y os lo describiré... Seguramente os habrán comentado muchas cosas sobre mí, pero ¿os dijeron que nací en una aldea y que mis padres eran unos sencillos campesinos?

—Confieso que no. Y cuando se os ve, señora...

—Nunca hay que fiarse de lo que se ve. La verdad está en otra parte. Yo no querría que os engañarais, padre Juan. En la época de la que voy a hablaros, para una muchacha de origen modesto no había, y no lo hay tampoco ahora, más que un medio de elevarse: la imagen que ofrece la mujer es su patrimonio. De ella depende cómo administrarlo. Es ahí donde intervienen sus cualidades potenciales, sin las cuales esa mujer existirá tan sólo como objeto, ¡y uno se cansa de los objetos, los tira, los rompe! Así pues, la belleza no es un tema vulgar, licencioso o frívolo, tal como se cree demasiado a menudo, y si tengo que mencionar la apariencia con que me ha dotado la naturaleza, lo haré con toda humildad. Sólo me enorgullezco de lo que he logrado gracias a mi voluntad.

El día de mi nacimiento, un día de septiembre según vuestro calendario, toda nuestra aldea, en traje de fiesta, sembraba las tierras del Inca. Mi madre, frente a mi padre, echaba los preciosos granos de maíz en los surcos que él hacía con su *taklla*. Cuando sintió las primeras contracciones, hizo señas a mi hermana para que continuara su tarea y se encaminó a los pastos.

Si considero el espectáculo doloroso que ofrece una española en casos semejantes, el Creador ha sido clemente con nosotras: parimos sin esfuerzo. Mi madre cortó el cordón umbilical con las uñas, fue hacia el arroyo y se sumergió en él para purificarse y lavarse, y también me bañó a mí. El agua que mana de los picos andinos es helada, pero las costumbres lo quieren así, para que el recién nacido, cuando recibe la vida, aprenda que aquí abajo todo se paga, y esto vale tanto para los hijos del Inca como para la progenie de la gente común.

Como nació durante la siembra, me bautizaron provisionalmente con el nombre de «Lluvia de Maíz», un nombre que debía atraerme las gracias de los poderes benéficos.

Cuando tuve la edad suficiente, mi madre me sacó de la cuna en la que permanecía atada (una caja ligera de tablas, montada sobre cuatro patas, de las cuales eran más altas las de la cabecera), que transportaba siempre sobre la espalda para tener las manos libres y poder dedicarse a sus ocupaciones, y me instalaba, aquí y allá, en unos agujeros rellenos con trapos donde yo pataleaba a gusto y empezaba a inspeccionar mi minúsculo reino con la mirada.

En el camino que lleva a Cuzco, padre Juan, seguramente habréis visto nuestros magníficos campos en bancales, resaltados por los muros de contención, que parecen escalones gigantescos tallados en las laderas de los montes. En esa altura ideal, en esas mesetas de tierra rica transportada a cuestras, terrón a terrón, por nuestros antepasados, cultivamos el maíz. Por encima, a media pendiente, está encaramada la aldea.

La nuestra agrupaba a una treintena de jefes de familia. Nosotros ocupábamos una casita idéntica a las que la rodeaban. Un techo de paja, muros de tierra mezclada con piedras y manojos de hierba, y una sola abertura, la puerta, que, para conservar el calor de los cuerpos, era tan baja que los adultos debían inclinarse para franquearla. Las noches son heladas en esas alturas.

No esperéis que os describa el mobiliario. ¡La cantidad de muebles con que los españoles llenan sus casas sigue asombrándome! ¿Por qué tantas camas, tantas mesas, tantos asientos que ablandan el cuerpo y le quitan su dignidad natural, cuando a ras del suelo se vive muy cómodamente, hasta lujosamente, cuando se cubre con lanas sedosas o pieles de jaguar? En nuestra casa, como vos os debéis de imaginar, no había nada de eso, sólo una desnudez sin adornos. Algunas hornacinas excavadas en las paredes para guardar nuestros efectos y utensilios, el horno de arcilla para cocinar; el telar colgado de una clavija, las mantas con que nos envolvíamos para dormir... Y tendría que haber mencionado en primer lugar nuestras *conopa*, tres piedras pulidas como guijarros, con pepitas brillantes incrustadas, una de ellas con la forma de un ave con las alas plegadas, que eran nuestros amuletos, las fuerzas bienhechoras de nuestro hogar.

En esta única pieza, criábamos a los ruidosos *cuy*, los conejillos de Indias. Sus deposiciones, el humo del horno, el hollín que ensuciaba las paredes y nuestros propios olores, acumulándose día tras día, despedían un fuerte hedor que hubiera provocado el desmayo de un extranjero. Para nosotros era

acogedor y reconfortante.

En el espacio delimitado por nuestra casita y otras tres, guardábamos nuestro bien máspreciado: dos llamas. Las llamas, los aperos de labranza, la casita y su contenido pertenecían a mi padre. En cambio, el pedazo de tierra que cada jefe de familia recibía al casarse seguía perteneciendo a la comunidad.

En cuanto empecé a caminar, las miradas se posaron en mí. ¿Tenía yo conciencia de mi aspecto agradable? Sin duda. Lo oía repetir tanto... Y entre nosotros se acostumbra más extasiarse ante el volumen de una espiga de maíz o ante el color del pelo de una llama que detenerse a admirar la hermosura de una niña.

Cuando tenía seis años, mis padres decidieron pedir consejo al padre de mi padre acerca de mí. Vivía en lo alto del monte, en el límite entre la roca y la *puna* adonde se lleva a pacer a las llamas. El padre de mi padre tenía el honor de cuidar la *huaca* sagrada.

Cada comunidad o *ayllu* posee su *huaca*, que es de algún modo el equivalente del santo patrono que protege vuestras aldeas. Seguramente habréis oído hablar de nuestras *huacas*. Vuestros pobres religiosos pierden el tiempo tratando de encontrarlas. En cuanto a destruirlas... Habría que secar lagos, desplazar montañas y talar árboles. Las *huacas* se hallan en todas partes en la naturaleza, y nosotros, la gente de los Andes, estamos particularmente dotados para detectar su poder oculto.

Nuestra *huaca* era un gran peñasco plantado como centinela en el nacimiento del manantial. La venerábamos: era el Markayok, el Gran Antepasado. Me enseñaron que, antes de petrificarse, había engendrado a los primeros habitantes del *ayllu*. Éstos se casaron entre sí, y la costumbre persistió. Ningún extranjero era admitido para fundar un hogar... Así que todos, hombres, mujeres, niños, estábamos mezclados como los cabellos de una misma cabeza, con la misma sangre subiendo por nuestras raíces. Eso es un *ayllu*, una comunión de carne, una solidaridad indefectible. Y si vos, padre Juan, no alcanzáis a captar ese estado espiritual, no comprenderéis jamás a nuestro pueblo.

El padre de mi padre nos esperaba cerca de la *huaca*. Pieles de zorro lo cubrían como una mata de pelo. Sólo mucho después, cuando preparaban sus despojos para embalsamarlo, descubrí su delgadez. Tenía un rostro fuerte: los pómulos como dos pomos de madera pulida y la mirada fulgurante. Me aterrorizaba y me maravillaba a la vez. Cuando le llevaba una jarra de *chicha*, me regalaba siempre un canuto de pluma lleno de piojos. No nos faltaban los piojos, pero yo conservaba los suyos piadosamente en su estuche. Habían engordado con su persona, y me parecían de una clase distinta de aquellos contra los que mi madre se encarnizaba.

Después de haber cumplido nuestros deberes religiosos, cogió el conejillo de Indias que había ordenado a mis padres que le llevaran. Sujetándolo por el cogote, le abrió rápidamente el costado derecho con un trozo de sílex, le extrajo el corazón, los pulmones y las vísceras, y elevándolos hacia el cielo se dedicó a estudiarlos. Yo aún no había asistido a un sacrificio. La vista del conejillo de Indias inerte y de su suave piel blanca y rojiza manchada de sangre, me dio ganas de vomitar. Era el más bonito que teníamos y mi preferido. Recuerdo que un cóndor desplegaba su gran sombra por encima de nosotros.

De pronto, el padre de mi padre me señaló con el dedo: «¡Será *aclla!*!», gritó con su voz formidable.

Mi padre lanzó un suspiro, tendió las palmas de las manos hacia la *huaca* y le envió varios besos

y unas cuantas pestañas que se había arrancado. Yo no tenía la menor idea del significado de la palabra «*aclla*», pero sus reacciones me hicieron pensar que se trataba de algo extraordinario. Vuelvo a ver aquella escena: la niña que era yo, con su silueta menuda, cubierta por una mata de cabello negro; el puño contra la boca rosada, como un capullo; una mirada seria, intrigada... y siento una gran ternura y compasión por su ignorancia.

La noticia corrió. El curaca, jefe de nuestro *ayllu*, se empeñó en felicitar a mi padre. Y me acarició la mejilla. Desde entonces me habitó el orgullo. Yo contemplaba con conmiseración a las otras niñas que no tenían mi suerte. ¿Qué suerte?, diréis vos. En la cabeza de mi madre aquello era casi tan vago como en la mía. Sin embargo, una mañana, mientras recogíamos los excrementos de nuestras llamas, que una vez secos utilizábamos como combustible, se enderezó bruscamente. «Si eres *aclla*, vivirás en Cuzco, en el palacio del Inca», dijo. El estupor me hizo caer al suelo, lo que me devolvió a una realidad menos encantadora.

El quinto mes del año celebramos el *Aymoray*, la fiesta del maíz. Después de recoger nuestra parte de la cosecha (el Inca compartía con nuestro padre, el Sol, el fruto de los dos tercios de las tierras comunales que cultivábamos), poníamos los granos más grandes en cestos y los llevábamos al almacén.

Los extranjeros que hoy vienen al Perú para comerciar no pueden hacerse una idea de la abundancia acumulada en esos inmensos almacenes que antaño jalonaban los caminos imperiales y los alrededores de las ciudades: los españoles los han transformado en posadas. El conjunto de mercancías, víveres, telas de lana y algodón, sandalias, utensilios, etcétera, representaba el tributo debido al Inca por todos los jefes de familia, y proveía a las necesidades del culto, al mantenimiento de los funcionarios, al aprovisionamiento del ejército y a los gastos de la corte de Cuzco. En caso de necesidad, las reservas de alimentos se distribuían entre las poblaciones. Por lo tanto, trabajar para el Inca era una garantía contra el hambre, una seguridad que no existe en la mayor parte de los países, incluido el vuestro, padre Juan.

Con el grano guardado en el granero y una bella mazorca colocada con devoción en cada una de nuestras casitas, comenzaba la fiesta. Los españoles reprochan a nuestro pueblo el ser taciturno. Es verdad que, a la vista de un blanco, las bocas, las orejas y los estómagos se cierran, pero ¡qué alegría tenían entonces nuestros campesinos! Mi padre se distinguía como narrador. Conocía muchas palabras y el arte de reunir las en ramos, que lanzaba a la concurrencia deslumbrada. También era un bailarín infatigable: ¡sólo la *chicha* podía debilitarle las piernas!

Mi hermana, Curi Coylor, que significa «Estrella de Oro», volvió a casa durante el *Aymoray*. Se había casado en un «matrimonio de prueba» el año anterior. Como ya intenté explicarle al obispo de Cuzco, esa costumbre me parece muy acertada, pues nuestros hombres dan menos importancia a la virginidad que a un par de brazos vigorosos que los ayuden en el campo, y se inclinan a pensar que una mujer ya cortejada tiene más valor que otra.

Yo quería mucho a mi hermana aunque no nos parecíamos en nada. Al mirar a nuestra madre, ya se veía lo que sería la figura de Curi Coylor cuando la rudeza de la existencia le quitara su frescura y la redondez de las mejillas. Pero era risueña, de carácter conciliador, y nuestra diferencia de edad (mis padres habían perdido dos varones antes de mi nacimiento) me permitía tiranizarla. Tal vez ya lo hayáis adivinado, padre Juan: las constantes llamadas a la humildad y a la obediencia, que

doblegan a las mujeres, a menudo se encontraban en conflicto con mi carácter.

El momento crucial se acercaba. Mis padres me habían anunciado que en noviembre iría con ellos a Amancay, la capital de nuestra provincia, y desfilaría ante el gobernador o su delegado, el *huarmicuc*, encargado de seleccionar entre las niñas de ocho a diez años a aquellas cuyo físico fuera susceptible de agradar al Inca cuando se desarrollara.

La promiscuidad en que vivíamos me había instruido acerca de las relaciones que mantienen un hombre y una mujer, y esa educación se completaba con la observación de las llamas y los conejillos de Indias. Pero me resultaba imposible asociar al Inca, nuestro amo y dios, con un acto tan natural y animal. Convertirse en *aclla*, que significa «mujer elegida», permanecía para mí en el dominio de lo abstracto y lo maravilloso.

Entretanto, mi hermana se había casado. Un verdadero matrimonio esta vez. El elegido, Huaman Supay, un joven trabajador, muy tímido, había alcanzado el límite fijado por la ley para el celibato. Necesitaba una esposa para ser jefe de familia y cumplir, como tal, sus obligaciones para con el Inca. Entre nosotros, el corazón no tiene lugar en los esponsales. De manera que nada hacía suponer que aquella unión engendraría una trágica historia de amor.

La víspera de la partida hacia Amancay tuve derecho a un aseo solemne. Mi madre me lavó en el arroyo con un pan de jabón hecho con raíz de *chuchau* que guardaba para las grandes ocasiones. Luego me examinó el cuerpo centímetro a centímetro. La menor anomalía, el defecto más mínimo, era sinónimo de eliminación.

Tras el examen se apartó de mí y suspiró. «Blanca como el huevo», dijo. Y regresamos a casa.

Una cocción de hierbas hervía lentamente sobre el fuego. Mi madre me instaló de espaldas al horno y sumergió mi cabellera en la olla, cuidando que la mixtura, que seguía en ebullición, no me quemara el cráneo, y me obligó a permanecer así más de una hora. ¡Ni un piojo escapó al suplicio!

Orgullosa, con el cabello brillando como la seda y la cabeza ardiendo, me precipité a casa de Curi Coylor, mi hermana, que vivía al lado.

La casita, recientemente construida, todavía no tenía ese buen olor espeso que engalanaba la nuestra. Encontré el hogar apagado, una jarra rota y los conejillos de Indias muy a gusto sobre los hermosos trajes de fiesta que, según la costumbre, el curaca había enviado a los novios el día de la boda. Espanté a los conejillos de Indias, sacudí la ropa y la coloqué en una de las hornacinas. Uno de los principios que nos inculcaban primero era el de la economía. He visto siempre a mi madre cuidar y remendar nuestra vestimenta hasta que se agotaba su utilidad, que era cubrirnos decentemente y protegernos de la intemperie.

La negligencia de mi hermana me consternó. Curi Coylor había cambiado mucho desde que su marido había sido designado para alistarse en el ejército. ¡Responder a la llamada del Inca y cumplir con el servicio militar era, sin embargo, el orgullo de un jefe de familia! Mi padre no dejaba de repetírselo a Curi Coylor, subrayando sus palabras con unos golpes en la cabeza que tenían por efecto redoblar sus lágrimas. Por mi parte, aunque lamentando su estado de ánimo, yo admiraba la pena de mi hermana. A mis ojos la realzaba como un adorno exótico: en nuestro *ayllu*, el amor nunca había hecho llorar a nadie. Salí de la casita.

Tendría que haber vuelto para ayudar a mi madre. La había dejado atando unos manojos de hierbas medicinales que se proponía cambiar en el mercado de Amancay por un espejito de latón.

Ese espejo, símbolo de una coquetería abandonada al franquear el umbral del matrimonio, resumía sus más locas ambiciones: una de las mujeres del *curaca* tenía uno...

Digo «una de las mujeres» porque la posición de nuestro *curaca* lo autorizaba a tener dos. La cantidad de mujeres y de llamas, que podía alcanzar cifras considerables, indicaba el rango que ocupaba un hombre en el Estado. Esta costumbre sin duda os sorprende, padre Juan. Sorprende a todos los españoles, y esa reacción me sorprende a mí. ¿Acaso ellos no tienen también concubinas? La diferencia está en que poseer varias mujeres representaba un derecho honorífico para nuestros señores, mientras que para vuestros compatriotas es un pecado. ¡Y dicen que se peca mucho en vuestro país! Una religión, por santa que sea, no puede anular el instinto. Entonces, ¿por qué condenar el acto carnal? ¡Pienso que eso no hace más que añadir leña al fuego! Y en ese sentido nunca he ocultado mi modo de pensar al obispo de Cuzco. Somos buenos amigos y tiene la indulgencia de escuchar y excusar mis palabras.

Volviendo a esa tarde fatal, decidí subir hasta los pastos y aumentar con algunos puñados de hierbas la recolección de mi madre. La notaba triste. Si me hubieran dicho que era tener que separarse de mí lo que le apenaba, no lo habría creído, ¡tan escasas y protocolarias eran las palabras y los gestos entre nosotros!

Atravesé los campos situados por encima de la aldea. La tierra, desnuda y abonada, descansaba esperando la llegada de diciembre, mes durante el cual plantábamos las patatas y sembrábamos la *quinua*, que es una especie de arroz. Me entretenía deshaciendo los terrones con la punta del pie cuando vi a mi padre. Estaba bajando el monte. Estuve a punto de caerme de la emoción... Detrás iba Huaman Supay, el marido de mi hermana, y ésta los seguía más lejos. Deduje que el Inca había enviado a casa a Huaman Supay. Corrí hacia ellos.

Mi alegría se disipó rápidamente. No me atreví a interrogar a mi padre. Pasó ante mí hollando la hierba como si quisiera aplastarla, seguido por Huaman Supay. Éste no respondió a mi saludo, lo que acabó de desconcertarme, porque la cortesía se impone entre nosotros en toda circunstancia. Curi Coylor se acercaba. Su rostro era el de una muerta. Di un salto y le tiré de la falda.

—No podía vivir sin mí —dijo ella— y ha desertado. Llegó anoche, nos escondimos en una gruta y padre nos descubrió... Nos amamos, ¿comprendes?

Comprendí simplemente que los amenazaba algo semejante a la sequía o a un temblor de tierra.

—¿Van a castigarlo? —murmuré.

Curi Coylor me miró. Sus ojos eran como dos piedras.

—Padre va a llevarlo ante el *curaca*, el *curaca* lo llevará a Amancay, donde lo juzgarán y lo ejecutarán. Es la ley.

—¿Lo ejecutarán...? —Nunca había oído aquella palabra.

—Lo colgarán de los pies, lo lapidarán o lo matarán a garrotazos. ¡Lo matarán! ¿Entiendes?

Si Huaman Supay iba a morir, ¿por qué ella no lloraba, por qué no se arañaba las mejillas como hacen las mujeres cuando hay un duelo en su casa? Su voz sin matices y su mirada seca me espantaban. Contemplé los techos de paja de nuestro *ayllu*. Aquel paisaje, el único que yo conocía, más cálido para mi corazón que los brazos de mi madre, de pronto me pareció hostil. Me detuve, sujetando a mi hermana por la ropa.

—Huye —dije—. Huid los dos. Id a los montes...

Mi hermana bajó la cabeza.

—Es la ley —repitió—. Ha desobedecido y debe morir.

Entonces, bruscamente, no pude soportar más aquella resignación y fui yo quien huyó.

Entendámonos bien, padre Juan. La idea de condenar a mi padre porque iba a denunciar a su yerno ni se me vino a la mente y, aún hoy, apruebo su rigor. Mi padre era un buen padre, un hombre valiente. Cuando era más joven había combatido en el ejército del Inca y, en recompensa por su conducta, al volver lo habían nombrado *pisca camayoc*, es decir, jefe de cinco familias, que dependía del *chunca camayoc*, que tenía a su cargo diez familias, y así sucesivamente, de decenas en centenas, de centenas en millares, hasta el *tucricoc*, que controlaba cuarenta mil familias y era generalmente el gobernador de su provincia. Esas cinco familias confiadas a mi padre se encontraban bajo su entera responsabilidad. Él debía informar a su superior acerca de los débiles, los anormales, los enfermos, los necesitados, los perezosos, los incompetentes, los nacimientos, las muertes y, llegado el caso, los adulterios y los crímenes. ¡Si no hubiera denunciado a su yerno, la cólera del Inca se habría abatido en primer lugar sobre nosotros; probablemente incluso la aldea hubiera sido destruida para extirpar la vergüenza hasta las raíces!

Evidentemente, en aquella época yo no conocía en detalle la organización de nuestra sociedad, que permitía al Inca estar informado de las necesidades y debilidades de cada uno de sus millones de súbditos, pero el sentido del deber que teñíamos respecto de él me impregnaba ya... ¿Contra qué, contra quién se dirigía entonces la rebeldía que me arrebataba? Lo único que sé es que, cegada por las lágrimas, hipando, aturdida por la súbita aparición de la desgracia en mi breve existencia, resbalé en la cresta de una roca, rodé por los pastos y me fracturé la pierna derecha.

Nosotros tenemos la convicción de que la falta cometida por uno de los nuestros recae sobre sus allegados, incluso sobre todo su *ayllu*. En los meses que siguieron, Huaman Supay, a pesar de que había expiado su crimen en la horca, fue maldecido a menudo. Se le atribuyeron las diarreas de los lactantes, la pérdida de una llama y también la llegada de una gran bandada de loros procedentes de las tierras cálidas que esquilmaron los sembrados y causaron otros males.

Personalmente, yo no dudaba que su desertión había atraído sobre mí la cólera divina, y aquel bello amor que había conmovido mi corazón ya sólo me inspiraba furia y repugnancia. Al principio, mi madre decía: «Te llevaremos a Amancay el año que viene». Pero cuando nos dimos cuenta de que yo cojeaba, dijo: «Mostrarte al *huarmicuc* era una idea del padre de tu padre y del *curaca*. Les hubiera enorgullecido que una de las nuestras fuera *aclla* y sirviera en todo al Inca. A nosotros también. Pero ¿qué aire se respira mejor que el del primer aliento? Te casarás. Cojear no impide que una mujer procreé y cumpla sus tareas».

Mi porvenir retomaba los límites fijados por mi nacimiento. De todos modos, ¿había llegado alguna vez mi mente a representarse un horizonte más soberano que la áspera cresta de nuestros montes y riquezas más fabulosas que una buena cosecha? En lo que se refiere al palacio del Inca... ¿quién hubiera podido describírmelo? No era más que un punto centelleante en mi espíritu, parecido a la luz que irradian las inaccesibles estrellas.

Así, yo no sufría por renunciar a esplendores que no podía imaginar sino, simplemente, por haber perdido mi importancia, por no ser más que lo que era: una entre tantas y lisiada, por añadidura. Y me lo repetía a mí misma, sintiendo una amarga satisfacción al exagerar mi infortunio, que se reducía,

en realidad, a una leve cojera.

Se sucedieron los meses (lunas, decimos nosotros). Los campos se cubrieron de brotes nuevos y pronto nosotros, los niños, tuvimos mucho trabajo alejando a los pájaros. Volvió el tiempo de las cosechas. Yo ayudaba a liberar las mazorcas de maíz de su jubón de hojas, las desgranaba y clasificaba los granos. Después llegó el turno de las patatas, la *quinua*, los guisantes, las judías... También buscaba raíces para variar las sopas calientes, que componían nuestra comida diaria. Y recogía las flores que servían para teñir las lanas procedentes de los rebaños del Inca. Los funcionarios que repartían los fardos de lana en las aldeas volvían a recogerlos una vez que las mujeres habían confeccionado los tejidos.

A finales de julio, terminábamos de enterrar en nuestra parcela el guano que nos correspondía para hacer fructificar las próximas siembras, cuando el *curaca* mandó llamar a mi padre. Le ordenó ir a Cuzco y traer de allí un *aríbalo* que él y otros *curacas* destinarían al gobernador de nuestra provincia. Deseoso de distraerse en su delicada misión con las necesidades cotidianas, mi padre consiguió que se nos permitiera acompañarlo. Partimos en cuanto recibimos las autorizaciones indispensables para todo desplazamiento. Ver Cuzco representaba un acontecimiento único en la existencia de un campesino, y pocos podían jactarse de ello.

Para mí, aquel viaje fue fundamental. El orgullo devolvía a mi madre un poco de su juventud, agrandaba sus ojos. Se había puesto su traje de fiesta. Una ancha faja bordada con lana de vivos colores fruncía su túnica en la cintura, y los lados de su *lliclla*, el chal de nuestras regiones, caían muy derechos, sujetos borde con borde sobre el pecho con un alfiler de bronce. Como nosotros, iba descalza, pues reservaba sus sandalias de piel de llama para la ciudad. A la espalda llevaba lo que necesitaríamos durante el viaje: la provisión de harina de maíz, las habichuelas, la sal, varios puñados de uchu (esos pequeños ajíes rojos que abrasan deliciosamente el paladar) e incluso el recipiente con *chicha*, las calabazas que nos servían de vajilla y los palitos para prender el fuego. En la mano izquierda cargaba el huso. Ni siquiera durante la marcha nuestras mujeres permanecen inactivas.

Pronto llegamos a la *Nan Cuna*. Nuestro camino imperial asombró mucho a vuestros compatriotas cuando lo vieron. Al no tener nada parecido, ni siquiera aproximado, en su país, les resultaba difícil comprender que unos bárbaros hubieran podido llevar a cabo semejante obra. Además, ahora descuidan su mantenimiento. Los muretes se desploman por todas partes y ya no se cuidan las canalizaciones en los lugares pantanosos. Antiguamente, cuando pasaba el cortejo del Inca, se habría colgado a los inspectores encargados de la vigilancia de los caminos por el menor yerbajo olvidado entre el empedrado, pero ¡Pachamcutin!, «el mundo cambia», decimos nosotros.

En nuestro viaje, mis padres y yo nos alineábamos al borde de la calzada para dejar paso a las literas, de las que yo no distinguía más que los doseles emplumados por encima de la cabeza de los servidores, que las rodeaban como nubes de moscas. Imaginar el goce de ir muellemente tendida y balanceada al ritmo de los portadores me daba languidez, y entonces avanzaba lentamente.

En una curva del camino de montaña, una de las literas se detuvo en un terraplén dispuesto para que los viajeros pudieran apreciar los detalles del paisaje. De ella descendió un hombre. Yo estaba abajo, en la pendiente, y lo distinguí con claridad. Llevaba una *vincha* como tocado, su túnica estaba bordada de plumas verdes y azules, colgantes de oro brillaban en sus orejas y sobre su pecho. Me

encandilé contemplando aquellos fuegos amarillos, pero lo que más me llamó la atención fue su porte, ese aire inimitable que sólo se da en la riqueza y con el que todavía no me había cruzado. Además, era hermoso, de tez clara, como la mía.

Mi padre dijo a mi madre: «¡Mira, un *chachapuya*! Uno de esos a los que combatimos antes. Esos *chachapuyas* son feroces guerreros. Lo he reconocido por la *vincha*, que es su signo distintivo. Seguramente es un gran *curaca* que va a Cuzco para la fiesta del arado».

¡Un *curaca*, aquel príncipe! ¡Qué pobre aspecto tenía a su lado el nuestro, que para mí, después del Inca invisible y omnipotente, había encarnado hasta aquel momento el poder soberano! Me quedé atontada y pensativa al descubrir bruscamente que había otros mundos fuera del nuestro. Al final del día llegamos al Apurímac.

Padre Juan, no voy a describiros los esplendores de nuestro río sagrado; vos mismo lo habéis atravesado para venir a Cuzco. ¡Pero pensad en la impresión que puede producir en una niña, que jamás ha cruzado más que un modesto arroyo, el torrente de esa prodigiosa masa de agua lanzándose entre dos farallones! Su rugido me aterró, me llenaba la cabeza hasta tal punto que casi habría olvidado acuclillarme (es nuestra manera de arrodillarnos) ante la *huaca* que guardaba el puente. En realidad, dos puentes. Uno, más espacioso, para la noble afluencia que nos precedía; el otro, hacia el que nos dirigíamos con un equipo de obreros encargados de la limpieza del camino, más estrecho. Aferrada a la capa de mi padre, yo temblaba como un pajarito en el momento del primer vuelo. Me equivocaba. Sobre esas delgadas pasarelas de cuerdas colgadas sobre el río a más de treinta metros, los españoles consiguieron pasar incluso con su caballería. Es verdad que, al principio de la Conquista, muchos las pasaron arrastrándose...

Cayó la noche. Divisamos los fuegos de un *tampu*. Un aroma a comida llegó hasta donde estábamos y me cosquilleó la nariz. La carne era un alimento raro para nosotros. Cuando el gobernador de nuestra provincia la hacía distribuir, la salábamos, la secábamos al aire de los montes y la degustábamos sólo en ciertas ocasiones para que nos durase hasta el próximo reparto.

No nos detuvimos en el *tampu*. Me enteré de que esos albergues públicos, que jalonaban la *Nan Cuna* de sur a norte del Imperio, estaban reservados para personas de rango superior al nuestro. Devoré mi papilla de maíz y me dormí al borde del camino, acurrucada contra mi madre.

Al cuarto día, por la mañana, llegamos a las puertas de Cuzco. Imitando a mis padres, me postré en dirección al Sol y besé la tierra.

El artesano a quien el *curaca* había encargado el *aríballo* vivía en los suburbios... ¿Que qué es un *aríballo*? Un gran recipiente de perfil redondeado y acabado en punta, que sirve para transportar líquidos. Está provisto de dos anillas laterales por las cuales pasa una cuerda que permite sujetarlo a la espalda del porteador. El artesano nos anunció que no estaría listo hasta el día siguiente. Como la gran Fiesta del Arado se celebraba aquel mismo día, mi padre pidió al artesano que le indicara el camino para dirigirse al sitio donde tendría lugar la ceremonia. Éste meneó la cabeza.

«¡Hombre del campo! ¡Entérate de que el seno de nuestra ciudad está prohibido a quien no sea de utilidad para el servicio o la distracción del Inca y sus parientes! Mi muchacho os va a conducir, a ti y a tu familia, hasta la colina de Sacsahuaman. Contemplar, aun de lejos, a nuestro *Capa Inca*, el gran Huayna Capac, es un recuerdo que adornará con flores toda vuestra vida... ¡Qué hermosa hija tienes! Es una lástima que no viváis aquí: me la prestarías y yo la pintaría en mis vasijas».

Desde el cerro donde nos instaló el chico, dominábamos el valle rodeado por las crestas oscuras de los montes que se encaballaban. En el medio se levantaba Cuzco, y fue así como descubrí la ciudad entera, con tantos reflejos tornasolados que quedé deslumbrada.

Cuzco ha cambiado mucho, padre Juan, desde que vuestros compatriotas arrancaron las placas de oro que cubrían las fachadas de sus templos y sus palacios, y desde que el gran incendio consumió la real cabellera de hilos de oro y plata, mezclados con briznas de paja, que cubría sus techos. Pero si la hubierais visto como yo la vi, antes de que vinieran los vuestros... ¡Una maravilla!

Entonces unos cantos atrajeron mi atención. Se elevaban desde las terrazas de cultivo, situadas hacia abajo, y saludaban la aparición del Inca y su séquito... ¿Describiros mi impresión? ¡Yo estaba demasiado lejos, mi espíritu se hallaba demasiado alterado y tendré cien ocasiones de pintaros mejor a Huayna Capac!

Mientras el Inca, con su *taklla* de oro, inauguraba la estación de labranza trazando el primer surco a los sones alegres del *haylli*, mi interés, llevado por la curiosidad natural de mi sexo, se detuvo en las mujeres que habían invadido el campo. Unas ofrecían vasos de *chicha*; otras, acuclilladas ante el Inca y los príncipes de la familia real dedicados al trabajo, rompían con sus manos desnudas los terrones que alzaban las palas. Yo adelantaba sus gestos mentalmente: eran los mismos que mi madre, mi hermana y yo realizábamos en la aldea. Sin embargo, ¡qué diferencia, qué gracia en los movimientos de aquellas criaturas, con qué sedosa soltura se dibujaban sus siluetas bajo las túnicas sujetas con joyas! Y si, a esa distancia, yo no podía distinguir sus rasgos, adivinaba que igualaban la finura de sus adornos, de manera que de pronto me sentí basta y grosera, como uno de esos cacharros que hacemos para nuestro uso comparado con los que había admirado en casa del artesano... ¡Pero aquel hombre que creaba obras maestras me había encontrado lo suficientemente hermosa para hacerme figurar en ellas! Lancé un gemido.

«¿Qué te pasa?», preguntó mi madre inclinándose. Su rostro me dio miedo: era el mío, el que yo tendría más adelante. La rechacé.

Cuando regresamos al *ayllu*, fui a implorar a la *huaca*. Subía todas las tardes a donde estaba y no dejaba de proveerme de presentes: una hebra de lana, una pluma de ave, espinas de cactus (con las que elaborábamos agujas y las púas de nuestros peines); en fin, todo lo que me parecía suficientemente precioso para enternecerla. También le rezaba a la Pachamama.

Aquellos de los nuestros a quienes vuestros religiosos han convertido confunden a menudo a la Virgen María y a la Pachamama. Esperan misericordia y protección de las dos. Pero una, llevada al cielo por los ángeles, es la madre de Dios; mientras que la otra, nuestra Pachamama, es la madre de la tierra. Y la tierra, tal vez lo hayáis comprendido, padre Juan, es la fuente en la cual recogemos nuestra fuerza, la paz de nuestra alma, lo mejor de nosotros mismos.

A riesgo de romperme el cuello, buscaba entre los desprendimientos guijarros que elegía por su forma insólita o su hermoso color, y los hundía en el suelo, sabiendo que la Pachamama se alegraría. Un día distinguí entre la hierba de la *puna* una de esas borlas de lana roja que atábamos en la frente de las llamas para protegerlas de los malos espíritus. La cogí y la enterré. ¡A la Pachamama le encanta el rojo! Luego, temí el enojo de nuestra diosa: la Pachamama recompensa a los honestos, pero contra los demás desencadena a los demonios que merodean en las alturas.

Pregunté a mi hermana: «¿No te parece que cojeo menos?». Curi Coylor me contempló con el aire

extraviado que tenía desde la ejecución de su marido. «Tal vez... ¡Sí, es cierto!». Mentía. Le di la espalda. Su idiotez me exasperaba. ¿Se puede vivir con el recuerdo de un miserable que había osado ofender al Inca y había quebrantado el prodigioso destino de su cuñada?

Cuzco me obsesionaba.

Yo maduraba antes de tiempo y, adoptando sin sospecharlo los defectos de las mujeres del Inca, de las que no había percibido más que las facetas brillantes, me volví vanidosa y despreciativa. Esas inclinaciones, como sospecharéis, no tenían cabida entre nosotros, y la reprobación de los míos me encerraba cada día un poco más en la soledad.

Como último recurso, empecé en secreto un ayuno, como acostumbraban hacer mis padres para purificarse en la víspera de las grandes fiestas religiosas. Durante cinco días me las arreglé para no tomar más que un puñado de maíz crudo y agua. Al quinto día, mi madre empezó la preparación del *chuño*, una especie de puré de patatas cocido y secado en el hielo, al que lo exponíamos por la noche, que constituye, con el maíz y la *quinua*, la reserva básica de la alimentación campesina.

Durante toda la mañana aplasté las patatas con los pies para sacarles el jugo. El esfuerzo consumió mis últimas fuerzas. Por la tarde, me escapé y trepé por en medio de los pastos. Tenía vértigos, la pendiente se escabullía, me caí varias veces y, antes de llegar a la *huaca*, me desplomé. Una mano ruda me aferró. Me encontré suspendida entre el cielo y la tierra, como un conejillo de Indias, frente a la mirada terrible del padre de mi padre.

No tuvo ninguna dificultad en hacerme confesar. Aunque no era más que un anciano cuyo espacio se reducía al horizonte que su vista podía abarcar, el Creador lo había dotado de sabiduría y clarividencia, virtudes acrecentadas por interminables meditaciones, en el transcurso de las cuales su espíritu flotaba entre los vapores de la *chicha*.

Cada vez que tengo un problema, recuerdo sus palabras. Lamentablemente, traducidas del quechua al castellano, pierden su sabor.

—Hace dos lunas que te observo, pequeña —dijo—. Cuando nuestras mujeres suplican a la Pachamama que nos envíe una buena cosecha, ¿crees que después de rociar la tierra con *chicha* y depositar en ella buen maíz y plantas mágicas, que después de las danzas y cantos destinados a agradar a nuestra diosa, se cruzan de brazos? ¡Ciertamente, no! El trabajo viene a acrecentar el valor de sus ofrendas. ¿Qué has hecho tú sino admirar tu piel clara y lamentarte? Los poderes benéficos, que están por todas partes, conceden protección sólo a aquellos que saben mostrarse dignos de ella. Si quieres algo, haz lo necesario para obtenerlo y podrás contar con la ayuda divina... Tu madre ha empollado un pajarito demasiado hermoso; tú no has nacido para permanecer aquí, pero la pobre se niega a reconocerlo. Los padres ven a sus hijos en el espejo de su propia juventud... He predicho que serías *aclla*, ¡y lo serás! Vuelve mañana. No olvides decir a tu madre que me cocine un guiso, y tráeme un vaso de *chicha*.

Entonces empezó la tortura. Durante meses tuve la pierna inmovilizada, envuelta en un emplasto de hierbas sujeto por unas tablas de madera. Cada semana, el padre de mi padre deshacía su trabajo, me lavaba la pierna con orina y añadía a esos cuidados los encantamientos apropiados; luego, me ponía un emplasto fresco y otra vez las tablas. También me recomendaba ser humilde. Pero lo que la Pachamama leía en el fondo de mi corazón no debía de contentarla: cuando él retiró las tablas yo seguía cojeando.

La prueba, sin embargo, no había sido inútil. Aquella vez rechacé la derrota y decidí ocuparme yo misma de mi maldita pierna. Al notar que llevaba todo el peso de mi cuerpo sobre la cadera derecha, decidí que bastaba con hacer lo contrario.

Os he hablado mucho sobre el tema, así que no os diré lo que me costó rectificar mi manera de caminar, pero adquirí una voluntad dura como el asta de una lanza y, en noviembre, mis padres me llevaron a Amancay. El *huarmicuc* me retuvo. Dije adiós a mi familia y entré en el *aclla huasi*.

Padre Juan, si lo deseáis, proseguiremos este relato después de cenar...

Padre Juan de Mendoza En Cuzco, ciudad del Perú, 30 de septiembre de 1572.

Banquete agradable. Excelente comida servida en vajilla de oro, vinos de La Mancha. Los pescados venían del océano, y las frutas (piñas, mangos, aguacates), de la ladera oriental de la sierra, me informó ella. Todo succulento. Ningún negro entre la servidumbre, nada más que indios. Pero abandonemos estas vanidades. Me doy cuenta, ¡ay!, de que soy todavía demasiado sensible a ellas.

Mientras la espero, consigno rápidamente y según mi costumbre algunas notas.

Pienso que mi presentación ha sido buena. Nada en su actitud deja suponer que sospecha el motivo que me trae. Pero ¿cómo saberlo? Cuando se es culpable, todo es motivo de desconfianza. Lo que ya sé es que tendré que juzgar sólo con mi conciencia. De lejos, una india, incluso valorizada por la fortuna y la fama, no deja de ser una india, es decir, un ser cuyo cerebro posee una capacidad limitada (el sexo acentúa aún más esta inferioridad). Pero en el caso presente estamos frente a una inteligencia aguda, excepcional, tanto más temible cuanto que a la astucia inherente a su raza se añaden los conocimientos adquiridos de la nuestra. ¡De esta mujer no se podrá conseguir ni una palabra ni un gesto susceptibles de volverse contra ella! Así que su condena depende únicamente de mi informe. Pesada responsabilidad.

A propósito del relato de su vida, tan instructivo, observamos que el Inca parece haber controlado hasta la respiración de cada uno de sus súbditos. ¡Sorprendente organización! En cambio, el reclutamiento de esas niñas, libradas por las familias a la apetencia de un tirano, nos hace recaer en plena barbarie... De todos modos, estoy planteándome algunas preguntas: ¿Nosotros valemos más? ¿Las costumbres abiertamente aceptadas son más reprobables que la hipocresía que enmascara el vicio en nuestras comarcas y los bajos provechos que muchos obtienen de ello?

¡No nos desviemos! No estoy aquí para juzgarme a mí mismo ni a nuestra sociedad, sino para acorralar al maligno disimulado bajo la sedosa apariencia de mi anfitriona.

La oigo volver.

Señor, que vuestra divina clarividencia se digne asistirme.

Con ocasión de la conquista, cuando los españoles descubrieron los *Acllahuasi*, confundieron esas aglomeraciones de mujeres en cada ciudad con las casas de mala reputación que frecuentaban en su país, lo que condujo a algunos a realizar actos lamentables.

Hoy en día abundan las putas, procedentes de España o de otros lados, atraídas por el oro fácil. ¡También las hay nativas de nuestro suelo! Pero antes de la llegada de vuestros compatriotas, padre Juan, la profesión era considerada tan infamante que sólo algunas desdichadas de cuerpo o de espíritu se arriesgaban a ejercerla. Las *pamparuna* vivían en el campo, aisladas comoapestadas, y ninguna mujer les dirigía la palabra so pena de que le cortaran el cabello en público y de ser repudiada por su marido. En cuanto a los hombres... Ellos no se preocupan por la honestidad cuando sus instintos bestiales son satisfechos. ¡Los que disfrutaban de las *pamparuna* eran los primeros en

lapidarlas con palabras!

Digo esto para mostraros lo mucho que se equivocaron los vuestros. No hay convento en vuestro país donde se controle la castidad con más rigor que en los *Acllahuasi*. Y no creáis que existe falta de respeto en esta comparación. En aquella época, creíamos lo que creían nuestros padres y los padres de nuestros padres. Para nosotras, entrar en el *Acllahuasi* era como empezar un noviciado con el fin supremo de convertirnos en las esposas del Amante divino.

Quedé petrificada de admiración ante el *Acllahuasi* de Amancay. Unas murallas formidables de bloques de granito defendían el acceso. Una vez franqueadas, se atravesaba una explanada ricamente pavimentada. Luego, por unas nobles gradas, se penetraba en el *Acllahuasi* propiamente dicho, un inmenso edificio que se abría sobre salas adornadas con colgaduras y hornacinas, en las que brillaban estatuas y floreros de oro y plata... ¡Contemplad eso con unos ojos habituados al decorado estrecho, terroso y tizado de humo de nuestra casita, y comprenderéis en qué estado de estupor extasiado caminaba yo! Había galerías que separaban las salas de los talleres. Al fondo, adosadas como los alvéolos de un panal, se alineaban nuestras celdas.

En el exterior, los lugares del culto se elevaban en medio de unos magníficos jardines. ¡Una rareza más! ¡En nuestra aldea, utilizar la tierra para producir flores y plantas de adorno habría sido un sacrilegio! Más lejos se extendían el parque de las llamas, otras dependencias y campos de cultivo, y siempre, como línea de horizonte, la mirada chocaba con las murallas, recordándonos nuestros límites.

Una superiora, parienta cercana del Inca, era la responsable del *Acllahuasi*. La asistía un gobernador, también de sangre principesca, que dirigía la intendencia. Sabios médicos cuidaban nuestra salud. También nos rodeaban las *mamacuna*, unas viejas *aclla* cuyos encantos demasiado maduros ya no eran capaces de atraer el interés del Inca y que encontraban en el *Acllahuasi* un retiro digno de su rango y unas pupilas a quienes transmitir su experiencia y su saber.

Cuando llegamos, las otras jovencitas y yo, seleccionadas por el *huarmicuc* de la provincia, fuimos sometidas a un examen destinado a verificar nuestra virginidad. Tal vez ese detalle os parecerá escabroso, padre Juan, pero éramos diamantes en bruto, destinadas a alegrar los sentidos del Inca una vez desembarazadas de nuestra escoria, limpiadas y vueltas a limpiar. Era esencial controlar nuestra inocencia, del mismo modo que, antes de tallar una esmeralda, el primer cuidado del lapidario es asegurarse de la pureza de su agua.

¡Habéis querido conocer nuestras costumbres, tendréis que oírlo todo! A continuación nos raparon, dejándonos sólo unos cortos mechones en la frente y las sienes, que fueron trenzados por una *mamacuna*. Me consolé de la pérdida de lo que nosotras, las mujeres de esta tierra, consideramos el más regio de los adornos, pensando que mi cabello habría crecido otra vez cuando compareciera ante el Inca.

Después nos vistieron. Si la presencia de un gran sacerdote del Sol no nos hubiera tenido paralizadas, pues no habíamos tenido hasta entonces más que a nuestros modestos adivinos de aldea como intermediarios ante los dioses, ponernos aquella ropa nueva habría sido una fiesta. Escoltadas por una de las veteranas, encargada de iniciarnos en nuestros deberes, nos retiramos, vestidas con una túnica de color violáceo y un pequeño velo sobre nuestro cráneo afeitado.

Aunque había sirvientas que se ocupaban de atendernos, no supongáis que nuestro tiempo

transcurría entre charlas y juegos. ¡Teníamos tanto que aprender! Ante todo, el ritual del culto, muy conciso en nuestros *ayllu*, donde los impulsos del corazón suplen la ignorancia, y también la decoración de los altares y los cantos y las danzas que presiden nuestras ceremonias religiosas ya hubiese bastado para ocupar nuestros días y nuestras cabezas, pero la *mamacuna* de quien dependía nuestro grupo tenía también por misión enseñarnos buenas maneras, el tejido, el bordado, la fabricación de la *chicha*... ¡Qué grosera me parecía la *chicha* que hacía mi madre en comparación con la rubia bebida, espumosa y fragante, que vertíamos en unos enormes recipientes, donde el maíz, después de hervido, fermentaba suavemente!

Al cabo de un año, mis dedos habían adquirido habilidad suficiente para que nuestra *mamacuna* me confiara el tejido de las *chuspa*, esas bolsitas que el Inca, su parentela y algunos privilegiados llevaban siempre en bandolera y que contenían la preciosa hoja de coca, reservada únicamente para su uso.

Un año más tarde, tuve el gran honor de ayudar en la confección de una túnica de lana de vicuña encargada por la *Coya*, nuestra emperatriz. Recuerdo que la tela era de un rosa herrumbre, y tan blanda, tan suave, que tocarla me proporcionaba exquisitas sensaciones. Ese año me hice núbil. Me ofrecieron nuevas vestiduras y me dieron mi nombre definitivo: «Azarpay», que en vuestra lengua puede traducirse como «Modesta Ofrenda», aunque mis pensamientos se orientasen cada vez más hacia orgullosas ambiciones.

Al principio, mis compañeras y yo estuvimos unidas por el proceso de adaptación, la admiración y el temor. Pero a medida que nuestras formas se desarrollaron y que la mujer se fue afirmando en nosotras, se establecieron rivalidades.

Sabíamos, en efecto, que al término de los cuatro años que debíamos pasar en el *Acllahuasi*, tendría lugar en Cuzco una segunda selección. Sólo las más bellas formarían parte del lote del Inca. Y, evidentemente, cada una de nosotras se consideraba la más bella y todas queríamos pertenecer al Hijo del Sol. Su imagen deífica acompañaba hasta el menor de nuestros trabajos.

Cuando tejíamos, era imaginando la dicha de ser sus sirvientas y ataviarlo; cuando revolvíamos la *chicha*, soñábamos con ser la que apagaría su sed, y cuando cocinábamos sus platos favoritos bajo la dirección de la *mamacuna*, nos imaginábamos ante él, presentando los alimentos preparados por nuestras manos, deseosas de ver la expresión de satisfacción que recompensaría nuestros esfuerzos. En cuanto al placer supremo... En la ignorancia absoluta de lo que era el coito sagrado (las *mamacuna* permanecían mudas sobre ese punto), nos agotábamos por la noche construyendo en nuestras celdas las más extravagantes hipótesis.

Las *mamacuna*, que percibían la agitación de nuestra sangre, no cesaban de recordarnos los castigos a los que nos expondríamos si teníamos la mala suerte de sucumbir a la tentación que podían representar los jóvenes vigorosos (porteadores, guardianes, jardineros, pastores) que compartían con nosotras la austeridad del *Acllahuasi*... ¡Pobres muchachos trastornados por ese rebaño de jovencitas al alcance de sus manos rudas, a las que no tenían ni siquiera el derecho de rozar con la mirada!

No obstante, a veces las exigencias de la naturaleza prevalecían sobre el temor.

Durante mi tercer año, Gualca, una niña encantadora que tocaba maravillosamente el tamboril, se dejó seducir por uno de los pastores. Una sirvienta los sorprendió en el parque de las llamas y los

denunció. Todas asistimos a la ejecución, incluso las enfermas, a las que, por orden de la superiora, transportaron al lugar en litera.

El tiempo era hermoso, las aves atravesaban el cielo en vuelos oscuros y todavía tengo en la nariz el olor agradable y fresco de la hierba que los jardineros habían cortado antes de cavar el pozo. El amante de Gualca fue colgado ante sus ojos. Luego, a ella la enterraron viva. El castigo estaba justificado, teníamos conciencia de ello, pero los alaridos de la infortunada me tuvieron despierta largas noches y, más aún, el silencio terrible que siguió a los gritos cuando la tierra llenó su boca.

En lo que a mí concernía, yo había penado y sufrido demasiado para entrar en el *Acllahuasi*, ¡y ni el más seductor de los hombres hubiese logrado conmovirme! Sobre todo porque mis probabilidades parecían aseguradas. Nuestra *mamacuna*, cuya severidad se disipaba ante mi talento para tejer, repetía que yo sería la gloria de Amancay.

La fecha de nuestra partida iba acercándose, y yo recuperaba mis antiguos temores. A fuerza de disciplina, mi cojera se había vuelto imperceptible, pero yo sabía en el fondo de mi corazón que estaba haciendo trampa. ¿Y se puede engañar al dios viviente?

Hicimos nuestra entrada en Cuzco una semana antes del solsticio de verano, durante el cual se celebraba el *Intip Raymi*, la Fiesta del Sol. De inmediato nos encerraron en el muy ilustre *Acllahuasi* de la ciudad, en compañía de otras jovencitas llegadas de los cuatro distritos del Imperio, con prohibición absoluta de acercarnos a los apartamentos de las vírgenes del Sol.

Para que no cometáis el error de vuestros compatriotas, os hago notar, padre Juan, que hay una gran diferencia entre las vírgenes del Sol y la categoría a la que yo pertenecía. Las *intipaclla* o «mujeres elegidas del Sol» (démosles su verdadero nombre) eran todas de noble extracción y permanecían enclaustradas hasta la muerte... Cuando graves acontecimientos lo exigían, no había ofrendas que agradaran más a los dioses que aquellas beldades patricias.

La noche que precedió al *Intip Raymi*, intenté en vano conciliar el sueño, y me levanté presa de gran desasosiego. ¡Había llegado el día! El humor del Inca decidiría mi destino. En Amancay, yo imaginaba ese sino radiante como un cielo en la aurora. Pero ahora se me aparecía brumoso, tormentoso y lleno de pájaros negros volando en círculos.

Nos entregaron túnicas de lana blanca y anchos cinturones bordados, cuyo color variaba según la provincia que representábamos. El mío era azul. Vi en eso un mal presagio: el día en que me rompí la pierna tenía un hilo azul atado en la muñeca. Desde entonces detesto el azul y desconfío de él. También nos distribuyeron unos pequeños velos blancos muy finos y guirnaldas de flores para sujetarlos sobre nuestros largos cabellos flotantes. Después, una multitud de sacerdotes invadió el lugar, nos repartieron en grupos y nos empujaron hacia la salida.

El *Acllahuasi* se abría directamente sobre la *Huacaypata*, la Plaza de las Ceremonias. Deslumbradas por la luminosidad, nos inmovilizamos en la inmensa explanada para escuchar la arenga del gran sacerdote del Sol, el *Villac Umu*.

Yo traté de concentrar mi espíritu en aquella alta y majestuosa figura, coronada por una tiara de oro terminada en un sol del mismo material, realzado con plumas, pero no me pidáis que os repita sus palabras: aunque me fuera la vida en ello, no podría. Un sudor frío me mojaba la nuca y los riñones y me temblaban las piernas. Estábamos en ayunas desde la antevíspera. Mi rápido crecimiento no soportaba bien aquel rigor. Al menos, ésa era la excusa que yo me daba para explicar el cobarde

abandono de mis fuerzas y el desorden de mi pobre cabeza.

Comenzamos a desfilar. Una a una, las jovencitas que precedían a nuestro grupo se postraban ante unos altares contruidos y decorados para la ocasión.

En el primero se alzaba el *Punchao*, enorme y magnífico disco de oro macizo que simbolizaba a nuestro padre el Sol; en el otro, con reflejos suaves, el disco de plata de la Luna, su esposa y hermana, y más lejos, sobre un palanquín de oro, la efigie resplandeciente de *Inti Illapa*, señor del rayo, de la lluvia y del granizo, una de nuestras divinidades más veneradas, comprenderéis por qué.

A continuación, las jovencitas se inclinaban ante los *mallqui*, que llevaban los párpados laqueados de oro e iban suntuosamente vestidos, con la cabellera sembrada de plumas y pedrería. Unos servidores abanicaban a los *mallqui*, otros sostenían unos parasoles de plumas de loro multicolores sobre sus augustas cabezas... ¿Qué son los *mallqui*? Los cuerpos de nuestros Incas difuntos, a los que el embalsamamiento conserva la apariencia de la vida en la muerte. Se los había sacado de sus palacios, donde cada uno continuaba reinando sobre una verdadera corte.

Mentiría si os dijera que la vista de aquellas reliquias sagradas nos inspiraba el recogimiento que hubiéramos mentido en cualquier otro momento. No teníamos más que un pensamiento: «¿Llamaré la atención del Inca?». ¡Nuestra existencia dependía de la respuesta! Y seguíamos con nerviosismo el avance de nuestras compañeras. Cada una de ellas se detenía ante el Inca. Cuando él inclinaba la frente, ceñida con el *llautu* y la *mascapaycha*, insignias de la omnipotencia, ¡cómo envidiábamos a la elegida! El suplicio había terminado para ella. Imaginábamos su embriaguez, pero también la decepción de las otras, y nuestra garganta contraída se cerraba un poco más.

Ya nos acercábamos. Ahora podía distinguir con bastante nitidez la fisonomía del gran Huayna Capac, duodécimo de la dinastía. Ya no era joven. Pero ¿se tiene edad cuando se es Inca? Detrás del hombre-dios y de la *Coya*, su esposa-hermana, se apretujaba la nobleza. Las bendiciones del Sol, derramadas sobre aquel cuadro de jefes guerreros y dignatarios, encendían tantos fuegos de oro, tantos centelleos de alhajas, que mirarlos fijamente hacía arder los ojos...

Sentí un golpe seco entre los omóplatos. Me sobresalté, me volví y encontré la mirada pétrea de un sacerdote. «¡Baja los ojos, insolente! Y avanza». Absorta en mis temores y mis reflexiones, había dejado, en efecto, que se formara un espacio entre la jovencita que me precedía y yo. Apresuré el paso para alcanzarla.

La mano del sacerdote se cerró sobre mi brazo y me hizo volverme hacia él. «Cojeas», dijo.

Protesté, aterrorizada.

El desfile se interrumpió. Un dignatario se acercó para informarse. El sacerdote reiteró su acusación. Yo ya no podía dominarme. De todos modos, ¡qué tenía que perder, si ya todo estaba perdido! Continué negando, resistiendo. Llegó otro dignatario, escoltado por dos guardias que me aferraron, y me encontré tirada en el suelo, ante los tronos de oro del Inca y de la *Coya*. Así me quedé, muda, rota.

El sentimiento de culpa, latente en mi corazón desde hacía años, reventó bajo el choque de la emoción y me invadió, dejándome sin voluntad, indefensa. Era casi un alivio. Ya no tenía que fingir, ya no luchaba, aceptaba la renuncia, el castigo, la muerte... Y ya me sentía muerta, polvo en el polvo. Entonces recordé el suplicio de Gualca y me embargó el espanto, el dolor invadió mi cuerpo y me enderecé.

Un golpe me envió de nuevo al suelo. La voz del Inca resonó, formidable: «Levántate». Obedecí. La *Coya* se inclinó:

—La niña es de una gran belleza, mi todopoderoso señor. ¿Has notado la blancura y la finura de la piel, la elegancia de los miembros? Si me permites expresarte mi opinión, creo que si su defecto escapó a la mirada de las *mamacuna*, ¿no será acaso por voluntad de los dioses, deseosos de ofrecerte esta maravilla marcada con una señal particular, a fin de que no haya ninguna igual?

Aquella noche hubo un gran banquete, y alegre francachela y cantos en la *Huacaypata*. Los ecos de la fiesta se colaban por las aberturas del *Acllahuasi*, adonde me habían devuelto, y resonaban hasta en mi celda.

De nuestro grupo de Amancay, casi todas habían sido entregadas a dignatarios y gobernadores de provincia. Aparte de mí, el Inca había retenido sólo a otra jovencita. Los primeros días, mi euforia fue tal que casi me debilité. Al cabo de una semana aquella felicidad se agotó. Yo había creído lograr mi propósito. ¡Error! Quedaba por franquear un gran obstáculo.

Lo comprendí al encontrar en los talleres del *Acllahuasi* a numerosas *aclla* ya no demasiado jóvenes, con los rasgos marchitos, destinadas al olvido. Durante su presentación habían gustado, pero fue una impresión efímera borrada enseguida. La belleza tiene su monotonía. ¿Cómo podría retener la memoria del Inca los rostros, las siluetas de cientos, de miles de mujeres seleccionadas por él? Ser seleccionada no significaba ser elegida. Al contrario, ser seleccionada era para muchas la reclusión perpetua. Aquella deducción me horrorizó. Caí en la melancolía, perdí hasta el gusto de peinar mis cabellos, y las *mamacuna* de Cuzco me regañaban. Repetían que una *aclla* debe estar lista en todo momento. El placer del Inca no tiene horario.

Los servidores fueron a buscarme en plena noche. Me sacudieron, me sumergieron todavía atontada en un pilón recubierto de oro, me frotaron con esencia perfumada, me pusieron una túnica blanca bordada, me desenredaron el pelo, lo adornaron con una banda de oro, me envolví en mi *lliclla* y, tiritando en el frío de la noche, dejé el *Acllahuasi*, sabiendo que ya no volvería a cruzar el umbral, pues toda mujer que compartiera el lecho del Inca, aunque fuera sólo una vez, quedaba destinada a su casa.

Una callejuela separaba el *Acllahuasi* del palacio de Huayna Capac. Bruscamente, encontré el trayecto demasiado corto y me trastorné. ¿Sabría agradarle? ¡Me sentía tan torpe, tan tonta! Los servidores me introdujeron en una sala centelleante de oro y me abandonaron. Una colgadura se apartó. Me postré. Dos pies menudos, calzados con sandalias de fina lana trenzada, se acercaron a mí con pasitos rápidos.

—Levántate, niña. —Estupefacta, reconocí a la *Coya* Rahua Ocllo—. He sido yo quien te ha mandado llamar. Esta noche, el Inca está cansado, pero su poderosa naturaleza reclama sosiego. Dos de sus mujeres han intentado satisfacerlo, y las ha rechazado. Es tu oportunidad, pequeña... ¿Tienes miedo?

—¿Quién no temblaría ante el gran Huayna Capac, oh serenísima *Coya*?

—No dejes que se note. Apagarías la benevolencia de mi esposo. Su deseo se diluye ante el temor que anuda los miembros, los llantos que afean y todas las ridículas manifestaciones a las que las doncellas tienden a abandonarse. Si te duele cuando su *ullu* te penetre, ¡sufre alegremente a fin de recoger toda su semilla y que él tenga un goce perfecto! Y si sientes que su interés languidece...

Siguieron consejos que escuché, enrojecida. Entre nosotros, los hombres tienen un lenguaje rudo y lo emplean con profusión, mientras que las mujeres están obligadas a la más estricta decencia de expresiones... Pero ¿quién habría tenido la audacia de comparar a la *Coya* con ninguna otra mujer? ¡Nada puede ensuciar la boca de una diosa! Ese pensamiento devolvió mi adoración a su lugar.

La *Coya* dio una palmada. Apareció una enana.

—Ve —dijo la *Coya*.

La enana me llevó en silencio, a pasitos, hasta los aposentos del Inca. Ante la puerta velaban un jaguar y un puma con collares de oro incrustados de esmeraldas. Gruñeron cuando me acerqué. La enana emitió una especie de silbido y se callaron.

Entré. Una antorcha iluminaba la habitación. En las noches de grandes fiestas, yo había visto tan a menudo a mi padre y a los hombres de nuestro *ayllu* vencidos por la *chicha*, que comprendí enseguida que Huayna Capac estaba ebrio. Eso me devolvió la sangre fría. La situación me resultaba familiar y no necesitaba los consejos de la *Coya* para resolverla. Me acerqué a la forma tendida al borde de la cama y, osando poner las manos sobre el cuerpo de mi señor, conseguí mover su gran masa, estiré sus piernas y lo cubrí.

La operación se describe en pocas palabras, pero creedme, padre Juan, ¡el esfuerzo me empapó de sudor! Al menor gruñido que salía de su augusto pecho, temblaba temiendo que el furor lo arrancara de su somnolencia y lo empujara a los peores extremos.

Una vez hecho esto, no supe qué hacer. ¿Partir? ¿Partir así, partir sin que el Inca hubiera marcado mi carne con su sello, partir entonces para volver al *Acllahuasi*...! Y no habría segunda oportunidad, la *Coya* no me perdonaría haber decepcionado su benevolencia. ¿Cómo disculparme ante ella? ¿Podía permitirme yo, criatura vulgar, insinuar que la *chicha* tenía los mismos efectos sobre el Hijo del Sol que sobre el campesino?

Contemplé a Huayna Capac. El sueño suavizaba los estragos del tiempo, alisaba las arrugas. ¡Así, boca arriba, entre las mantas, era muy hermoso y mucho menos impresionante! Movida por un súbito impulso, me tendí sobre una de las esteras, decidida a esperar su despertar... Y deshecha de emoción, me dormí.

Por la mañana, al encontrarme al pie de su lecho y dueño de nuevas fuerzas, el Inca me tomó. Yo estaba suave y húmeda, medio dormida, y tierna como un panecillo fresco de maíz. Él pareció contento. A continuación llamó. El jaguar y el puma saltaron dentro de la habitación y se dedicaron a olirme y lamerme. Disimulé mi temor lo mejor que pude. El Inca reía.

Entró un dignatario, uno de sus hermanos seguido de su consejero íntimo. Al verme, felicitó a Huayna Capac por haber prolongado la noche hasta la mañana como un hombre joven. El buen humor del Inca se acentuó.

Después unas *aclla* invadieron la habitación. Desplegaron unas esteras de junco trenzado en el suelo y las cubrieron con platos de oro en los que había toda clase de ricos alimentos: pájaros asados, soberbios pescados, guisos de setas y frutas de las tierras cálidas que me resultaban desconocidas. Luego trajeron un banquito de madera recubierto de lana. El Inca se sentó. Ellas se dispusieron a servirlo. Él me señaló con un gesto; con otro, las despidió. La mirada que me dirigieron al retirarse me dio la medida del privilegio que se me otorgaba.

Bendiciendo en lo más íntimo de mi corazón a las buenas *mamacuna* de Amancay, que me habían

enseñado a servir hasta en los menores detalles, cogí una escudilla de oro, esperé que el Inca eligiera y, después de llenarla disponiendo el pescado de la manera más atrayente, se la presenté y permanecí de pie ante él hasta que la vació. La comida duró mucho tiempo. Yo admiraba el apetito del Divino. En las aldeas, lo normal es la frugalidad. Yo también tenía hambre. Los aromas que subían de los platos me retorcían el estómago. Al final de la comida, me autorizó a tomar un huesecillo de pato salvaje, que roí con deleite.

La voluntad del Inca no tiene horario. Así que yo estaba siempre preparada para satisfacerlo. Por la noche, la sirvienta (ahora tenía una sirvienta para mi uso personal) velaba para despertarme y vestirme si Huayna Capac enviaba a buscarme. A veces, le bastaba con contemplarme bailar al son del tamboril, lo que yo hacía bastante bien.

Cuando no estaba con el Inca, es decir, la mayor parte del tiempo, permanecía en la habitación que me habían asignado y que se ennoblecía poco a poco con las demostraciones de la satisfacción que yo proporcionaba a mi señor: una colgadura, un jarrón, una manta de lana fina, un espejo de bronce y un cofrecito de madera en el que guardaba otros regalos, como un broche de plata para cerrar mi *lliclla* y un ancho brazalete adornado con flores de nácar y coral. La sirvienta me traía las comidas.

El Inca me había prohibido mezclarme con las otras *aclla*. Ignoro por qué, pero aquel apartamento, aquel círculo mágico que él trazaba a mi alrededor, me llenaba de orgullo. La cabeza me daba vueltas. Cuando se es muy joven, el presente y el futuro se confunden. Yo imaginaba mi existencia como una eternidad de días felices, iluminados por un favor creciente, y la presencia de los cientos de mujeres desdeñadas que poblaban el palacio no lograba enturbiar esa ingenua convicción.

Enloquecí de alegría cuando Huayna Capac me anunció que partía hacia Quito y que me llevaba con él. La víspera de la partida, la *Coya* Rahua Ocllo me mandó llamar. Vuestros compatriotas, padre Juan, se sintieron tremendamente extrañados al enterarse de que, según la tradición, el Inca reinante tomaba por esposa a una de sus hermanas legítimas. Sin embargo, ¿cómo asegurar la continuidad de los descendientes del Sol si no era casando entre ellos a los únicos depositarios de sangre pura y divina? Nosotros no veíamos en esas uniones más que necesidades que escapaban a toda regla humana.

Como la mayor parte de las mujeres descendientes en línea directa del primer Inca, Manco Capac, fundador de la dinastía, Rahua Ocllo (¿os lo había dicho?) era muy bella. Su piel tenía la palidez nacarada de la Luna y su cabello tomaba la sombría y profusa brillantez de la noche. Le gustaban las fiestas, se rodeaba de enanas bufonas, era muy coqueta en su arreglo y tenía predilección por las esmeraldas y los tonos vivos del arco iris. Eso era lo que yo sabía de ella, que no era más que la apariencia, lo mismo que sus bondades para conmigo, y no tardaría en descubrirlo.

Despidió a sus mujeres. Su aire severo me inquietaba. El humor de los príncipes es la conciencia de los humildes. Me sentí culpable sin poder decir de qué.

—Niña —comenzó—, antes de que te vayas tenemos que hablar. Debes saber que, hace una treintena de años, el Inca, mi esposo, subió hacia el norte con su gran ejército y conquistó el rico reino de Quito. En el Inca cohabitan el dios y el hombre. El hombre se enamoró de Pacha Duchicella, la hija del rey de ese país. Nuestro hijo, el príncipe Huáscar, tenía cinco años cuando Pacha

Duchicella dio, ella también, un hijo a Huayna Capac. A ese bastardo lo llamaron Atahualpa. Mi esposo lo ha preferido siempre a sus otros hijos. Hoy piensa dividir el Imperio entre Huáscar y Atahualpa... Seguramente lo ignoras: el pueblo no sabe nada de lo que, por otra parte, no tiene por qué saber, pero desde que reinan los incas el Imperio no ha sido jamás dividido. Al contrario, agrandar sus posesiones ha sido siempre el cuidado constante de nuestros soberanos. Por eso he pensado en ti para apartar a nuestro señor de su proyecto... ¡No pongas esa cara de estúpida! Cuando una mujer es lo bastante hábil para captar la atención del Inca más de un día, es capaz de mucho. No te pido que influyas en el dios sino en el hombre. El hombre es vulnerable. ¡Cuando pienso que, desde la primera estación de sus amores, Pacha Duchicella sigue a mi esposo a todas partes! Los años no han sido benevolentes con ella, pronto no será más que una vieja carroña maloliente, pero aún conserva poder sobre el Inca. Ella es quien lo ha decidido a ir a Quito. Él tiene la intención de establecerse allí definitivamente después de haber instaurado la sucesión del Imperio según su funesto designio. ¡Funesto es la palabra! En las últimas fiestas del *Intip Raymi*, cuando tú todavía estabas en el *Acllahuasi*, un águila herida, perseguida por unos buitres, cayó ante la litera del Inca. ¡Mal presagio! ¡Los dioses están encolerizados! Y la culpa es de esa mujerzuela intrigante y de su bastardo. Hay que aniquilar sus pretensiones. ¡El Imperio debe volver en su totalidad a Huáscar, mi hijo, el heredero legítimo, el que no tiene más que una sangre, la nuestra! Cuando él reine, yo reinaré y no me olvidaré de ti.

Más adelante, en otras circunstancias, yo recordaría esas palabras. Pero, por el momento, contemplaba aterrada a la *Coya*, que quebrando su adorable imagen me ofrecía la de una arpía poseída por los celos y el odio.

—¡Soy tan joven, tan joven...! ¿Qué puedo hacer? —murmuré.

—El aguijón de un insecto puede matar al que lo supera mil veces en tamaño y en fuerza. Tu insignificancia es un triunfo. ¿El Inca desconfiaría de la palabrería de una niña? ¡Destruye el amor del padre por el hijo poniendo en su corazón duda y sospecha! ¡Inventa! Cuando estéis en Quito, feudo de Atahualpa, te resultará fácil. Huayna Capac se complace en elogiar los méritos de su bastardo y en creer que ese demonio lo ama por él y no por lo que espera cosechar... Pequeñas frases hábilmente deslizadas (sobre todo si antes te ocupas de dejar al viejo agotado de placer) se introducirán en él como un dulce veneno.

Me retorcí las manos.

—Serenísima *Coya*, cada uno da lo que tiene. Yo no sería capaz...

Los ojos de Rahua Ocllo se achicaron como los de un jaguar cuando eligen su presa.

—¡Es a mí a quien debes los privilegios de que disfrutas, miserable hija de los campos! Sin mi intervención, si yo no hubiera desviado la irritación del Inca el día del *Intip Raymi*, ¿dónde estarías? ¿Y por qué te salvé? ¿Acaso te lo preguntaste? ¿Para satisfacer a mi esposo? Eso se lo dejo a otras. ¿Por piedad hacia ti? La piedad es uno de los sentimientos más comunes. Te salvé porque una jovencita tan astuta y ambiciosa como para disimular durante cuatro años un defecto que la habría descalificado me pareció digna de mi apoyo. Así que no me defraudes. Utiliza la cabeza. Hoy como ayer, se trata de tus intereses. ¡Incluso a distancia puedo deshacer lo que hice!

Ningún hombre blanco ha asistido jamás a los desplazamientos del Inca. Así que me voy a esforzar, padre Juan, por describiros el que realizamos de Cuzco a Quito, que fue el último de los

tiempos felices de nuestro Imperio.

Imaginaos la partida. Abren el cortejo cinco mil guerreros armados con hondas; después, otros dos mil, de sangre noble, y enseguida dos mil más, que constituyen la guardia personal del Inca. Todos son hombres bellos y orgullosos. Van en formación. Sus escudos de madera, de piel, de plumas, de oro o de plata, se funden en un animado mosaico que marca cada hilera y alegra los ojos. Las corazas brillan y las espadas subrayan con un trazo de oro la calidad de los jefes.

Una llama blanca marcha delante de la litera del Inca. Su paso es solemne. La cubre una gualdrapa escarlata. De sus orejas penden racimos de alhajas de oro. La litera es una obra de arte. Han intervenido en su construcción los mejores ebanistas, tejedores, plumajeros, joyeros... Hecha de maderas preciosas, enriquecida con láminas de oro, engalanada con ramos de esmeraldas y turquesas, está coronada con dos graciosos arcos de oro de donde cuelgan las cortinas. Se puede admirar la tela sedosa, bordada con hilos centelleantes, con el Sol y la Luna simbolizando los orígenes divinos del Inca. Las cortinas tienen agujeros, lo que le permite ver sin ser visto. Se apartan cuando él decide ofrecerse a la adoración de sus súbditos o contemplar los diversos aspectos del paisaje. Ocho hombres de excepcional vigor sostienen ese monumento. Es un honor supremo. Es también una gran responsabilidad: el menor tropiezo es castigado con la muerte.

Detrás, unas literas más ligeras, alegradas por agradables cortinas cerradas, transportan a las mujeres designadas para acompañar al Inca. En nuestro viaje se contaban más de setecientas. Tranquilizaos, padre Juan. Huayna Capac no pensaba en absoluto en grandes desenfrenos, ni siquiera en honrar a la décima parte: su edad ya no se prestaba para ello. Pero, ya os lo he dicho, las mujeres eran demostración de poder y de fortuna, y un soberano habría quedado como un gobernador de provincia si hubiera llevado entre sus cosas sólo a una cincuentena.

Después de las mujeres, los dignatarios. En literas o en hamacas. El rango se ostenta soberbiamente en las vestimentas. Las capas se drapean en los hombros, sus pliegues se abren sobre unas cortas túnicas bordadas, con bordes de flecos o pompones de plumas de guacamayo y loro, en vivos colores. Y el oro fluye. Trabajado en láminas, en perlas, en pepitas o en escamas, incrustado de plata, de pedrería, de lapislázuli, de nácar o de cristal, se convierte en pectorales, brazaletes, jarreteras, collares, pulseras, diademas, pendientes... Su centelleo es el de nuestro padre el Sol, que aureola a aquellos de su misma sangre.

Siguen los magos, los adivinos, los médicos, y la ola ruidosa de los cantores, bailarines, flautistas y tocadores de tambor y tamboril; los enanos y los jorobados cuyas cabriolas y payasadas alegrarán nuestras fiestas, y el desfile majestuoso de los jaguares y los pumas rodeados por los oriundos de las tierras cálidas, vestidos con pieles y plumas, hábiles en capturarlos y amaestrarlos.

Y la servidumbre.

Aunque nos habíamos asegurado de encontrar en cada alto todo lo necesario para nuestra comodidad, los criados y sirvientas se contaban por millares. Añadamos a los porteadores y el rebaño de llamas, los hombres más cargados que los animales. Más allá de cierto peso, la llama se niega a avanzar. ¡Si alguien se obstina, se tenderá en el suelo y le lanzará a la cara un salivazo verdoso y maloliente! De modo que hay que tener cuidado y no irritarla.

Los correos preceden siempre al Inca para anunciar su llegada. Inmediatamente, las ciudades sacan sus adornos más preciosos. Se sacuden tapices, colgaduras, pieles de jaguar. Se fabrican

decoraciones de plumas. Las paredes se cubren con escamas de oro y plata, y la población corre a cortar en los alrededores flores y ramas.

Al paso del cortejo, las aldeas se agitan como hormigueros. Se barre la calzada, se arrancan las hierbas y el musgo del pavimento, se levantan arcos de ramas, se arreglan los trajes de fiesta, se canta y se baila de alegría. Los niños otean sobre los muretes de las terrazas de cultivo. Cuando asoma el cortejo, anunciado de lejos por el mugido de los *mullu*, las grandes caracolas marinas cubiertas de nácar rosado, y por los estandartes que despliegan sus perifollos en el cielo, los niños gritan. Hombres y mujeres brotan de las aldeas y todos invaden los campos. Hasta los ancianos de cabeza vacilante y los enfermos descubren que tienen piernas nuevas para correr ellos también. ¡Divisar al dios viviente es una dicha que tal vez no se repita jamás y cuyo recuerdo encantaré el corazón hasta la muerte!

Una vez cruzado el Apurímac (yo reía sola en mi litera, recordando mis temores de niña la primera vez que había puesto el pie en el puente colgante), pegué el ojo a las aberturas practicadas en las cortinas y me dediqué a escrutar las pendientes de los montes y las laderas de la *Nan Cuna*. ¿Estarían mi padre, mi madre, mi hermana entre aquella multitud delirante que aclamaba a Huayna Capac? No los vi. Sin duda era mejor así. ¿Para qué avivar lo que debe ser olvidado? No habría podido hablarles ni hacerles una señal. Una *aclla* no tiene familia ni pasado. Nace a la vida el día en que se abre al amor en el lecho del Inca. Además, cuando los padres conducen su hija al *Acllahuasi*, saben que no tendrán ninguna noticia de ella y que no volverán a verla jamás.

La presencia de vuestros compatriotas, padre Juan, ha trastornado nuestras reglas. Volví a ver a mis padres. Mucho, mucho tiempo después, y en la hora más cruel de mi existencia.

Felizmente, el porvenir está en el espejo de los adivinos. El mío reflejaba, en aquel momento, sólo el rostro de una mujer muy joven bellamente arreglada, saboreando con voluptuosidad las novedades de su condición.

A medida que nos alejábamos de Cuzco, las amenazas de la *Coya* se diluían... «Lo pensaré cuando lleguemos a Quito», me decía, despreocupándome debido a las bondades que me prodigaba Huayna Capac.

Jamás he vuelto a cometer semejante error.

La *Nan Cuna* se compone de dos vías. La primera se lanza a través de la sierra, cruza los torrentes, serpentea el flanco de los montes y talla su camino en la roca; la segunda costea, indolente, el mar. Unas ramificaciones unen este doble trazado colosal que surca el Imperio de sur a norte. Después de Amancay, cogimos un atajo y bajamos al valle de Pisco. Ahora, la arena ha vuelto a posesionarse del suelo, pero cuando nosotros llegamos, ¡qué abundancia de huertos y cómo crecía el algodón!

Los españoles exclamaron que era un prodigio cuando supieron que el agua, irrigando desde esas extensiones costeras, era transportada a los montes andinos. Les hemos enseñado las galerías subterráneas cavadas por nuestros obreros, los acueductos, los canales, los depósitos, las esclusas... Hoy esos trabajos están abandonados. Eso nos entristece, no lo comprendemos. ¿Es posible que en vuestro país, tan civilizado, se desdeñe la ciencia y el ingenio de los hombres? ¡España debe de ser muy rica!

Nos detuvimos una semana en Pachacamac, donde Huayna Capac consultó al oráculo; luego, en

Rimac, junto a Lima, que entonces era sólo un minúsculo caserío. Fue en Rimac donde, bruscamente, caí en desgracia.

Taulichusco, el muy poderoso *curaca* de la provincia, había puesto su palacio a disposición del Inca. Los días se deslizaban, añadiéndose los unos a los otros como las perlas de un collar. Al no haber conocido aún ni las alegrías del corazón ni la plenitud de los sentidos, yo consideraba que en la tierra no había felicidad comparable a la mía.

Vivir a la sombra dorada del Divino, servirlo, recoger su goce, alojarme en sus moradas principescas, alimentarme con los platos más delicados, las frutas más raras, tener una colección maravillosa de *lliclla*, túnicas, cintas y tantos pares de sandalias como lunas en un año... Sonreís, padre Juan, me juzgáis muy frívola. Pensad que antes yo iba descalza y tenía por toda vestimenta la que llevaba puesta, ¡pensad en el cambio que ese ascenso representaba! ¿Qué chiquilla de quince años no hubiera sentido vértigo?

El palacio de Taulichusco era magnífico. Los muros, con un revestimiento de conchas, brillaban como la plata y de lejos producían un efecto mágico. Las salas se prolongaban en terrazas llenas de flores. Fiestas y banquetes se sucedían. Una noche, después de otros entretenimientos, el *curaca* hizo venir a una joven virgen que bailaba y tocaba la flauta. No tenía un rostro notable, su cara era chata y su boca gruesa, pero sí mucha audacia en los gestos y una pequeña silueta ágil y graciosa, revelada diestramente por su túnica de gasa. Al terminar su exhibición, dejó la flauta y parodió una especie de escena de amor con una serpiente. Yo nunca había visto nada tan indecente.

El contraste entre aquel cuerpo infantil y sus abrazos obscenos parecía gustar mucho a los hombres. Abrían mucho los ojos, y les brillaban. ¡No cabía duda de que todos soñaban con hacer de serpiente! El Inca tenía los párpados semicerrados y mascaba lentamente su bola de coca. Antes de que terminara el espectáculo, murmuró algunas palabras a Taulichusco y se levantó. Pensé que sentía asco. Junto con las otras *aclla* presentes, me apresuré a imitarlo. Con un fruncimiento de cejas nos apartó. La chiquilla lo siguió.

Por la mañana, llamó para su desayuno. Lo encontramos muy alegre. La joven *yunga* (así llamamos a los habitantes de la costa) estaba desnuda, beatíficamente tendida en el lecho imperial, revolcándose entre las mantas de lana de vicuña especialmente tejidas para el Inca y cuya inigualable suavidad él me había hecho apreciar. La serpiente se enroscaba entre sus piernas, con la cabeza erguida. Huayna Capac me ordenó ir en busca de una nodriza: la serpiente se alimentaba sólo de leche de mujer. Obedecí con el corazón lleno de rabia.

Cuando remontamos hacia el norte, Nauca Paya, la *yunga*, partió con nosotros. El clima de las orillas del mar inclina a la lascivia y a la intemperancia. Los hombres son viciosos y las niñas tienen la reputación de nacer recalentadas por las brasas que se incuban en el vientre de sus madres. Pronto sospeché que Taulichusco había iniciado a la *yunga* en prácticas perversas con el propósito de atraerse el favor de Huayna Capac. Yo crecía y empezaba a husmear la podredumbre. Pero aquel comienzo de perspicacia no me servía para nada. Cuando la mirada del Inca se aparta, no hay recurso que valga. ¡Mi única esperanza era que se cansara de compartir su placer con una serpiente!

La continuación del viaje fue penosa. Sola en mi litera, erraba por los negros paisajes que me ofrecían mis pensamientos. Por fin llegamos a Quito, y nos instalamos en Tumipampa, la residencia del Inca. Los altos picos nevados erizaban la lejanía. Unos jardines dibujaban los alrededores del

palacio. Su esplendor atenúa a veces mi desolación.

De esos jardines, como de los de nuestros templos y de los otros palacios imperiales, no queda nada de lo que constituía su magia. Para deleitar a los incas, nuestros orfebres sabían utilizar como estuches los ambientes naturales, tan caros a nuestros corazones, y combinar así los dones de la tierra con las suntuosidades del arte.

En los jardines de Tumipampa crecían con profusión las flores de oro, y también árboles, arbustos, matas cargadas de bayas y de frutas, todo esto asimismo de oro. Cuando brillaba el sol, parecía un incendio: ¡millares de flechas centelleantes atravesaban las sombras! De oro eran también los animales que se encuentran al azar en los caminos o que se posan en las ramas. Había también un campo de maíz, tan fielmente reproducido por los orfebres que en las cuatro estaciones uno podía creerse en la época bendita de la cosecha.

Cuando los españoles descubrieron ese oro, reaccionaron de un modo que nos dejó estupefactos. Para nosotros, el oro sirve sólo para goce de los ojos, y por eso estaba reservado a la élite. Vuestros compatriotas han visto solamente el valor comercial que le atribuíis y se apresuraron a fundir en lingotes flores, hojas, frutos, árboles, maíz y la multitud de animales trepadores y voladores, insectos, conejos, gatos salvajes, ardillas, pájaros y demás, dispuestos para alegrar los paseos de nuestro señor. En resumen, ¡todas esas maravillas concebidas y cinceladas tan delicadamente y con tanto amor en el precioso metal! Ahora éste circula despojado de su belleza, anónimo, manipulado por manos sucias... La moneda es ciertamente el testimonio de una sociedad más sabia e industrial que la nuestra, pero confieso que todavía estoy buscando las ventajas que proporciona. Nuestro comercio, basado en el trueque, era un estímulo para el trabajo y la destreza. Me parece que el vuestro favorece codicias sórdidas, hasta criminales. Me permití emitir esta opinión ante el virrey. Se rió. ¿Sabéis qué me respondió? «En todo indio, hasta en el más cultivado, hay un fondo de barbarie». Yo también reí.

En Tumipampa volví a reunirme con las *aclla*. Era sólo una más en el rebaño, ¡y cómo detestaba yo eso! Por orgullo, ante aquellas que había destronado en Cuzco y cuya satisfacción adivinaba, me esforcé por esconder mis sentimientos. Pero de buena gana hubiera dado mi pulsera de plata a un hechicero, si hubiese conocido uno, para que le hiciera un encantamiento a la *yunga* y le plantara garras de lechuza en el cuerpo.

¡Pero ved las ironías de la existencia! ¡Fueron los españoles los que me desembarazaron de ella!

Su aparición en nuestro país, advertida en Tumbes, una ciudad al borde del mar, y comunicada al Inca algunos días después de nuestra llegada, lo afectó grandemente. Como nos interrogábamos acerca de su melancolía, me enteré de que, una quincena de años antes, un adivino le había predicho la llegada de extranjeros de piel color carne de pescado hervida, de pelo rojo o amarillo, poseedores de armas atronadoras, más mortíferas que el rayo. El adivino había añadido que esa aparición precedería a la muerte del Inca y al aniquilamiento de nuestro Imperio.

Aunque los hombres blancos partieron casi enseguida por el mar del que habían llegado, Huayna Capac decidió reunir sin tardanza a sus hijos en Tumipampa para disponer su sucesión. La *yunga* ya no entraba en sus aposentos, pero aquellas noticias, que me habrían alegrado antes, ahora me dejaban indiferente. Me oprimían horribles presentimientos.

Aunque el deseo del Inca se adormecía, le gustaba rodearse de mujeres cuya belleza y modales lo

habían seducido particularmente. Por grupos y en turnos, durante una semana, preparamos sus comidas, se las presentamos y lo acompañamos adonde fuera, listas para abanicarlo, para llevarle los recipientes de oro y los vasos llenos de *chicha*, para renovar la provisión de coca en su *chuspa* y para prodigarle toda la atención que su bienestar requería y que la costumbre y nuestro celo de adoradoras nos permitían prever.

Yo era precisamente una de las *aclla* asignadas a su servicio el día que llegó el príncipe Huáscar, hijo de la *Coya* Rahua Ocllo. La escena permanece viva en mi memoria: fue en aquella ocasión cuando mi destino se determinó definitivamente, y mi corazón, que todavía era el de una niña, comenzó a latir como el de una mujer.

El tiempo era de una suavidad maravillosa. De los pequeños valles vecinos, que abundaban alrededor de nosotros, subía un ruido de pájaros y el canto poderoso de los jardineros. El cielo se volvía rosado, irisando las cimas nevadas.

El Inca meditaba, sentado en un largo banco de granito en una de las *huairona* del palacio... ¿Qué son las *huairona*? Elegantes galerías cubiertas, siempre orientadas hacia una amplia panorámica propicia a la contemplación y que, en caso de peligro, podían también servir como puestos de vigilancia. Estábamos a sus pies. Recuerdo que yo llevaba una túnica de color amarillo azafrán y, sobre los hombros, mi *lliclla* preferida, blanca con rayas amarillas, rojas y negras. Una cinta de hilos de oro y plata ceñía mi frente. Yo había bordado en el centro una flor de un rojo vivo.

De pronto, por el gran vano abierto de la *huairona*, divisamos la vanguardia de un cortejo. Era tal su tamaño, que hasta que se iluminaron las antorchas no pudo el príncipe Huáscar presentarse ante el Inca.

No tenía ni la prestancia de Huayna Capac ni la belleza de Kahua Ocllo. Lucía la trenza de lana amarilla. Sin ese tocado, tradicional en el príncipe heredero, nada lo habría señalado a las miradas. Junto a Huáscar estaba Atahualpa, el bastardo de la princesa de Quito. Había ido a recibir a su medio hermano en los límites del reino de sus antepasados, convertido en una provincia de nuestro Imperio. Lo cubría una deslumbrante capa de plumas.

Aún no os he hablado de Atahualpa, padre Juan, aunque acudía a menudo al palacio a visitar al Inca. El odio ha cerrado mi boca, y también la repugnancia que siento, incluso después de tantos años, a evocar su fisonomía... una fisonomía agradable, por otra parte, bien secundada por un habla espiritual y sedosa por la que, lamentablemente, Huayna Capac se dejó atrapar. A pesar de la gran importancia que habrían de tener en mi vida, dejemos por el momento a Huáscar y a Atahualpa. Detrás de ellos había un joven. El tamaño de los discos de oro que colgaban de los lóbulos de sus orejas atestiguaba su cercano parentesco con el Inca. Tenía los pómulos anchos, la nariz arrogante y la boca fuerte.

Yo me había cruzado, durante el viaje y en la corte de Tumipampa, con hombres jóvenes y hermosos, cuya virilidad me había emocionado un poco, pero aquél, tal vez porque se adivinaba en él ese algo que distingue a los seres de excepción, ¡aquél me quitó el aliento! He tenido otros amantes, padre Juan, pero Manco fue el único que me poseyó enteramente. Y ya me poseía cuando yo ignoraba hasta su nombre. Lo supe cuando Huayna Capac lo interpeló. Yo bajé los ojos y hundí el nombre en el fondo de mi memoria, sabiendo que no podría aportarme más que sufrimientos y tormentos. ¡Desdicha a la mujer elegida que haya osado ofrecerse a otro y al hombre, príncipe o

pastor, que haya intentado seducirla!

Algunos días más tarde, en el curso de una solemne ceremonia, Huayna Capac expresó su voluntad: el Imperio pertenecería a Huáscar, pero a éste le sería amputado el reino de Quito, del que pensaba disponer en beneficio de Atahualpa.

Huáscar se inclinó y los dos hermanos se juraron eterna amistad ante su padre. Las palabras no obligan a nada cuando se pronuncian bajo coacción.

El reparto decidido por el Inca me recordó las amenazas de la *Coya*. Pero ¿qué hubiese podido hacer yo? ¡Una mujer no tiene más que su cuerpo para influir sobre el espíritu de su dueño! ¿Y qué podría quitarme Rahua Ocllo que yo no hubiese ya perdido? De todos modos, temía ser un escape para su furor cuando se enterase de la noticia. Se rumoreaba que empleaba a menudo el veneno. Me decidí entonces a hacer probar mi comida a un conejillo de Indias. Luego me absorbieron otras preocupaciones y me olvidé.

Los malos presagios se multiplicaban. Un cometa verde apareció en el cielo. Un rayo cayó sobre el palacio. Signo evidente: ¡los dioses apuntaban sobre nosotros un dedo de fuego y nos enviaban sus maldiciones! Y los sacerdotes, los magos, no cesaban de anunciar el fin cercano del Inca y de repetir que lo seguirían atroces calamidades. Instruida ahora por las enseñanzas de vuestros compatriotas, sé que pretender leer el porvenir en las entrañas humeantes de una llama es una necedad... ¡Qué digo! ¡Es un pecado! Pero sigo sin explicarme cómo nuestros magos lograron describir con tanta precisión los horrores que nos acechaban. Después de la partida de Huáscar y de Manco, Huayna Capac contrajo una fiebre maligna. Los médicos no pudieron hacer nada. Para el Inca había llegado el momento de reunirse con su padre el Sol, y él lo sabía.

Antes de morir, reunió a sus parientes, sus jefes guerreros y los principales *curaca*, y les anunció que pronto aparecerían extranjeros, los mismos que se habían dividido en Tumbes, que se apoderarían de nuestro país y que deberíamos obedecerlos como lo indicaba la predicción, porque es más sabio someterse a hombres superiores en todo que intentar combatirlos.

A menudo he resumido el discurso de Huayna Capac a los españoles (entre otros a los hermanos Pizarro) y os digo, padre Juan, así como se lo he dicho a ellos, ¡que esas palabras influyeron más sobre el abatimiento de nuestra nación que toda la intrepidez y la valentía de los vuestros!

Siguiendo nuestras leyes, el fallecimiento se mantuvo en secreto hasta que los gobernadores de las provincias hubieron hecho lo necesario para que la transmisión de los poderes se hiciera en calma.

Tumipampa resonaba con nuestras lamentaciones. ¡Tratad de imaginar la tierra cubierta de tinieblas y tendréis una idea de lo que sentíamos! Numerosas *aclla*, en señal de duelo y aflicción, sacrificaron sus hermosos cabellos. Con la vida del Inca, su propia vida se detenía. La mía también. ¿Qué sería de nosotras?

Algunas recibirían legados de tierras y se retirarían con fortuna y honores. A otras se les confiaría cuidar al Inca difunto en su palacio. Una función envidiada. Nosotras, las más jóvenes, que no habíamos disfrutado más que brevemente del favor de Huayna Capac, no podíamos esperar nada que no fuera ir a engrosar el número de mujeres del nuevo Inca como sirvientas de éstas. Al no ser ya nuevas, ¿qué valor tendríamos a sus ojos?

El corazón de Huayna Capac se quedó en Quito, como él lo había deseado. Los despojos tomaron

la dirección de Cuzco. Habíamos ayudado a embalsamarlo. Una vez retiradas las vísceras, el cadáver fue sometido a la acción de sustancias balsámicas, miel y resina, así como a otros ingredientes que los sacerdotes mantenían en secreto. Luego se le doblaron las piernas, con las rodillas bajo el mentón, en la posición fetal, que es la primera de nuestra existencia y que por eso debe ser la última, para reintegrarnos a las profundidades de donde venimos. Siempre procedíamos de esa manera con nuestros difuntos, fuera cual fuese su clase social.

A continuación envolvimos el cuerpo con tres mortajas blancas, después con una gasa fina, y lo revestimos con el *uncu*, la túnica de plumas de loro amarillas, rojas, verdes y azul turquesa, sembrada de escamas de oro. Y lloramos. ¡Ay! ¡Cómo lloramos!

A pesar de la certeza de que la vida continúa en el más allá, era horrible ver reducido, inerte, al dios que habíamos adorado y, peor aún, al hombre del que conocíamos el gusto amoroso y las debilidades. Sólo el rostro nos lo recordaba. Intacto, hermoso, rejuvenecido... Una gorguera de encaje, hecha de una gruesa tela rígida, sostenía su majestuosidad, el bermellón coloreaba con aire de salud las orejas, la frente, la nariz y las mejillas, rellenas con trozos de calabaza. Y una fina lámina de oro conservaría para siempre el brillo de la mirada que había posado sobre cada una de nosotras.

Fue así, adornado con sus joyas más magníficas, tocado con el *llautu* y la *mascapaycha*, como el pueblo, agolpado a lo largo de la *Nan Cuna*, vio por última vez a su Inca, entre las cortinas de la litera.

Efectuamos el viaje, de unas quinientas leguas, a través de una niebla de lágrimas. Las escenas de desolación se sucedían al paso del cortejo. Cuando nos acercamos a Cuzco, dejaron de contarse los suicidios. Huayna Capac era muy querido. Tal vez, también, con esa clarividencia oscura que tienen los humildes, la muchedumbre sentía que con él desaparecía para siempre nuestra radiante paz.

Llegamos a Cuzco una noche. En cada plaza ardían fogatas funerarias, que arrojaban reflejos rojizos a las fachadas de los palacios. Toda la familia del Inca estaba reunida ante el Templo del Sol para recibir sus despojos. Cuando la litera se detuvo, los cantos y las danzas acostumbrados en esas circunstancias alcanzaron una intensidad casi inaguantable.

Dirigiendo unas piernas que ya no sabían andar, nos reunimos atontadas, titubeando, con las otras concubinas de Huayna Capac que se habían quedado en Cuzco. Como no se habían macerado en lágrimas como nosotras, manifestaban mejor su dolor. Pero los vasos de *chicha* y las hojas de coca que nos distribuyeron enseguida los servidores reanimaron rápidamente nuestras fuerzas. Yo veía que mis compañeras se arrancaban puñados de cabello, se arañaban el rostro, las oía gritar... Y enseguida añadí mis gritos a los de ellas. La coca hacía su obra y la *chicha* la activaba.

Pronto no sentí más fatiga. Estaba como fuera de mí misma, proyectándome en largos gritos que se enroscaban alrededor de mi cuerpo como las correas de un látigo y que enardecían mi sangre. Después me volví ligera, liberada del peso de mi carne, de la pena, de las preocupaciones, maravillosamente ligera, maravillosamente lúcida.

Ante mí se abría un camino radiante. El Inca lo había trazado. Y yo lo oía a él, al Divino, oía su voz, que me guiaba paso a paso hacia las fogatas ardientes, donde los verdugos habían comenzado su trabajo y preparado el lazo que me estaba destinado. Muchas otras mujeres ya habían obedecido a la voz. Se organizaba un ir y venir piadoso. Se llevaban los cadáveres saludados por clamores. Se los

tendería a los lados del Inca durante la ceremonia mortuoria. Así, como en vida, tendría su corte de mujeres junto a él. Luego, alegremente, ellas lo acompañarían hacia una eternidad de días dorados. Era su elección. Era la mía. Me parecía tener alas, tal era mi ansia por llegar a la dicha, y avancé.

Los reflejos púrpura de los braseros coloreaban los rostros con reflejos sangrientos. Una leve peste subía de las flores y las hojas pisoteadas, y se mezclaba con los olores de los cuerpos sudorosos. La batahola de los tambores golpeaba en mi vientre. Yo jadeaba, acercándome poco a poco a los afectuosos verdugos que me liberarían de una existencia de la que ya no sabía qué hacer y, cuando los movimientos de la muchedumbre me lo permitían, concentraba mis miradas en ellos.

En medio del ancho círculo trazado por el respeto, los estranguladores iban de una a otra de las mujeres acuclilladas que, al llegar su turno, se curvaban y levantaban su cabellera con las dos manos. Y, con el gesto amoroso de los amantes cuando prenden un collar en el cuello de su amada, los estranguladores les pasaban con suavidad la cuerda de tripa de llama. Después apretaban. Las mujeres se desplomaban sobre sí mismas. No quedaba de ellas más que un pequeño montón de telas recubierto de cabellos. ¿Cuántas habían muerto? ¿Cuántas morirían? Cientos y cientos, seguramente. Cuanto más grande había sido el reino del Inca, más trastornaba los corazones el deseo de seguirlo en su gloria.

Aquel fervor, aquel delirio que nos llevaba al sacrificio, se iba haciendo más lento. Esperábamos inmóviles y febriles. Éramos demasiadas. Hubo que ir en busca de otro estrangulador, y después de otro, y de otro más. Sus rostros de bronce brillaban como engrasados por las llamas. Eran hermosos. Siempre se seleccionaba a hombres hermosos para ese oficio, y entregar nuestro último suspiro entre sus manos poderosas aumentaba la impaciencia.

La concurrencia consideraba un deber mantener nuestra tensión. Deslizaban vasos de *chicha* en nuestras manos y todos rivalizaban en dar, con sus cantos y sus danzas, más encanto a nuestros últimos instantes. Yo transpiraba. Lancé mi *lliclla* a la multitud, distribuí mi broche, mis pendientes, mis pulseras... Mis compañeras me imitaron. Se instauró el desorden. Lo que ocurrió entonces fue muy rápido.

Sentí que me cogían de las axilas, que me llevaban contra la corriente, y fui absorbida por la sombra. No me resistí: me sentía tan débil como un despojo de animal. Lo mismo que mis secuestradores quebraron mi éxtasis, me quitaron mi fuerza. Ya nada me sostenía salvo su voluntad.

Una litera esperaba en una callejuela. Me empujaron adentro. Los portadores levantaron los largueros, yo me desplomé...

Padre Juan, lo siento. ¿Os lo he dicho ya? Dejo Cuzco mañana por la mañana. Pero hubiera deseado... ¡Una vida parece tan corta! Mas cuando se la detalla, las palabras se encadenan... No he hecho más que comenzar. Tendría que haber sido más breve. ¡Es culpa vuestra también! ¿Lo creeréis? ¡Sois el primero a quien tengo deseos de confiarme! Y casi no os he dicho nada, hay tanto que decir sobre mi pobre pueblo, sobre vuestros compatriotas, los de aquí, esos que no conocéis... A menos que... ¿Me acompañaríais? Voy al valle de Yucay, el Valle Sagrado de los incas. Acompañadme. Me sentiría muy dichosa. Además, es precisamente allí donde prosigue mi historia. La reviviremos juntos.

Padre Juan de Mendoza. En Cuzco, ciudad del Perú, 1 de octubre de 1572.

El alba deshace la noche. Por la ventana veo a los porteadores salir uno a uno, pesadamente cargados, con la espalda horizontal. Anoche, como su conversación prolongó la velada hasta una hora en la cual hubiera sido inconveniente presentarme en el obispado, me convenció de aceptar su hospitalidad. También acepté tomar parte en el viaje. No podía desear invitación más oportuna. ¡Bendito seas, Señor, que seguramente la has inspirado!

El valle de Yucay, me ha dicho, no está más que a tres o cuatro leguas de Cuzco. Me rogó que eligiera un caballo en sus caballerizas. Me he quedado con un soberbio alazán tostado. Había recibido otro igual de mi padre cuando cumplí los quince años... ¡Señor Dios mío! ¿Me curaré algún día de ese gusto que todavía me inclina, a pesar mío, hacia los bienes terrenales? Tendría que haberme contentado con el rocín que me prestaron los buenos padres de Lima. Pero ¿no hubiera sido una torpeza rehusar?

¿Qué pensar de su amabilidad? Creo que practica el juego que le ha dado tan buen resultado con las autoridades gubernamentales, a fin de incorporarme al coro que canta sus alabanzas. ¡No olvidemos jamás que la duplicidad es femenina y que las mentiras en una hermosa boca suenan claras como el cristal! Sin embargo, en lo que concierne a su pasado, se expresa con una emoción, una sinceridad innegables. Cuando lo evoca, se la ve tal como debía de ser: fascinante, ¡y tan inocente en el pecado!

Esas muertes colectivas son abominables. Pero ¿no ofrecen una esperanza? Si consiguiéramos volver esa fe ciega hacia Ti, Señor, ¡qué cosecha de almas!

Una preocupación me estropea un poco el día. Pedrillo, mi intérprete, a quien anoche di permiso para ausentarse, no ha reaparecido. Sin embargo, hasta ahora no tengo más que alabanzas acerca de él. Sin intérprete, heme aquí, entre estos indios, privado del oído y de la palabra. De modo que, donde sea que vayamos, estaré enteramente a merced de ella.

Se me ocurre algo. ¿Será que intenta aislarme? ¿Habrà sido ella quien ha apartado a Pedrillo? Si ésta es como me dicen, se le puede atribuir cualquier intención, hasta la más funesta. Pero ¿no me estoy sugestionando? Hay sólo un medio para saber: proseguir, observar, escuchar...

Después de las escenas de inmolación colectiva que os he descrito y de mi rapto, cuando me desperté era de día. Comprobé que estaba en una litera, que esa litera avanzaba y, apoyándome en los recuerdos que se dignaba entregarme mi memoria, todavía muy confusa, creí que el estrangulador había realizado su tarea y que me encontraba viajando a través del país del que no se regresa. Arriesgué una mirada a través de una de las aberturas practicadas en las cortinas. Mi corazón se ensanchó, cálido y dulce en mi pecho.

Así debía de ser el eterno banquete al que son convidadas las *aclla* difuntas: una extensión de verde, de un verde tan verde, tan vivo, que en ninguna parte había visto algo similar, y aquel festín de flores, los cantos de mil arroyuelos brotando de todas partes, aquella paz sobre la que se inclinaba la sombra violeta de los montes.

Tenía sed. Alegre, curiosa de saber qué néctar bebía la gente del más allá, llamé. El paso de los portadores se inmovilizó. Apareció un hombre que no tenía en absoluto un aspecto celestial, pero eso no me desanimó.

—Quienquiera que seas —dije, alegremente—, ¿tendrías la bondad de darme de beber?

El hombre se desembarazó del recipiente que llevaba a la espalda, llenó un vaso y me lo tendió. Le di las gracias y bebí. No era más que agua, pero jamás una bebida me había parecido tan delicada.

—¿Dónde estamos? —pregunté por el placer de oír mi felicidad confirmada por la boca rugosa del hombre, que debía de ser un servidor cumpliendo con sus tareas, pues cada uno de nosotros prosigue en la muerte la existencia que ha abandonado.

—En el valle de Yucay —contestó. Mi mente se bloqueó.

—¿En el valle de Yucay? —repetí—. Pero...

El hombre se inclinó.

—Pronto llegarás.

—¿Adónde? ¿Quién eres? ¿Adónde me llevas? —Grité. Todo se enredaba de nuevo en mi cabeza.

—Te llevamos adonde nos ordenó que te lleváramos Huáscar Inca, el nuevo amo de todos nosotros, ahora que el venerado Huayna Capac, su padre, no está.

Las cortinas bajaron y la litera volvió a partir. De pronto recordé... Esas manos que me habían aferrado, arrancado al sacrificio... De un tirón, sin transición, recobré mi ser de persona viviente. Creedme, padre Juan, no fue agradable en absoluto: ¡con la vida, resurgían también las complicaciones!

¿Por qué Huáscar me había hecho raptar? ¿Habría ofendido sin querer en Tumipampa al príncipe taciturno y desabrido que ahora era mi señor? Traté de recordar. No tuve que pensar mucho para llegar de Huáscar a su madre, la *Coya* Rahua Ocllo. Se decía que tenía absoluto poder sobre él y, ¿no me lo había dicho ella misma?: «Cuando Huáscar reine, reinaré yo y no te olvidaré...». Yo había fallado en mi cometido. Atahualpa había heredado el reino de Quito y la *Coya* no olvidaba, se vengaba. Pero ¿qué planeaba? ¡Mi muerte, la elegida por mí, no le bastaba entonces!

Después de un tiempo que me pareció interminable, la litera se detuvo. Reuní todo mi valor y levanté una de las cortinas. Estábamos en el flanco de una montaña, dominando terrazas de cultivo, rojizas y amarillas, pues se acercaba la cosecha. Podía oír los sonidos de los tamboriles golpeados por las mujeres y los niños. En nuestro *ayllu* hacíamos lo mismo para espantar a los pájaros. Abajo divisé los campos de coca, cuyas hojas lustrosas formaban manchas de un verde, brillante, y las ondulaciones plateadas de un río.

Aparté rápidamente la otra cortina. Mi mirada encontró los muros de un palacio todo de granito blanco, tan brillante a la luz del mediodía que mis ojos, que habían pasado largo tiempo holgazaneando en la penumbra, parpadearon y se llenaron de lágrimas.

Padre Juan, es el palacio donde estamos, y voy a daros la explicación de ese magnífico centelleo que os ha maravillado también a vos. Se debe simplemente al mortero, una mezcla de plomo, plata y oro, vertido entre los bloques de piedra, procedimiento empleado a menudo para los palacios de nuestros incas y también para los templos y que, por otra parte, os lo hago notar a mi pesar, fue causa

de la destrucción de numerosos edificios por vuestros compatriotas.

Pero volvamos. Aparecieron los servidores. Uno de ellos se acercó a la litera.

—Tómate la molestia de entrar —me dijo.

Por un porche de espeso dintel esculpido con cabezas de pumas, penetré en esta sala, donde nos encontramos. La veis completamente desnuda. Antaño estaba enteramente tapizada hasta la altura de un hombre con láminas de oro, en las que había representadas figuras en relieve de animales, pájaros o plantas... Cada lámina era una pequeña obra maestra llena de risueña gracia. El suelo estaba cubierto con pieles de jaguar, y las hornacinas que veis aparecían adornadas con jarrones y estatuillas con incrustaciones de turquesas, coral y lapislázuli, cuyos destellos se reflejaban en el oro de las paredes. Al entrar, aspiré el olor sutil de las vigas de madera aromática aprisionado por las colgaduras.

—Te hemos preparado comida —dijo el servidor.

Me trajeron unos crustáceos que parecían tan excelentes como los que degustamos en Rimac recién cogidos, perdices asadas, maíz tostado, aguacates y piña. Desde la muerte de Huayna Capac yo me había alimentado sobre todo de lágrimas. El apetito me volvió ante aquellos manjares y resolví no hacerme preguntas que no cambiarían en nada mi situación y aprovechar el tiempo y los placeres que se me brindaban. ¡A menudo, no depende más que de uno mismo convertir un instante o bien en un delicado ramillete de sensaciones o bien en un haz de espinas! Así que saboreé aquellos alimentos sin preocuparme por el veneno que podían contener. A continuación tuve sueño y lo dije.

Atravesamos una galería con un amplio ventanal sobre el valle y después un patio pavimentado, en medio del cual una fuente con cuello de oro murmuraba rodeada de matas de *chihaihua*, que son unas flores amarillas parecidas a vuestros claveles de España. Bajando algunos escalones, me encontré en un dormitorio. Dos sirvientas me desvistieron, me tendí y me dormí.

Las sirvientas me despertaron a la luz de una antorcha.

—Debes prepararte —anunciaron.

Las seguí con indiferencia. Ya fuera por los efectos de la coca, que se prolongaban, alguna droga sutil echada en los alimentos o la emoción, me sentía como una planta que espera pasivamente que la abonen, que la rieguen, que la corten. Me llevaron al baño por un laberinto de escaleras. El agua, que salía de las fauces de dos serpientes con escamas de oro y plata, que enlazaban sus anillos en la piedra, saltaba y parecía fundirse en oro cuando tocaba la tina, enteramente forrada con el precioso metal. La tina era lo suficientemente grande como para que varias personas retozaran en ella. En las paredes laterales se abrían unas pequeñas hornacinas en las que había unas estatuillas de llamas y vasijas que contenían aceites y ungüentos.

Me puse bajo el chorro. El agua, muy pura, muy fría, conductora de las fuerzas benéficas que secretan nuestros montes, me purificó y disipó mi aturdimiento. Recobré la razón. El día anterior estaba dispuesta a tender el cuello a los estranguladores, vivía en la muerte, recibirla me resultaba dulce. Un momento antes la aceptaba todavía. De pronto, me horrorizó. Escapé de las manos de las sirvientas, me precipité por la escalera y, guiada por las antorchas, con las dos mujeres perdiendo el aliento tras de mí, llegué al dormitorio.

Mi ropa había desaparecido, reemplazada por una túnica de hilos de plata y una *lliclla* de fondo blanco, elegantemente rayada en rojo y negro. Me puse la túnica. Mis cabellos goteaban agua. Las

sirvientas, que me habían alcanzado, protestaban. Para evitar que sus graznidos atrajeran al resto de la servidumbre, dejé que me arreglaran el cabello mientras reflexionaba en los medios para huir. ¿Cómo? ¿Adónde? No lo sabía...

De pronto, las sirvientas sofocaron una exclamación, dejaron los peines y se postraron. Me volví, y yo también me arrojé al suelo.

—Levántate, Azarpay —dijo Huáscar.

El *llautu* y la *mascapaycha* le conferían una dimensión que no tenía en mi memoria... Padre Juan, quizá sea tiempo de describiros los emblemas de la majestad divina de nuestros Incas. El *llautu* es una trenza de cuatro colores, enrollada cuatro o cinco veces alrededor de la cabeza, que forma una especie de diadema casi cuadrada y sujeta sobre la frente un fleco corto y tupido de lana de vicuña roja, cuyas hebras están apretadas en tubitos de oro. Este fleco se llama la *mascapaycha*. Por encima del *llautu*, se yerguen, imperiales, dos plumas de *corequenque*, una blanca y una negra. En nuestra época, se creía que en el cielo de la sierra no había más que una pareja de estos pájaros, lo que aumentaba el carácter fabuloso del tocado.

Las sirvientas se habían eclipsado. Sentía la mirada de Huáscar sobre mí.

—Azarpay —dijo—, desde que te vi en Tumipampa, en mi cuerpo sólo hay tormentos. Cálmallo.

Era mi señor, el Inca, el dios. Me quité la túnica y repetí con él lo que había hecho con su padre.

Al día siguiente, Huáscar me llevó hasta el valle y allí me señaló los montes unidos al palacio. Los muros de piedra, sosteniendo las tierras de cultivo, rayaban de ocre las laderas. A media pendiente se divisaban las aldeas, de lejos no más grandes que las maquetas de arcilla que son para nuestros arquitectos lo mismo que los planos para los vuestros.

Desde el valle subimos en literas hasta los jardines instalados por encima del palacio. Allí vi por primera vez helechos arborescentes, a través de los cuales el cielo se recorta como un encaje, y maravillosas orquídeas, daturas, flores papagayo... También había pisonay, esos árboles grandes cargados de flores que caen en racimos sangrantes, que Huáscar me hizo probar, porque son comestibles, y grandes macizos de kantuta. La kantuta, como una campanilla de color rojo vivo, amarillo o violeta, encaramada en ramilletes de tres o cuatro sobre una rama, es flor sagrada, reservada al Inca.

Despidió a su escolta y fuimos hasta un cercado en el que chillaban unos minúsculos monos burlones. Los pájaros estaban por todas partes: loritos verdes, guacamayos multicolores, golondrinas, tórtolas y colibríes. Ignoro cómo es el paraíso, pero aquel lugar se parecía mucho a las descripciones que hacen vuestros monjes.

Seguimos a pie hasta los pastos, en cuyo borde comienza la roca. Yo respiraba con deleite el aire de las cimas cercanas. Había olvidado su limpidez, el olor de las hierbas y las piedras calcinadas por las heladas y el sol, y casi olvidaba interrogarme acerca de la actitud del Inca hacia mí. Cuando su capricho estuviera satisfecho... ¡Ya le había consagrado la noche entera! ¿Qué haría conmigo?

Juntos, contemplamos las alturas. Había rebaños de llamas pastando. Nos rodeaba un silencio grandioso. Huáscar no parecía dispuesto a romperlo. No era alegre ni expansivo, no había dicho diez frases desde la mañana. De pronto dijo, sin mirarme:

—Quiero saber todo de tu vida pasada, no me ocultes nada.

Yo no tenía nada que esconder, salvo la atracción que había sentido por Manco, pero hubiera

preferido ahogarme con una calabaza de pimientos a confesar esa debilidad que mi corazón todavía tenía a veces dificultad en controlar. Cuando terminé de hablar, Huáscar dirigió hacia mí su rostro chato, realzado por su nariz, curvada como un pico.

—Al volver de Tumipampa, tu nombre cantaba en mis oídos, tu belleza iluminaba cada uno de mis pensamientos. Sabía por mis adivinos que los días de mi padre estaban contados y que pronto me pertenecerías. Anoche no me decepcionaste. Cuando se bebe en tu copa, ¡oh, Azarpay!, se tiene cada vez más sed. Agradezco al gran Huayna Capac que te eligiera para mí... Mañana vuelvo a Cuzco. Me esperarás. Dispón de este palacio. Sus servidores ahora son tuyos.

Se agachó, recogió una brizna de hierba y me la tendió.

—La hierba se multiplica con las estaciones. Haré de tus alegrías la inmensa preocupación de mis días. Pero no me engañes nunca ni con actos ni con palabras, o verteré oro fundido en tus ojos mentirosos y te entregaré a mis pumas.

La pasión del Inca se hizo oficial cuando me llevó a Cuzco y, ante varios nobles de su familia, me donó este palacio de Yucay y las tierras y montes que dependen de él. La *Coya* Rahua Ocllo estaba presente. Me demostró una amistad a la que yo respondía con respeto, burlándome retrospectivamente de mis temores, pero tomando sus mohínes por lo que eran. ¡No hay peor enemigo que el que nos sonríe, padre Juan! Y yo sospechaba que ella no descansaría hasta haber aniquilado la inclinación de su hijo, en lo que la ayudarían todas las mujeres del Inca.

Sin embargo, a pesar de la fuerza del adversario, que en la corte de Cuzco me laceraría con sus garras, el amor de Huáscar crecía como un árbol pleno de savia. No me negaba nada. Yo ni siquiera tenía que pedir. Algunas palabras lanzadas al viento bastaban. Tuve una pareja de jaguares adiestrados que mandó buscar en las tierras cálidas, en la otra ladera de nuestros montes. También una litera como la de la *Coya*, su esposa-hermana, cofres y cofres de alhajas, ¡y para adornarme con todas las telas preciosas que me regalaba hubiera sido necesario que cada luna durase un año!

Sin embargo, no creo haber sentido el arrebató que me habían procurado los escasos regalos de Huayna Capac. Es verdad que yo era reina en mi palacio, pero el Inca podía, de un día a otro, quitarme una corona que debía sólo a sus manos.

Madurada por la experiencia, ya sin aquella ingenua vanidad, ahora sabía que la belleza se ve con los ojos del deseo, y que éste no es más que una frágil columna de arcilla. Yo andaba por los dieciocho años. A esa edad, entre nosotros, las mujeres del pueblo tienen la carga de una familia y su juventud ha quedado atrás. Y para una *aclla* era ya mucha edad. ¡Tantos brotes nuevos abundaban en los *Acllahuasi*!

Si yo no consolidaba mi posición, la mirada del Inca se detendría pronto en otra. Pero ¿cómo? ¿Una mujer puede ser otra cosa que un lindo cuerpo, una distracción? ¿Puede hacer algo más que halagar la naturaleza del hombre? Os lo confieso: entonces pensaba que no, y me relegaba, como lo hacemos casi todas, al papel animal que nos asigna la naturaleza. ¡Brazos, piernas y un vientre para la reproducción o el placer! La existencia tiene sus singularidades. Fue gracias a Rahua Ocllo que abandoné esos pensamientos, que son los mismos desde el alba de los tiempos.

Las prodigalidades de Huáscar, las pruebas evidentes de su favor, comenzaban a desgastar las sonrisas. Ahora exigía que yo asistiera a todas las grandes festividades religiosas. En el grupo de las mujeres, eso habría sido normal, pero yo ocupaba el mismo rango que su madre y su esposa-hermana.

Hubiera preferido un lugar más discreto. Huáscar me lo negó. Deseaba imponer su amor a la faz del mundo y ¡quién se hubiese opuesto a que atropellara la tradición! Él era el Inca, el dios.

La ornamentación que añadió a mis jardines de Yucay acabó de exacerbar el disgusto. Yo había evocado casualmente los esplendores de Tumipampa, y unas semanas después tuve la sorpresa de descubrir una floración de oro entre las kantuta y las orquídeas, frutos de oro en los árboles, también oro reemplazando los manojos de hierba que crecen en los huecos de los muros de piedra... Después de esto, sus orfebres y sus joyeros se ocuparon de poblarlo con miríadas de mariposas y de pájaros-mosca con alas incrustadas de pedrería, y pumas de oro con pupilas de esmeralda montaron guardia junto con mis jaguares, en las escaleras que comunicaban las terrazas.

Tachaban de avaro a Huáscar, pero a mí me malcriaba extraordinariamente, tal vez más que a cualquier otra favorita de los incas, aunque no tengo ninguna referencia al respecto.

Sin embargo, mis enemigas se habrían sorprendido si hubieran sabido que, a pesar de sus larguezas, yo no estaba satisfecha. ¡La existencia es vacía cuando no la enriquece ningún sentimiento profundo, ninguna aspiración! Se quiere todo, todo se consigue, y falta lo esencial. Cuando el Inca me llamaba a Cuzco yo debía ir a saludar a la *Coya* Rahua Ocllo. Siempre tenía a sus enanas junto a ella y una corte brillante compuesta de *ñustas*, que son las princesas de sangre real, y de *palla*, las concubinas del Inca, elegidas entre su familia. Rahua Ocllo me ponía enseguida una labor entre las manos, me mimaba. Eso era sólo para vigilarme mejor, descubrir el lugar apropiado para golpear, ajustar el elástico de su honda. Le hubiese encantado beber en mi cráneo recubierto de oro... ¡Sí, padre Juan! ¡Qué queréis! En aquella época vuestros compatriotas todavía no nos habían enseñado que es elegante y civilizado llorar a aquel a quien acabamos de matar, y nos entregábamos a entretenimientos de ese tipo sobre los despojos de nuestros enemigos. En aquella situación, aquello estaba fuera del alcance de Rahua Ocllo y ella se resignaba a destruirme sutilmente llevando las conversaciones a un nivel que yo era incapaz de alcanzar. Bruscamente, ella se interrumpía y me echaba una mirada ácida como el vinagre:

—¡Azarpay, no te quedes muda, da tu opinión! —Luego, reía—. ¡Mirad qué criatura más tonta! Es verdad, Azarpay, que tus orígenes son una excusa. Una campesina no tiene nada en la cabeza. Los piojos le comen todo.

Otras veces, adoptaba un aire compasivo:

—Tienes mala cara, Azarpay. De tanto servir, te gastas, y el Inca jamás ha festejado en un recipiente usado.

Y otras reflexiones que la decencia me impide repetir. Abandoné Cuzco humillada, amarilla de furia, soñando con respuestas imposibles... y es así como comencé a medir la indigencia en que nos mantiene la ignorancia, por ricos que seamos.

Cuando le hice saber a Huáscar mi deseo de instruirme, rió como si se tratara de una broma. Yo insistí:

—Comprende, mi muy poderoso señor, que es para estar más cerca de ti y honrarte.

—Una mujer no necesita más que ser hermosa, dulce, fiel.

—¡Una llama macho no exige más de su hembra! —exclamé, furiosa.

Fue una de las raras ocasiones en que oí reír a Huáscar. Finalmente, después de mucho importunarlo, cedió y rogó a los *amauta* que me recibieran.

Los *amauta*, que son nuestros sabios y filósofos, enseñaban en el *yacia huaca*, colegio situado en el distrito de Huacapuma y reservado a los jóvenes príncipes y a los hijos de los jefes de naciones conquistadas. El favor que se dignaban concederme para complacer al Inca era excepcional. Así que empecé chocando con múltiples reticencias. Pero di pruebas de tanta deferencia y sumisión a mis maestros, me mostré tan humilde, tan atenta, que poco a poco se olvidaron de sus prevenciones y consintieron en inclinarse sobre mi pobre cerebro, que entonces era como una casita con todas las ventanas tapiadas. En cuanto le llevaron un poco de claridad, me sentí estupefacta, deslumbrada por las perspectivas que descubría, y no tuve más que un deseo: derribar uno a uno todos los tabiques que me separaban de esa luz radiante hacia la que tendía mi alma.

Cada semana, yo venía de Yucay y consagraba un día entero al estudio.

Aprendí a hablar el quechua, nuestra lengua, con la elegancia de la gente de la corte. Profundicé mis conocimientos de religión, especialmente sobre Viracocha, el dios creador que había dado a la Tierra su relieve y sus seres, una divinidad más bien descuidada en los *Acllahuasi*, donde se prefería a *Inti*, el Sol. Me inicié en astronomía y me volví bastante hábil en el manejo de los *quipus*, esos cordones con nudos, de distintos tamaños y colores, que nos sirven de recordatorio para todo. Es difícil cambiar las costumbres: la mayor parte de los iniciados que usan los *quipus* rechazan todavía la escritura, inestimable vehículo del pensamiento que debemos a vuestros compatriotas.

Lo que más me apasionó fue la historia de nuestro Imperio. Es una historia muy hermosa, y no me resisto al placer de contaros los inicios. Comienza como una leyenda. La tomaréis seguramente como tal, padre Juan, pero reflexionad. ¿No tiene cada religión una parte de maravilloso? Hace alrededor de cuatrocientos años, este país no era más que selva y maleza. Los indígenas que lo poblaban iban desnudos o cubiertos con pieles de animales, vivían en las cavernas, no tenían dioses ni orden moral y, cuando el hambre los empujaba, no titubeaban en comerse entre ellos.

Afligido por tanta barbarie, nuestro padre el Sol decidió enviarles uno de sus hijos y una de sus hijas para que les enseñaran a construir casas, a desbrozar y cultivar la tierra, a reunir rebaños, a hilar y tejer la lana; en suma, a vivir como manda el respeto de uno mismo.

A su hijo Manco Capac, el Sol le confió una vara de oro, y le dijo que allí donde la vara se hundiera sin esfuerzo, Manco Capac debía fundar la capital de su reino.

Cuando llegaron a nuestro mundo, cerca del lago Titicaca, Manco Capac y su esposa-hermana, Mama Ocllo, caminaron durante largo tiempo. En cuanto encontraban un valle agradable y despejado, trataban en vano de plantar la vara. Y un día, de pronto, de un golpe, muy derecha, ésta se clavó en la tierra. Es el lugar exacto donde más tarde fue edificado el Templo del Sol... Contentos de haber descubierto el lugar, Manco Capac y Mama Ocllo partieron, cada uno por su lado, a llevar la palabra verdadera. Los salvajes, al ver aparecer a esos hijos de dios, espléndidamente adornados y nimbados por un brillo celestial, los adoraron y los siguieron. Cuando hombres y mujeres estuvieron reunidos en cantidad suficiente, Manco Capac los condujo al lugar donde brillaba la vara y construyeron alrededor una ciudad a la que llamó Cuzco, u ombligo, ¡lo que muestra la amplitud de sus ambiciones! Así se fundó el Imperio de los incas, el Tahuantinsuyu, que los españoles han rebautizado Perú, un nombre que nos es totalmente ajeno y que nos cuesta asimilar. ¡Cuando se habla del Perú la mayor parte de los nuestros ni siquiera saben de qué se trata!

El reino de Manco Capac no tenía más que un puñado de alpendes. Sin embargo, muy pronto, a

menudo más por la persuasión que por la fuerza, el poder de sus sucesores creció como el agua de una fuente, que se insinúa o se hincha según el obstáculo y prosigue su curso obstinada hasta convertirse en arroyo o en río caudaloso.

Una a una, las poblaciones vecinas se sometieron, reconociendo la superioridad de nuestros ejércitos y de nuestras costumbres. Las que se negaban eran vencidas, evitando todo daño superfluo para no arruinar las riquezas de la comarca. A veces se deportaba a los habitantes, reemplazándolos por algunos de los nuestros, cuya misión era apagar los focos de rebelión e implantar nuestras costumbres y nuestros métodos en materia de riego, cultura y arquitectura. La política ejercida con las provincias conquistadas era sabia: consistía en poner en valor los territorios, o sea que se beneficiaban las poblaciones con nuestra experiencia y nuestra organización. El Inca no les imponía nada que no exigiera de los suyos, a saber, practicar nuestro culto, hablar nuestra lengua, observar nuestras leyes y entregar el tributo obligatorio para cada jefe de familia. El hambre dejó de ser una angustia permanente. Los débiles recibían protección, ropa, alimento, y había funcionarios que tenían por misión vigilar la debida observación de nuestros principios, y que debían rendir cuenta de sus actos ante los jueces...

Un ejemplo, padre Juan, para ilustrar lo que acabo de decirlos. El robo era castigado con la horca (para nosotros, apoderarse del bien ajeno, aunque sea una calabaza de maíz, significa un acto más odioso que la muerte y otros crímenes). Sin embargo, si un individuo robaba porque tenía hambre, no era a él a quien se castigaba, sino a aquel bajo cuya responsabilidad se encontraba el individuo y que habría debido impedir su gesto proveyéndolo de lo necesario. ¿No es notable esta justicia? ¿Tenéis algo semejante en España? ¡Os lo pregunto porque aquí vuestros compatriotas parecen fiarse más de su espada que de los tribunales para arreglar sus diferencias!

Al cabo de dos años, los *amauta* se declararon satisfechos de mi instrucción. Además, me quedé embarazada. Temía ser estéril y eso fue una gran alegría para mí. Huáscar la compartió. Su amor se hacía cada vez más profundo. En cuanto a mí, la veneración que iba unida al dios me había impedido durante largo tiempo estudiar al hombre. Desde hacía poco, era más audaz. Osaba acercarme a la verdad y descubría fallos en su carácter, cierta debilidad, indecisión, que a veces lo inclinaban a afirmarse mediante grandes estallidos en los que no cabía la razón. Esas debilidades eran, sin que él lo sospechara, lo mejor que me daba, lo más apropiado para enternecer mi corazón.

Animada por la nueva calidad de nuestras relaciones y por el niño que llevaba en mi interior, me arriesgué un día a preguntarle cuándo se atrevería a imitar a sus predecesores y a engrandecer el Imperio con algunas conquistas. Recuerdo que estábamos en uno de los jardines; él, sentado en un banquito de oro, y yo a sus pies, acariciando uno de mis jaguares. El sol sembraba de llamas rojizas el techo del palacio, donde los hilos de oro recubrían la paja. El valle deslizaba bajo nuestros ojos sus raudales de verdor y tres loros verdes nos observaban, encaramados en las ramas bajas de un pisonay. Obtuve silencio por toda respuesta. Huáscar continuó mascando su bola de coca, con la mirada opaca. Alrededor de dos lunas después, en el mismo lugar, me dijo bruscamente:

—He decidido rechazar el reparto establecido por Huayna Capac. ¿Cómo podría aplicar en semejante contexto la política de mis antepasados, que siempre fue la de crecer? Azarpay, tú que ahora sabes tantas cosas, recorre conmigo, con el pensamiento, los contornos de nuestro país. En el sur, poseemos la mitad de Chile, pero más allá del río Maule están los guerreros araucanos, tan

feroces y combativos que ningún inca ha podido aventurarse más lejos. Al este, la jungla es una barrera igualmente infranqueable. ¡Se debe haber nacido en ese desborde insensato de la naturaleza, en ese pulular de fieras, de reptiles y de insectos venenosos, para sobrevivir! El agua baña el oeste. Queda sólo el norte... El norte, sí, donde hay hermosos territorios que conquistar. Pero, por la voluntad de nuestro padre, el reino de Quito le ha tocado en suerte a Atahualpa, y la ruta de las conquistas se abre en sus fronteras. ¡Para él, para ese intrigante, ese ambicioso que ya ha disminuido mi poder! Esta situación debe terminar. Uno de mis dignatarios ha partido a Quito para lograrlo. Consiento en dejar Quito a Atahualpa a condición de que el reino permanezca integrado en el Imperio y de que ese bastardo abandone toda otra pretensión y venga a Cuzco a prestar juramento de fidelidad como vasallo.

Mientras Huáscar me ofrecía ese discurso, el más largo que le había oído pronunciar jamás, yo pensaba que los jefes de guerra de Huayna Capac se habían quedado en Quito después de la muerte de éste, y que se los creía devotos de Atahualpa, en quien reencontraban las cualidades belicosas del Inca difunto. Me habría parecido más prudente hacer volver los ejércitos antes de tratar con dureza al príncipe de Quito. Intenté expresar esa opinión con delicadeza, pero fui brutalmente interrumpida. Por primera vez vi cólera en el semblante de Huáscar. Deduje que estaba menos seguro de la sumisión de su medio hermano de lo que aparentaba. Dos semanas más tarde, me anunció con tono alegre que había recibido por sus correos la respuesta de Atahualpa. El príncipe de Quito convenía a su requerimiento con los términos más afectuosos. Entonces comenzaron a organizarse grandes fiestas en Cuzco. Si conocéis un poco nuestra historia, padre Juan, ya sabéis que jamás tuvieron lugar.

Una noche, una tormenta terrible sacudió los montes. Yo había salido para escrutar el cielo cuando el rayo cayó en una de las dependencias del palacio. Los sirvientes se habían reunido conmigo. Contemplábamos, aterrorizados, la furia de los dioses encarnizándose sobre la paja del techo. Cuando el fuego estuvo extinguido, hice tapar todos los orificios de la dependencia para que la maldición que entró con el rayo no pudiera escaparse y alcanzarnos.

Al día siguiente fui al baño para purificarme. Delante iba una enana que el Inca me había dado. La vi volver dando alaridos. Había un sapo en el pavimento. Un sapo, un murciélago y muchas otras bestezuelas, según el lugar en que se las encuentre, son signos colocados en nuestro camino que preceden la desgracia. Todos saben eso, pero tal vez vos no lo sabíais, padre Juan, aunque los españoles son muy supersticiosos... Mi difunto esposo se persignaba cuando veía un pájaro negro volando a su izquierda, y si pisaba una araña sin querer todo su día se ensombrecía. ¡En cambio, pretendía que asistir a una ejecución le proporcionaba suerte en el juego y lo ponía de excelente humor!

Dos días después de la tormenta, resbalé en un escalón y tuve un aborto. Habría sido un varón. Los dos meses siguientes los pasé arrastrándome, abatida, por el palacio.

El dolor que me había causado la pérdida del niño no parecía haber aplacado a los dioses. Yo seguía sintiendo su irritación. Un adivino respetado en todo el valle por su piedad y su clarividencia vino a mi llamada para interrogar las entrañas de una llama. El animal escapó de las manos que lo sujetaban cuando el adivino le abrió el costado. Trajeron otra, un animal soberbio de pelo totalmente negro. De todos modos lo sacrificaron... Al extraerle las entrañas, la tráquea se le rompió. El adivino se negó a continuar. Esos presagios funestos bastaban.

En Cuzco progresaban los preparativos para el juramento de fidelidad de Atahualpa. Huáscar, deseoso de dar una fastuosa repercusión a la ceremonia, espació sus visitas al valle. Lo vi poco durante esos dos meses, y casi me alegré: no le hubiera gustado mi rostro triste. Una noche, a fines de diciembre, apareció en mi habitación.

—Vístete.

Me levanté y obedecí. Ante el palacio faltaba la imponente escolta que lo acompañaba en sus menores desplazamientos. Distinguí algunos guardias, dos literas de modesta apariencia... Se dirigió hacia una y me hizo señas de que subiera con él. Los portadores me saludaron. Yo los conocía. Los cuatro pertenecían a la tribu de los rucanas, en la cual, por privilegio, se reclutaba a los portadores del Inca.

Salimos de Cuzco. La otra litera nos seguía. Frente al Inca permanecí callada. Su llegada en plena noche, su silencio, me angustiaban. ¿Adónde íbamos? Cuando se avanza así, en lo desconocido, con las cortinas cerradas, el tiempo no cuenta. ¿Cuántas horas avanzamos por la orilla del río? Su fragor era más intenso: en la estación de las lluvias, la crecida de nuestros ríos andinos es formidable, en particular la del Urubamba, que surca el valle de Yucay para deslizarse después en el relieve caótico de la sierra.

De pronto, por el estremecimiento que agitaba la litera, comprendí que franqueábamos un puente. Huáscar me tocó.

—Mira, y recuerda lo que ves.

Eran las primeras palabras que pronunciaba desde que habíamos salido del palacio. Abrió las cortinas. Miré. Estábamos en una garganta encajonada entre dos declives boscosos. La litera se elevaba. Los portadores avanzaban con la habilidad de la experiencia a través de una selva espesa que, en algunos lugares, estaba cortada por la roca de arriba abajo. Una rampa de escalones tallados en la piedra reemplazaba ahora la senda. Debajo de nosotros se acentuaba el vacío. En el fondo de la garganta, el Urubamba se retorció como una enorme oruga presa de convulsiones. La segunda litera había desaparecido.

De vez en cuando los portadores se detenían. El Inca les dirigía algunas palabras y continuaban el camino. Al llegar junto a un viejo fortín en ruinas depositaron la litera en el suelo. Bajamos. Huáscar les distribuyó un puñado de hojas de coca para que recuperaran las fuerzas y, dejándolos, seguimos la ascensión a pie. Él marchaba a pasos rápidos.

Evidentemente, se orientaba en medio de aquella vegetación húmeda y densa, abundante en olores de corrupción, donde los árboles emergían, brillantes, llenos de largas barbas rojizas y perladas de agua, con las ramas entrelazadas unas a otras con el abrazo lascivo de la vegetación, donde se acumulaban las lianas, las plantas trepadoras, las orquídeas. Yo me apresuraba todo lo que podía, trabada por mi vestimenta, inquieta, ignorando lo que él me reservaba.

Desembocamos por fin en un rincón de cielo maravillosamente azul, recortado en la espesura. El agua de una cascada se extendía a nuestros pies como un espejo esmeralda. Huáscar rodeó el paisaje y yo seguí sus pasos como un perrito. Se deslizó bajo la cascada, frente al saliente rocoso sobre el cual el agua tomaba impulso. Tanteando la pared, cubierta por una capa de plantas acuáticas, abrió un estrecho pasaje y se deslizó en él. Lo imité y constaté que estábamos en una gruta. Un poco de luz cayendo de no sé dónde me permitió distinguir a la derecha, en una hornacina, unas antorchas y unos

palitos, que utilizamos para encender el fuego. Huáscar cogió una antorcha y me tendió dos palitos. La encendí con ellos.

Sosteniéndola, continuó hacia delante. La bóveda de la gruta estaba sólidamente apuntalada, el suelo cubierto de arena seca, y su fuerte declive nos llevaba hacia oscuras profundidades. Yo apenas respiraba. Estaba cada vez más asustada. Bruscamente brilló una luz fantástica. Me tambaleé. Tanto y tanto oro llameaba al fuego de la antorcha que, durante un instante, creí que nuestro padre el Sol me miraba a los ojos. Huáscar dijo, lentamente:

—Mi nacimiento fue un orgullo para mi padre: era su primer hijo varón legítimo. Por eso, dos años después, quiso adornar con una magnificencia particular las ceremonias de mi destete. Tú sabes que, en esa circunstancia, una danza tradicional reúne, sobre la gran plaza de Cuzco, a trescientos hombres alrededor del Inca. Huayna Capac pensó entonces hacer cincelar por sus orfebres una inmensa cadena de oro que uniría a los bailarines entre ellos, en vez de unirse simplemente por las manos.

—¡La cadena de Huáscar! —exclamé—. La que lleva tu nombre.

—Sería más exacto decir que ella me ha dado el suyo. (Pues huasca significa cuerda o cadena). Esa cadena es el oro que ves. Ordené que la transportaran aquí, trozo a trozo. Se precisaron para transportarla entera casi tantos hombres como los bailarines que había en mi destete. Hoy nadie, salvo tú y yo, sabe dónde está.

—¿Y los portadores?

—La boca de los muertos es muda.

—Pero ¿por qué esconderla aquí? ¿Su lugar no está en Cuzco, iluminando tu palacio con su belleza?

Huáscar suspiró.

—Azarpay, Atahualpa me ha engañado. Se atreve a lo impensable: ¡se rebela contra el Inca! Con el pretexto de honrarme llevando con él a Cuzco a una noble e importante asistencia, dirige sus ejércitos contra nosotros. Las ropas de ceremonia disimulan corazas y espadas, los sirvientes son otros tantos soldados, con hondas, mazas y arcos. Esta afluencia le pareció sospechosa a los gobernadores de las provincias y me alertaron. ¡El bastardo muestra al fin su astuta naturaleza! Tengo que aplastarlo. Si él triunfara, si se apoderara de Cuzco... La vida no es más que un préstamo, acepto perderla, pero ¡me niego a que Atahualpa ponga la mano en esta cadena, símbolo del amor que Huayna Capac tuvo por mí antes de volverlo hacia ese perro maldito! Si muero, la cadena y todo lo que hay aquí, alhajas, jarrones, objetos preciosos, te pertenecerán. Ahora jura no desprenderte jamás de esta cadena... ¡Azarpay! ¿Me entiendes? ¡Jura!

Juré y besé el suelo para dar más fuerza a mi juramento. Ante mis ojos llenos de lágrimas, el oro se convirtió en fuego líquido. Huáscar me estrechó contra sí y luego me apartó.

—Este es mi adiós. Vuelvo a Cuzco a reclutar un ejército.

—¡Adiós! Pero no, dulce señor. ¿Acaso no es costumbre que el Inca lleve al combate a sus mujeres favoritas?

—Llevaré mujeres. Los soldados no comprenderían que me presentara al combate sin mis mujeres. ¡Pero tú, mi paloma, mi rama verde, tú no!

Entonces supe que quería preservarme de lo peor. En aquel minuto supe que él iba a morir y que

él también lo sabía. Salimos, reencontrando el fragor estrepitoso del agua. La selva nos rodeaba. Recuerdo haber deseado que estrechara su abrazo y nos acogiera para siempre.

Los portadores esperaban cerca del fortín. Hasta el río, Huáscar me señaló los puntos de referencia que me permitirían volver a la cascada. Mientras mi memoria los registraba maquinalmente, repetía: «Esto no será necesario, la justicia de los dioses no puede más que favorecer al Inca». Él no se tomó ni siquiera el trabajo de responder.

Volvimos a cruzar el puente. Su estrecha pasarela se movía. A través de la barandilla hecha de cuerdas de fibras de pita unidas por ataduras retorcidas, se veían las aguas del Urubamba arrojarse contra las rocas como espoleadas por una furia loca, dejando enormes chorros de espuma, mezclando sus oleadas glaucas que el légamo manchaba de herrumbre. Los portadores se inmovilizaron en la otra orilla. Huáscar me ordenó bajar de la litera.

Fue hacia el puente, contempló el Urubamba, llamó a los portadores, les habló señalando el agua rugiente con el dedo. Los portadores fueron hacia la litera, la tomaron por los largueros y, yendo hasta el puente, la precipitaron al vacío. Un torbellino la atrapó, la tragó y devolvió algunos trozos de madera. La corriente los arrastró. Yo miraba sin comprender.

Luego, el mayor de los portadores se postró ante Huáscar con las palmas abiertas y extendidas, se levantó, inspeccionó el lugar con la mirada, se dirigió hacia una plataforma rocosa cortada a pico sobre el río, se acuclilló, lanzó algunos besos al Urubamba, añadió unas pestañas que se arrancó, que es nuestra manera de saludar a las divinidades... y saltó. Sus compañeros lo imitaron uno a uno con el mismo ceremonial, la misma resolución. Huáscar ya se alejaba. Dominando mi estupor, corrí a alcanzarlo. Él se volvió:

—Ya te lo dije: la boca de los muertos es muda. No lo olvides, deberás hacer lo mismo cuando vuelvas aquí.

Ya sé, padre Juan, estáis horrorizado. ¡Barbarie!, grita vuestro corazón. Pero, cuando Dios y sus santos lo mandan, ¿no vais al martirio como quien va a una fiesta? Por lo menos, así me lo han afirmado... Para nosotros, el Inca era el dios. ¿Vivir más o menos tiempo, acaso importa? Lo que cuenta es asegurarse una infinidad de días felices, retirarse en perfecta comunión con las creencias y la conciencia.

Supongo que, sobre este punto, no me contradiréis. Esos portadores partieron serenos: habían cumplido su misión en la Tierra, que era morir para que el tesoro del Inca conservara su misterio. Yo habría hecho lo mismo si Huáscar me lo hubiera pedido.

A una media legua, la otra litera y los otros portadores esperaban. El crepúsculo había llegado de golpe. Entre los montes de un pardo violáceo, el valle se abría casi negro. Hicimos la vuelta mucho más rápida que la ida: los portadores estaban frescos, habían tenido el día entero para descansar. Huáscar me dejó ante el palacio y se marchó. No hubo efusiones. Todo estaba dicho.

Por la noche, incapaz de dormir, me levanté. Confeccioné una maqueta grosera con arcilla y tracé encima el camino que llevaba a la gruta. Luego guardé la maqueta en un escondrijo.

El mes siguiente, muy cerca de Cuzco, tuvo lugar el enfrentamiento. Las tropas de Atahualpa, conducidas por los grandes capitanes de Huayna Capac, vencieron fácilmente al ejército poco aguerrido reunido apresuradamente por Huáscar. La sangre cayó como lluvia sobre la hierba de la llanura. Para completar el desastre, el Inca fue capturado.

Esas espantosas noticias me fueron comunicadas por Manco. Si no he vuelto a hablaros de Manco hasta ahora, padre Juan, es porque durante el período en que pertencí a Huáscar, rechacé esa pasión culpable y me esforcé por mantener a Manco lejos de mis pensamientos. De todos modos nos encontrábamos a menudo.

Manco era, en efecto, el hijo de Huayna Capac y de la tercera *Coya*, Mama Runtu, o sea el medio hermano legítimo de Huáscar, y tenía derecho a participar en todas las fiestas y ceremonias religiosas. Una dulce calidez me inundaba cuando distinguía su alta silueta, su hermoso perfil rudo. Nuestras miradas se habían cruzado una o dos veces y sorprendí en sus ojos lo que yo conseguía disimular en los míos... Cuando Manco apareció en el palacio para anunciarme la derrota de los nuestros y la captura de Huáscar, al principio sólo podía pensar en la desgracia.

Sin embargo, la cortesía era como una segunda respiración entre nosotros y le ofrecí *chicha*. Él declinó la invitación.

—Vine sólo a avisarte, Azarpay. Coge lo más precioso que tengas, y a tus sirvientes, y huye. Ésta es noche de festejos para el enemigo, lo que te deja tiempo hasta la mañana. Ve a Cuzco. El ejército de Atahualpa está a menos de tres leguas, pero presumo que, a pesar de la indecencia del príncipe de Quito, no osará profanar nuestra ciudad sagrada. La omnipotencia divina lo detendrá. Aquí estarías a merced de sus soldados. Adiós. Voy a los montes a reagrupar a los nuestros y continuar la lucha.

—¿No vuelves a Cuzco?

Manco rió irónicamente.

—¡En Cuzco quedan solamente los sacerdotes, las mujeres, los niños y los ancianos! Todos los de nuestra sangre en edad de combatir han muerto en el combate o hacen como yo... Huáscar fue descuidado. ¡Tener fe en la palabra de ese bastardo! Hace tiempo que debió haber ordenado regresar a los ejércitos que permanecían en Quito. ¡En cambio, permitió que se estableciera entre Atahualpa y los capitanes de nuestro padre una connivencia que hoy nos asesina!

Oír que Manco formulaba en voz alta esas críticas contra el Inca me hizo medir plenamente la situación en que nos encontrábamos. Suspiré.

—Intenté ponerlo en guardia. Hay que ser fuerte para imponer la propia ley. El Inca se negó a escucharme.

Manco me miró atentamente.

—Me habían dicho que tu sabiduría iguala tu belleza, Azarpay.

El tono en que lo dijo me penetró totalmente. Me puse a temblar. La sala, esta misma, nos encerraba en sus paredes de oro, nos aprisionaba en su silencio mágico. Nos hablábamos por primera vez. Por primera vez, y quizá la última, estábamos solos, él y yo. Mi corazón se extravió. Me olvidé de Huáscar, de Atahualpa, de la catástrofe, del peligro, del pudor, de la dignidad. Avancé.

—Voy contigo —dije—, te amo.

El rostro de Manco se convirtió en una máscara impenetrable.

—Pertenece al Inca.

—Te amo —repetí—. Te amo desde que te vi en Tumipampa. Y tú... tú... ¿Por qué viniste hasta aquí? Podías enviarme un mensajero. Viniste porque...

—He venido a prevenir a la mujer del Inca de los peligros que la amenazan, hice lo que él no ha podido hacer. ¿Debo recordarte que está prisionero, herido tal vez? A eso deben limitarse nuestros

pensamientos. ¿Quieres que nosotros también lo traicionemos? ¡Si yo te llevara conmigo ahora, no te alcanzarían los días para lamentarlo!

Y salió, abandonándome al sufrimiento y la vergüenza. Afuera, la noche se poblaba de exclamaciones, de agitación y de pasos. Luego, Manco y su escolta se alejaron. Yo me había dejado caer sobre una estera, palpitante, destruida, mordiéndome los labios para contener mis gritos. Los alaridos de los sirvientes lamentándose a través del palacio me devolvieron a la realidad del momento. Al recobrar el espíritu, me dominó la cólera, detestaba a Manco... ¡Ah, cómo lo detestaba en ese instante! Más aún porque su actitud subrayaba mi desatino, pero detestarlo me devolvía la fuerza.

Cuando me enderecé, era de nuevo yo misma, aquella a quien su padre, de muy niña, le había dicho: «¡Aferra la desdicha y los dioses te ayudarán a retorcerle el pescuezo!».

Empecé por enviar un hombre a los pastos en busca del jefe de los pastores; luego, reuní a los domésticos en una vasta dependencia en la que se preparaba la *chicha* y les ordené cantar y bailar para ahuyentar a los demonios y atraer sobre nosotros la benevolencia celestial. Después de haberme desembarazado así de ellos, ordené a Marca Vichay que me siguiera.

Marca Vichay había sido guardia del Inca antes que éste me lo ofreciera. Era un joven espléndido, de hermoso cuerpo y con esa cabeza fina y viva que tienen a menudo los *cañaris*, una gran tribu al sur de Quito. Desde que estaba a mi servicio yo no tenía más que elogios para él. Además, sabía que estaba prendado de mí (una mujer adivina esas cosas, incluso bajo el respeto), y eso me parecía una garantía suplementaria para la tarea que quería confiarle, al ser incapaz de realizarla sola. Trabajamos rápido y bien, sin una palabra superflua. Las estatuas, los floreros, la vajilla, los utensilios de cocina, en resumen, todo lo que era de oro, y también las colgaduras de piel y de plumas, las mantas de lana de vicuña, de inestimable valor, las pieles de jaguar, los tapices preciosos, se guardaron en la sala secreta que Huáscar había hecho preparar bajo el palacio cuando éste fue construido. Añadí mis cofres de alhajas y mis más ricos atavíos.

La luna llena comenzaba a diluirse en el alba cuando Marca Vichay fue a los jardines a arrancar las flores de oro. Tuvo que interrumpirse al ver al jefe de los pastores que bajaba de los pastos. Cerramos entonces la entrada de la sala secreta, perfectamente disimulada en mi cuarto detrás de los adornos de piedra, y lo dejamos todo como estaba. Describí la situación al jefe de pastores, le ordené llevar mis rebaños de llamas a lo más alto de los montes y que permaneciera allí hasta que yo en persona anulara esas instrucciones. Se fue.

—Marca Vichay —dije—, debería matarte para que tu boca no me traicione. Así que sé digno de la gracia que te otorgo y de la confianza con la que te honro. Cuida el palacio lo mejor que puedas. Si vienen los soldados de Atahualpa, no intentes resistir. Que cojan lo que no pudimos esconder, pero no reveles jamás la ubicación de la sala secreta. Con tu vida, que me pertenece, responderás de tu lealtad. Ahora elige algunos sirvientes entre los que te parezcan más seguros. Los otros me acompañan, pues parto hacia Cuzco... No olvides avisar a las aldeas. Si aparece el enemigo, que ganen los montes. Una casa se vuelve a construir, la tierra se siembra de nuevo, pero no devuelve la sangre que ha bebido.

Mi enana me ayudó a vestirme. Conservé sobre mí las alhajas que tenía cuando llegó Manco y llevé pocas vestimentas. O volvería en pocos días o no las necesitaría ya. Me proveí igualmente de

hojas de coca. ¡Entonces ignoraba cómo me ayudaría esa precaución!

Las mañanas son magníficas en nuestro valle. Cuando dejé el palacio con mi contingente de plañideras y de criados soñolientos, la aurora se elevaba rozando el granito blanco con sus dedos rosados. Ante la puerta, encuadrado por mis jaguares que tiraban de sus cadenas de oro, estaba Marca Vichay. Ni siquiera en medio de aquellos trastornos había olvidado poner sobre sus cabellos, que llevaba largos y sujetos en un rodete, a la manera de los *cañaris*, el tocado tradicional de su provincia, una especie de corona ligera de madera adornada con trenzas de lana verdes, rojas y azules. Bajé las cortinas sobre esa imagen y por fin, por fin, me autoricé a verter lágrimas y a pensar con el corazón.

En los alrededores de Cuzco me encontré con el pánico. Las viviendas, que los jefes de las provincias conquistadas estaban obligados a construir, estaban en desorden. Llegados en diciembre para asistir a una gran caza organizada por el Inca, ahora huían. Sirvientes hoscos entraban y salían de las puertas, hileras de porteadores paralizaban las calles. Comprobé las deserciones cómodamente al reconocer al pasar los bonetes de lana de vivos colores de los collas, el turbante negro de los *huanacas*, la *vincha* de los *chachapuyas*... No continúo, vos no sabéis nada de esas poblaciones, pero verlos desbandarse así me trastornó. ¡Tenía la impresión de que la unión del Imperio, tan cara a nuestros incas, estaba rompiéndose en trozos como un vulgar plato de barro cocido!

El contraste entre la efervescencia de los alrededores y el silencio que dominaba la ciudad propiamente dicha me asustó más.

En el palacio del Inca, su madre, su esposa-hermana, sus concubinas, las princesas de su linaje, todas estaban reunidas en la inmensa sala que los días de fiesta, cuando llovía, servía para los entretenimientos y las danzas. Había allí tal vez dos mil mujeres. Fui a colocarme modestamente entre las *aclla*, pero Rahua Ocllo me llamó.

—Has venido, está bien —dijo.

Desde que los *amauta* me habían instruido, me dispensaba cierta consideración.

—¿Hay noticias del Inca? —pregunté.

—Ninguna. Y sin mi hijo, nuestro señor, ¿qué somos nosotras? —Rahua Ocllo se retorció las manos. La autoridad y la gracia que afirmaban sus carnes estaban como derretidas. Una mujer vieja con la cara ajada.

—¿Qué se ha preparado para la defensa de Cuzco? —pregunté aún.

—¿Qué pueden hacer las mujeres, los niños, los viejos? ¡Sólo los dioses saben lo que nos reserva Atahualpa! Reza, hija mía. Es nuestro único recurso.

Me permití sugerir que armar a los miles de sirvientes varones, aunque sólo fuera con hondas, que todo niño sabía manejar, valía más que esperar pasivamente una suerte incierta. La idea fue rechazada.

—Resistir provocaría represalias —comentó Rahua Ocllo—. Atahualpa es un canalla, una bestia maloliente que merece ser ahorcado con sus propias tripas, pero no permitirá que toquen a las mujeres del Inca y de sus parientes... ¿Acaso su interés no es conservarlas intactas? —Esta última reflexión presentaba a nuestra imaginación, al menos para las más jóvenes, la perspectiva de ocupar el lecho del vencedor o de sus allegados, y no era en absoluto reconfortante.

De modo que esperamos el día siguiente, acucilladas hombro contra hombro, con los sollozos de unas alimentando el terror mudo de las otras. Las sirvientas trajeron alimentos. Las echamos. Por la mañana, en la cima del monte que domina las terrazas de Collcampata, apareció la vanguardia de Quizquiz y de Chalicuchima, los grandes capitanes de Huayna Capac, alineados bajo el estandarte de Atahualpa. Las plazas y las callejuelas se vaciaron de los raros transeúntes. Las sirvientas corrían por el palacio, gritando y arañándose las mejillas como si los soldados ya estuvieran violándolas (esas prácticas no tienen lugar entre nosotros, pero ¿cómo no esperar los peores malos tratos en una guerra fratricida donde ni siquiera la divinidad del Inca era respetada?).

El enemigo, sin embargo, se contentó con observarnos desde las crestas. Por la tarde, unos enviados de Atahualpa descendieron la colina y se dirigieron a los viejos príncipes, llevando un mensaje tranquilizador: su señor conjuraba a la nobleza de sangre inca, que había huido, a volver a Cuzco para establecer de manera definitiva las relaciones entre el Imperio y el reino de Quito, y restablecer entre el Inca y él el afecto que deben tenerse dos hermanos. Con la misma rapidez con que antes nos habíamos desesperado, nos maravillamos y alegramos. El alivio estuvo a la altura de la angustia. Cuzco respiró. ¡Sea! Se abandonaría Quito a Atahualpa, pero ¿ésta no era la voluntad del venerado Huayna Capac? ¡Por poco se habría tratado de idiota a ese vencedor que se contentaba con lo que había recibido por herencia, cuando podía exigir mucho más! La gente de Cuzco reencontraba con deleite el sentimiento de su superioridad.

«¡Una vez que regresara el Inca, se comerían al bastardo crudo y sin pimienta!». Esta frase, pronunciada por un viejo primo de Huáscar, circulaba por toda la ciudad y, después de haber llorado de miedo, se lloraba de alivio. Expresar reservas habría sido inconveniente, dado el optimismo reinante. Sin embargo, yo tenía un oscuro presentimiento. Si *Inti*, nuestro padre el Sol, al que habíamos dado a beber *chicha* y nutrido de vírgenes, de niños, de soberbias llamas, del maíz más tierno, al que habíamos alojado en templos de oro y acariciado por nuestra adoración, había abandonado a su propio hijo, el Inca, ¿es que debíamos de ser muy culpables! ¿Habíamos pagado lo suficiente, sufrido bastante, para que los demonios se dispersaran y que la fuerza benéfica de los dioses retornara todopoderosa a restablecer el orden moral sin el cual no somos nada...?

Uno a uno, los príncipes incas llegaron de las provincias vecinas o de las alturas en las que se habían refugiado. Pronto, con excepción de Manco y algunos otros, estuvieron todos en la ciudad. No faltaban más que Huáscar y Atahualpa para que se reuniera el Gran Consejo.

Del mismo modo, cuando los sirvientes acudieron a advertirnos que los ejércitos enemigos descendían de los montes, los contemplamos sin desconfianza cubrir las pendientes como colonias de insectos. Al avanzar, los insectos comenzaron a tomar formas humanas. Los caparzones se convirtieron en cascos, corazas, escudos, se inflaron con túnicas rellenas de algodón, con mantos bordados cuyos pliegues revoloteaban como alas, se mancharon con ondulantes pieles de jaguar... Aquel hormiguelo de cabezas, de brazos, de piernas, de colores, de plumas, de piel, de cobre, de oro y de plata llegó hasta nuestros muros, franqueó nuestras puertas abiertas de par en par, se distribuyó por las callejuelas y las plazas, invadió los palacios y trajo el horror.

Los príncipes incas, atraídos y rodeados por las falaces promesas de Atahualpa, fueron apresados, degollados, estrangulados, colgados, ahogados y lapidados, hasta el último de ellos, incluso los ancianos que no se habían movido de Cuzco. Y como la sed que da la sangre no se apaga

más que con sangre, los verdugos posaron sus manos recientemente enrojecidas sobre nosotras, las mujeres. Sin distinción de rangos, nos hicieron salir de los palacios, así como a los niños, y nos llevaron a Yahuarpampa, una gran llanura situada a media legua de Cuzco.

Alrededor del lamentable rebaño que formábamos, enloquecidas por tantas muertes, de las cuales muchas se habían ejecutado en nuestra presencia, el enemigo trazó un triple cerco. El primero estaba formado por las tiendas de los guerreros, el segundo y el tercero por cordones de centinelas que se turnaban, disposición que eliminaba toda idea de evasión que pudiéramos tener.

Encerradas en aquel lugar, éramos tratadas peor que criminales. Pero alimentarse de un puñado de maíz y hierba cruda, cocerse al sol de la mañana, aguantar la lluvia del mediodía, tiritar por las noches (en Cuzco son extremos los cambios de tiempo y de temperatura en un día), acuclillarnos en nuestro fango, soportar privaciones y humillaciones, todavía era vivir, y si muchas llamaban a la muerte, era sólo para escapar a la que nos esperaba.

Cada mañana, los soldados venían en busca de cierto número de mujeres y, ante un grupo de capitanes, al alcance de nuestros ojos, procedían a ejecutarlas. Las víctimas eran colgadas de sus largos cabellos, de las axilas o de los pies en altas ramas y en las puertas de las fortificaciones. Se ponían a los niños en los brazos de las madres y, cuando las desdichadas ya no tenían fuerzas para estrechar contra ellas a los pequeños, éstos caían y se destrozaban contra el suelo. Abrían el vientre de las mujeres encintas, arrancaban el fruto... Veo que os estremecéis, padre Juan. ¡Es curioso cómo los hombres blancos se escandalizan por las atrocidades que se cometen en nuestros países pero aceptan aquellas de las que son testigos en los suyos donde, me han dicho, también pasan cosas terribles! No es necesario tener imaginación para hacerse una idea de lo que sentíamos.

Si resistí algo más fue gracias a la presencia de ánimo de Qhora, mi enana, que fue a buscar entre mis efectos mi bolsa de coca antes que los soldados nos arrastraran fuera del palacio.

Esa bolsa de coca, una *chuspa* como las que yo había tejido y bordado por decenas en el *Acllahuasi* de Amancay, era de Huáscar. Él me la había regalado. Estábamos sin noticias de él. Cuando lo recordaba, mi corazón se oprimía. Y cuando pensaba en Manco, bendecía a los dioses por haberlo protegido. No lo hacía a menudo. Cuando tenemos la cabeza anegada de sufrimiento y alaridos, los ausentes nos abandonan. Se vive sólo por vivir, mezquinamente, por instinto, como los animales. Y como los animales, compartimos el aliento con aquellos que están atados a la misma cadena. El azar me había llevado junto a dos jóvenes *aclla*, oriundas de la provincia de los *chachapuyas*. Tenían una quince y la otra dieciséis años, rostros encantadores, y las dos llevaban un hijo de Huáscar. Sus embarazos llegaban a término. Las escenas que presenciábamos las habían llevado a una desesperación rayana en la locura. Yo les tenía afecto y las calmaba lo mejor que podía con mis hojas de coca... ¡No era lo más indicado! Si la coca es muy eficaz contra los vómitos y las hemorragias, si tomada en infusión detiene la diarrea, si cura las llagas y los huesos rotos cuando se la pulveriza, los médicos no la han recomendado jamás a una mujer encinta. Pero ¿qué importancia tenía si los hijos de esas *aclla* nacían deformes, idiotas o muertos? Estaban condenados, de todos modos, y ellas también. Masticar coca era robarles un momento de felicidad a nuestros verdugos.

La lista de los ejecutados se alargaba. La *Coya*, numerosas princesas y concubinas de sangre inca... ¡Y en cada muerte vivíamos la nuestra! De noche dormíamos abrazadas, las dos *aclla*, mi

enana y yo, tratando de luchar contra el frío con el pobre calor que quedaba en nuestros cuerpos. Una de esas noches de frío intenso, tan frecuentes en la estación, dio a luz la más joven. Era un varón. Rasgué un paño de mi *lliclla* y lo envolvimos en él para ahogar sus gritos. La madre había decidido ocultar el nacimiento. «Cuando me llamen para colgarme, Azarpay, prométeme...». Enjuagué sus ojos llenos de lágrimas, le deslicé en la boca mis últimas hojas de coca que quedaban en el fondo de la bolsa y le prometí todo lo que quiso, hasta matar al niño cuando fuera mi turno. No tuve que hacerlo. Al día siguiente, los soldados vinieron por mí.

Un impulso de orgullo me había llevado a arreglar mi cabello y anudar el cinturón de mi vestido bordado de perlas, suntuosidad ridícula. Una túnica de buena lana áspera me hubiese convenido más, pero era con ese atavío que los soldados me habían sorprendido en el palacio del Inca. Tenía también mi collar de esmeraldas, el mismo que llevo ahora.

Mentiría si os dijera que iba serena al suplicio. Morir en vano, sin un motivo válido, no exalta la valentía. Cuanto más, un furor sordo me ayudaba a poner un pie delante del otro y a mantenerme erguida. Los soldados nos conducían, a mí y a un lote de concubinas pertenecientes a un tío de Huáscar, ante tres jefes que reían ruidosamente y bebían *chicha*. A un lado se elevaba un aliso, que es un árbol de nuestra región del que se saca madera para la construcción. En las ramas, como enormes flores de datura, doblando sus corolas marchitas, había mujeres. Las cabelleras y los brazos barrían el vacío, las faldas dadas la vuelta cubrían los rostros. Estaban colgadas por los tobillos. Algunas habían dejado de sufrir, otras gemían con gritos ahogados bajo las faldas. ¡Pero lo peor, lo peor, lo que me puso fuera de mí, fue la indecencia a la que las libraban los horrores del suplicio! Y nosotras seríamos pronto esas mujeres que se nos mostraban medio desnudas, convulsionadas, mancilladas, obscenas, grotescas, luchando tontamente contra una muerte cuya indignidad fue más fuerte que mi resignación.

Oí que una voz cubría los lamentos de las víctimas, una voz estridente, terrible, que parecía brotar de las entrañas de la tierra, vomitando groserías e insultos y, al ver retroceder a mis compañeras, supe que era yo quien los profería. Mi memoria las deslizaba entre mis labios. Esas palabras, las que lanzan los hombres del pueblo las noches de gran juerga o los días de cólera, las había oído en boca de mi padre y de mis tíos. Y volvía a ver de pronto a mi padre, a mis tíos, a mi madre, a mi hermana, a los seres que se habían borrado de mi existencia y que llegaban a asistirme a la hora del fin.

Los soldados intentaron arrastrarme. Yo resistí, me debatí y seguí gritando. Uno de los jefes interrumpió sus bromas y se acercó con los ojos fijos en mi collar.

—Sólo las *coyas* poseen esmeraldas de ese tamaño —dijo—, pero las *coyas* no tienen tu lenguaje.

—Las esmeraldas me las dio el Inca, y ese lenguaje es el de los hombres de mi *ayllu*.

Sus ojos subieron hasta mi rostro.

—¿Quién eres?

—Azarpay. Pertenezco a Huáscar Inca, tu señor.

—No tengo otro señor que el glorioso Atahualpa... ¿Azarpay, dices? ¡Azarpay...! ¿No serás esa cuya belleza celebran de Arequipa a Quito, la que ha vuelto loco de amor a Huáscar y cuyo nombre propagan los sanadores de aldea en aldea? ¿No serás Azarpay, la hermosa coja?

—De mi belleza te hago juez, aunque ha sufrido mucho por vuestros tratamientos —dije—. En cuanto a mi cojera... ¡ordena a esos animales hediondos que me suelten y te lo demostraré! —Reí irónicamente.

Gracias a un hombre que reía y bebía *chicha* mientras a algunos pasos de él unas mujeres agonizaban entre espantosos tormentos, yo había recobrado mi personalidad. Era de nuevo Azarpay, la que mi voluntad había formado. Incluso si eso no cambiaba en nada la situación, por lo menos encontraba bastantes fuerzas en el orgullo para disfrutar de un último placer, ¡el de hacer frente a ese infame! Habría continuado con gusto, pero ya no me escuchaba, estaba interrogando a mis compañeras de desdicha.

Cuando ellas le confirmaron que yo era Azarpay, la favorita del Inca, les volvió la espalda y se puso a discutir con los otros dos jefes. Los soldados esperaban. Mis compañeras esperaban. Yo esperaba. El sol de la mañana calentaba. Las moribundas colgadas del árbol tenían estertores.

Yo tenía fuego en la garganta. Miraba los vasos de *chicha*. ¡Un vaso de *chicha*...! Mi furor me abandonaba, así como todo mi interés por mi suerte y la de las otras. No me preocupaba más que por esa sed, esa necesidad... ¡Un vaso de *chicha*! No me creeréis, padre Juan, pero os lo juro, es verdad, la razón se pierde en tales casos, ¡yo pensaba sólo en *chicha*! El hombre hizo una seña, los soldados se apartaron y yo me adelanté.

—Tal vez divierta a nuestro señor Atahualpa llevar a Huáscar a su hermosa Azarpay encadenada como una hembra de puma —dijo en tono jovial—. ¿O tal vez él tenga una idea mejor? ¡Nuestro señor Atahualpa tiene un cerebro tan fecundo! Le enviamos algunos presentes. Partirás con la caravana.

—Quiero *chicha* —declaré—, y a mi enana, y una túnica y una *lliclla* limpias.

—¡Quieres, quieres...!

La caravana era grandiosa. El enemigo debía de temer un posible ataque de los partidarios del Inca. A veces, yo soñaba que Manco bajaba de las pendientes y acudía a liberarme, pero no era más que un pensamiento fugaz. El sueño era estar aún con vida, llenar los ojos con todo aquello a lo que había dicho adiós: la hierba, las flores, las rocas, el cielo...

Los soldados rodeaban a los portadores cargados de presentes para Atahualpa: estandartes robados a nuestras tropas, espadas y corazas de oro recogidos en el campo de batalla, y varios cascos magníficos: máscaras de jaguar adornadas con piedras preciosas, esféricas cabezas de aves de presa reconstituidas con plumas brillantes de tonos muy vivos... y también conducían a los antiguos propietarios de esos cascos, dos tíos y cuatro primos de Huáscar, que desfilaban tendidos en sus literas, con sus manos blandas y muertas, que los movimientos de los portadores agitaban, golpeando el vientre relleno de cenizas y paja, a la manera de los tamborileros. Uno de ellos, el príncipe Huaman Poma, había recibido una flecha en plena frente y la carne se había abierto al retirarla. Los otros rostros estaban intactos, coloreados de bermellón, muy majestuosos, muy bellos.

Ya sé, ya sé, padre Juan, vais a indignaros nuevamente. ¡A cada uno sus costumbres! ¿Acaso en Europa no recompensan a los soldados abriéndoles de par en par las puertas de las ciudades sitiadas y conquistadas, acaso no se les permite robar, violar, matar hasta que, ebrios de sangre, de vino, de mujeres y de rapiñas, se consideran pagados? Y esto os parece muy civilizado, ¿lo admitís, hombre de Dios?

Nuestros Incas no lo admitían. Masacrar y saquear no cuadraban con su política de anexión. En cambio, ¿qué más agradable para un valiente ejército que desfilar, precedido de los despojos de los jefes vencidos, golpeando el tambor o tocando una flauta de hueso; qué más estimulante para el orgullo de un pueblo que ese espectáculo? ¿Y no es más justo acusar a los que deciden en lugar de aquellos que soportan? Hasta el momento, desfilar con el tambor era algo reservado a los enemigos del Inca. Ver a miembros de su linaje en tan grotesca situación me horrorizaba como un sacrilegio, pero estaba viva y con eso ya me bastaba.

Seguimos por el camino de Amancay. Yo había perdido la costumbre de caminar, estaba agotada por las privaciones y los tormentos y Qhora, mi pobre enana, no estaba mucho mejor. Después de franquear el Apurímac bajo una lluvia torrencial, a gatas, pues el agua volvía resbaladizas las tablas que formaban el suelo del puente, decidí no ir más lejos. Hacer a pie a través de la sierra un viaje de doscientas leguas (la distancia de Cuzco a Cajamarca, donde se encontraba Atahualpa) estaba más allá de mis fuerzas.

Me detuve y me acuclillé. Los soldados me ordenaron avanzar y me empujaron con el pie. Yo permanecí allí, como un tocón. Se acercó un jefe. Era gordo, inflado de buen maíz, la piel oscura, con una cicatriz que le levantaba el labio como un perro listo para morder. Lo miré con la ferocidad que nos atribuís. Sin razón. En tiempos de paz somos gente dulce, tenemos el corazón en armonía con los pacientes trabajos de la naturaleza.

—Quiero una litera.

—¡Quieres!

—¿Ignoras quién soy? Azarpay, la favorita de Huáscar Inca. Tú sirves a otro, pero ¿hiciste una buena elección, estás seguro de lo que ocurrirá mañana? ¡Cuando los dioses conduzcan al Hijo del Sol a su trono y él sepa que te atreviste a tratarme como una sirvienta, te hará cortar en pedazos y arrojará tu corazón y tus tripas a sus boas! Cuídame y cuidarás tu porvenir.

Después de algunos intercambios de palabras en el mismo tono, conseguí mi litera. No sabré jamás si fueron mis amenazas o el temor de no poder presentar más que mi cadáver a Atahualpa lo que lo volvió conciliador. Hice subir a Qhora conmigo. No pesaba más que un niño. Los portadores no dijeron nada. Les di un brazalete de huairuro que tenía en la muñeca. Los granos de huairuro, una especie de poroto abigarrado rojo y negro, son un amuleto muy eficaz. Se dividieron el brazalete entre los cuatro. No eran hombres malvados.

Cuando llegamos a las puertas de Cajamarca, una ciudad a medio camino entre Cuzco y Quito, yo había recuperado carne sobre el esqueleto y claridad en mi cabeza. La ansiedad que me atenazaba había aumentado. La miseria física, ya os lo he dicho, coarta el espíritu y lo limita a los imperativos del cuerpo. Por eso presté escasa atención a los rumores que circulaban en la caravana, según los cuales unos hombres de piel blanca habían desembarcado otra vez en Tumbes, sobre la costa. Hubiese debido recordar la predicción hecha a Huayna Capac, pero mi suerte me absorbía e ignoraba cuán íntimamente estaría ligada en el futuro a la de esos extranjeros... ¡vuestros compatriotas, padre Juan!

El paisaje de Cajamarca es un cuadro pintado por las manos divinas. A la derecha, la sierra con sus campos de nieve y sus picos helados recortándose contra el cielo de un azul violento; a la izquierda, colinas de hierbas duras y arbustos, jardines floridos, vergeles descendiendo suavemente

hacia la ciudad que despliega sus techos de paja, sus muros ocre y sus templos de piedra en medio del verde de los cultivos y de los hermosos prados, donde pacen perezosamente llamas y alpacas.

Antes de llegar a Cajamarca, altas columnas de vapor señalan las fuentes calientes de Pultamarca, una de las termas preferidas de nuestros incas. Era allí donde Atahualpa, viniendo de Quito, había esperado el resultado de sus maniobras; era allí hacia donde íbamos. Alrededor, en la pendiente, se elevaban por millares las blancas tiendas de su ejército.

Nos interceptaron unos guerreros. Dejando que los soldados montaran las carpas, los capitanes de la caravana reunieron los presentes destinados a Atahualpa, entre los cuales figuraba yo, y nos dirigimos a Pultamarca. Mi enana, que iba a mi lado con pasitos cortos y rápidos, suspiraba:

—Tengo miedo, ama. ¿Qué muerte nos reservará ese monstruo?

—No debes temer —la tranquilicé—. Una enana siempre tiene un lugar en la corte de un príncipe, aunque él sea un monstruo.

Lo dije con rudeza para que no siguiera hablando, porque yo me hacía la misma pregunta. Antes de llegar al palacio, los capitanes se descalzaron y los servidores sujetaron una pesada carga sobre sus suntuosos mantos. Yo seguía esos preparativos con una mirada de desdicha. En efecto, es descalzo, la espalda curvada y los ojos bajos como se aborda al Inca... ¡Y los capitanes se presentaron así ante Atahualpa que, sin embargo, no tenía más títulos que los de traidor y rebelde!

El Bastardo estaba sentado en los jardines sobre un pequeño trono de oro. Sus mujeres se afanaban recogiendo los restos de su comida. Frente a él, numerosos dignatarios, a los que reconocí por haberlos visto en Tumipampa, estaban acuclillados en semicírculo. Se apartaron para dejar pasar a los capitanes, detrás de los cuales llegaban los presentes.

Los infortunados parientes de Huáscar, convertidos en tambores, obtuvieron un gran éxito.

Atahualpa no tenía ya ningún parecido con el príncipe sumiso y encantador que yo recordaba. Ahora era un soberano. Además, lucía el *llautu* y la *mascapaycha* como si ya hubiera reemplazado a Huáscar. Mi enana murmuró:

—Adelántate, ama.

Me adelanté. Me gustaría poder decir que mi porte era altanero, mi aire soberbio de desprecio, pero el heroísmo no es más que una tontería cuando no lleva a nada y nosotras, las mujeres, sabemos muy bien contener nuestros sentimientos bajo la humildad que (según los hombres) nos favorece.

—¡Azarpay! —dijo Atahualpa—. Eres bienvenida. ¡Verte me alegra, igual que alegró a mi padre, el gran Huayna Capac y a mi hermano Huáscar, que no es tan grande y ahora incluso muy pequeño!

Rió. Sus dientes marcaron de un trazo blanco su rostro que, no sé si os lo he dicho, era muy bello. Permanecí callada. Una de sus mujeres le ofreció *chicha*. Cogió el vaso de oro, se mojó dos dedos en él, levantó la cabeza con veneración en dirección al Sol y, de un papirotazo, envió al astro la gota que perlaba su dedo acompañándola con besos... Mi estómago se contrajo un poco más. Ésos eran los gestos con los cuales nuestros Incas tenían la costumbre de marcar el final de sus comidas y el comienzo de las libaciones. Habréis notado que no bebemos mientras comemos. Dio unas palmadas. Acudieron otras mujeres. Jóvenes, sonrientes, hacían tintinear alegremente sus múltiples brazaletes.

—Azarpay —dijo Atahualpa—, te confío a mis mujeres. Tenemos prisa por contemplar tu belleza en su cenit.

Seguí a las mujeres. Entramos en el palacio. Era pequeño y no tenía más que cuatro habitaciones,

pero distribuidas alrededor de un patio con un enorme y maravilloso estanque alimentado por una doble canalización de oro, de donde se derramaba el agua caliente y la fría de las fuentes de Pultamarca. Los muros del palacio, del patio y de las habitaciones estaban recubiertos de una capa brillante que, según mis recuerdos, tenía el brillo y el oriente de las perlas... Comparación que no habría podido hacer en esa época: nuestros incas prohibían su explotación, pues juzgaban la pesca de perlas demasiado dura y peligrosa para el pueblo. Como vuestros compatriotas no tienen esas preocupaciones, parece que las perlas se venden actualmente en Sevilla por bolsas, como los granos, y aquí ¡las prostitutas las cosen en sus prendas interiores!

Las mujeres me desvistieron con mucha gentileza y respeto. Aunque yo tenía otras preocupaciones, me mostré igualmente afable. Una mujer no elige a su dueño. Luego, me invitaron a bajar al estanque. Se llegaba por escalones de piedra. El baño, tibio, me distendió. Mi cuerpo encontraba con voluptuosidad las sensaciones de bienestar a las que estaba acostumbrado. Confieso haber considerado con menos repugnancia que anteriormente la perspectiva de acostarme en el lecho de Atahualpa: era a lo que yo atribuía aquellas atenciones.

Al salir del agua las mujeres me secaron, perfumaron mis cabellos con flor de canela y la sujetaron en la frente con una banda de oro. Luego me pusieron una sedosa túnica de algodón blanco, fruncida por un cinturón bordado de rojo, ocre amarronado y oro, después una *lliclla* de gasa, que sujetaron con un broche, todo subrayado con grititos que me cosquillearon agradablemente. No hay espejo más franco para una mujer que los ojos de otras mujeres. Su admiración era un bálsamo sobre las humillaciones sufridas en el campo de Yahuarpampa. Cantando me llevaron a los jardines y fueron a acucillarse entre sus compañeras. Siempre evoco con nostalgia esos cuadros de mujeres-flor, inseparables de la imagen que nos hacemos de los incas y de los príncipes. Frente a la rigidez orgullosa de lo sagrado, encarnan la poesía, el sentimentalismo, las pasiones; todos esos movimientos del alma que agitaban secretamente a nuestros soberanos. Los españoles se han negado a comprenderlo... o no han podido.

Atahualpa me señaló un tocón de árbol. Fui a sentarme. Qhora, mi enana, no se apartaba de mí. Tenía el rostro gris y moqueaba.

—Deja de lloriquear —dije—. No tiene aire de mala disposición.

La voz de Atahualpa se elevó:

—Azarpay, cuando me anunciaron tu llegada me pregunté qué haría contigo. Eres bella, esta noble concurrencia está convencida de ello, pero ya no eres nueva. Ocupar el lugar de un triste vencido no sería un honor para nuestros señores. Yo me sentía confuso. Luego se me ocurrió que si nunca se ofrece carne de caza algo pasada a quien no consume más que carne fresca, esa misma caza será succulenta para quien se conforma con caldo de *quinua* y raíces. En resumen, elegí a diez de mis soldados... Míralos, Azarpay, ahí, a tu derecha, casi frente a ti... De acuerdo, son rústicos, sin elegancia, llenos de sudor, pero vigorosos, bien formados... No podrás quejarte de sus asaltos.

Un silencio total recibió esa declaración. Me enderecé, temblorosa.

—¡No puedes hacer eso! —exclamé—. Soy una *incap aella*. Ningún hombre, con excepción del Inca, tiene derecho a tocarme. ¡Tú lo sabes, todos los señores lo saben!

—¡Cállate, mujer! El Imperio me pertenece, Huáscar me pertenece, tú me perteneces, y dispondré de ti como me parezca.

—Mátame —dije—. Mátame, te lo ruego, pero no cometas esa ignominia.

Atahualpa rió.

—¿Matarte? ¿Cuando todavía puedes servir, cuando tu cuerpo puede ser el lecho real sobre el cual se tenderá uno de mis valientes guerreros? Míralos estremecerse... ¡Míralos, te digo! ¿Tendrías el coraje de decepcionarlos?

—¡Los dioses te castigarán! Por la sangre derramada, por tu felonía, por...

Volvió a reír.

—Los dioses aman la sangre, y en su sabiduría saben que seré mejor Inca que mi hermano. Si no, ¿habrían permitido que yo triunfara? ¡Las bendiciones de *Inti* y de *Viracocha* están sobre mí! Eres astuta, Azarpay, pero no me harás encolerizar, no te mataré, vivirás mujer de soldado... De todos modos, el que te tendrá deberá ganarte primero. Estos diez hombres..., ¡míralos!, estos diez hombres son los mejores corredores de nuestro ejército. Van a correr hasta Cajamarca. El primero que regrese te recibirá en recompensa. He hablado. ¡Que la carrera comience!

Oí pasos a mi alrededor, órdenes. Yo no veía nada, en mí no había más que odio y vergüenza.

Tal vez, padre Juan, no habéis notado en la condición de *incap aclla* nada más que el lado superficial, licencioso, que vuestros compatriotas dan a esa institución. Permitidme insistir sobre su carácter sagrado. Dar por sabido que el hecho de apoderarse de una mujer marcada por el Inca era peor que una violación: es una profanación del orden moral y divino que, hasta ese día, nos había gobernado.

Detrás de mí, Qhora sollozaba... Bruscamente, estallaron unas exclamaciones.

—¡Ama, ama!

El tono de Qhora era tan vivo, tan apremiante, que abrí los ojos. Se habían levantado los dignatarios y las mujeres. Todos, hasta el grupo de soldados interrumpidos en su impulso, todos estaban petrificados y habían vuelto la cabeza hacia la misma dirección. Yo también volví la cabeza y distinguí, más allá de las tiendas del ejército, de los cultivos y los prados, una especie de relámpago blanco que crecía, que se estiraba, como un trazo de luz incandescente. Durante un momento pensé que era *Inti Illapa*, el dios rayo, que venía a hacer justicia, a aniquilar al Bastardo. Pero cuando la deslumbrante luz se acercó, la vi dividirse... Una a una, sobre la línea del horizonte, se desprendieron siluetas cuya forma humana parecía moldeada en el metal, y que avanzaban encaramadas en fantásticos animales de cuatro patas.

La magia de esa aparición nos soldó súbitamente unos a otros. Con el mismo estupor, con el mismo temor, mudos, contemplamos esos seres surgidos de ninguna parte, que no se parecían a nada que conociéramos, coger lentamente el camino que sube a Cajamarca. Ésa fue la primera impresión que tuve de los españoles, padre Juan. ¡Inútil precisaros que el halo sobrenatural que los nimbaba se borró muy pronto!

Mañana al alba, ¿os lo dije?, salimos para Ollantaytambo. Un lugar soberbio, al pie de las grandes montañas. Os gustará. En realidad, padre Juan, os hablo sin cesar de nuestras mujeres y falto al deber más elemental de una anfitriona... ¡Por Dios! ¡No adoptéis ese aire! Si os he ofendido, os ruego que me perdonéis. ¿Qué más natural que proponeros una compañera para alegrar vuestras noches? ¡Aquí, vuestros monjes copian a nuestros señores y han tenido más concubinas que días en una luna! Por eso me había imaginado que los principios que rigen las costumbres de vuestros

religiosos no tenían vigencia más que en vuestros países. Sobre todo porque un hombre tan seductor... ¡Vamos! ¿Qué he dicho ahora? ¿Es un pecado ser joven y hermoso, es que no puedo decíroslo?

Padre Juan de Mendoza. Valle de Yucay, 5 de octubre de 1572.

¡Cuánta sangre, cuántas crueldades! Tengo prisa, Señor, por oír la continuación de su relato y porque aparezca la Verdadera Cruz trayendo Vuestra misericordia a este desdichado país.

Aunque ella me haya asegurado haber dejado instrucciones para que Pedrillo, mi intérprete, se reúna con nosotros, sigo sin noticias de él. Tengo un mal presentimiento. Anoche soñé que Pedrillo se balanceaba en una rama, abierto como una granada demasiado madura, y que yo lo miraba mientras una espada de oro me cortaba el costado. Era ella, Azarpay, quien empuñaba la espada... ¡Azarpay! ¡Hermoso nombre! Tal vez debería volver a Cuzco y averiguar qué le ha pasado a Pedrillo. Pero una de dos, o desertó o le ocurrió algo malo. En ambos casos no puedo hacer nada.

¿Adónde me lleva? ¡Qué importa! Yo la sigo. Ella y su cohorte de indios con rostros de madera... Si quiero intentar descubrir su verdadero rostro, deberé aventurarme más.

Estos pocos días me han hecho reflexionar. Destruir la existencia de esta mujer basándome en denuncias tal vez engañosas, en una simple apreciación y en el principio de que más vale eliminar un inocente que arriesgarse a dejar que un criminal continúe actuando, me es imposible. El rigor, la honestidad, me obligan a profundizar mis investigaciones hasta que ella se traicione.

El comienzo de su relato se refería sólo a los suyos. Ahora van a comenzar sus relaciones con los españoles. Cada vez más, tengo la impresión de que no aprecia en absoluto a nuestros compatriotas y que disfruta haciéndomelo saber. Esto no concuerda con la infernal hipocresía de que la acusan. ¿Por qué ese comportamiento? ¿Será, a medias palabras, una advertencia, una amenaza? Sin embargo, mi compañía parece serle agradable... Me desconcierto. Y esta desorientación absoluta lleva la confusión a mi cabeza. ¡Señor Dios mío, no me abandonéis! Sin Vos, no soy más que un hombre.

Apuesto, padre Juan, a que esperáis con impaciencia la entrada de vuestros compatriotas en este relato. Helos aquí. No os alegréis demasiado. Cuando abordasteis este país, estabais dispuesto a oír todo acerca de las miserables criaturas que somos, pero ¿lo estaréis cuando se trate de hombres pertenecientes a vuestra cultura y a vuestra fe?

Dos españoles llegaron ese mismo día, a última hora de la tarde, a Pultamarca, acompañados de un intérprete y de una pequeña escolta. Había llovido, una lluvia fuerte mezclada con granizo, y la entrevista empezó con los colores poco agradables del cielo. Pero Atahualpa, al enterarse de que uno de los jinetes era el hermano del jefe, se dignó apartar el velo que dos de sus mujeres mantenían tendido ante él para sustraerlo a toda curiosidad impía. Salió de su mutismo, ofreció *chicha* en vasos de oro y consintió en ir al día siguiente a Cajamarca, donde los extranjeros habían establecido sus cuarteles.

Los jinetes se llamaban Hernando Pizarro y Bartolomé Villalcázar. Pudimos constatar de cerca que parecían hechos como nosotros, de carne y hueso, y que estaban dotados de palabra, aunque no comprendíamos lo que decían si no era por medio del intérprete. Estaban vestidos suntuosamente.

De todos modos, más que sus trajes de seda y brocado, más que su tez pálida, su barba rizada, sus rasgos hermosos, pero desabridos en mi parecer comparados con las líneas tan vigorosamente acentuadas que presentan los rostros de nuestros hombres, lo que captó mi atención fue la mirada del segundo jinete, el llamado Villalcázar, una mirada que, por otra parte, él dejaba deslizar con descaro sobre las mujeres, entre las que yo estaba. Esa mirada tenía el azul de ciertas flores y la clara transparencia del agua. ¡Jamás me habría imaginado que los ojos pudieran ser de otro color que negros o castaños! Aquella originalidad me maravilló. Habría debido acordarme de que el azul me era nefasto...

Pasé la noche con Qhora en el aposento de las mujeres, decidida a escaparme en cuanto se presentara la oportunidad. La llegada de los extranjeros había postergado la sentencia de Atahualpa, pero no era más que un compás de espera, y prefería los azares de la huida a lo que me aguardaba.

Desde el alba, los fuegos del ejército iluminaron alegremente los prados. Cuando los hombres hubieron comido, empezaron los preparativos. Hacia el final de la mañana resonaron los tambores, las caracolas lanzaron sus mugidos hacia el cielo, que se anunciaba hermoso, y el cortejo que llevaba a Atahualpa a Cajamarca se puso en movimiento.

A la cabeza marchaban centenares de sirvientes vestidos de rojo y blanco, plebe que tenía por misión limpiar el camino del menor guijarro, brizna de hierba o trozo de paja, a fin de abrir un camino real a las literas. Detrás, caracoleaban cantantes y bailarines, y después venían, espléndidamente adornados de oro y plata, los dignatarios de Quito y los de las provincias que se habían aliado con el Bastardo. Éstos precedían a la guardia personal de Atahualpa: varios miles de jóvenes nobles con vestimenta azul.

Os he descrito la litera de Huayna Capac. La de Atahualpa no le iba a la zaga: una caja de oro y pedrería. Antes de que se cerraran las cortinas y mientras algunas de sus mujeres arreglaban amorosamente los pliegues de su atavío, pudimos admirar a aquel que pretendía ser Inca. Reconozco que Atahualpa poseía la majestad que se requería, pero ¡cuánto odio había en mi corazón! A continuación iban otras dos literas transportando a príncipes de la costa a los que había otorgado el privilegio de ir tras la suya. Detrás marchaba el grueso del ejército, impaciente, alegre, punteado de oro.

Yo estaba con las princesas de Quito. Ninguna mujer de alcurnia podía aprobar la actitud de su señor para conmigo y se esforzaban por hacérmela olvidar con su amabilidad, invitándome a seguir el cortejo en su compañía. Aunque nos habían hecho a un lado, estábamos al corriente de lo que se tramaba. Sabíamos que, debajo de sus trajes de ceremonia, los guerreros disimulaban petos de algodón acolchados, bolsas con piedras y hondas; sabíamos que de las pértigas, decoradas con trenzas, flecos, pompones de lana y plumas, colgaban nudos corredizos, y que en los puntos estratégicos habían sido emplazados hombres para capturar a los extranjeros que lograran escapar. Nuestros espías habían averiguado que eran ciento setenta y seis, ni uno más, y que, ante nuestros ojos, habían desfilado alrededor de treinta mil guerreros. En suma, sabíamos que, dado su número, esos seres de piel blanca no tenían ninguna oportunidad. Por otra parte, Atahualpa lo había dicho la víspera, riéndose de los temores de su entorno: «No son más que hombres. ¡Contadlos, contadnos! Hubiera podido hacerlos suprimir cuando desembarcaron en nuestras costas, pero tengo curiosidad por verlos de cerca, y quiero sus animales vivos». ¡Cada uno de nosotros habría apostado el lugar

que tenía reservado en los verdes bosquecillos del reposo eterno a que Atahualpa conseguiría esos animales!

Al despuntar la tarde, un correo enviado a las princesas nos informó de que los españoles, transidos de terror, se habían encerrado en las casas que daban sobre la gran plaza por la que se penetra en Cajamarca. Eso no nos asombró. ¿Cómo no habrían de estar asustados los hombres blancos ante ese grandioso despliegue de fuerzas, que avanzaba con una lentitud calculada para quebrar las valentías, incluso si el encuentro tenía oficialmente un carácter amistoso?

El día terminaba cuando las princesas recibieron un nuevo mensaje: Atahualpa había decidido montar su campamento bajo las murallas de Cajamarca y posponer la entrevista para el día siguiente. Intercambié una mirada consternada con Qhora, mi enana.

—Cuando los extranjeros hayan sido aniquilados —le había dicho—, aprovecharé el regocijo y las juergas que seguirán para escaparme.

—Tendremos que ganar los montes enseguida —murmuró Qhora, acomodada entre mis faldas.

—¿Tendremos? Tú te quedas aquí.

—Voy contigo.

—Me molestarías.

—Tregar no es una cuestión de tamaño. Mi pie es tan ágil como el de la llama... ¿Y quién encendería tu fuego, quién se ocuparía de tu alimento?

—Cuando era niña, en mi *ayllu*...

—Ya no lo eres, y durante demasiado tiempo te acostumbraste a no hacer nada: tus manos se han vuelto ignorantes.

—¡Cómo te atreves!

Ella sonrió.

—No te librarás de mí.

¡Sentir de lejos el aire de la libertad ya es una fiesta, pero una nueva coyuntura posponía, tal vez para siempre, nuestros proyectos! De todos modos, un poco más tarde, llegó un tercer mensaje que devolvió el impulso a mi corazón: Atahualpa, cediendo a las peticiones de los extranjeros, se había decidido finalmente a hacer su entrada en Cajamarca. Aunque el cortejo hubiera tardado desde el mediodía hasta la puesta del Sol en efectuar el recorrido, Cajamarca no está más que a media legua de las termas de Pultamarca. Entre esos dos puntos, el terreno se ahonda y, como el camino sube para alcanzar la ciudad, nos encontrábamos casi al mismo nivel que ellos. Así que vimos, poco después, la litera de Atahualpa, precedida de una parte del cortejo, franquear la muralla sobre los hombros de los portadores, y a los guerreros que se apretujaban detrás.

El viento había cambiado y ahora venía del norte, inflado con grandes nubes, enviándonos el sonido agridulce de las flautas sobre un fondo de tambores. De pronto cesó la música. Pasaron algunos minutos. Esperamos. Entonces la tierra y el cielo parecieron confundirse en un abominable estruendo. Cerramos los ojos y nos apretamos unas contra otras. ¡Ni siquiera en lo más fuerte de su furor, jamás *Inti Illapa* nos había enviado un trueno tan poderoso! El ruido se detuvo. Abrimos los ojos. El horizonte, la ciudad, el campo, seguían en el mismo lugar. Un trazado de sombras se inscribía en el crepúsculo. Sin poder encontrar explicación a lo ocurrido, empezábamos a serenarnos un poco cuando, de pronto, la muralla de Cajamarca se desplomó como pulverizada por el puño de

un gigante y, desde el hueco abierto, se desbordó un torrente humano que empezó a bajar la pendiente...

Los españoles llegaron a Pultamarca antes de que hubiéramos comprendido lo que pasaba. Las nubes se habían roto. Bajo una lluvia torrencial, a todo galope, anunciados por el ruido ensordecedor de los cascabeles que adornaban el pecho y las patas de los caballos, invadieron los jardines, rodearon el palacio y atravesaron a los guardianes con sus lanzas. En la dependencia donde nos habíamos refugiado, varias concubinas de Atahualpa, perdiendo la cabeza, quisieron huir. Las princesas de Quito les ordenaron que no se movieran. Esa dignidad las salvó. Si no, seguramente hubiesen sufrido la violencia que los españoles ejercieron sobre las sirvientas y las mujeres de los guerreros, que se encontraban fuera. El palacio, lo supimos después, fue asaltado en un santiamén.

Al final se interesaron por nosotras, que nos preguntábamos si volveríamos a ver la luz del día. Aún no comprendíamos por qué los españoles actuaban como vencedores, cuando según toda lógica estaban condenados al papel de vencidos, pero sospechábamos que no debían de albergar buenas intenciones en cuanto a nosotras. Fueron correctos. Impresionados por nuestra actitud y la magnificencia de nuestros atavíos, refrenaron su naturaleza, contentándose con apostar soldados ante las grietas.

Por la mañana nos llevaron a Cajamarca. El trayecto hasta la ciudad terminó de arrebatarnos a las mujeres la ínfima esperanza a la que se aferraban. Los prados, los jardines, los contrafuertes de la ciudad no eran más que un vasto campo de muertos, todos guerreros. Mentiría si os dijera que compartía el dolor de las otras mujeres, pero el espectáculo me hacía temer inmensamente por mi propia suerte. Qhora resumió la situación con una frase:

—¡Hemos caído de las manos de un monstruo en las garras de los demonios!

En la gran plaza de Cajamarca, los únicos que estaban de pie eran los españoles ocupados en trasladar cadáveres. Interrumpieron su trabajo para observarnos mientras éramos conducidas a uno de los edificios. Después de lo que habíamos visto, ninguna de nosotras creía que Atahualpa estuviera con vida. Así que, cuando lo vieron, olvidando su reserva, sus mujeres se abalanzaron hacia él, mezclando lágrimas de alegría a sus llantos, empujándose para postrarse ante él, tocarlo, besar sus manos y sus pies. Sabéis lo que pienso del Bastardo de Quito, padre Juan, pero una cosa es cierta: los suyos lo amaban hasta la adoración.

Los españoles presentes asistían estupefactos a ese delirio de efusiones. Yo me quedé con Qhora en el umbral. Ver con mis propios ojos a Atahualpa evidentemente prisionero, pero sano y salvo y tratado con honores, me produjo una conmoción.

Cuando hube puesto un poco de orden en mis reflexiones, llamé al intérprete, el mismo que había venido la víspera a Pultamarca con los dos jinetes. De momento, como no lo necesitaban, esperaba que las mujeres se calmaran. Me dirigí a él empleando ese tono altanero que tenemos en Cuzco y que no importa qué indígena, aunque sea simple de espíritu, es capaz de reconocer.

—Llévame ante el jefe de los extranjeros —dije—. Yo no pertenezco a Atahualpa. Al contrario, tengo mucho que quejarme de él. Me llamo Azarpay y soy la favorita de Huáscar Inca, tu señor.

Y no pudiendo permanecer más en la ignorancia, y deseando informarme antes de enfrentarme a aquel que había logrado capturar al Bastardo de Quito al frente de su gran ejército, añadí:

—¿Qué ha pasado?

El intérprete, nativo de una isla cercana a la costa, se expresaba muy mal en nuestra lengua. De modo que, en parte, gracias a las historias de vuestros compatriotas logré reconstruir el suceso. Vos lo conocéis. ¡Quién no lo conoce en España, adonde, desde entonces, afluyen nuestras riquezas! Pero las narraciones a veces fantasean, y tal vez os agrade revivir con toda exactitud la hazaña de Francisco Pizarro, sobre todo porque después no tendré elogios que haceros de él.

Plantear el decorado es importante, porque la disposición de los lugares proporcionó a Pizarro su plan de ataque. Imaginaos una vasta explanada de tierra ocre. Edificios de ladrillos crudos la bordean por tres lados. Un largo muro de tierra delimita el cuarto lado, dominando el campo y abriéndose en dos puertas que dan acceso a la ciudad. En una de las esquinas del muro se yergue una torre algo más alta.

Cuando Atahualpa penetra en la plaza de Cajamarca, ignora que en algunos minutos su destino estará sellado. Pizarro ha sopesado los riesgos. Es veterano de las conquistas, tiene casi sesenta años, le ha llegado el momento de recoger la gloria y la fortuna; sabe que ese país, al que le ha costado años de existencia y de sufrimientos acceder, es el más grande, el más rico, y que ningún conquistador ha posado jamás la bota sobre él. Sabe también que, si no toma la delantera, la muerte será el precio de su ambición. En ese caso, la única salida es atreverse a lo impensable, a lo imposible.

Volvamos a Atahualpa. Desde lo alto de su litera domina la plaza, donde hormiguean servidores, músicos, bailarines, guerreros, mientras espera recibir el homenaje de los españoles. Pero en esa masa ruidosa, deslumbrante de colores, no aparece ninguno de vuestros compatriotas. Mientras él se impacienta y se ofende, de pronto un religioso sale de uno de los edificios y se acerca a la litera seguido del intérprete. Su hábito de lana rústica cruza las filas, su aire devoto impone silencio. El religioso tiene una Biblia en la mano. Comienza a arengar a Atahualpa, hablando de Dios y de Su Majestad de España, según vuestras costumbres, pero Atahualpa, que no reconoce otro poder más que el suyo, se irrita más. El religioso insiste. «Todo está escrito en la Biblia», dice, y le tiende el santo libro a Atahualpa, que lo abre y lo hojea. Es evidente que esos signos no le dicen nada. Con cólera y desprecio lo arroja al suelo. El religioso lo recoge y vuelve corriendo a informar a Pizarro.

La decisión ya estaba tomada, pero provocar la hostilidad de Atahualpa, llevarlo a un gesto sacrílego, aportan un piadoso sostén a las conciencias. Pizarro da la señal. Inmediatamente, de todos los edificios, de todas las aberturas, brotan los jinetes españoles. Lanzan su salvaje grito de guerra, surcan la multitud con sus monturas, descargan mosquetes y arcabuces y, mientras tanto, los cañones encaramados a la torre empiezan a tronar.

Ese estrépito infernal, esas armas que escupen el rayo y la muerte a distancia; esos caballos, animales fantásticos y monstruosos para quien no ha estado jamás cerca; esos clamores de los que las orejas no entienden el significado, el olor acre de la pólvora, es demasiado, muchas cosas desconocidas a la vez. El espíritu de los hombres de mi raza se tambalea y el terror se apodera de ellos. Contra eso, la razón y la disciplina son impotentes. Son decenas de miles. Aplastar a los españoles bajo el peso del número sería fácil. No se les ocurre, sólo piensan en huir. Su voluntad se ve reducida al instinto y, como un rebaño de animales enloquecidos, se precipitan sobre la muralla. La presión es tan fuerte que las piedras y los adobes con los que ha sido construida se desploman, enterrando a muchos de ellos.

Sólo los jóvenes nobles de la guardia personal de Atahualpa y los portadores de la litera permanecen en sus puestos. Tuvieron que matarlos uno a uno, y los guardias reemplazan a los portadores a medida que éstos caen, hasta que al fin la litera cayó a tierra y Pizarro, que se reservó esa tarea, arrancó a Atahualpa de su estuche de oro, turquesas y esmeraldas. Os lo he dicho ya, Pizarro tiene un largo pasado detrás. Conoce la mentalidad de nuestros pueblos: entre nosotros, cuando se posee la cabeza que gobierna, se es dueño del cuerpo entero. Por lo tanto, su único objetivo ha sido Atahualpa. Y como siente que todavía puede necesitarlo, lo quiere vivo.

En el cortejo hubo cinco mil muertos, unos descuartizados, otros pisoteados o asfixiados en medio del pánico. Todos los españoles resultaron ilesos. Treinta minutos le bastaron a Pizarro para apropiarse de nuestro país... ¡Treinta minutos en ese 16 de noviembre de 1532, para que el Imperio de los incas y el honor de un pueblo de diez millones de habitantes le cayeran en las manos! Evidentemente, yo estaba lejos de imaginarlo.

Durante los primeros meses fui tratada con miramientos. Pizarro me concedió una vivienda en Cajamarca, sirvientas y todo lo necesario. Esas disposiciones corroboraron los desagrazos que me había dispensado en nuestra primera entrevista, y me complací en ver en ello una manifestación de la voluntad divina. Pensé que esos extranjeros que, a pesar de la debilidad de sus efectivos, habían triunfado tan fácilmente sobre Atahualpa, nos habían sido enviados para reponer el orden en el Imperio y al Inca en su trono... ¿Acaso no lo simulaban ellos mismos? En resumen, durante un tiempo, para mí y para todos los partidarios de Huáscar, fueron los salvadores. Algunos hasta llegaron a considerarlos dioses.

Al no poder acostumbrarme al ocio, manifesté el deseo de instruirme en su lengua. Pizarro me envió a su joven primo Pedro a quien, en pago, yo enseñé el quechua. Hice rápidos progresos, movida por el deseo de poder servir de intérprete a Huáscar cuando los españoles lo liberasen, ¡lo que prueba que las crueldades de la vida todavía no habían agotado mi ingenuidad! Mientras tanto, en lugar de proseguir su camino hacia Cuzco, vuestros compatriotas se incrustaban en Cajamarca. Y, a medida que las lunas se desgranaban en las noches, yo me inquietaba cada vez más, constatando las amables relaciones que Atahualpa había entablado con sus carceleros y temiendo lo peor de su inteligencia y su duplicidad. Además, él había captado la capacidad de sus vencedores y, para satisfacerla, les había prometido un rescate colosal de oro... Colosal a los ojos de los vuestros, a quienes el oro les puede proporcionar todo, incluso lo que deberían sólo merecer, pero para nosotros, que teníamos tanto y que no le dábamos más que un valor decorativo, en realidad era muy poco. ¡El oro... y las mujeres!

¿Hay mujeres hermosas entre vosotros, padre Juan? Os hago la pregunta porque, con excepción de algunas prostitutas, las damas que vienen aquí a reunirse con sus esposos, tal como la Corona de España les ordena, no tienen nada que pueda emocionar a un hombre. Es verdad que su tez y su humor se vuelven rancios al descubrir la alegre licencia en que se revuelcan sus cónyuges.

En suma, Atahualpa también había olfateado esa sed de mujeres. Numerosas princesas de Quito y concubinas abandonaron su lecho a su orden para adornar los de Pizarro, sus cuatro hermanos y otros españoles. Los menos favorecidos se contentaron con las sobras que recogían en los caminos, pero creedme, toda vuestra gente fue provista. Durante ese período fui respetada. El mismo Pizarro se encargó de sermonear a Villalcázar cuando me quejé de sus asiduidades... Villalcázar... ¿Os

acordáis? Uno de los dos jinetes que llegaron en embajada a Pultamarca. Aunque tenía a una hermana de Atahualpa y algunas otras mujeres, lo encontraba en mi camino cada vez que me presentaba en casa de Pizarro o que salía de la mía. Sus cumplidos, su insistencia me ofendían; aquí no teníamos esas costumbres. Villalcázar fingía no darse cuenta. Tal vez tomaba mi frialdad por coquetería. Era uno de esos hombres hermosos y dominantes que no conciben el fracaso y tampoco lo experimentan. ¡Era hermoso de verdad! En lo mejor de la edad, una estatura magnífica, la cabeza orgullosa, mandíbula salvaje (pero, acaso cierta ferocidad, ¿no añade encanto al macho?), la barba sedosa de un negro intenso y esos ojos tan azules de los que os he hablado.

En febrero tuve una gran alegría. La llegada del Inca, prisionero de los generales de Atahualpa en alguna parte de la región de Cuzco, fue anunciada para muy pronto. Mi gratitud hacia los españoles se acrecentó. La pesadilla parecía a punto de terminar y me regocijaba pensando en la angustia que debía de atormentar a Atahualpa.

Esos días de espera, durante los cuales viví flotando en las nubes triunfales que acompañarían el regreso de Huáscar, fueron el último presente que me hicieron. Una tarde, a la hora fresca en que la lluvia viene a calmar los locos ardores de la mañana, estaba recibiendo mi clase de castellano cuando Qhora, que utilizaba de maravilla su tamaño para colarse por todas partes y hacer soltar las lenguas, irrumpió en la pieza. Se precipitó a mis pies y me abrazó las piernas con sus pequeños brazos. Estaba sollozando.

—¡Ama, ama! ¡El Inca ha muerto!

La rechacé. ¿Huáscar muerto? Imposible. Algún signo me habría avisado de ello.

—¡Mientes! —exclamé.

Pedro, el primo de Pizarro, se levantó.

—Señora, continuaremos cuando estéis dispuesta.

Se dirigió hacia la puerta. Su nuca estaba rígida y su paso era presuroso. Grité:

—¡Entonces es verdad! ¡Lo sabíais!

Se volvió y me miró con precaución. Era un joven gentil, de pensamientos más delicados y mejor educación que el resto de su familia.

—La noticia nos fue comunicada por la noche. El príncipe Huáscar fue ahogado por orden de los generales de Atahualpa. Creed que lo lamento, señora. Lo lamentamos todos.

—¡Ahogado! —repetí con horror.

Me puse a temblar. De pronto tenía frío, un frío que me penetraba hasta los huesos... ¡Ahogado! ¡Entonces los dioses no me dejarían siquiera el consuelo de imaginarlo disfrutando de una apacible y nueva existencia! Sabed que, en efecto, padre Juan, según nuestras creencias, la pena es eterna para los ahogados y para los que perecen en la hoguera...

Villalcázar guardó las formas. Me concedió tres días de duelo. Al cuarto, apareció.

—Señora, ahora estáis sola. He solicitado a Francisco Pizarro, nuestro capitán general, el honor de protegeros. Me lo ha concedido. Desde ahora viviréis en mi casa. Os conduciré allí. Por favor, disponed que reúnan vuestros efectos.

Era decirme, en palabras cuidadosamente elegidas, que al no estar ya el Inca, yo no era nada más que un objeto de placer. ¿Acaso tenía la posibilidad de rebelarme? ¡Tomaría por la fuerza lo que yo me negara a darle de buen grado!

Considerando que discutir una causa ya decidida era rebajarme inútilmente, hice lo que las mujeres de mi país hacían en esa época y hacen todavía cuando despiertan el interés de un español: llamé a Qhora, la envié a buscar mi vacía bolsa de coca y un peine, que era todo lo que poseía realmente en aquella casa, aparte de las alhajas y vestimentas que llevaba puestas, y seguí a Villalcázar. Su casa había sido de un notable de Cajamarca. Se abría sobre un patio. El agua de una fuente gorgoteaba. Varias mujeres se dejaron ver y se eclipsaron. Atravesamos una sala con hornacinas adornadas con rica alfarería. Recuerdo que había un florero muy hermoso que representaba un loro en tonos castaños y ocres, picoteando una espiga de maíz. Lo recuerdo porque obligué a mi espíritu a aferrarse a los detalles para que no fuera más lejos. Ante una puerta cerrada por una cortina de piel de llama sujeta por un marco de madera, Villalcázar se volvió.

—¡Tú, enana, fuera!

Ordené a Qhora que se reuniera con las sirvientas. Villalcázar apartó la cortina, me empujó al interior de una habitación de la que no vi nada porque inmediatamente estuvo sobre mí. Me abrazó y me arrancó la banda de oro que tenía en la frente, hundió las manos en mi cabellera y, levantando el rostro que yo mantenía bajo, me besó en la boca. ¡Un beso tan violento como un puñado de pimientos! Luego me soltó.

—Desnúdate —dijo—. Hace demasiados meses que espero.

Y comprendí que el tiempo de las buenas maneras había pasado.

Villalcázar tenía la impaciencia de un niño y la voracidad de un ogro. En él todo era desmesura, palabras, gestos, apetitos, deseos... Al día siguiente decidió que las concubinas que le había dado Atahualpa me servirían.

—No es posible —dije—. No les haré esa afrenta. ¿Qué soy ahora más que ellas?

—¡Harás lo que te digo o las echaré!

—¿Crees que lo sentirán?

La sangre subió a su rostro y me obsequió con una cólera a la que asistí asustada, ya que nuestros señores muy rara vez se dejaban llevar hasta tales extremos. Entre nosotros, un simple fruncimiento de cejas o una palabra seria bastaban. Con un montón de gesticulaciones apoyadas por groserías de las que sólo comprendí la entonación, porque ése no era el lenguaje que me enseñaba Pedro Pizarro, Villalcázar me explicó que ahora yo tenía un nuevo dueño y que, en dieciocho años de conquista en países vecinos al nuestro, jamás una india había logrado hacerle frente. La manera en que pronunció la palabra me golpeó el corazón. Lo miré a la cara.

—Haz lo que quieras —dije—. Pero no pretendas cambiarme. Y si no te conviene, mátame. Me harás un favor.

Le lanzaba esa frase cada vez que chocábamos, es decir, continuamente. Yo pensaba mucho en la muerte. Al ser humano le hace falta un fin, un sentimiento, algo a lo que el alma se aferre. Alrededor, todo se hundía... Huáscar... el Imperio... mi honor... Por eso provocaba a Villalcázar con la esperanza de que hiciera el gesto que me liberaría. Pero poco a poco, le cogí gusto al juego. Sin nada que perder (y él lo sentía), descubrí que tenía un poder malsano. Esa guerra permanente que yo atizaba entre nosotros fue lo que me mantuvo con vida. Esa guerra y...

Voy a confiaros un secreto, padre Juan. Sin duda, con vuestro espíritu formado en un mundo tan diferente del nuestro, imagináis que yo odiaba a Villalcázar porque me había forzado. Os engaños.

Entre nosotros, la ley del macho marca a las mujeres cuando todavía son niñas. Villalcázar no hacía más que aplicarla. En el fondo, muy en el fondo de mí, yo lo aceptaba: los hombres son así. En cuanto a hablar de profanación... Villalcázar ignoraba nuestras instituciones. Para él, una *incap aclla* no representaba más que una imagen que, por el contrario, incitaba sus actos. «¡Putas de Inca!», aullaba en el punto más alto de su furor. Jamás intenté explicarle la clase de mujer que era yo; su opinión me resultaba indiferente.

Además del hecho de que ahora percibía en los españoles ambiciones que sobrepasaban, ¡y cuánto!, las que les habíamos adjudicado al principio, si yo odiaba a Villalcázar era por otro motivo. No se lo he dicho jamás a nadie... En cierta manera es una confesión, padre Juan, pero en vuestra religión, ¿no deben confesarse igualmente los pecados de la carne? Es la siguiente. Seré breve. Los dioses vivientes me habían tendido en su lecho y yo experimentaba un gran orgullo, sin pensar que una mujer podría sentir otra cosa. ¡Pero con Villalcázar, un simple mortal, un extranjero de quien todo me separaba, raza, costumbres, creencias, educación, con él, a quien no me interesaba satisfacer y cuyos abrazos me humillaban, con él...! Haber logrado hacer de mi cuerpo miserable su cómplice, eso no, eso no se lo perdoné jamás.

En abril, los españoles recibieron refuerzos. Diego de Almagro, el socio de Pizarro en esa expedición, feo y tuerto, llegó a Cajamarca con doscientos soldados, de los cuales cincuenta iban a caballo. Entre ellos se encontraba un primo de Villalcázar, Martín de Salvedra. Villalcázar lo trajo a la casa y declaró que viviría con nosotros.

—Si quieres indias, muchacho, no te preocupes. ¡Son calientes como el pan recién salido del horno! Pero ésta no —aclaró señalándome—. Era la favorita del Inca... Huáscar, el que murió ahogado. Me costó su peso en oro. Uno de los hermanos Pizarro la quería, pero el oro, amigo mío... ¡Los Pizarro saben contar!

Martín de Salvedra cruzó su mirada con la mía y enrojeció. No se parecía en nada a Villalcázar. Unos veinte años, la silueta huesuda, un rostro de líneas todavía indecisas. Entre la barba y el bigote, de un rubio pálido, la sonrisa se esbozaba, se escondía. Los ojos castaños tenían una expresión dulce y perpleja. Estaba vestido pobremente.

En las semanas que siguieron, comprendí que, a pesar de los aparatosos abrazos que habían acogido la llegada de Almagro, la armonía no reinaba entre éste y Pizarro. El objeto de la discordia era el rescate de Atahualpa, ya reunido.

—¡Si Almagro cree que, sin haber sudado una gota, no tiene más que presentarse para coger lo que tenemos nosotros, puede arrancarse el ojo que le queda! —exclamaba Villalcázar—. Ese oro lo ganamos nosotros y nos lo quedamos nosotros. ¡Me habría gustado verlos! Treinta mil de esos indios, y nosotros... ¡Teníamos las tripas a punto de aflojar! ¡Y lo digo en voz alta, porque jamás hombres de valor han arriesgado su vida como nosotros la arriesgamos ese día! Entonces Almagro... ¡que se arregle con su viruela!

—Había un contrato —se obstinaba Martín de Salvedra—. Francisco Pizarro ha jurado respetarlo sobre los Evangelios. Y sería muy deshonesto de su parte hacernos a un lado en el reparto con el pretexto de que no estábamos aquí. No hablo por mí... ¿Quién soy yo para reclamar? Pero hace tantos años que empezó este asunto que Almagro ha dejado su salud en él. ¿Crees que estuvo inactivo en Panamá? En una expedición, la retaguardia es tan importante como la vanguardia.

Almagro se ocupó de reforzar los efectivos, de luchar contra los acreedores, de levantar las hipotecas, de encontrar nuevos fondos... Sin fondos, el valor no es nada.

—¡Papeleo, papeleo! Sólo para eso sirve el tuerto.

—Por iletrado que sea, Francisco Pizarro no se arregla mal con los escritos cuando se trata de hacer figurar su nombre en grandes letras y en el mejor lugar. Cuando hace cuatro años fue a España a solicitar el consentimiento del Rey, se hizo otorgar tierras por descubrir, títulos de gobernador vitalicio, de capitán general...

Villalcázar rió burlonamente.

—Fue Su Majestad quien decidió. Si Almagro no estaba contento, no tenía más que apartarse. Por otra parte, estuvo a punto de hacerlo. No lo hizo y se equivocó. Cuando se va al festín por la puerta de servicio, es seguro que no se recogerán más que las migas. Te convendría pasarte a nuestro campo, muchacho. ¡Es increíble el oro que hay en este país, y no les sirve para nada!

Villalcázar hablaba tranquilamente en mi presencia. Primero, porque no concedía a una india más cerebro que a uno de los taburetes que encargaba al carpintero del ejército y con los cuales llenaba la casa; después, porque no sospechaba en absoluto, y yo me ocupaba de ello, los progresos que yo había hecho en vuestra lengua.

Sin embargo, no fue por él sino por Qhora, la tarde del 29 de abril, que me enteré de la noticia acerca de Atahualpa: un tribunal reunido apresuradamente acababa de condenar a muerte al Bastardo de Quito. La ejecución era inminente.

Me precipité afuera. Una multitud espesa, muda, se dirigía hacia la gran plaza. Allá fui. Llovía. Enseguida trajeron al prisionero. A pesar de las cadenas con que lo habían cargado, la cabeza estaba erguida, el porte era majestuoso. Me sentí orgullosa. A la vista de su señor, la multitud estalló en gritos de dolor. Muchas mujeres cayeron exánimes al suelo. Allí se las dejó. Era caritativo ahorrarles los detalles del suplicio.

Sentimientos contradictorios se disputaban mi corazón mientras contemplaba cómo agarrotaban a Atahualpa. Es verdad, yo deseaba su muerte, pero no ésa. Su vida nos pertenecía a nosotros, los de su raza, era su parentela inca la que debía decidir su castigo. ¿Con qué título se erigían en jueces los españoles? ¿Qué mal les había hecho el hijo querido de Huayna Capac, excepto enriquecerlos prodigiosamente...? Y de pronto supe que, después de haber cometido conscientemente ese crimen sobre una persona de la realeza, nada los detendría.

Al día siguiente, Villalcázar se endosó su jubón de terciopelo negro y, con ese rostro de duelo que vuestros compatriotas adoptan a voluntad, se dirigió a la iglesia de San Francisco, recientemente construida, para asistir al entierro de Atahualpa, al que habían bautizado *in extremis* bajo la amenaza de quemarlo vivo. ¡Apreciad, padre Juan, el valor de esa conversión! ¿No contestáis? Tenéis razón, el silencio os honra. Por la tarde oí que Martín de Salvedra le decía a Villalcázar:

—Tendríamos que haberlo enviado a España y que Su Majestad decidiera. No estábamos calificados para juzgar a un hombre de su rango... ¿Y bajo qué acusaciones? ¿La muerte de su hermano, Huáscar, ordenada a distancia? ¡Se murmura que Pizarro la indujo! En cuanto al llamado complot que urdía contra nosotros, no es más que un invento.

Villalcázar rió.

—¡Tú y tu moral! ¿Se conserva con vida a un príncipe que no hace más que repetir: «Bajo este

cielo, sin mi voluntad, no vuela ningún pájaro»)? Era demasiado poderoso y no lo disimulaba lo bastante, eso lo mató. No busques otro motivo. ¡Los principios no tienen lugar en los asuntos importantes, muchacho!

En septiembre partimos de Cajamarca hacia Cuzco. Cuando, dos meses más tarde, llegamos a Jauja, que linda con la región de Amancay, yo estaba decidida a huir y ganar los montes. Amancay era mi provincia, estaría entre los míos y contaba con que me ayudarían a encontrar a Manco... si todavía estaba con vida. Ya no soportaba las caras hipócritas de vuestros compatriotas ni las maneras posesivas de Villalcázar. Me sentía humillada, sucia, indigna. ¡Lamentablemente, cuanto más encono le mostraba, más grande era su interés!

La noche misma de nuestra llegada tuvimos una pelea. Me llevó a la habitación, abrió un gran cofre de madera y dijo:

—Elige.

En el cofre había alhajas de oro, sacadas no sé de dónde ni de quién. Retrocedí.

—No, gracias.

—¿Cómo que no? ¿Qué mujer rechazaría una joya?

—Seguramente no las que estás acostumbrado a frecuentar.

—¿Qué quiere decir eso?

—Yo he tenido las alhajas más hermosas que se hayan forjado en nuestro imperio...

—¿Dónde están?

Pensé en mi blanco palacio de Yucay y volví a verme bajando a la sala secreta con Marca Vichay, pensé en esas maravillas que dormían bajo tierra mientras yo andaba por los caminos como una mujer de soldados. Suspiré y dije, esperando que fuera mentira:

—Las tropas de Atahualpa me lo robaron todo.

—Si te lo robaron todo, ya no tienes nada.

Toqué mi collar de esmeraldas.

—Me queda esto. No quiero esas baratijas usadas, dáselas a tus mujeres.

Sus mandíbulas se crisparon tan violentamente que oí crujir sus dientes.

—¡Sabes muy bien que las he despedido!

—Hiciste mal: eran hermosas y más amables que yo.

—¡Te destrozaré! —aulló—. ¿Qué te crees? No eres más que una puta india, una puta del Inca, y las indias...

—Ya sé. ¡Las adiestras y se arrastran a tus pies! No quiero humillarte, pero eso no es difícil. En nuestros países, la sumisión es inherente a nuestro sexo. Sólo que yo no soy así. ¡Yo me inclino sólo ante el Inca! Entonces, puta por puta, busca otras, las putas no faltan desde que vosotros estáis aquí, y déjame ir.

—¡Jamás! ¡Te tengo y te conservaré! Y no intentes escapar. A donde quiera que vayas o donde estés, te encontraré y te haré desollar a latigazos como una perra. ¡Después de eso, ningún hombre te querrá, así sea el último de los pordioseros!

Sonreí.

—Algún día te mataré —dije.

Villalcázar lanzó un rugido, cogió el cofre de madera, lo levantó por encima de su cabeza y me lo

arrojó. Las alhajas se desparramaron por el suelo.

—Recógelas —ordenó.

No me moví. De pronto rió. Sus ojos azules chispeaban.

—¡Aparte de mí, nunca encontré a nadie con tal mal carácter!

Y vino hacia mí.

La casa donde Villalcázar se había instalado quedaba detrás del palacio del gobernador, ocupado temporalmente por el Inca. Al día siguiente crucé la calle... Sí, padre Juan, ¿no os lo dije? Teníamos un nuevo Inca: Tupac Huallpa, un medio hermano legítimo de Huáscar y de Manco. Elección de Pizarro.

Así que crucé la calle para ir a saludar a una mujer de Tupac Huallpa a quien yo conocía, cuando un hombre me abordó. Una banda roja sujetaba sus cabellos, largos como los llevan los nativos de Jauja. Llevaba una túnica blanca y una capa de lana marrón. Sin embargo, noté inmediatamente que la vestimenta no concordaba con la audacia del rostro.

—¿Señora Azarpay? —dijo.

Mi corazón aceleró sus latidos.

—Soy yo.

Asegurándose de que la calle estuviera desierta, apartó su capa y me mostró una trenza de preciosa lana de vicuña enroscada varias veces alrededor de su hombro.

—¿Reconoces este *llautu*? Manco lo llevaba la noche que fue a tu palacio de Yucay a advertirte de nuestra derrota. Me ha dicho que lo reconocerías.

—¡Manco! ¿Es Manco quién te envía?

—Sí.

Las palabras no vienen con presteza a los labios cuando se trata de traducir la emoción, pero lo que recuerdo, padre Juan, es que súbitamente me sentí cálida por dentro. ¡Como si el Sol, de golpe, me hubiera entrado en el cuerpo!

—¿Dónde está? —pregunté.

—Pronto lo verás.

—¿Me conducirás hacia él?

Me miró con severidad.

—Estás aquí, con los extranjeros... No hagas tantas preguntas y escúchame. Manco te ordena librarlo de Tupac Huallpa. ¡Es un cobarde, un traidor! No contento con refugiarse como una mujer a la sombra de los hombres blancos, no ha tenido nada más urgente que hacer que aceptar el título de Inca, que por derecho le corresponde a Manco. Tupac Huallpa nos deshonra. Debe morir.

Yo me repetía: «Manco vive, Manco vive». Veía cómo el horizonte se iluminaba, en mi corazón era fiesta, y ese hombre me hablaba de suprimir a Tupac Huallpa, me ordenaba matar... ¡A mí, que carecía de medios, que nunca había levantado la mano contra alguien, así fuera una sirvienta! ¿Cómo asumir esa responsabilidad, ser digna de la confianza que Manco me demostraba? El temor de decepcionarlo me hacía temblar.

—Jamás he reconocido a Tupac Huallpa como Inca —dije—. Los extranjeros le ofrecieron el Imperio para apoderarse de él más fácilmente. Pero ¿cómo quería Manco...? No soy más que una mujer.

—¡Cuya fama y saber son grandes, Azarpay! Introdúcete en el palacio. Recibirte será un privilegio para las concubinas de Tupac Huallpa. En cuanto al resto, los dioses te guiarán.

Buscó de nuevo bajo su capa y me puso en la mano una redoma de oro, no más alta que el pulgar, cerrada por una turquesa cubierta de paja retorcida.

—Este veneno actúa un cuarto de luna después de haber sido absorbido. Arréglatelas para verterlo en su *chicha*. Adiós.

—¡Espera! Tengo tantas cosas que decirle a Manco... ¿Cuándo lo veré?

—Depende sólo de ti. Mata a Tupac Huallpa y verás a Manco.

Cuando Villalcázar estaba en casa, exigía tenerme siempre a la vista. Felizmente sus funciones lo acaparaban la mayor parte del tiempo, y tuve sobradas ocasiones de ir al palacio. El descuido de esa corte constituida a toda prisa favorecía mi proyecto. Por medio de Illa, «Rayo de Luz», una antigua compañera del *Acllahuasi* de Amancay, pronto conocí todos los recovecos del palacio, e incluso los aposentos del Inca.

Illa era bonita: piel ambarina, cuerpo delicado, manos pequeñas que revoloteaban como alas de tórtola y que acompañaban los movimientos graciosos de su larga cabellera lustrosa. Cuando tuvo lugar nuestra presentación en Cuzco, Huayna Capac se la obsequió a su hijo Tupac Huallpa. Al presente, yo ya no era nada e Illa era una de las mujeres del príncipe reinante. Esa situación invertida aumentaba seguramente el placer de nuestro reencuentro. Halagándola un poco, no tuve ninguna dificultad en sonsacarle los informes que necesitaba. Elegí una noche en que Villalcázar cenaba en casa de Pizarro.

Cuando la gente de la casa estuvo dormida, pasé por encima de Qhora, que roncaba ruidosamente en su manta en el umbral de mi puerta, cogí la *lliclla* de una sirvienta y salí. Los dos guardias, apostados en la entrada lateral del palacio que daba a la calle, continuaron conversando mientras yo franqueaba el muro, con pasos silenciosos, como convenía. Me recibieron sonidos de flautas y tambores que venían del jardín. Entre nosotros, a esa hora, después de una colación ligera, los príncipes acostumbran beber *chicha* mientras contemplan algún entretenimiento con sus mujeres y sus dignatarios. Una galería cerrada por espesas colgaduras conducía a la habitación del Inca. El olor de madera de mulli, quemándose en los braseros dispuestos de trecho en trecho, me recordó la primera noche que me llevaron ante Huayna Capac. También aquella noche tenía la boca seca y el estómago contraído, pero aquel día me parecía insignificante el temor que había sentido entonces.

Levanté las colgaduras de la habitación. Era el momento crucial. Bastaba con que el humor de Tupac Huallpa interrumpiera los cantos y las danzas... Sorprendida en ese lugar donde sólo sus mujeres eran admitidas, no tendría más que un recurso: tomar el veneno que le destinaba. Ardía una antorcha. Fui hasta la hornacina donde las mujeres depositaban cada noche el vaso de *chicha* que Tupac Huallpa vaciaría después de recrearse con una de ellas. Vertí el veneno en el vaso, volví a la galería que desembocaba en un patio florido, lo atravesé, me mezclé con la servidumbre, una fauna reclutada en diversas provincias, que se encontraba inactiva, soñolienta, esperando que el Inca se acostara.

En la entrada estaban los mismos guardias.

Juzgué preferible que no me vieran volver a la casa de Villalcázar y continué por la calle bordeada de un lado por la muralla del palacio y sus dependencias, y del otro por casas de

dignatarios que alternaban con patios. Anduve así casi un cuarto de legua. Al fin, encontré a la derecha una callejuela en la que me interné, pensando volver a casa por detrás... Pero de callejuela en callejuela, en la oscuridad de la noche, me perdí.

Cuando, después de mil vueltas, llegué por fin a la casa de Villalcázar, él estaba allí. Me aferró.

—¿Dónde estabas?

Su voz baja, enronquecida por el vino, me asustó más que sus gritos habituales.

—Déjame —dije.

—¿Dónde estabas? —repitió por segunda vez.

—Necesitaba tomar el aire y salí a pasear.

—¿A estas horas? ¿Por quién me tomas? ¡Estabas con un hombre!

—Si me dejaras hablar... Estuve caminando y me perdí. Me ahogo en esta casa. ¡Piensa que estoy acostumbrada a horizontes más amplios que estos muros entre los que me aíslas!

—¡Perra! ¡Necesitas tener encima piel oscura, es eso!

Profiriendo horrores que resulta imposible repetir, me sacudía como para hacer brotar la verdad de debajo de mi vestimenta. La pequeña redoma de oro que había contenido el veneno y que yo llevaba en cinturón, rodó por el suelo. Villalcázar interrumpió su interrogatorio, me dejó, recogió la redoma y la examinó.

—¿Qué es esto? ¿Una alhaja? ¿Un regalo de tu amante? Rechazas los míos y aceptas...

—Devuélveme eso, es un amuleto que me había dado Huáscar, el Inca.

—¡Mientes!

Aterrorizada, le arranqué la redoma de las manos.

—¡Deja de decir tonterías! ¿Un amante? ¡Ni hablar! ¡Conocerte me ha asqueado para siempre de los hombres!

No sé cuántos golpes me asestó. «¡Te voy a matar!», gritaba, y creo que, sin quererlo realmente, lo habría hecho si no hubiera aparecido su primo Martín de Salvedra. Los dedos de Villalcázar soltaron mi garganta y lo vi desaparecer. Es todo lo que recuerdo. Cuando recobré la conciencia, estaba apoyada en un cofre, una mano me pasaba una toalla mojada en la frente, y me encontré con la mirada oscura y ansiosa del muchacho.

—¿Cómo estáis?

Me toqué la garganta.

—Tengo la impresión de que un gato salvaje me ha saltado al cuello.

—¿No tenéis nada roto?

—Ayudadme a levantarme y os lo diré.

Me puso de pie con precaución. Mis brazos y mis piernas funcionaban, pero me dolía todo. Busqué con los ojos la redoma de Manco, alarmada ante la idea de que Villalcázar se la hubiera llevado. Brillaba en el suelo como un punto de oro.

—Por favor, Martín —pedí.

Se agachó y me la tendió. Tener la redoma en mi mano me tranquilizó. Una bocanada de orgullo me ensanchó el corazón. Martín me observaba.

—Si no hubiera sido por vos me habría estrangulado —dije—. ¿Es siempre tan «delicado» con las mujeres?

—No. En general, las mujeres... Creo que está enamorado de vos.

—¡Encantadora manera de manifestarlo!

—¿Acaso lo sabe él mismo? Para ese tipo de hombre, el amor es una debilidad, casi una enfermedad.

—¿Y para vos?

Enrojeció.

—¡Oh, yo! Yo vengo de España. Allí sólo hay mujeres con las que uno se casa o las que tienen mala conducta. Soy demasiado pobre para pensar en casarme y las otras no me atraen... Pero hablo demasiado... Debéis acostaros, descansar. Con vuestro permiso...

Me llevó a mi habitación. Era más robusto de lo que parecía. Me tendió sobre las mantas, vertió agua en un vaso y me dio de beber.

—Llamaré a vuestra enana, sabrá atenderos mejor que yo... —Una sonrisa rozó su bigote rubio —. ¡Nunca he tenido ocasión de ocuparme de una mujer!

—Lo hacéis muy bien. Gracias. Muchas gracias, Martín.

Lo seguí con los ojos. Era la primera vez que un hombre me demostraba bondad sin esperar nada a cambio.

Al día siguiente, Villalcázar partió a combatir a los guerreros que habían cortado los puentes sobre el Apurímac, y cuya actividad amenazaba la triunfal marcha de Pizarro. Cuando volvió, juzgué prudente suavizar mis maneras. Eso lo satisfizo. Para Villalcázar, el amor propio estaba por encima de todo. Sin duda pensó que un correctivo era la manera de encaminarme hacia la sumisión.

Tal como había previsto el enviado de Manco, Tupac Huallpa sucumbió una semana después de haber tomado el veneno. Sus exequias suscitaron poca emoción. Era uno de esos seres a los que una ocasión concreta extrae de la insignificancia por un breve instante, y a los que después los acontecimientos les pasan por encima y los pulverizan sin que de ellos quede más traza que un nombre. Unos días después, Villalcázar se puso el magnífico atavío de brocado que le había visto en Pultamarca. Le pregunté las razones de ese despliegue de elegancia.

—¿Te interesas finalmente por lo que hago? El príncipe Manco se ha puesto en contacto con nosotros. Reivindica el trono en su calidad de heredero legítimo. Voy a juzgar la lealtad del muchacho y a preparar la entrevista con Pizarro que solicita. Debemos pensar en reemplazar rápidamente al Inca para restablecer la unión del Imperio.

El encuentro tuvo lugar cerca de Cuzco. Los españoles montaron sus tiendas sobre la extensión poblada de hierba de una meseta. Manco se presentó al día siguiente, al claro sol de la mañana. A decir verdad, su cortejo carecía de aparato: una simple litera de madera y, detrás, los guerreros con ropa raída y algunas mujeres...

¡Qué importaba! Él estaba allí, todo me era devuelto, y yo intentaba recobrar el aliento, ebria de un exceso de alegría que apenas tenía fuerzas para soportar. Me encontraba a algunos pasos de Pizarro, pues éste había pedido a Villalcázar que me llevara con él porque sabía que yo me manejaba mejor con el castellano que el intérprete. El viejo capitán español de origen oscuro (se decía que era bastardo de una criada de granja y un gentilhomme) y el joven príncipe de ascendencia divina se intercambiaron grandes abrazos. Una pregunta, padre Juan: ¿es propio de vuestras costumbres abrazar a aquel a quien se tiene la intención de aniquilar?

Después de numerosas palabras destinadas a tranquilizar a Manco en relación con sus futuros poderes, Pizarro lo abrazó de nuevo, indicando el final de la entrevista. Me sentí casi aliviada. Mi corazón se agotaba al sentir a Manco tan cerca y tan distante. Entonces él, que ni siquiera había parecido notar mi presencia, aunque yo había rectificado varias veces la traducción del intérprete, se dirigió a mí.

—En tu calidad de *incap aclla* del venerado Huayna Capac, mi padre, y de Huáscar Inca, mi hermano, yo, Manco, su heredero, te reclamo. Díselo al anciano. Dile también que tus conocimientos de su lengua ayudarán a estrechar nuestros lazos de amistad.

Villalcázar estaba en primera fila con los hermanos Pizarro. Lo vi enrojecer, ponerse rígido y, con las mandíbulas tensas hasta el hueso, llevar la mano a su espada y avanzar. Pizarro volvió la cabeza. Ignoro qué promesas o qué amenazas contenía su mirada: Villalcázar retrocedió.

—Señora Azarpay —contestó Pizarro—, decid al príncipe Manco que accedemos con placer a su petición.

Así fue como volví a encontrarme entre los míos.

El campamento, encaramado en las alturas, consistía en algunas chozas redondas montadas sobre la hierba y apuntaladas con piedras. Había otras mujeres trajinando ante el fuego, algunas jóvenes y bonitas, que dejaron lo que estaban haciendo y acudieron alegremente a recibirnos. Manco, sin concederles más atención que a los arbustos espinosos que formaban una especie de muralla natural alrededor del campo, me llevó a su choza. Un estandarte deshilachado, clavado en el techo, la señalaba.

Yo me sentía tan emocionada que estuve a punto de golpearme la frente al franquear la entrada, estrecha y baja. Manco se volvió.

—Así es como vivo. Pero pronto tendremos un palacio y sirvientes.

Se sirvió un vaso de *chicha*. Cuando bebía tenía algo de la avidez de Villalcázar. Lo encontré muy cambiado. Su cuerpo había perdido la esbeltez juvenil y ganado en poder: era macizo y musculado. Y el rostro de aristas agudas, de expresión secreta y atormentada, no era el que yo recordaba. De pronto me di cuenta de que había alimentado mis sueños con un hombre del que no sabía nada. Mi confusión se acentuó. Tenía la boca seca, la espalda húmeda, ganas de llorar y me dolía la cabeza de hurgar en los pensamientos que me asaltaban desde que nos separamos de Pizarro.

Examiné el interior de la choza. Estaba limpia, barrida, con las mantas cuidadosamente dobladas. De una clavija pendían unas vestimentas. En el suelo había un soberbio escudo bordeado de oro y la maza de combate. El aire olía a ciertas plantas aromáticas de nuestros montes. ¿Cuál de las mujeres había introducido aquellas ramitas secas en los agujeros de la pared? Manco dio los tres pasos que lo separaban de mí.

—Tienes que contarme cosas, Azarpay... Quiero saber todo de esos extranjeros. El anciano parece sincero. Necesito su apoyo para reducir a los guerreros de Atahualpa que infestan nuestras provincias... ¡Y si sólo se tratara de desembarazarnos de ese perro maldito...! Dicen que a los extranjeros les gusta el oro. Se lo daré. Partirán con los barcos llenos.

—No partirán —dije yo—. Su intención es apropiarse del Imperio.

Manco frunció las cejas.

—En ese caso, ¿por qué quieren aliarse conmigo?

—Te necesitan, así como tú los necesitas a ellos. Para pacificar y unir las provincias. Cuando ya no les seas útil... Mataron a Atahualpa, te matarán a ti.

Estiró la mano y tocó mi *lliclla*.

—Han pasado dos años. Te amo, Azarpay. ¿Y tú, me quieres, tus sentimientos son los mismos?

Las lágrimas que había retenido hasta entonces empezaron a deslizarse por mi cara. Bajé la cabeza.

—Señor, no puedo pertenecerte. Han pasado muchas cosas. Un hombre... uno de esos capitanes extranjeros me ha tendido en su lecho. Ya no soy digna de ti.

—¿Tú querías a ese hombre?

Mi llanto redobló.

—Nunca he querido a nadie más que a ti. El gran Huayna Capac y Huáscar me han rendido honor, pero la flor del amor, tú, sólo tú la has hecho crecer en mi corazón.

—Ya sé lo de ese hombre —dijo Manco.

—¿Lo sabes?

—Lo conozco todo de ti. Introducir espías entre los extranjeros es fácil: para ellos, todos nosotros nos parecemos... Azarpay, nuestras creencias dominan nuestros actos. Esto es puro, aquello es vil... ¡Y cuando transgredimos las leyes, maldición para nosotros y para los nuestros! Pero ¿es que pueden aplicarse en los momentos excepcionales en que vivimos? Por ejemplo, si monto uno de esos espléndidos animales que poseen los extranjeros, ¿cómo adivinar si hago bien o mal, si voy a atraer lluvia o sequía sobre nuestros campos? Esos animales no se mencionan en nuestras reglas; los hombres blancos, tampoco. Es como si ocuparan un lugar tan aparte que nuestras instituciones no los han tenido en cuenta. ¿Debemos ser más rigurosos que ellas? He reflexionado y yo, Manco, digo que no. Ese hombre no ha sido más que una borrasca de granizo en la tormenta. Olvídalo y desde ahora no quieras nada más que lo que yo quiero.

Padre Juan, ¿habéis amado con amor verdadero? ¡No os enojéis, os lo ruego! Mi pregunta no tiene nada de inconveniente. Antes de consagraros a Dios habéis sido hombre, ¿verdad? Os debo una confesión: cuando me anunciaron vuestra llegada, me informé, siempre es una precaución situar a las personas. Y me dijeron, entre una oleada de elogios, que a ejemplo del santo fundador de vuestra orden, Ignacio de Loyola, si recuerdo bien, habéis tenido una primera juventud escandalosa. Según mi informante, erais como todos los demonios de la tierra cuando decidíais poseer a una mujer.

¿Quién me lo ha dicho? ¡Padre Juan! ¿Es a vos a quien debo explicarlo? La compañía de Jesús es muy envidiada. No todos los religiosos tienen esa inteligencia sutil, ese saber, la admirable flexibilidad de espíritu, la audacia que caracterizan a vuestra orden... No tuve más que dirigirme al obispado. Mis limosnas me proporcionan algunas amistades. Han estado encantados... ¡Incluso tengo la impresión de que vuestra presencia molesta y de que se alegrarían enormemente de desembarazarse de vos!

Lamentaría que mis palabras os molestaran. Me parece, al contrario, una prueba de la amistad, de la confianza que caracterizan nuestras conversaciones... ¡Y pensad que pongo mi existencia al desnudo ante vos! ¿Eso no me da algunos derechos? Sabed que si nuestras relaciones no hubieran sido lo que son, os habría abandonado desde Cuzco a vuestras investigaciones. Durante mucho tiempo no hice más que lo que gustaba a los hombres, ahora hago sólo lo que me place... y me

placería mucho que me acompañarais en los montes.

De todos modos, debo preveniros. La subida es difícil, las diferencias de temperatura y la altura ocasionan a veces graves malestares a quien no está habituado y, si os decidís, deberéis ir hasta el final del camino. Un hombre blanco es incapaz de resistir en esos relieves... También abundan las víboras, en concreto una especie particularmente venenosa y traicionera. Toma el color del medio en que se mueve, se disimula bajo los helechos y la roca y, en el momento en que menos lo esperáis, se estira, salta y os da el beso mortal...

Padre Juan de Mendoza. Ollantaytambo, 9 de octubre de 1572.

No he podido conciliar el sueño en toda la noche. Al alba, me levanté, recé varios rosarios y, ahora, sentado sobre un murete, garabateo estas pocas notas antes de que partamos. Estoy ante una vista suntuosa. Una a una, adquiriendo un color rosado, las montañas renacen de las brumas. Frente a mí, dominando el río, se eleva la formidable ciudadela de Ollantaytambo.

La técnica de estos constructores es un desafío a todo lo que nosotros, hombres de una civilización superior, hemos realizado. ¿Cómo han logrado izar sobre las pendientes abruptas estos gigantescos bloques de roca y ensamblarlos con una armonía que raya en la perfección? Ayer subimos. Y mi admiración aumentó. De cerca, el pulido de las piedras es tan suave a la vista que parece terciopelo, y están unidas con una precisión tal que una aguja de coser no podría encontrar un intersticio para deslizarse. ¡Qué hombres tan bárbaros en ciertos aspectos, que ignoran el uso de la rueda y hasta de los clavos, provistos de simples instrumentos de sílex, de cinceles de bronce y cobre, hayan sido capaces de concebir y de llevar a cabo semejantes obras supera a la mente!

Estamos alojados en un palacio. El propietario, de pura ascendencia inca, parece el servidor de ella. ¿Qué poder tiene que hace inclinarse a los príncipes? La he observado mientras recibía el homenaje de los indios que habitan los parajes e intercambiaba con cada uno de ellos saludos y regalos. ¡Qué bondad sonriente con los humildes! ¡Pero esa muerte del Inca que confiesa sin pestañear, sin remordimientos, como un acto indiscutiblemente necesario...! Es una mezcla de ángel y de demonio. ¿Qué lado me reserva? Sólo Tú, Señor, lo sabes. ¡Así que hágase Tu voluntad!

Villalcázar... ¿Es este Villalcázar, u otro con el mismo apellido, el que fue su difunto esposo? No me he atrevido a preguntárselo. ¡Parece execrarlo tanto! Los puntos sobre los que hay que preguntar se acumulan. Tengo sólo una certeza: odia a nuestra gente de España y se ha burlado de ella a conciencia. ¿Por qué se muestra diferente conmigo? Cuando lo pienso con lucidez, no veo más que un motivo para su franqueza: todo está ya preparado para que yo no hable. Confieso que en otros momentos la vanidad me domina. ¡Tiene tantas exquisitas atenciones para conmigo! Entonces me convenzo de que se siente feliz al entregar sus confidencias a un espíritu capaz de apreciar el suyo.

Durante estos dos días que hemos pasado en Ollantaytambo, he tenido muchas veces ganas de montar el alazán que me ha prestado y galopar hasta Cuzco a prevenir al obispo. Esta mujer no es de los nuestros. Si finge serlo, es con un propósito bien definido. Pero estoy seguro de que también ha previsto esta reacción. Si yo hubiera tratado de escapar, no habría llegado lejos, ella ha dicho demasiado. ¡Demasiado y no lo bastante! Sólo ha entreabierto la puerta. De la conquista de estas tierras, no conocemos más que la versión de aquellos que las tomaron... ¿Qué le hemos hecho a este pueblo, qué le hemos hecho a ella?

Para condenar o absolver hace falta poseer todos los elementos. Es así como ella me seduce y me arrastra. Ahora, estoy casi seguro, sabe con qué fin he venido a Cuzco. La habrán informado. Y este juego la divierte. ¿Hasta dónde llegará? Inspírame, Señor. En todo carácter fuerte hay

alguna debilidad. Si yo lograra descubrir la suya, tal vez aún sería tiempo de ganar para Ti esta alma.

La entronización de Manco tuvo lugar poco después de nuestra entrada en Cuzco. La noticia se difundió rápidamente y pronto afluyeron los jefes de las tribus conquistadas, los gobernadores de provincia y las ofrendas. Por lo general, para la asunción del Inca, las caravanas cargadas de oro, de plata y de pedrerías surcaban la *Nan Cuna* hacia la capital, pero, aunque la popularidad de Pizarro seguía siendo grande, el modo en que había pedido el rescate de Atahualpa había despertado cierta prudencia, y los floreros y los objetos preciosos permanecieron escondidos donde estaban. En el palacio de Huáscar, que Manco había elegido como residencia temporal, se amontonaban elementos de alfarería policroma, telas de algodón y lana, armas, tejidos de plumas finas, coca, maíz, plantas aromáticas, maderas perfumadas; en resumen, lo que cada región producía, y esas cosas más modestas eran de todos modos bienvenidas, pues Manco se encontraba muy desprovisto de todo.

Diez días antes de la ceremonia cesamos toda relación carnal. El futuro soberano se retiró para orar y meditar, bebiendo sólo agua y alimentándose de maíz crudo y de una hierba llamada *chucam*, que consumimos en período de ayuno porque aporta energía. El día de la entronización hubiéramos podido creernos en la mejor época de nuestros Incas. El pueblo, vestido de fiesta, coloreaba las colinas con toques vivos, y todo lo que todavía había de noble en nuestro país se apretujaba en la *Huacaypata*, la gran plaza de Cuzco, adornada con ramas y flores.

Los españoles estaban presentes. A nuestra llegada a la ciudad, sus soldados, a pesar de las consignas, habían saqueado sin vergüenza, llegando hasta a penetrar en el Templo del Sol... Sin embargo (¡tan inmenso era el deseo de paz!), los espíritus se obstinaban en ver en ellos a liberadores, y el destello de sus corazas y de sus cascos reemplazaba, a sus ojos, el oro que nos habían robado.

Se celebró una misa. Pizarro coronó a Manco con el *llautu* imperial y la *mascapaycha*, solemnidad reservada al gran sacerdote del Sol. La sustitución no provocó ningún murmullo. Sin duda, tomaron al anciano por algún oficiante delegado por las divinidades.

Obligado a hacerlo, Manco prestó juramento de fidelidad al Rey de España, reconociendo así la toma de posesión oficial de Cuzco por el invasor. Los dignatarios lo imitaron, tocando cada uno el estandarte de Castilla a medida que el notario real los invitaba a hacerlo. ¡Habría apostado mi collar de esmeraldas a que no tenían la menor idea del alcance de su gesto! Luego, Pizarro y Manco Inca bebieron en la misma copa de oro y se besaron. Las trompetas sonaban a todo volumen, la alegría era extrema, pero yo rabiaba.

Con el alma deshecha asistí a los festejos tradicionales que siguieron, que esta vez se desarrollaron en presencia de los incas difuntos y del disco de oro de *Inti*, nuestro padre el Sol, que había escapado a la codicia de los soldados. Hubo mucha música, cantos y danzas, en los que participé porque Manco me lo había pedido. Villalcázar se pavoneaba en primera fila con los hermanos Pizarro. El cabello brillante, un sombrero de terciopelo negro y una capa de satén blanco sobre su cota de malla... No me quitaba los ojos de encima. Aunque me esforzaba por ignorarlo, lo sentía pegándoseme en la piel. La velada terminó a la luz de las antorchas con un banquete en el que se sirvió tanto vino de La Mancha como *chicha*.

Cuando estuvimos solos en la habitación, Manco se arrancó la ropa con furor.

—¡Voy a romper la nuca a los Pizarro! —exclamó. Guardé su manto, que había recogido, y me arrojé contra él. Me cogió el rostro entre las manos.

—Al principio creí en ellos... Habían derribado a Atahualpa. Ese perro maldito me parecía la peor amenaza. ¡Qué ciego estaba! ¡La peor amenaza son ellos! Lo he comprendido después del pillaje de Cuzco... ¡Hombres sin fe ni palabra! Tenías razón cuando lo decías, pero una mujer... Pensé que las mujeres prestan demasiada atención a sus agravios personales... ¡Habría debido recordar que no eres una mujer común! Si los dejamos, nos robarán todo, todo lo que tiene valor para nosotros. ¡Quieren nuestro oro, pero también nuestras tierras y, pronto, querrán imponernos a su dios, sus costumbres, seremos menos que llamas, sólo útiles para transportar las cargas que nos atarán a la espalda!

—¿Qué vas a hacer?

—Fingir, esperar. Cuando se es débil, no hay más que una fuerza: la paciencia. Someterse en apariencia, adormecer la desconfianza del enemigo, hacerse gusano para que él se crea jaguar. ¿Por qué crees que he aceptado rendir homenaje a su rey, que he permitido que Pizarro tocara con sus manos impuras el *llautu* imperial? Por el momento, están todos aquí: ellos, sus armas de fuego, sus caballos. Pero cuando se dispersen estaremos listos. ¡Incluso si muchos de los nuestros deben perecer, somos tan numerosos y ellos son tan pocos, que los exterminaremos uno a uno hasta el último, y yo, Manco, reinaré!

¡Qué hermoso y joven era, de pronto! Aquella noche tuvimos el mejor momento de nuestros amores.

Algunos días más tarde, Manco reclutó con su nombre un ejército de cinco mil hombres y partió con Pizarro y un grupo importante de jinetes a combatir a las últimas facciones fieles a la familia de Atahualpa, que rondaban alrededor de Cuzco después de haber huido al acercarse los españoles. Durante su ausencia, cuando me proponía enviar a un servidor al valle de Yucay, porque no era conveniente para una mujer, aunque fuera escoltada, aventurarse por los caminos, Marca Vichay me dio la sorpresa de venir a Cuzco.

¿Os acordáis, padre Juan, de Marca Vichay, aquel servidor *cañari* a quien yo había confiado la guardia de mi palacio y de mis bienes? Tenía buen aspecto, esa piel de seda que poseen algunos de nuestros jóvenes; llevaba el rodete sujeto con un aro de madera y sus trenzas de lana que le caían sobre la nuca. Tal era su apariencia que, con ese toque de arrogancia que le confería la autoridad con que yo lo había investido, se habría creído que era un hijo de príncipe. Se postró, besó el borde de mi túnica y estuve a punto de llorar, de tanta que era mi alegría al verlo... Además... Qué queréis, padre Juan, cada uno tiene sus defectos. ¡Necesito adoración!

Las noticias que me traía no eran buenas. Las tropas de Atahualpa habían respetado mi palacio, pero ahora lo ocupaban los españoles. Naturalmente habían segado el oro de los jardines, habían arrancado las placas de las paredes, roto mi baño, quitado el sello del fondo de la tina, demolido en parte las terrazas y masacrado los canteros para desenterrar las canalizaciones, que eran igualmente de oro. También habían matado a mis jaguares.

—¿Y qué más? —pregunté.

Una risa maliciosa sacudió a Marca Vichay y eso me hizo bien. Ya nadie reía en Cuzco. Sin embargo, antes de la llegada de los españoles éramos alegres. Recuerdo que, incluso en

Yahuarpampa, las cabriolas y las payasadas de Qhora lograban a veces deshacer el ceño fruncido de mis compañeras de desdicha. Pero ahora vivíamos como ahogados. Los alargados ojos brillantes de Marca Vichay, escondidos por sus fuertes pómulos, me observaban. De pronto, triunfante, me anunció que mis rebaños de llamas se multiplicaban apaciblemente en las alturas.

—Los extranjeros son tan tontos que ni siquiera se les ocurre subir hasta la roca. ¡Sólo el oro y las mujeres los hacen moverse!

—Precisamente, Marca Vichay, el oro... ¿El oro en la cámara secreta?

—En su sitio, señora Azarpay.

—¿No se sorprendieron al ver el palacio vacío, no te han molestado, no han intentado hacerte hablar?

Marca Vichay se abrió la capa y se subió la camisa. Su pecho y su espalda estaban marcados con estrías violáceas.

—¿Te han azotado?

—Y se disponían a quemarme los pies. Lo hacen siempre.

—En Cuzco también. ¿Por qué te perdonaron?

—Llegaron otros. Uno de ellos comprendía algunas palabras de nuestra lengua. Logré explicarle que mis amos se habían llevado el oro por temor a los guerreros de Atahualpa y que en el palacio no quedaban más tesoros que algunas sirvientas jóvenes y bonitas, que estaban a su disposición si les gustaban las mujeres. ¡Eso sí! ¡Las mujeres les gustan! Desde entonces, los sirvo lo mejor posible ¡y no piensan más que en comer, beber y fornicar!

—Continúa así. ¡Ojalá revienten! —exclamé.

—¿Cuándo vendrás? —preguntó Marca Vichay.

—Pronto, muy pronto. El Inca hará que se marchen.

Cuando Manco volvió, victorioso sobre Quizquiz, el último gran capitán de Atahualpa, le relaté la visita de Marca Vichay. Decidió entonces avisar a Pizarro.

—No te devolverán tu palacio, no devuelven nada. Pero Pizarro se sorprendería si no reclamaras su devolución.

¡Quién de nosotros pensaría aún en besar la tierra cuando divisamos Cuzco! Ya no había ciudad sagrada, cualquier indígena podía tener acceso a ella. Las plazas eran ahora lugares de mercado y atraían a toda una multitud de gente, llegada de otras partes, a la que su complicidad con los vencedores despojaba de todo respeto. Nuestras calles, cuyo pavimento no había conocido jamás otra cosa que el pulimento de los pies desnudos o de las sandalias y el paso aterciopelado de las llamas, resonaban ahora continuamente con el estruendo de los caballos. Las calzadas, antes tan limpias, no eran más que un lodazal maloliente... Los jinetes no dudaban en utilizar las calzadas y también las aceras. ¡Tanto peor para el transeúnte; el mal menor que podía ocurrirle era quedar salpicado hasta la frente! Ir en litera de un lugar a otro se convertía en una expedición. Los porteadores se arriesgaban a regañadientes. Y los palacios de nuestros Incas difuntos, más o menos transformados en establos, abrigaban a vuestros compatriotas, sus diversiones y sus querellas. Allí jugaban día y noche. El oro ya no brillaba en nuestras fachadas; saltaba de mano en mano al capricho de las tabas.

Sin embargo, Pizarro no se dormía sobre los laureles. El anciano actuaba. Echaba sus redes

sobre Cuzco, aprisionándola entre las mallas de una administración rígida. Se había elegido un gobierno municipal que dirigían dos de sus hermanos, Juan y Gonzalo. Todo pasaba por ellos. Como primeros signos de la supremacía española, se habían apresurado a mandar levantar cadalsos sobre la *Huacaypata*, y bautizaron como «Iglesia de Santo Domingo» nuestro Templo del Sol. ¡El patíbulo y la cruz!

En resumen, sólo éramos tolerados en aquella ciudad construida con el sudor de nuestros antepasados y que los Hijos del Sol siempre habían iluminado con su divina sabiduría desde su fundación. Pero ¿dónde estaba el Sol, dónde estaban los dioses?, se lamentaban los habitantes. Muchos comenzaban a pensar que nos habían abandonado para castigar la inercia de Manco. Y los príncipes que habían acogido favorablemente su asunción no dudaban en reprochárselo. Manco recibía impasible los sermones, limitándose a repetir: «Sin los españoles, el Imperio tendría por dueño al Bastardo de Quito, y vosotros no viviríais para asistir a su triunfo». Yo sufría por él.

Un día se presentó un funcionario enviado por los hermanos Pizarro. En respuesta a mi demanda concerniente a mi propiedad, venía a avisarme de que los bienes de los Incas difuntos pertenecían ahora a la Corona de España, lo que incluía la casi totalidad del valle de Yucay, del que Huayna Capac y Huáscar habían sido los grandes propietarios.

—Eso no se aplica ni a mi palacio ni a mis tierras —observé—. Ya no pertenecían a Huáscar Inca, me los había donado.

El hombre, flaco, vestido de negro, con el rostro devorado por el pelo a tal punto que, cuando hablaba, se tenía la impresión de que mascaba su barba junto con su bigote, clavó en mí sus ojos pequeños, alojados bajo unas enormes cejas.

—¿Tenéis el acta de propiedad?

—¿Qué es eso?

—Los documentos, señora. Los documentos que prueban esa donación.

Me erguí.

—¡Bien, señor! Presumo que no ignoráis que nosotros jamás hemos utilizado la escritura. Entre nosotros, todo es consignado en los *quipus*. No hay ningún papel. Pero puedo citaros a varios príncipes que estaban presentes en calidad de testigos cuando Huáscar me ofreció esa propiedad y que os confirmarán...

—Dudo de que eso baste, señora. Los testimonios se compran.

—¡Señor!

—No lo toméis a mal. Para establecer vuestros derechos, es la regla, es necesario un acta oficial. Comprended que debemos justificar vuestras pretensiones ante los oficiales reales que velan por los intereses de Su Majestad, el Rey de España, en este país...

Lo interrumpí, incapaz de escuchar más.

—Me dirigiré directamente al gobernador (así llamaban entonces a Francisco Pizarro).

El hombre se inclinó.

—Como gustéis, señora.

Dejé estallar ante Manco el furor que había contenido. Él me acarició el cabello.

—Los que ocupan tu palacio son los hombres de Gonzalo, el hermano de Pizarro. Domínate. Yo te había prevenido: lo que tienen, lo conservan, y lo que aún no tienen, piensan conseguirlo.

Me aparté.

—¿Cómo puedes permanecer tan tranquilo? ¡Yo no puedo más! ¡Al robarme, es a ti a quien roban, al Inca! ¿Cuánto tiempo más debemos soportar...?

—Pizarro deja Cuzco. Va a la costa, a Lima, a fundar una gran ciudad... ¿Lo oyes? ¡Se va! Pronto podré actuar. Mientras espero, continúo, la mascarada continúa... He dado la orden de organizar una gran caza en honor de la partida de Pizarro. Lo verás. Háblale de tu propiedad. Podría encontrar sospechoso que no lo hicieras. Pero hazlo sin rebeldía, con humildad. No tienes más que pensar... ¿En qué te imaginas que pienso cuando trago sus insultos y sonrío?

Veinte mil hombres de nuestras aldeas habían sido convocados para preparar la caza imperial o *chako*. La operación consistía en describir un ancho círculo de veinte a treinta leguas de diámetro, delimitado por las fronteras naturales que son ríos y escarpas. Luego, bajando a través de los montes y lanzando gritos terribles, los hombres empujaban a los animales, cerrando cada vez más el círculo hasta llevarlos y encerrarlos mediante sus hileras compactas en el terreno elegido para ese propósito, que era el centro del círculo.

Manco llegó en el alazán que le había dado Pizarro, en compañía de éste y de su asociado, Almagro el Tuerto. Después de los dignatarios íbamos nosotras, las mujeres, en nuestras nuevas literas, lenta procesión alrededor de la cual piafaban las cabalgaduras de los jinetes españoles, mezclados con numerosos soldados a pie y armados. De vez en cuando, uno de los soldados apartaba la cortina de una litera... ¡Qué lejana parecía la época en que ese gesto habría costado la vida al audaz que se hubiera arriesgado a hacerlo! Ahora, hasta cuando estábamos con el Inca, se permitían escrutarnos abiertamente.

Una pregunta, padre Juan. ¿Es una cortesía en España levantar con la mirada la falda de las mujeres? ¿No? ¡Entonces, cambiar de país modifica las costumbres! No frunzáis las cejas. Yo, como vos, estoy convencida de que hay españoles que respetan nuestro sexo, pero ¿dónde están? ¡Bien, más vale volver a la caza, todavía no estáis listo para oír todas las verdades!

Los porteadores nos depositaron en lo alto de una colina que bajaba en pendiente suave hacia el campo de caza, un amplio espacio de hierba densa. Sin contar los pumas, los osos, los ocelotes y los zorros, caídos igualmente en la trampa y que los hombres ya habían suprimido, así como gatos monteses y otras fieras, había, contenidos por la barrera que formaban los ojeadores, entre veinte y treinta mil animales: corzos, gamuzas, ciervos, vicuñas, guanacos... El ondear de aquellos pelajes satinados o lanosos, agitados por remolinos asustados en los que se mezclaban y se acaballaban los ocres, los rojizos, los castaños casi negros con una punta de blanco aquí y allá, es un espectáculo que guardo piadosamente en mi memoria. No lo hemos vuelto a ver y no lo veremos más. La caza de Manco fue la última. Vuestros compatriotas prefieren matar ellos mismos a troche y moche, y la preservación de las especies (tampoco la humana) no les preocupa.

Bajé de mi litera. Qhora se apresuró a arreglar mi cabellera y los pliegues de mi *lliclla* tejida en un algodón sedoso, bordada con grandes flores de lana multicolor, regalo de un gran *curaca* de la costa. Aunque hubiese ido allí a cumplir mis funciones de intérprete junto a Manco, sentía los ojos de sus otras mujeres, que me seguían. La mayor parte eran princesitas de sangre inca, reunidas para la asunción de Manco. Su educación se había visto perjudicada por los acontecimientos y soportaban mal que yo ocupara el primer lugar y el lecho del Inca cada noche. Las mentalidades se degradaban.

Faltaba la mano firme de las mayores que habían perecido en Yahuarpampa. Hasta la *Coya* era una jovencita... Y pensaba que me correspondía sugerir a Manco que honrara más a menudo a algunas, para calmar los humores y devolver a nuestra corte los modales y la decencia de antaño, cuando una gran sombra me cerró el camino. Villalcázar estaba tan cerca que sentí su olor: metal, piel, ámbar...

—Permitidme... —dije.

—¿Me tratas de vos ahora? No tienes buena cara. ¿El indio no se ocupa de ti?

—Olvidáis que habláis del Inca... Dejadme pasar.

—No olvido nada, quédate tranquila. Ni la manera en que me abandonaste ni tu gusto por... ¿Tu semental te satisface, por lo menos?

—¡Dejadme pasar o grito! ¿Qué buscáis, un escándalo? No creo que el gobernador lo apreciara.

Miró por encima de mi hombro y dijo con otro tono:

—Precisamente ahí está su hermano. Quería hablarte.

Me volví. No había ningún parecido entre Francisco Pizarro y Gonzalo. Por otra parte, no eran más que medio hermanos, ambos bastardos de madres distintas, lo que explicaba la gran diferencia de edades. Gonzalo debía de tener la mía, una veintena de años. Era fornido, de cuello macizo y cabeza cuadrada. Añadid la expresión agresiva que no abandonaba sus ojos negros y hermosos más que para inflar la boca ancha, de fuertes dientes, y tendréis el retrato de Gonzalo Pizarro, esbozado a grandes rasgos. También recuerdo que se tocaba constantemente la barba, acariciándola, rascándola, pellizcándola o peinándola con sus dedos separados.

—Señora —dijo, sin levantarse siquiera el sombrero.

—Señor.

—He oído decir que presentáis reivindicaciones acerca de una propiedad situada en el valle de Yucay.

—Exactamente. Esa propiedad es mía.

—Señora, las cosas son de quien las tiene.

—¡Un punto de vista, señor, que puede estimular muchas vocaciones! Como ya he dicho a vuestro funcionario, ese bien me viene de Huáscar Inca, y tengo testigos suficientes para probarlo.

—Un consejo, señora: no insistáis. Los españoles no damos fe más que a los documentos y terminaríais por contrariarnos. Creo que no habéis tenido motivos de queja de nosotros. Os hemos recogido, nos hemos preocupado por vuestro bienestar, os hemos concedido, para defender vuestro honor, al mejor y más valiente de los hombres, mi amigo Villalcázar, aquí presente... No nos lo hagáis lamentar. Debéis permanecer con nosotros. No se puede pacer hierba salvaje y estar al mismo tiempo al abrigo de la intemperie.

Villalcázar sonreía. Recordé las recomendaciones de Manco, tragué mi rabia y dije cortésmente:

—Os ruego que me excuséis, señores. No se hace esperar al Inca.

En la otra ladera de la colina, se escalonaban por orden de precedencia nuestros príncipes y nuestros dignatarios. Se habían dispuesto asientos para Pizarro y Almagro el Tuerto, y un banquito recubierto de lana para Manco. Las princesas, que se habían reunido con él mientras yo hablaba con Villalcázar y Gonzalo, estaban acuclilladas a sus pies, desplegando sus túnicas orladas y con cinturones bordados de plumas de colibrí. Lucían colgantes de nácar, de coral o de lapislázuli en las orejas, y collares y brazaletes de habas, amuletos en rojo y negro. Ya nadie llevaba oro. En cuanto a

mí, me obstinaba en llevar mi collar de esmeraldas; las piedras preciosas interesaban a nuestros vencedores sólo en función del peso del metal en que estaban engarzadas.

Ante la invitación del gobernador, empecé a comentarle el desarrollo de la caza tal como se practica entre nosotros. Empezaba la selección. Se procedía siempre de la misma manera. Las hembras de los ciervos, las gamuzas y los corzos en edad de tener hijos se soltaban inmediatamente, así como los machos más hermosos. La carne de los otros se distribuiría a la población de la provincia. ¡Qué fiesta en nuestro *ayllu* cuando la recibíamos! No teníamos otras posibilidades de comer carne; la caza estaba prohibida bajo pena de muerte al hombre común. Pizarro interrumpió mis explicaciones.

—En nuestras comarcas, también, la carne de caza está reservada para la mesa de los señores.

—En la mesa del Inca no se sirven más que aves, Vuestra Señoría. Esta ley está hecha para disuadir a los que podrían ser tentados por la holgazanería.

—No veo la relación.

—¡Que Vuestra Señoría se digne reflexionar! El hombre que puede disponer a voluntad de un alimento apetitoso, variado y, además, fácil de conseguir, ¿pondría la misma voluntad para cuidar su campo y los del Inca? Y si la tierra permanece yerma, ¿dé dónde se sacará el tributo, tanpreciado en caso de escasez? Nuestra sociedad siempre ha funcionado así. El trabajo de cada uno aprovecha a todos y el esfuerzo de todos contribuye al bienestar de cada uno. Por eso aquí la pereza es considerada un crimen: daña el interés general.

Pizarro sonrió, lo que era excepcional.

—El principio me parece excelente. Un pueblo dedicado al trabajo es también una riqueza... ¿Habéis nacido en una aldea, señora Azarpay? No lo parece. Las mujeres no tienen en general vuestra finura y vuestra belleza.

Juzgué que era el momento oportuno.

—Creo que el Inca os ha informado, Vuestra Señoría, de mi deseo de recuperar una propiedad mía en el valle de Yucay. Vuestra Señoría lo puede todo. ¿Podríaís...?

Debajo del ancho sombrero de fieltro negro que no se quitaba jamás, el rostro largo y delgado del anciano se retrajo.

—Lo siento. Este tipo de problemas no me incumbe. Dirigíos a mis hermanos.

—Precisamente...

—Lo siento.

Del campo de caza subían grandes gritos, saludando la esquila de las vicuñas y los guanacos que a continuación se dejarían en libertad. Esos animales no se domestican. Nos gustaba contemplar esa fase de la caza, a la que dábamos mucha importancia y que nos causaba orgullo. Aquellos vellones opulentos, sedosos o ásperos, peinados al viento de las cimas y alimentados con la hierba de la *puna*, eran convertidos por los dedos sabios de nuestras mujeres en la lana que nos vestía, las mantas que nos protegían del frío, las sandalias que nos calzaban, los adornos que nos diferenciaban; en resumen, en una de las bases esenciales de nuestra civilización, un don de nuestra Madre la Tierra, y como tal los recibíamos.

Vuestros compatriotas no tienen la misma percepción de las cosas. Explotan a los hombres hasta los huesos, la naturaleza hasta la piedra, y pretenden ser los amos...

—¡Una caza en la que no se participa no es una caza! —declaró Pizarro bruscamente—. Decid al Inca que debo volver a Cuzco.

Se levantó y reclamó su montura. Hubo un movimiento en su séquito. Detrás de mí oí una voz que susurraba:

—Apostaste por el indio y te equivocaste. Yo no renuncio jamás.

Para mi alivio, Villalcázar partió hacia Lima con Pizarro. Su violencia tenaz me asustaba. Oscuramente, yo presentía que algún día los demonios que lo poseían me harían una jugada fatal.

Mientras tanto, Almagro el Tuerto gobernaba Cuzco. El socio de Pizarro no tenía ni la prestancia ni el aspecto grave de éste. De fisonomía ingrata, era pequeño, vivo, jovial y cálido. Entre él y Manco nació una especie de amistad. Venía a menudo al palacio. Lo acompañaba Martín de Salvedra, el primo de Villalcázar. Yo aprovechaba para mejorar mi castellano. Conversar con un hombre, aunque fuera en público, hubiese sido impensable para una *incap aclla* en los tiempos antiguos, pero vivíamos una época trastornada en la que nada estaba en su lugar. Y Manco me alentaba. Decía que cuanto más frecuentáramos a vuestros compatriotas, más sabríamos sobre ellos... ¡aunque Martín fuera lo contrario de todo lo que España nos había enviado! Me gustaba encontrarme con él. A veces, sin embargo, me irritaba al empeñarse en defender a Villalcázar.

—No es malo por naturaleza, sólo reacciona a su manera. La existencia, la que ha llevado en estos países, le ha enseñado que todo se obtenía por la fuerza. Sois su primer fracaso y no lo soporta. Está loco por vos... ¿Admitiréis, de todos modos, que cualquier hombre, sin ofenderos, puede estar enamorado de vos? ¡Pues bien, él lo está! Pero tranquilizaos. Bajo las maneras que le conocéis, disimula una inteligencia aguda. Sabe que a Pizarro le interesa conservar buenas relaciones con el Inca y no intentará nada.

Un día, Martín me dijo:

—Voy a dejaros. Almagro ha puesto sus ambiciones en esta ciudad de Cuzco, pero Pizarro le niega los derechos que considera que tiene sobre ella. ¡Mala fe, malos pretextos! Los Pizarro son así. Almagro entonces ha decidido ir a conquistar Chile. Ya se han presentado quinientos voluntarios. Soy uno de ellos.

—Martín —objeté—, ¿sabéis bien lo que hacéis? ¿Por qué no volvéis a España? Vuestro lugar no está entre esa gente.

—Almagro ha sido bueno conmigo. Chile es el único medio de asegurar el porvenir de su hijo. Vos lo habéis visto, es un mestizo. Almagro lo tuvo de una india, en Panamá. Le debo eso.

—¿Tenéis familia en España?

—Una hermana mayor.

—¿Está casada?

—Sí.

—¿Tiene hijos? ¿Es feliz?

—No a las dos preguntas.

—¿Y vuestro cuñado?

—La abandonó por el Nuevo Mundo. Dejemos eso, por favor, es un tema penoso. Para volver... ¿Qué haría yo en España? Pero todavía tenemos una pequeña tierra... ¡Oh! Soy consciente de que no tengo las facultades de Villalcázar, me enredo en demasiadas consideraciones, maniobrar no es mi

fuerte y me haría falta tener más salud. ¡Pero vuestro país es tan hermoso, y ese espíritu de camaradería...! Los soldados de Almagro no son los de Pizarro. Los jefes hacen a los hombres. Almagro es muy querido, no tiene un alma codiciosa, comparte todo con nosotros, es un honor servir a ese corazón generoso... Y para ser franco, no me veo en absoluto recorriendo mi magro campo de olivos, dormitando al sol y malcomiendo el año entero el cerdo que habría sacrificado en Navidad, como hacen los pequeños propietarios entre nosotros. ¡Falta de modestia, ya lo creo! Mi sueño sería adquirir una propiedad en este país. No muy grande, abierta hacia el buen aire de los montes. Creo poder entenderme con los vuestros, tenemos mucho que aportarnos mutuamente.

—Os echaré de menos, Martín.

Notaréis, padre Juan, que soy receptiva a la amistad. Lamentablemente, los españoles no me han dado ocasión de demostrarlo. Martín fue algo dulce en mi vida. Volveremos a encontrarlo.

Con Almagro en ruta hacia Chile y Pizarro en Lima, comenzó el reinado de Juan y Gonzalo, los hermanos del gobernador. Juan y Gonzalo no se descubrían más que ante Dios y ante el oro. A mi parecer, esas dos divinidades eran solamente una en su espíritu. Por los indígenas de ciertas tribus que nuestros incas habían conquistado, Juan y Gonzalo sabían que a la muerte de Huáscar y de Atahualpa se habían escondido numerosos tesoros. La idea de que vivían rodeados de montones de oro de los que no podían echar mano exasperaba su glotonería y los volvía tan rabiosos como pumas en luna llena.

Sin anunciarse, sin motivo, uno u otro aparecían en el palacio, maltrataban a los servidores, irrumpían en los aposentos de Manco... Ya no se molestaban con fórmulas ni reverencias hipócritas, nos escupían su pensamiento crudo: ¿el Inca? Un fante, una cáscara vacía, un rey de paja, bueno sólo para proveerlos de oro... ¡El oro! ¡La palabra está dicha! Choca con el mutismo de Manco, les vuelve a la cara, se enojan, se mesan la barba, patalean, gritan, amenazan, sus ojos están rojos, su piel violeta... Cuando vuelven la espalda, Manco cruje como el hielo y maldice. Soy yo, ahora, quien debo exhortarlo a la calma.

Como la situación se hacía intolerable y hasta peligrosa para su vida, Manco resolvió huir. Además, mantener esa actitud equívoca lo alejaba de su familia, que también estaba expuesta a las peores vejaciones. Convocó a nobles y a dignatarios y les reveló sus designios: hacer estallar la revuelta que se incubaba en todo el Imperio y atacar en una acción simultánea que impediría al enemigo reagruparse eficazmente. Por el momento, su intención era reunirse con el gran sacerdote del Sol (hermano suyo y de Huáscar), que había partido con Almagro bajo el pretexto de facilitar los contactos de éste con las poblaciones del Sur, en realidad para reclutar allí hombres y volver a liberar Cuzco.

Un atardecer, Manco se fue por una puertecita, a pie, vestido como un simple campesino y con el gorro de lana de los collas, una tribu que vive cerca del lago Titicaca. Su cabello corto, a un dedo del cráneo, como lo está únicamente el cabello del Inca, hubiera podido traicionarlo. ¡Además, era mejor estar fuera de Cuzco en aquella época! Al día siguiente por la mañana, sus mujeres debíamos mezclarnos con la afluencia de gente que, después de la llegada de vuestros compatriotas, estropea la serena majestad de nuestra ciudad; debíamos pasar la muralla en grupos de a cuatro o cinco, reunirnos enseguida y encontrarnos con él en un lugar convenido en la ruta del Sur.

La velada transcurrió en preparativos. Qhora, mi enana, se había procurado ropas de campesina.

Probárselas divirtió a las princesitas y secó sus lágrimas. Les enseñé cómo sujetar sobre la espalda el recipiente de *chicha* y calzar en un pliegue del *lliclla* las cargas previstas para conferir un poco de modestia a sus siluetas. ¡La huida se convertía en fiesta! Por mi parte, estaba impaciente por volver a ver a Manco. Dirigir a aquellas jovencitas que nunca habían tenido otras responsabilidades que llevar sobre los hombros su ligera cabeza me angustiaba.

Fuimos a acostarnos. Aquellos atavíos me habían devuelto a mi primera infancia y trataba de reconstruir el rostro de mi madre con jirones de recuerdos, cuando se oyó un gran ruido. Oí gritar a Qhora, una antorcha agujereó con su fuego amarillo la oscuridad de la habitación y, antes de que hubiera entendido de qué se trataba, un montón de soldados españoles rodeó mi lecho.

—Vístete —dijo uno de ellos.

Protesté. Por pura fórmula. Mi corazón aterrado ya me había susurrado la explicación de esa intrusión: ¡Manco! Manco, apresado, muerto tal vez, a menos que su huida no se hubiera advertido... No veía cómo habría sido posible, pero me aferré a esa idea.

—No hagas preguntas y vístete —repetía el español. Como se negó a dejarme sola, lo hice ante ellos. Otros soldados habían reunido a las princesas en una sala del palacio.

¡Qué doloroso espectáculo, padre Juan, ver a hombres encarnizándose con criaturas! Las pobrecitas, con los ojos hinchados de sueño y de llanto, se lanzaron hacia mí. Ese movimiento de confianza, el primero, me ayudó a mantener una calma que estaba lejos de sentir. Acudieron los sirvientes. Les ordené que no se interpusieran: no habría servido de nada.

Qhora se aferraba a mi falda. Le di unos golpecitos en los dedos: «¡No seas tonta, quédate ahí; no adelantarás nada con morir!». Se hacía la sorda. ¡Era obstinada como una llama! Un soldado se dio cuenta, la atrapó por la nuca y la dejó entre las sirvientas. En tres piruetas, Qhora volvió a pegarse a mí y dedicó una mueca al soldado. Éste se encogió de hombros y los otros rieron.

Salimos del palacio remontando la ciudad alta hacia las terrazas de Collcampata. Aquella marcha siniestra, que las antorchas de copal proyectaban en sombras sobre las fachadas, me recordó la noche en que los guerreros de Atahualpa nos habían conducido hacia Yahuarpampa a mí, a la *Coya Rahua Ocllo* y a tantas mujeres cuyos huesos se mezclaron con la tierra. Ahora sabía que en ciertas circunstancias los hombres se exceden tanto en la crueldad como en la valentía, así que no me hacía ilusiones acerca de la suerte que nos esperaba.

Ante el palacio donde una de las princesas, Inkill Chumpi, «Cintura Florida», vivía antes de ser ofrecida a Manco, se elevaron gritos. Nos detuvimos. Un español atravesó las filas: «Es una de las mujeres. Un verdadero demonio. Hazla callar, si no...».

Lo seguí. Inkill Chumpi rodaba por el suelo. Sollozaba, se arañaba las mejillas y se tiraba del cabello. Quien no conoce las manifestaciones que la desesperación inspira a nuestras mujeres habría podido creerla habitada por poderes maléficos. Por otra parte, los soldados formaban un círculo sin atreverse a acercarse. Me arrodillé.

—¿Quieres que los extranjeros te tomen por una cobarde, a ti, la nieta del gran Huayna Capac? ¿Quieres que entren en tu palacio y se lleven a tus hermanos y hermanas?

—Dicen que violan a las mujeres, van a matarnos, tengo miedo —gimió Inkill Chumpi.

Tenía unas largas pestañas espesas, las mejillas muy redondas, la boca roja como una flor de kantuta y contaba catorce primaveras. Alisé sus cabellos y arreglé su banda.

—¿Tienes miedo? El miedo no es la muerte. Yo he tenido miedo muy a menudo y estoy viva, ¿verdad? Piensa en el Inca. Si te viera así, se avergonzaría de ti.

La cogí, le pasé un brazo alrededor de los hombros y continuamos. ¡Pobre Inkill Chumpi! ¡Nunca supo cuánta fuerza me había dado su debilidad!

Por encima de Collcampata se eleva la fortaleza de Sacsahuaman. Cuando entramos en la pendiente comprendí que era allí adonde nos llevaban los soldados. El cielo estaba opaco, sin una estrella; la luna se escondía. Yo tenía un guijarro en mi sandalia que me lastimaba. Mi pierna, la mala, me tiraba.

Franqueamos la triple muralla por las estrechas aberturas practicadas en los muros. Aunque los Incas tenían una residencia en una de las tres torres levantadas en la inmensa explanada que formaba el corazón de la fortaleza, yo nunca había subido a Sacsahuaman. De lejos, su aspecto es prodigioso. De cerca aplasta, uno se siente polvo. Pensad, padre Juan, que para subir por la colina algunos bloques de granito que se utilizaron en su construcción, se necesitaron hasta veinte mil hombres para cada uno. ¡Pensad también en lo que podían sentir unas desdichadas criaturas arrancadas al sueño en plena noche y brutalmente trasplantadas a ese glacial universo de piedras, construido a escala de gigantes!

Siempre empujándonos e injuriándonos, los soldados nos hicieron entrar en uno de los edificios y bajar unos escalones. Después penetramos en un subterráneo, al final del cual había otros escalones. A medida que nos hundíamos en las profundidades, el frío se intensificaba. Una humedad viscosa rezumaba de las paredes y se fundía en charcos que espejeaban a la luz de las antorchas. ¡Era la única nota alegre! Yo tiritaba y pensaba: ¡Manco! ¡Manco! Su nombre me llenaba la cabeza, lúgubre como el canto de las caracolas marinas cuando anuncian la muerte. Y, bruscamente, los soldados nos empujaron a una sala y lo vi, vi a Manco.

Estaba sentado en el suelo y tenía el cuello encerrado en un collar de metal, sujeto al muro por una cadena, y los miembros cargados de hierros.

Durante días no nos dieron para comer más que un poco de maíz y unas hierbas crudas. No teníamos ni luz ni mantas, agua apenas suficiente para calmar la sed, ¡y os dejo imaginar en qué cloaca estábamos sumidas! Sin embargo, el amor hace brotar flores no importa dónde. Prodigar nuestros cuidados a Manco era una dicha.

Para aliviar su carne mortificada, desgarramos pliegues de nuestras *lliclla* y las deslizamos bajo las cadenas, le dábamos de comer y beber a oscuras, arrastrándonos como animales, y cuando terminábamos esos pobres cuidados, nos agrupábamos alrededor de él, formando un refugio contra el frío. Él era nuestro hijo, nuestro padre, nuestro amante, nuestro dios. Jamás un Inca, en la cima de su magnificencia, había sido amado con un amor tan puro, tan intenso, como Manco lo fue en esos momentos cuyo horror nos unía unas a otras, eliminando todos los malos pensamientos que germinan tan fácilmente en el corazón de las mujeres.

Nos informó de que había sido reconocido y denunciado por un indígena de una de las tribus conquistadas, al salir de Cuzco. No se lamentaba. Repetía: «No hemos expiado nuestras faltas lo suficiente. Aceptemos la prueba, nuestro padre el Sol nos ayudará». Una mañana (al menos eso creí yo, porque todavía no nos habían llevado nuestra ración de comida), aparecieron Juan y Gonzalo Pizarro.

—¡Te limpiamos el camino, te pusimos sobre el trono de tus antepasados y tú, perro, huyes para apuñalarnos por la espalda! ¿La gratitud no existe, entonces, en vuestros cerebros de salvajes? Hemos sido demasiado pacientes. ¡Con seres de vuestra especie no hay más que el látigo, el hierro y la fuerza! O nos entregas vuestros tesoros o violaremos a tus mujeres una a una ante ti, y después te mataremos.

Manco movió los labios. Hablaba tan bajo que me costó captar sus palabras.

—Los guerreros de Atahualpa saquearon Cuzco, y lo que ellos no pudieron llevarse lo habéis cogido vosotros. Cuando llegué con el gobernador, el palacio de mi padre estaba vacío, y también lo estaba el de mi hermano Huáscar. No tengo nada.

—¡Mientes! Todos los indios mienten. ¡Sois astutos, mentirosos y viciosos! Tú sabes dónde está el oro. Reflexiona. Tienes dos días.

Traduje maquinalmente. Mis ojos parpadeaban. Las antorchas, esa claridad cruda... me había desacostumbrado. Gonzalo Pizarro se peinaba la barba, con los bigotes retorcidos de repulsión. Teníamos, en efecto, un aspecto horrible. Sobre todo Manco... Sus ojos me aterrorizaban. Dos agujeros. Se tenía la impresión de hundirse en la negrura de la nada. Antes de irse, los hermanos Pizarro escupieron sobre él.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté.

—No conseguirán nada.

Me acerqué.

—Dales el oro que tengo escondido en mi palacio —susurré—. Dáselo, si no, harán lo que han dicho.

—Lo harán de todos modos. Cuanto más tengan, más querrán, y cuando tengan todo... En fin, cuando crean tenerlo, nos eliminarán. Eso es lo que perdió a Atahualpa. ¡Si se enterasen de que bajo nuestros palacios y nuestros templos hay salas secretas y galerías subterráneas, esos demonios serían capaces de demoler Cuzco piedra por piedra!

No volvió a abrir la boca hasta dos días después, cuando se presentaron los hermanos Pizarro escoltados por unos quince soldados.

—Entonces, ¿dónde está el oro, maldito perro hediondo?

—Buscad en los barrancos, en el fondo de los precipicios, en el lecho de los ríos y lo encontraréis —dijo Manco—. Los partidarios de Atahualpa lo arrojaron allí mucho después de la ejecución de su amo para que vosotros no lo tuvierais.

—Te burlas, animal —expresó Juan Pizarro—. Pero no te reirás mucho tiempo.

Se retiraron. Los soldados permanecieron en el subterráneo y los oímos bromear entre ellos.

—Mira, mi todopoderoso señor —murmuró la pequeña Inkill Chumpi—, mira, nos han dejado las antorchas.

Manco no contestó. Y los soldados invadieron nuestro calabozo.

Padre Juan, ¿los españoles que os relataron la maravillosa conquista del Perú os contaron que, aquella mañana, los soldados orinaron sobre el Inca, que cinco de ellos se apoderaron de cinco de sus mujeres y las violaron ante nuestros ojos? ¿Os lo han dicho? Supongo que no. No son más que detalles.

Horrorizada, yo, quien os habla, debí asistir a aquello, ver a Inkill Chumpi, pura y virgen,

derribada, despatarrada bajo esos brutos, oír sus gritos... Todavía sigo oyéndolos, los suyos y los de sus compañeras, mezclados con los gruñidos de sus agresores. Todavía siento el olor que despiden los hombres cuando no son más que bestias en celo.

Manco, con el alma detrás de los párpados, parecía ausente. Quise interponerme entre aquellos brutos y me retuvo.

—No te muevas, traga tu lengua. Suplicar o indignarse sería rebajarse inútilmente. La indignidad recae sobre los que la cometen. Pero observa, escucha y no olvides nada. ¡No olvides jamás!

Esa misma noche, los soldados volvieron y violaron a otras mujeres. Fue peor. Ellas, al haber visto lo que habían hecho a las otras, se debatieron frenéticamente, y ellos las agarraron entre varios, sujetándolas y golpeándolas unos mientras otros las forzaban por turno. Después vomité lo poco que tenía en el estómago y me precipité, todas nos precipitamos, las que aún estábamos intactas, hacia los pequeños cuerpos tendidos en el suelo, maltratados, como desarticulados. Ni siquiera teníamos agua para lavar la sangre, limpiarlos de la simiente impura. Entonces Manco me llamó. Tenía una voz extraña, muy suave.

—Pagarán —dijo—. Por cada insulto, cada golpe, cada ultraje. ¡Les arrancaré los ojos, cortaré su piel en tiras y, ya que les gusta tanto el oro, lo fundiremos y se lo haré beber ante mí hasta que tengan las tripas llenas! Azarpay, vas a salir de aquí.

Lo miré, creyendo que el odio lo había vuelto loco.

—Di a los soldados que vayan a buscar a los Pizarro.

Al día siguiente dejé la fortaleza en litera, con Qhora. Al verme, las sirvientas del palacio se retorcieron las manos y empezaron a gritar. Les ordené que se callaran, que me quitaran los harapos podridos que me cubrían y que me prepararan el baño. Estaba muy débil, el aire y el mundo de los vivos, con sus ruidos, sus gestos, su exuberancia, me aturdían.

Una vez lavada, me pusieron ropa limpia y me instalaron ante una comida. Allí estaban, dispuestos sobre manteles bordados, mis platos preferidos, varios guisos: de porotos, aderezados con hojas tiernas de *quinua* y diversas hierbas de nuestros montes, y de *agutí*, que es un conejillo de Indias salvaje, de gran tamaño, asado, condimentado con pimientos muy fuertes, cacahuets, piña y guayabas. Al no haber comido nada los últimos días, devolví los pocos bocados que había tragado.

Me parecía que nunca más tendría hambre. Estar rodeada de abundancia, de comodidades y de belleza me parecía una deserción. ¡Todo me resultaba insoportable, hasta el olor de mis cabellos delicadamente perfumados con la flor de la canela! ¿Cómo disfrutar de algo sabiendo que Manco se hallaba entre la inmundicia y pensando que las pequeñas debían de temblar ante el menor movimiento de los soldados?

Cuando entré en la habitación y vi mi lecho mullido, inmaculado, estallé en sollozos y me vacié de todas las lágrimas que no había vertido. Qhora me reprendió:

—Dejándote llevar por la pena es como las abandonarás.

Y me trajo mi bolsa de coca. Los días que siguieron se vio mi litera recorrer de la mañana a la noche las calles de la ciudad alta y de la ciudad baja. Quien no pertenezca a nuestra raza no puede imaginar las dificultades que tiene una mujer para hacerse entender por los hombres. Si yo no hubiera adquirido cierto renombre de sabiduría durante el reinado de Huáscar, la parentela de Manco seguramente se habría negado a acordarme algún crédito, a pesar de la aversión unánime que

suscitaba entonces la dominación española.

Después de interminables entrevistas y demostrándoles que si no cooperaban sufrirían la misma suerte del Inca, conseguí ablandar a príncipes y dignatarios y convencer a aquellos corazones fríos de que se separaran de sus últimos jarrones preciosos para calmar la impaciencia de los Pizarro, que esperaban el rescate que se suponía que debían reunir.

No es necesario decir, pues nuestro candor se había derretido, que sabíamos muy bien que nunca liberarían a Manco. Así que, el rescate... sólo era una palabra. Una palabra que refulgía, una palabra que evocaba para Juan y Gonzalo la cosecha de oro recogida en Cajamarca... Una palabra para ganar tiempo hasta el regreso del gran sacerdote del Sol, a quien yo había enviado un mensaje informándole de la situación y suplicándole que actuara en consecuencia. A veces, me decía que Manco quizá ya habría perdido la vida y que me estaba esforzando en intentar mover montañas en un paisaje petrificado.

Mientras tanto, llegó otro Pizarro, Hernando, delegado por el gobernador para tomar el mando de Cuzco. De los cinco hermanos, Hernando Pizarro era el único hijo legítimo. Su padre, un señor de Extremadura, le había legado unas maneras afables que volvían majestuosa su corpulencia y corregían sus rasgos rudos. Había pasado la treintena, era honrado (¿no es exagerado emplear ese calificativo al hablar de aquellos que nos conquistaron?), inteligente, hombre de gran orgullo... Su temperamento violento y entero le proporcionaba pocos amigos entre los suyos, lo que no le inquietaba. En cambio, tenía reputación de ser benevolente con los de mi raza. Además, se susurraba que si Pizarro, después de la victoria de Cajamarca, lo había enviado a España, cargado de oro para vuestro Rey, era a fin de tener las manos libres pues en presencia de Hernando la condena de Atahualpa no se habría pronunciado.

En cuanto lo supe en Cuzco, me dirigí al *Sumtur Huasi*, el espléndido palacio del que se habían apropiado los Pizarro, en la esquina de la *Huacaypata*, rebautizada con el nombre de Plaza Mayor. Allí reinaba la afluencia de la que se beneficia todo nuevo jefe, a la cual se añadía el séquito importante que componía la corte de Hernando. En medio de aquel desorden, yo buscaba alguien a quien dirigirme para solicitar una audiencia, cuando sentí que me cogían por los hombros. Gesto acariciador, familiar, posesivo... Al volverme, apenas me sorprendió encontrarme con la mirada azul de Villalcázar.

—Me he dicho... ¡ese talle, ese porte, esos cabellos de reina, no puede ser sino Azarpay!

Su rostro era alegre. Sonreía. Yo también sonreí. Todo sentimiento, simpatía, amor u odio, crea lazos. Y... ¿cómo explicaros?, hacía semanas y semanas que me inclinaba como una niña ante los viejos príncipes incas, debatiéndome en la angustia. Ver de nuevo a Villalcázar era volver a sentirme mujer de repente.

—¿Has regresado a Cuzco? —le pregunté.

—Como lo ves. Has adelgazado. Parece que el indio ha hecho de las suyas. ¿Por qué no se conformó con lo que le habíamos concedido?

Mi sonrisa fue burlona.

—¿Por qué vosotros no os contentáis con lo que nos habéis quitado? ¡Ésa es la verdadera cuestión!

—¡Vamos, ahora me tranquilizo! —Rió—. ¡Siempre con las garras afiladas! ¿Por qué? Pues

porque somos los más fuertes, querida mía, y cuando lo hayas comprendido... Dime, ¿los hermanos Pizarro han sido correctos contigo?

—Mucho.

Volvió a reír.

—¡Juan y Gonzalo me conocen! Si se hubieran permitido tocarte...

—Entonces, ¿debo agradecerte a ti no haber servido de jergón a sus soldados, como las otras mujeres del Inca?

—Podrías —contestó alegremente—. ¿Qué haces aquí?

—Desearía saludar a Hernando Pizarro.

—¿Sabes que Su Majestad lo ha hecho caballero de Santiago? Eso no te dirá nada, pero es la orden de caballería más estimada en nuestro país... ¡Dichoso Hernando! Desembarca cubierto de honores y trae al gobernador mayores poderes y un título de marqués. ¡Marqués de los Atabillos! Suena bien, ¿verdad? Almagro tampoco ha sido olvidado. Chile será para él. ¡Así todo el mundo está contento! Te acompaño a casa de Hernando.

—¿Y a ti? —me interesé—. ¿No te han hecho ni caballero ni marqués?

—El Rey, querida mía, calibra sus favores según el peso del oro que se deposita a sus pies. ¡Pero espera que yo descubra algún tesoro...!

—¿Tienes noticias de Martín de Salvedra?

—¿Cómo podría tenerlas? Se equivocó al seguir a Almagro. No hay nadie más necio que quien se empeña en tropezar con la misma piedra. El día que nosotros le arreglemos las cuenta al Tuerto...

—¡Pero yo creía...! ¿No acabas de decirme...?

—¿Chile? ¡Ni hablar! Desiertos, piedras y hielo. Y salvajes que, al parecer, nos comen en pedazos que asan bajo nuestras narices. ¡Chile es una madera podrida! Pero Almagro es tenaz. Si se salva, sus pretensiones relativas a Cuzco volverán a acuciarlo y esta vez, ¡crac!, le retorceremos el pescuezo.

—¡Pobre Martín!

Sin tener en cuenta a la gente que deambulaba por la galería y nos miraba al pasar, Villalcázar me sujetó por el brazo, obligándome a detenerme. Tenía otra vez un desagradable gesto en la boca y su mirada de predador.

—¡Pobre Martín! —repitió—. Entonces, ¿para gustarte hay que ser insignificante, sin voluntad, sin ambiciones?

—Martín es bueno...

—¿Bueno? ¡Qué idiotez! ¿Qué proporciona el ser bueno?

—Ciertas cosas que el oro no podrá comprar jamás.

Villalcázar se burló.

—Todo se compra, hasta tú. ¿Quieres apostar?

Hernando Pizarro se mostró irritado por las medidas que se habían tomado contra el Inca. Tenía una gentileza de la que Juan y Gonzalo carecían y, en efecto, creía que obtendría más de Manco con la conciliación. Ordenó que lo desembarazaran de sus cadenas, que le proporcionaran en la fortaleza un lugar y comida dignos de su rango, y los soldados fueron obligados a presentar excusas por los malos tratos ejercidos sobre sus mujeres.

Al terminar la semana, Hernando me convocó y subimos juntos a Sacsahuaman. Durante el trayecto, yo en mi litera, y él sujetando su caballo para igualar el paso de los portadores, me abordó en tono preocupado: al haber prestado el Inca juramento de fidelidad al Rey de España, su huida era un caso de rebelión deliberada. Habría que hacer muchos trámites para inclinar a Su Majestad a la indulgencia. Si yo conocía poco a Hernando, había practicado bastante, en cambio, con sus hermanos como para entender lo que callaba. De modo que le aseguré la gratitud del Inca. Nos habíamos entendido.

Creo que sería inútil describiros mi emoción al ver de nuevo a Manco. Hernando Pizarro lo abrazó. Yo debí limitarme a besar su mano y su manto. Llevaba unas vestiduras decentes y tenía bastante buen aspecto, una actitud afable... hasta sumisa, impresión que se borró cuando abrió sus anchos párpados y posó su mirada sobre mí.

Somos un pueblo de carácter astuto, pero fiel a la palabra empeñada. Puedo juraros que Manco no habría traicionado jamás el acuerdo hecho con el gobernador si los Pizarro hubieran obrado debidamente. Fueron ellos quienes lo llevaron a la escuela de la astucia, y se mostraron tan excelentes maestros que él se impregnó de sus enseñanzas hasta superarlos.

La entrevista fue larga y cordial. Para uno, se perfilaban nuevas y deslumbrantes visiones de oro, y para el otro, la libertad, la venganza y la esperanza de ser por fin dios en su casa. Aprovechando la amable disposición de Hernando, obtuve la autorización de volver a la fortaleza y llevar conmigo a la pequeña Inkill Chumpi. Las violencias sufridas la habían vuelto muda y no se le podía sacar un sonido.

Más tarde, cuando Martín me inició en las sutilezas de vuestro calendario, que cuenta doce lunas como el nuestro, pero cuyas divisiones permiten más precisión, me ejercité en calcular la fecha que marca los verdaderos comienzos del reinado de Manco. Fue el 18 de abril de 1536.

Por la mañana, subí a Sacsahuaman con Qhora e Inkill Chumpi. La pobre niña, según su costumbre, estaba postrada y se chupaba los dedos con aplicación. A falta de poder comunicarle mi excitación, no cesaba de repetirle a Qhora: «¡Es la última vez, la última vez, me entiendes, que me inclino ante un Pizarro!». Y suspiraba: «¡Es tan bueno, tan bueno que apenas si me atrevo a imaginarlo!».

La estación de las lluvias termina a finales de marzo. El tiempo era alegre. Un polvo rojizo revoloteaba alrededor de la litera. En medio de las rocas calentadas por el claro sol, la fortaleza, rodeada por su triple muralla, parecía un monstruo acechando a sus presas, listo para atraparlas y triturarlas entre sus formidables mandíbulas de piedra. Un terror sagrado se apoderaba de mí cada vez que franqueaba las puertas de Sacsahuaman. Pero aquella mañana quería creer sólo en la felicidad.

Hernando Pizarro ya había llegado, acompañado por un intérprete y dos oficiales elegidos para dirigir la caravana, con los cuales conversaba Manco. Hacía un mes que circulaba con toda libertad en Sacsahuaman, montaba cotidianamente su caballo y, la semana anterior, hasta había ido al valle de Yucay con Hernando y numerosos españoles para asistir a una fiesta conmemorativa en honor de Huayna Capac. Para la ocasión, había ofrecido a Hernando una estatua de tamaño natural que representaba a su padre. Hernando había manifestado cierta decepción: la estatua era de oro hueco. Previendo esa reacción, Manco se había apresurado a declarar que, si lo autorizaban a volver a

Yucay con un número suficiente de porteadores, él sabía dónde encontrar una estatua de oro macizo de más de dos quintales. Cuando mencionó el peso, la prudencia natural de Hernando zozobró... Y aquél era el día fijado para la partida de la caravana encargada de transportar la maravilla.

Me postré ante Manco y besé tres veces el borde de su manto. Era la señal convenida.

Al alba, el gran sacerdote me había confirmado por un mensajero que todo estaba dispuesto según las órdenes del Inca. Cien mil guerreros concentrados en la entrada del Valle Sagrado lo esperaban. Con ellos se encontraban los fabulosos tesoros del Templo del Sol evacuados con motivo de la captura de Huáscar, los despojos de nuestros Incas difuntos, las Vírgenes del Sol, las *mamacuna* del *Acllahuasi*, la *Coya* y los niños, que habían partido durante la noche por los subterráneos.

Trajeron el alazán de Manco. En algunas horas, disfrutaría el supremo goce de ser el *Sapa-Inca*, el hombre-dios, aquel que el Sol ilumina, aquel que manda, protege, guía e inspira, aquel cuyo aliento transforma a voluntad una llanura en cosecha de oro o en lago de sangre, aquel ante quien se inclinan todos los seres. Y, pronto, yo me reuniría con él, bebería en su copa, saborearía su triunfo. Había, en efecto, unas literas ligeras escondidas en los alrededores de Cuzco para llevarnos junto a él.

—¡Señora Azarpay!

Avancé, sonriendo, hacia Hernando Pizarro.

—Señora Azarpay, os ruego que me sigáis. Seréis mi huésped en mi residencia hasta que el Inca regrese. Por favor, traducid.

¿Cómo logré fingir, controlar mi respiración, mi voz? ¡Sin duda por el amor que sentía por Manco y el odio que sentía por los vuestros! El intérprete, un traidor de la provincia de los *chachapuyas*, escuchaba. Yo traduje. El rostro de Manco permaneció impassible. Montó en su caballo, saludó a Hernando, picó espuelas, seguido de cerca por los oficiales españoles y el intérprete. Y yo lo contemplé alejarse, diciéndome que no volvería a verlo.

Por la noche, cené a la derecha de Hernando. Estaban además sus íntimos con sus concubinas, la mayor parte princesas y hermanas de Atahualpa, bien provistas de joyas. Esas uniones databan de Cajamarca y ya tenían un aire semiconyugal. Villalcázar también estaba presente, acompañado de dos jovencitas. Debía de haberlas traído de Lima. Sus maneras vivaces y graciosas me recordaban a la pequeña *yunga* que había hechizado tan bien a Huayna Capac con su serpiente. Villalcázar y yo nos ignoramos. Noté que bebía mucho.

Pero, a pesar del vino y las mujeres, el ambiente carecía de alegría. La conversación trató de los disturbios que hacían estragos desde hacía poco en todo el Imperio y que ya habían causado la muerte de numerosos españoles en emboscadas.

—Lo que no me explico —decía Hernando— es cómo esos indios se ponen de acuerdo. ¡Rebelarse al mismo tiempo, en un mismo movimiento y en un país que tiene una superficie tan inmensa...!

Yo hubiera podido responderle que, si se hubiera interesado menos en nuestro oro y más en nuestras costumbres, ya habría comprendido que los *chasqui*, por sí solos, eran capaces de semejante hazaña. También habría podido decirle que la coordinación de esas operaciones, que Manco dirigía desde la fortaleza, se había hecho por medio del gran sacerdote y de mí.

Es la ocasión, padre Juan, de hablaros de los *chasqui*. Explotar los recursos humanos adaptándolos a nuestro rudo relieve fue la preocupación constante de los incas. El don que tienen nuestros jóvenes para la carrera es prodigioso. ¡Nacen con el pie alado! A ellos se debe la muy antigua institución de los *chasqui* o «correos». ¿No habéis reparado, viniendo de Lima, en unas casitas asentadas en la altura, que jalonan la *Nan Cuna* cada media legua? Son los relevos. En ellos viven varios *chasqui* permanentemente. Siempre está de guardia uno de ellos. Cuando divisa a alguno de sus colegas que llega corriendo del relevo precedente, se lanza, toma al vuelo el mensaje y parte corriendo lo más rápido posible hasta el próximo relevo, donde confía el mensaje a otro *chasqui*, que lo transmitirá con la misma velocidad al relevo siguiente, y así sucesivamente hasta llegar a destino. Os citaré sólo un ejemplo: ¡un mensaje enviado desde Cuzco tarda cinco días solamente en recorrer las quinientas leguas que separan nuestra ciudad de Quito! De este modo, el Inca estaba rápidamente informado acerca de todo. Los *chasqui* se ocupaban igualmente de proveer el menú imperial con pescados de mar, crustáceos y frutos de las tierras cálidas. La institución ha sobrevivido. Los administradores enviados por Su Majestad de España, después de que los grandes jefes de la Conquista se mataran entre ellos, los emplean incluso actualmente. Pero, padre Juan, no busquéis *chasqui* por aquí. En los montes nos comunicamos por medio de fuego. De día, el humo se ve desde muy lejos. De noche, los vigías leen en las llamas. Es todavía más rápido. Por otra parte, a menudo la acción de los *chasqui* y los vigías está combinada. ¡He visto cómo el gran Huayna Capac era advertido en dos horas del levantamiento de una provincia que se encontraba a más de cuatrocientas leguas!

Hernando Pizarro ya no me invitaba a su mesa. Comíamos en la habitación donde yo estaba confinada y que compartía con Inkill Chumpi y Qhora. El cuarto tenía dos aberturas: una, estrecha, colocada muy alto, corría a lo largo de la viga del techo y daba a un pequeño patio de donde nos llegaba la luz; la otra era la puerta, cerrada con una colgadura. Al otro lado de la colgadura montaban guardia dos soldados, que eran relevados por la mañana y por la noche. El encono se pintaba en sus rostros. ¡Vigilar a tres indias sin tener derecho a manosearlas debía de parecerles un trabajo muy poco viril! Hernando aparecía todas las noches.

—El Inca se hace esperar, señora Azarpay.

—Una masa de oro tan considerable requiere grandes esfuerzos para transportarla de un lugar a otro, Excelencia.

Con el pasar de los días, yo ya no contestaba. Era inútil. Él ya sabía, aunque era reacio a reconocer ante sus hermanos y sus allegados el error que la codicia le había hecho cometer. Una mañana, un alboroto insólito agitó el palacio. Levanté la colgadura y pregunté qué ocurría a uno de los soldados.

—El indio se ha largado. Una patrulla ha encontrado a los dos oficiales que lo acompañaban. Don Hernando se dispone a perseguirlo. Va a cortar a ese perro en pedazos, y después será tu turno.

Volví a tenderme en mi lecho. Inkill Chumpi canturreaba con un dedo en la boca. Así estaba desde que entró en el palacio. Aquella musiquita me irritaba los nervios. Nada la hacía callar, salvo la comida, el sueño o que yo le peinara los cabellos.

—¿Qué van a hacernos? —susurró Qhora.

—A ti y a la pequeña, lo ignoro. Después de todo, no tenéis nada que ver y Hernando no es un

monstruo como sus hermanos. Yo... es necesario que su furor recaiga sobre alguien. —Se echó a llorar y le acaricié la cabeza—. El Inca no podía volver, yo ya sabía que no volvería. ¡Una mujer no cuenta en semejantes circunstancias!

Por una vez, padre Juan, me sentía humilde, aceptaba. A la hora de la cena, Qhora fue hacia las cocinas a buscar nuestra comida con un soldado. Para ocuparme en algo, desaté la cinta que sujetaba los cabellos de Inkill Chumpi y empecé a desenredarlos. Ella se calló y yo saboreé el silencio. De pronto, unos pasos firmes resonaron en el patio. Yo conocía aquellos pasos. Dejé el peine. La pequeña retomó su canturreo y no se interrumpió cuando entró Villalcázar. Me levanté.

—Hernando va a matarte —me dijo.

—Si has venido para anunciarme eso...

—¡Azarpay! ¿No puedes mirarme de otra manera?

—¿Cómo quieres que te mire?

Se acercó.

—No soy tu enemigo.

—¿En ese caso, explícame qué hago aquí!

—Si me prometes volver a vivir conmigo, obtendré tu perdón. Los Pizarro me deben mucho.

—Vete.

—¡Maldición! ¿No comprendes que vas a morir? ¡A tu edad! ¡Una mujer como tú! ¿Y por quién?

¡Por una porquería de indio que te abandona y que pronto no será más que carne podrida! ¿Es eso lo que quieres, aferrarte a un cadáver y terminar como él?

—Hernando Pizarro no se apoderará del Inca. Hay cien mil guerreros con él. Y vosotros, ¿cuántos sois? ¡En Cuzco, ni siquiera doscientos!

—El número importa poco. Acuérdate de Cajamarca.

—La situación no es la misma. Ahora, los nuestros se han familiarizado con vuestros caballos y vuestras armas de fuego y, sobre todo, saben que no sois invencibles. ¡Me hablas de morir y éstos son tal vez tus últimos días!

—¡Tonterías! ¿Pretendes enseñarme mi oficio de hombre? ¡Porque ser soldado es un oficio! Y conozco a tus indios: intrépidos cuando la suerte está con ellos, desbandándose en cuanto parece escapárseles. ¡Nosotros, los españoles, al contrario, damos lo mejor de nosotros en los peores momentos! Azarpay, te daré la vida que deseas. Ahora soy rico. Tendrás palacios, jardines, servidumbre...

—¿Cómo puedes saber lo que quiero? Ni siquiera sabes quién soy.

—Sé que te deseo. —Villalcázar se interrumpió y contempló a Inkill Chumpi—. ¿Qué tiene ésa? ¿Es idiota?

—Es lo que tus soldados hicieron de ella. Era una niña feliz y sonriente. Desde que la violaron... Déjanos, por favor.

En dos zancadas, a su manera brusca, se colocó a mi lado y me estrechó en sus brazos.

—Te deseo. ¡Sólo con verte me hierva la sangre! Si sólo así cederás, estoy dispuesto a casarme contigo ante Dios.

Me desasí.

—Cuándo se quiere a una mujer y se tiene la posibilidad de salvarla, no se ponen condiciones, se

la salva.

—¿Por quién me tomas? ¡Antes de que me diera cuenta te me escurrirías de entre los dedos! Te salvaré, pero a mi precio... y es un precio generoso. Podría tenerte por nada, hasta puedo tenerte ahora...

—Vete o llamo al soldado.

—He hecho que se retirara.

Me cogió por las muñecas. Sus manos eran dos anillos hundidos en mi carne, sus ojos dos espadas que me atravesaban. Me empujó hasta la cama y se arrojó sobre mí... Entonces vi a Inkill Chumpi lanzarse hacia nosotros a través de la habitación. Con el rostro hundido en su cabellera, que le caía por delante, y los dedos curvados como garras, se hubiera dicho que era uno de esos espíritus demoníacos que rondan los altos pastos, desangran a las llamas y transforman a quien los sorprenden en buitre o zorro.

Se arrojó sobre Villalcázar. «¡Déjala, déjala!», aulló, mientras le tiraba del pelo, lo golpeaba con sus puñitos en la cabeza y trataba de morderlo. Él me soltó. Me levanté, abracé a Inkill Chumpi y, manteniéndola contra mí, retrocedí.

—No la toques —dije.

Él se puso de pie y se arregló la ropa.

—Si Hernando no te cuelga, un día lamentarás que no lo haya hecho —declaró. Y salió.

—¡Azarpay, Azarpay! —repetía Inkill Chumpi.

Y súbitamente comprendí que la pequeña hablaba, que había recobrado la voz. Cuando Qhora trajo la comida, nos encontró abrazadas. Inkill Chumpi reía de alegría. Yo lloraba. He olvidado por qué.

Hernando Pizarro volvió con el rabo entre las piernas. Mascando su rabia, con el orgullo machacado, irrumpió en la habitación.

—El Inca se ha burlado de mí, y vos también, señora. Le he enviado uno de sus guerreros que habíamos hecho prisionero. Si Manco no reaparece dentro de tres días, seréis colgada.

—No vendrá —declaré—. Vuestros hermanos lo han humillado demasiado. Vos sois un hombre orgulloso y valiente, debéis comprenderlo.

—¡Tres días, señora! Tenéis tres días.

Tres días, cuando la muerte está al final, es demasiado tiempo, demasiado amor y proyectos a los que renunciar, demasiadas pequeñas muertes que vivir una detrás de la otra... ¡Además, dar esa satisfacción a los españoles, imaginarlos observándome colgada de una cuerda! La ejecución de un hombre inspira cierta discreción. El suplicio de una mujer cosquillea los instintos masculinos... en todas las razas, por otra parte. ¿Matar no es una manera de poseer?

Resolví estrangularme con mis cabellos la noche siguiente. Es común que las mujeres procedamos así. Qhora me ayudaría. Decidido esto, pensé en la suerte de mis compañeras. Aunque Hernando Pizarro amaba el oro más de lo razonable, no tenía la naturaleza cruel de sus hermanos. Aceptaría sin duda liberar a aquellas dos inocentes y las haría llevar con la familia de Inkill Chumpi.

Qhora se negó rotundamente a abandonarme.

—Nos iremos juntas, tú y yo.

—¡Tú irás con Inkill Chumpi! Yo, por lo menos, sé por qué muero. Hernando aplica su justicia.

No le guardo rencor, nosotros haríamos lo mismo.

Luego llamé a los soldados y pedí verlo. Me respondieron que Su Excelencia tenía consejo. Por la noche, tal vez... Pero aquella misma noche los guerreros de Manco se desplegaron en las colinas. El sitio de Cuzco comenzaba.

No dormimos: escuchamos el sonido de las caracolas marinas, de las flautas y de los tambores, que se filtraba por el techo de paja. Inkill Chumpi repetía: «¡Es nuestro todopoderoso señor! ¡No morirás, Azarpay!». Y reía y bailaba como si ya estuviéramos allá arriba, en las colinas, entre los nuestros, en la dicha.

A la mañana siguiente, envié a Qhora en busca de noticias. Volvió con algunos puñados de maíz y el rostro iluminado.

—He podido salir. Los extranjeros están como locos. Han tendido lonas en la plaza y han puesto allí los caballos. Si vieras las colinas... ¡Hay tantos guerreros que ya no se ve la hierba ni la roca!

—¿Qué hacen?

—Nada. Están allá y miran. Como las serpientes grandes cuando fascinan una rata y la hacen casi morir de miedo antes de tragarla cruda.

—¡No olvides que, por el momento, nosotras estamos en las mandíbulas de la rata! —señalé.

Transcurrió el día. A la hora de comer, los soldados no dejaron salir a Qhora. Yo protesté y me respondieron: «Oye, india, teniendo en cuenta el tiempo que te queda, no necesitas comer». Su sudor era agrio. El coraje no impide el temor. Por otra parte, ¿no es la conciencia del peligro lo que le da su verdadero valor? ¿Qué opináis, padre Juan?

El clamor de los guerreros, el mugido de las caracolas y el redoble ininterrumpido de los tambores reemplazaron la cena. ¡Divino, torturador alimento! Saber que los hombres de Manco estaban tan cerca... La sensación de mi impotencia me exasperaba. Esta vez estaba fuera de cuestión el sacrosanto principio del padre de mi padre: «Empuña la desgracia, los dioses te ayudarán...». ¡Los dioses estaban sobre la colina y nosotras, atadas de pies y manos, entre los demonios!

Lo comenté con mis compañeras.

—Pienso que tenemos sólo una probabilidad de salvarnos: que lancen la ofensiva simultáneamente sobre todos los frentes y que los españoles, desbordados, nos olviden. En ese caso, tal vez podamos escapar y reunirnos con los nuestros.

La noche anterior no habíamos dormido. Establecí un turno de guardia. Cuando me llegó el momento de acostarme, el sueño me derribó... Yo tosía. Qhora e Inkill Chumpi, inclinadas sobre mí, me sacudían. Al ver sus miradas llorosas, mi primer pensamiento fue que venían a buscarme para colgarme y cerré los ojos. Luego noté el olor a humo y volví a abrirlos. Una voz gritó:

—¿Vienes, bruja? ¡Si fuera por nosotros, dejaríamos que te tostaras, pero parece que todavía tienes algún valor!

Fuimos de sala en sala. Siempre aquel olor acre, los ojos y la garganta que me picaban, pero ni fuego ni llamas. Afuera, en la plaza, entre las tiendas montadas por los españoles, los caballos enloquecidos se apretujaban grupa contra grupa. En cuanto franqueamos el umbral del porche, un rugido formidable me llenó los oídos. Avancé unos pasos y quedé inmóvil, sobrecogida. ¡La mayor parte de la ciudad alta, adosada a las colinas, estaba ardiendo!

Recordad, padre Juan, que os he dicho que todos nuestros techos están hechos de la misma

manera, con un armazón de vigas y viguetas cubierto por espesos haces de paja, una paja larga, flexible, muy resistente, el *icho*, excelente protección contra el calor y el frío que azotan nuestras regiones, pero también blanco perfecto para las flechas envueltas en algodón bituminoso encendido, y para los guijarros calentados al fuego que nuestros arqueros y nuestros honderos arrojan con tanta destreza.

Aquello era... ¿Se puede describir con simples palabras una hoguera del tamaño de una ciudad, un horizonte de llamas cuya hambre devastadora era alimentada por el viento? El cielo estaba rojo y negro, atravesado por gigantescos trazos de chispas, despabilados también por la tempestad remolineante del humo. Inkill Chumpi sollozaba. Yo estaba petrificada. ¿Cómo se atrevía Manco? ¿Incendiar Cuzco, nuestra ciudad, el ombligo de la tierra, la morada de los dioses! ¿Ya no había nada sagrado para él?

Los soldados se nos llevaron. Los teníamos delante, detrás y uno en cada brazo. Uno de ellos, un coloso con una nariz como un tubérculo y barba roja, llevaba a Qhora sobre sus hombros; si no, la multitud la habría pisoteado. Mezclada con los españoles había una chusma de indígenas traídos en barco desde Panamá y de nativos de tribus conquistadas. Aquel mundo indigno estaba amarillo de espanto, adivinando demasiado bien que nuestros guerreros le reservaban la muerte de los traidores.

En el borde de la plaza comenzaba la ciudad baja. Allí todo parecía tranquilo. Se respiraba mejor, el ruido se alejaba. Al llegar ante el *Acllahuasi*, los soldados nos pusieron contra la muralla para dejar pasar una tropilla de caballos cuyos dueños los llevaban por la brida. Se introdujeron por la muralla del Templo del Sol, convertido en la iglesia de Santo Domingo. Sin duda dejarían los caballos en el jardín donde, Huáscar incluido, cada uno de nuestros incas había sembrado, regado, cuidado y cosechado con sus propias manos un maíz destinado a las ofrendas... Evidentemente, ya no había maíz, así como también habían desaparecido las láminas y las perlas de oro, las esmeraldas, los cabuchones de turquesas, los mosaicos de piedras preciosas que, en el tiempo de la dulce paz, cubrían de figuras centelleantes los muros y las puertas del templo, y resplandecían hasta en los armazones de los techos.

Los soldados nos llevaron al templo. Después de cruzar la *Intipampa* o plaza del Sol, rodeamos el grandioso edificio donde los espíritus de nuestros dioses habían difundido sus luces y dictado sus mandamientos durante tanto tiempo. Por las descripciones que Huáscar me había hecho de aquellos lugares prohibidos, en los cuales sólo penetraban el gran sacerdote, sus asistentes, el Inca y algunos de sus parientes, reconocí enseguida el inmenso atrio, antaño abundantemente florecido, plantado de árboles y arbustos, célebre por sus cinco fuentes maravillosas. Ahora estaban mudas. Las canalizaciones habían sido arrancadas, pero la más grande, la que servía para el baño nupcial de la *Coya*, conservaba todavía el agua de las últimas lluvias en su pilón de piedra.

Por un acuerdo tácito, nos precipitamos hacia el pilón como animales sedientos. El soldado que llevaba a Qhora la depositó dentro. Los otros reían, con el bigote y la barba perlados de agua. Luego, como avergonzados de haberse dejado llevar, nos aferraron de nuevo y entramos en una pequeña dependencia atravesada por una estrecha galería descubierta. A cada lado había una sala sin ventanas, con suelo de tierra apisonada. Nos empujaron dentro de una de ellas. Un soldado permaneció en la galería.

—¿Qué van a hacernos, Azarpay? —susurró Inkill Chumpi.

¡La eterna pregunta!

—Parece que los Pizarro quieren conservarnos como rehenes. Podemos esperar.

Inkill Chumpi suspiró.

La miré. Había perdido sus formas regordetas y su vanidad de niña mimada. Dentro de un año o dos sería una hermosa y encantadora joven, con los grandes ojos listos para la emoción, la nariz noble y la boca dibujada para amores lascivos... ¿Después de un año o dos? ¡En algunas horas tal vez ya no viviría!

Con el fin de sondear nuestra posición, reclamé comida al soldado. No habíamos comido nada desde el día anterior por la mañana.

—Para bajar a los infiernos, donde se encuentra el lugar de los infieles, no es necesario tener el estómago lleno —me contestó.

Por la tarde hubo un incesante ir y venir de hombres y de caballos en el recinto. Por la noche, el soldado fue relevado por el que había llevado a Qhora del *Sumtur Huasi*, el palacio de Hernando, al templo.

—Vuestros malditos guerreros están ahumándonos como a ratas —me dijo—. Aparte de esta iglesia que la presencia del Señor protege, la casa de las mujeres aquí al lado y un palacio, arde toda la ciudad. ¡Es un horno! Allá arriba, han cavado fosas y clavado estacas para que los caballos se empalen mientras ellos ocupan la fortaleza. Hemos intentado hacer una salida pero hemos tenido que retroceder. Tal vez se podría escapar por la gran ruta, pero don Hernando no quiere. Se niega a abandonar la ciudad. ¡Seguro que nos vamos a asar aquí dentro, y vosotras también!

Sin embargo, compartió con nosotras sus mazorcas de maíz y su agua. Se llamaba Bartolomé, como Villalcázar. Tenía madre y dos hermanas en Extremadura, empleadas en una granja en Trujillo, el feudo de los Pizarro. Contaba con el oro para liberarlas de la servidumbre. Nos dedicamos a orar. Yo tenía la cabeza pesada, estaba cansada. Hice el voto de que, si salíamos de aquella tragedia, no me separaría jamás de mi bolsa de coca...

¡Padre Juan, deberíais seguir mis consejos y masticar algunas hojas, tenéis mala cara! Hacia la mitad de la noche, un crepitar violento que llegaba de la galería nos sacó de nuestra soñolienta meditación. Era lluvia, un brusco diluvio, de los que tenemos en Cuzco. Al mismo tiempo, *Inti Illapa*, nuestro señor del rayo, iluminó la galería. Mi corazón se aceleró.

—¡Mirad! —exclamé—. El soldado ya no está.

Corrimos hacia la entrada del edificio. Las exclamaciones y los gritos se añadían ahora al estruendo del agua y al resonar de los truenos. Aprovechando un momento de oscuridad, nos acercamos al templo con precaución. Lo que vimos nos dejó estupefactas.

Los españoles brotaban de todas las salidas. Y todos estaban como poseídos del éxtasis frenético al que nos llevan ciertas danzas rituales: se curvaban hacia atrás, bebían la lluvia, y luego se echaban sobre el hombro más próximo, aullando de alegría. Sus ojos brillaban como pequeñas lunas en sus rostros, chorreando agua. Muchos caían de rodillas, besaban el suelo, se persignaban. Había también mujeres indígenas. Las ignoraban. Aquella alegría intensa era sólo de los hombres. Divisé a nuestro soldado. Agarrado de los brazos de otros dos, cantaba. Un canto religioso. Ordené la retirada. Un bosquecillo de árboles nos cobijó. Detrás de los árboles, oí el gorgoteo del arroyo...

¿Os lo he dicho, padre Juan? Dos arroyos recorren Cuzco de arriba abajo. Están cubiertos por

unas vigas recubiertas de losas para facilitar el paso de las literas y los peatones. A la altura del templo, el de la izquierda, cuando se está frente a la colina de Sacsahuaman, reaparece, bordea el territorio sagrado y se va, prosiguiendo su curso en el campo.

—Tenemos que separarnos —susurró Qhora—, si no nos descubrirán cuando franqueemos la muralla. ¡No eligen enanas para concubinas!

Le puse una mano sobre la cabeza.

—Estamos juntas y nos quedamos juntas. No discutas. Por otra parte, demasiados españoles me conocen y no hay más puerta que la del norte, donde están todos. Ir a la ciudad alta está excluido... Nos dirigiremos por el arroyo.

—¡El arroyo! ¡Yo soy muy pequeña, me ahogaré, no quiero!

—¿Prefieres que te maten?

Las crecidas habían cesado hacía más de un mes. El nivel era relativamente bajo, aunque aumentado por la lluvia que continuaba, torrencial. Ayudándonos mutuamente, nos dejamos deslizar. El fondo estaba tapizado de gujarros. Las orillas, cubiertas de arbustos, nos ocultaban. Qhora iba en el medio. Sosteniéndola una de cada mano, nos marchamos.

Una vez que dejamos atrás las dependencias del templo, se produjo un cambio. El arroyo, desviándose hacia el sur, bajaba bruscamente por la pendiente. Para que no nos arrastrara la corriente, Inkill Chumpi y yo nos aferramos con nuestra mano libre a las ramas bajas de los arbustos... Y, de pronto, el lecho del arroyo se aplanó, el agua se serenó, llegó la llanura, las hierbas altas y, en el horizonte, un semillero de manchas pálidas. Tiendas. Las nuestras. Me volví. Mis ojos distinguieron unos bordes de piedra que se elevaban en gradas hasta el promontorio del templo, de donde veníamos.

—Las terrazas de los Jardines del Sol —murmuré.

—Te equivocas, Azarpay —dijo Inkill Chumpi—. Mi madre siempre decía que nuestro padre el Sol brilla hasta en plena noche.

—Era el oro, criatura. Ya no hay oro, el Sol ya no brilla. Pero brillará donde está Manco, adonde vamos...

Nos abrazamos. Tres bultos mojados. ¡Y lágrimas, lágrimas! ¡Es tan bueno llorar de alegría!

Los españoles se han complacido en considerar el diluvio providencial que apagó el incendio como una intervención de la Virgen María. Algunos también afirmaron haber visto al arcángel Santiago montado en su caballo blanco, apuntando su espada de luz sobre nosotros, los paganos. Retrospectivamente, me he convencido de que ese milagro lo hicieron los dioses para mí, para que el destino que me eligieron se cumpliera.

Padre Juan de Mendoza, 10 de octubre de 1572.

El alba azulea. He dormido como un animal.

Ayer franqueamos el Urubamba por uno de esos famosos puentes colgantes. ¡Enloquecedora impresión que devuelve al hombre a su fragilidad terrestre! Después empezamos a trepar. Matorrales espinosos que los indios cortan para permitirnos avanzar, selva. El pie se hunde en un humus podrido, colmado de agua, las manos aferran lo que pueden, el aire es húmedo, venenoso, abundan las mariposas y las hormigas voladoras, la cabeza me da vueltas. Ella me ha ofrecido una hamaca y yo la he rechazado. ¡Falsa humildad, que no es más que orgullo!

Había oído vagamente murmurar que los hermanos Pizarro se habían conducido de modo torpe con el Inca Manco. ¡Bonito eufemismo!

¿Qué hago yo en esta naturaleza hostil, siguiendo el balanceo de su litera, yendo donde ella va, ignorando adónde voy?

Cuando me interrogo, me gusta decirme: Señor, que me lleva el cuidado de Tu gloria; pero ese gusto que experimentaba antes en desafiar las prohibiciones, esas curiosidades malsanas, insensatas... ¿No será más bien el diablo que me lanza un nuevo desafío? Podría ser mi madre, pero yo veo sólo a la mujer. Florecida en su belleza majestuosa. ¿Domina también los años? ¡A veces la odio!

Rezo mientras camino. Cien avemarías me alivian. Hoy he decidido continuar descalzo... ¡Dominar esta carne pérfida!

Cuando pasamos el puente, sus servidores cortaron las cuerdas que lo amarraban a la orilla. ¿Por qué?

¡Santa María, madre de Dios, extended sobre el pecador vuestro blanco manto!

El alto que hicimos en Ollantaytambo, padre Juan, era en cierta forma un peregrinaje. Después del incendio de Cuzco, Manco estableció su cuartel general en la fortaleza cuya construcción habéis admirado tanto. Los sacerdotes y las vírgenes del Sol tenían allí sus aposentos reservados. Nosotras, las mujeres, vivíamos en el palacio de abajo. Casi todas las noches, cuando Manco estaba presente, yo subía la elevación de terrazas que unía los dos edificios y me reunía con él. ¡Tiempo tejido con hilos de oro que ilumina mi memoria!

Después de beber, hablábamos largamente, discutíamos acerca de lo que se había hecho, de lo que se hacía, de lo que se debía hacer... ¡Nuestros corazones nos lo decían, el hecho era cierto: los españoles servirían pronto de abono a nuestra tierra y la exquisita paz renacería de la guerra! Por cierto, Hernando Pizarro recuperó Sacsahuaman, pero su hermano Juan, el maldito, murió, con el cráneo reventado por una piedra durante la batalla. ¡Un Pizarro menos! Hubo celebraciones, la *chicha* corrió en arroyuelos... Por cierto, el enemigo muestra una tenacidad que nos sorprende. Lima y Cuzco, cercadas por los capitanes de Manco, resisten, pero la ciudad de Jauja, posición estratégica en el centro del Imperio, nos pertenece de nuevo. ¡Sol, Sol! Por cierto, nuestro ejército reclutado apresuradamente, no es aquel que se gloriaban de conducir nuestros incas, le falta disciplina,

«oficio», como hubiera dicho Villalcázar; se entorpece con mujeres y niños. Hay que llenar esos estómagos, suplir las ignorancias, pero tenemos el número, los arcabuces tomados al enemigo, prisioneros españoles para fabricar pólvora, caballos que nuestros hombres se han hecho hábiles en capturar con sus boleadoras, ¡y qué jinete magnífico es Manco! Cuando lo vemos marchar en su alazán, vestido de guerra, precedido por el estandarte imperial con los colores del arco iris, llevado por una fanfarria triunfal de flautas, de caracolas y tambores, ¿cómo dudar de que nos traerá la victoria en la punta de su lanza?

En agosto comienza la estación de las siembras. Los graneros de la región estaban vacíos y el hambre amenazaba. Para asegurar la próxima cosecha, Manco se resignó a enviar a sus campos a más de la mitad de sus guerreros y sus familias. La naturaleza es soberana. Los hombres marchan a su ritmo. Es así como el sitio de Cuzco, que duraba desde hacía meses, fue levantado en parte. Hernando Pizarro aprovechó para atacarnos en Ollantaytambo. Recibido por trombas de flechas y avalanchas de piedras, debió retirarse con los suyos. Manco hizo abrir las compuertas, el río inundó la llanura y Hernando estuvo a punto de morir ahogado. En la retirada hubo numerosos muertos y heridos. ¡Sol, Sol! Nosotras, las mujeres, no teníamos bastantes manos para revolver la *chicha* y dar de beber a nuestro señor y a su familia.

Pero se perfilaban sombras. Llegaban tropas frescas, desde Panamá, Nicaragua, Guatemala, Castilla del Oro y Nueva España, en barcos llenos para apoyar a los Pizarro. A esos refuerzos se añadía el contingente proporcionado por nuestra propia raza, indígenas de provincias anexadas, deseosos de tener una revancha sobre la dinastía de los incas que los había civilizado y enriquecido. ¡Así son los hombres! ¡Muerden la mano que los saca de la inmundicia! Seguían los dignatarios, por las ventajas que podían obtener. Las deserciones de la gente de su sangre afectaban terriblemente a Manco. Vuelvo a verlo: la mirada opaca, el alma que se hunde en las profundidades negruzcas del ser... Pero sobre todo eso estaba Cuzco, tierra de los dioses, sede de omnipotencia... Tenía prácticamente la ciudad en el puño y se le escapaba.

Y, de pronto, un nombre vuela de boca en boca: ¡Almagro! Almagro que vuelve de Chile, con el cuerpo atormentado por los sufrimientos, el corazón sangrante... Almagro, con su gran ejército, que envía una llamada amistosa a Manco... Almagro, el acuerdo posible, la alianza honesta contra el enemigo común: los Pizarro.

Se concierta una cita en Urcos, en el valle de Yucay. Hernando Pizarro es informado inmediatamente. En cada campo pululan las orejas ávidas y las piernas listas. El color de la piel garantiza el anonimato. Hernando se apresura a embrollar el juego. Dirige una advertencia a Manco: Almagro, dice, no tiene ningún poder para hacer tratos, sus promesas no son más que pretensiones y mentiras. Manco hace cortar la mano del mensajero.

Padre Juan, en el caso de que todavía no estuvierais avezado a los excesos de la sensibilidad y que siguierais escandalizado por nuestras costumbres bárbaras, sabed que vuestros compatriotas hacen lo mismo corrientemente. Las manos cortadas que se enviaban de campo a campo eran, en cierto modo, en la moral de esta guerra, un intercambio de gentilezas.

Volvamos a Hernando. Para acabar de instilar el veneno de la duda en el espíritu de Manco, arregla un encuentro con el principal ayudante de Almagro y le prodiga abrazos, sabiendo bien que nuestros espías le informarían de la escena. De ahí a que Manco deduzca que los españoles intrigan a

sus espaldas... En vano intenté demostrarle la bellaquería de Hernando y el interés que tenía en poner en contra a dos jefes que se estimaban y cuyo acuerdo aniquilaría toda probabilidad de los Pizarro de mantenerse en Cuzco... Manco ha sufrido demasiado, no huele más que traición por todas partes. La desconfianza lo precipita en la trampa. Hasta creo que su odio encuentra un escape en la situación. Y al responder con violencia a las aperturas de Almagro, pierde el único apoyo que tenía entre los vuestros.

Después de aquellas maniobras, decidió abandonar Ollantaytambo.

Yo estaba encinta.

Nuestro cortejo se alargaba en varias leguas. Los cóndores, las águilas y los halcones que daban vueltas en el aire debían preguntarse de qué entrañas salía aquella gigantesca serpiente de anillos rutilantes y empenachados que se lanzaba al asalto de los montes. Manco había querido conferir un carácter solemne a nuestra retirada.

Él, el hombre-dios, última defensa de las creencias, de las costumbres y las tradiciones, iba delante, rodeado de su guardia personal, con lanzas y escudos de oro. Detrás venían sus arqueros, sus honderos, los despojos de los incas difuntos, cubiertos de alhajas, los dignatarios que habían elegido la dignidad y el exilio, los sacerdotes con vestiduras blancas y máscaras de oro, encuadrando el *Punchao*, el gran disco del sol, salvado de la tormenta, y los adivinos, los sabios, los *amauta*... Después la inmensa caravana de las literas, con las cortinas cerradas, en las que íbamos nosotras, las mujeres. Seguían, objeto de todas las codicias, los innumerables, maravillosos tesoros disimulados en las galerías subterráneas desde la aparición de la soldadesca de Atahualpa, transportados por cien mil llamas. Y, en fin, la multitud y sus familias, servidores, portadores, auxiliares encargados de los víveres, del aprovisionamiento de agua, de la confección de las flechas y las piedras para la honda, los prisioneros españoles, y decenas de miles de guerreros repartidos por los lados y por la retaguardia.

Llevaba a Qhora conmigo. Teniendo en cuenta la lentitud a que nos obligaba la magnitud del convoy, yo estaba segura de que daría a luz en el camino. Día tras día, a través de esta vegetación que ahora conocéis, a veces acerada, aterciopelada, lasciva, letal, que absorbe en su tufo a hombres y bestias, y los encola con sus humedades azucaradas y sus alientos pútridos, nos acercamos a las nubes. Y tuvo lugar el ataque.

Los *chachapuyas*, una tribu aliada de los españoles, pretendieron cortarnos el camino de las cimas. Manco los aplastó. Hubo un sobreviviente: el jefe, Chuqui Llasax, a quien llevamos cautivo con una cuerda al cuello.

Por Chuqui Llasax supimos que Almagro se había apoderado de Cuzco y que retenía en las celdas de Sacsahuaman a Hernando Pizarro, su hermano Gonzalo, Villalcázar y otros conquistadores notables. ¡Es inútil concretar lo que sentimos al imaginar a Gonzalo en el lugar infame donde nos había puesto! El humor alegre de Manco cedió cuando supo que Almagro había coronado Inca a uno de sus medio hermanos, Paullu, que siempre había mostrado una complacencia servil con respecto a los vuestros. Gesto sin valor, pero hostilidad confirmada. Eso lo inquietó. Si bien el número de nuestros guerreros era considerable, el de las personas cuya salvaguardia debían asegurar ellos era mayor aún.

De allí en adelante continuamos a marchas forzadas, llegando hasta las crestas y exigiendo

proezas sobrehumanas de nuestros porteadores. Por la noche, acampábamos entre las rocas y el hielo. En aquellos lugares mudos y azulados, donde viven las almas de los antepasados, durante algunas horas se levantaba el esbozo de una ciudad, con sus fuegos, sus ruidos, sus olores... Ya no se medía el tiempo. Los días eran lo que Manco hacía de ellos. En fin, después de haber estado a ras del cielo y franqueado varias gargantas, decidió bajar y hacer un alto, convencido de que ningún español se atrevería a alcanzarnos. Nos recibió el valle de Lucamayo, bien protegido por colosales murallas naturales.

Una vez establecido el campamento y rendidos los honores a los dioses, Manco hizo cortar la cabeza a Chuqui Llasax, el jefe *chachapuya*. Ésta, clavada en la punta de una lanza, presidió a continuación el banquete general.

La sangre derramada apaga el odio y aviva la sed.

Sabiendo cómo terminaría la juerga, me retiré con Qhora. Estaba cansada. Me dormí en medio de las risas espesas de los hombres bebidos. Las mujeres cantaban. Mi último pensamiento fue preguntarme a cuál de ellas elegiría Manco para terminar la noche.

Me despertaron unos clamores. Estaba oscuro. Deduje que la orgía estaba en su apogeo. El niño se movía. Aunque mi vientre no escatimaba esfuerzos para ofrecerle una morada redonda y opulenta, parecía que le faltaba sitio. Lánguida de ternura, trataba de encontrar una posición que me aliviara un poco cuando oí los mosquetes. Primero creí que eran los nuestros y pensé que Manco debía de estar muy borracho para permitir que se desperdiciara así la pólvora. Después, cuando recobré la conciencia, la batahola me pareció insólita. Miré hacia afuera por una de las rendijas de la tienda. En cuanto divisé las corazas y los cascos españoles, no tuve más que una idea: salvar al niño. Sacudí a Qhora silenciosamente. Arrastrándome (creedme, ¿no es algo fácil para una mujer que llega al término de su embarazo!), nos hundimos en la vegetación a la cual se adosaba la tienda y permanecemos allí, bajo los matorrales, con el corazón deshecho, conteniendo la respiración. El abuso de la *chicha* nos costó muy caro. Los españoles se retiraron con un gran botín de joyas, varios despojos venerados, la mitad de nuestras llamas y, peor aún, se llevaron a la *Coya*, a algunas mujeres y a Titu Cusi, un hijo ilegítimo de Manco de cinco años de edad, a quien su padre amaba tiernamente. Sin contar los muertos. Ese desastre, el primero que sufríamos, lejos de debilitar la voluntad de Manco, la endureció aún más.

Continuamos nuestro camino. Cada vez más lejos, cada vez más alto. Ningún blanco habría sobrevivido por donde pasamos. El frío nos clavaba sus agujas de hielo en los huesos. El aire nos faltaba. Nos alimentábamos sólo con una tajada de *charqui*, carne de llama salada y desecada, o con un poco de *chuño* o de maíz. Y si Manco se dignaba con cedernos algunas horas de descanso, era únicamente para que los porteadores repusieran sus fuerzas.

Estaba comiendo una mazorca de maíz cuando empezaron los dolores. Al hacerse más frecuentes las contracciones, Qhora extendió una manta sobre el suelo de la litera. Me tendí encima. Me sentía tranquila y sin aprensión. Recordando mi aborto, me había rodeado de las mayores precauciones: nada de golosinas ni de coca, ayunos frecuentes, ofrendas importantes a las *huacas* así como a la Pachamama, nuestra diosa-tierra... En el camino, había cuidado de detenerme ante cada *apacheta*. Vos las habéis visto, padre Juan, son esas grandes pirámides de piedras dispuestas en las alturas. Todo viajero debe añadir su propia piedra y escupir encima para ahuyentar al espíritu maligno que

mora en los parajes. No dejé de hacerlo.

¡Cómo deseé ese hijo, padre Juan, cómo deseé dar un hijo a Manco! Fue una niña, una cosa pequeñita, minúscula, arrugada, peluda, pringosa, pero en cuanto apareció y Qhora me la enseñó, me sentí... ¿Qué puedo decir? ¡Un hijo, padre Juan, es el mundo entero para una madre! Atendiendo a mi orden, los portadores depositaron la litera a un lado del camino. Había nevado la víspera. Derretí la nieve en la boca y rocié a la pequeña con esa agua tibia y, mientras Qhora la envolvía con una manta, tomé puñados de nieve y me froté con ellos vigorosamente. ¡Intensa y abrasadora caricia sobre mi cuerpo glorioso!

En recuerdo de la espiga de maíz que yo tenía en la mano cuando llegó a este mundo, llamé a mi hija Curi Zara, «Maíz de Oro». ¡Zara! ¡El único nombre capaz de hacerme verter lágrimas! Pero ¡cuánto reíamos Qhora y yo ante el menor movimiento de la pequeña maravilla que yo tenía en los brazos!

El lugar elegido por Manco para establecerse y lanzar su nueva guerra contra los españoles era una de las ciudades sagradas donde los incas acostumbraban retirarse de cuando en cuando, a fin de meditar bajo la mirada de los dioses y madurar sus proyectos en celestiales confidencias. Sólo el gran sacerdote y la filiación legítima del soberano conocían los emplazamientos, así como, evidentemente, los servidores. Pero ese pueblo bajo, siempre elegido en las mismas aldeas y las mismas familias en los alrededores de Cuzco, no ignoraba que la suerte de sus *ayllu* dependía de su discreción y hubiera preferido la muerte a arriesgarse a divulgar los secretos a los que sus funciones los iniciaban.

Adivino, padre Juan, una pregunta en vuestros labios. ¿Qué fue de los obreros constructores que levantaron esas ciudades en plena naturaleza salvaje? No busquéis, haced como yo. Los príncipes tienen sus razones. Y hablando de príncipes... ¿Vuestro difunto rey, Carlos V, ha titubeado alguna vez al sacrificar ejércitos, al autorizar masacres a fin de que su pensamiento dominara Europa y la cristiandad? Y hablando de cristiandad... ¿La evangelización de las poblaciones, demasiado a menudo sinónimo de exterminación, no es un piadoso manto arrojado sobre las inconmensurables necesidades de oro que las ambiciones espirituales de Su Majestad de España precisaban? Vos lo sabéis, yo lo sé: las existencias pasan, las obras permanecen. ¡Entonces evitemos las hipocresías!

El paraje adonde nos condujo Manco era sublime. Penetramos en él por el único acceso: una escalera que se abría paso entre la sombra blanca de los picos, cuyos escalones se ensanchaban hasta convertirse en rellanos a medida que la piedra cedía su sitio a la tierra. A media ladera se escalonaba la ciudad. Después, por debajo de las fortificaciones y de las viviendas comunes, los terrenos cultivados se aferraban a la pendiente, redondeados como balcones, dominando fondos de selva, surcados de arroyuelos.

Normalmente, sacerdotes y vírgenes del Sol poblaban esos retiros consagrados al culto y la oración. Pero aquél estaba desierto... ¿Maldición? ¿Enfermedad misteriosa? ¿Incurción mortífera de los *antis*, tribus caníbales que ocupaban la ladera oriental de nuestros montes y de los que antaño habíamos tenido que defendernos? Manco se negó a informarme sobre ese punto, pero era seguro que la ciudad estaba abandonada desde hacía lustros.

Además, una vegetación lujuriosa, invasora, se había autorizado todos los excesos, violentando palacios, templos, casas, ahogándolas bajo su peso, derramando su semilla como un animal borracho.

Cedros y helechos arborescentes habían crecido en los patios, en las salas y hasta en los estanques. Espesuras de cañas, matas de retamillas, macizos puntiagudos de agaves se repartían plazas y callejuelas, y las lianas, las zarzas, las orquídeas, cien especies de plantas greñudas y entrelazadas encapuchaban los techos.

Felizmente, la mano de obra no escaseaba. Todas las aldeas que habíamos encontrado se vaciaban para engrosar nuestro cortejo.

Durante los siguientes largos meses acampamos en las terrazas desbrozadas. ¡Pero cuando las vías estuvieron libres de estorbos y otra vez pavimentadas, las canalizaciones reparadas; cuando los muros ya raspados, limpios y pulidos con arena mojada, recobraron su juventud; cuando las grandes techumbres de paja clara se recortaron alegremente sobre el paisaje, qué panorama ofreció nuestra ciudad!

Entre la ciudad alta y la baja se estiraba la *Intipampa*, vasta explanada de hierba fina, lugar de fiestas y ejecuciones, cortada en el medio por un canal. Las aguas del canal, venidas de los glaciares, alimentaban estanques y fuentes y estaban presentes en cada patio, en cada jardín. Más abajo, irrigaban los cultivos. En la ciudad alta se destacaba la *Inti Cancha*, la plaza sagrada. El palacio del gran sacerdote y el templo estaban frente a frente. Junto a ellos, se levantaban diversas residencias destinadas a los dignatarios, a sus familias y a nuestros pensadores, los *amauta*. A la izquierda, un poco alejado, atravesado de galerías y patios floridos, se elevaba el nuevo palacio de Manco, el palacio que cada Inca debía hacer construir, lo que él hasta entonces no había podido hacer. El descubrimiento de enormes bloques de pórfido y de granito blanco, ya tallados y formados, destinados sin duda a algún monumento religioso, había permitido apresurar la construcción. Las puertas, con pesados dinteles, eran belleza pura.

La ciudad baja comprendía, entre otros edificios principales, las prisiones y los talleres donde las mujeres machacaban las materias vegetales y minerales para extraer los pigmentos utilizados en la tintura de las lanas que se tejían al lado, en el gran *Acllahuasi*. Éste, ya bien provisto de jovencitas, estaba dirigido por las *mamacuna* de Cuzco. Un poco más lejos se podían admirar las termas, una sucesión de diez baños en escalones, donde bajaba el agua con reflejos de oro y plata.

Me temo que la descripción de nuestra ciudad, voluntariamente concisa para no fatigaros con demasiados detalles, sea demasiado fría. En ella falta lo esencial: el relieve. No olvidéis, padre Juan, que los planos de los arquitectos debieron ajustarse a un terreno rocoso con una fuerte pendiente. Por lo tanto debo hablaros de las escaleras. ¡Un derroche! ¡No se daban tres pasos sin que surgiera una para corregir los declives! Edificios y espacios se encastraban en los dédalos de esos miles de escalones esculpidos directamente en la piedra y cuyo movimiento, ya alegre, vivo, gracioso, ya lento, grave o solemne, animaba y articulaba cada perspectiva, confiriendo a la ciudad un encanto imposible de restituir... Parece absurdo decir que era música y, sin embargo, es así como lo siento todavía.

Poco después de nuestra instalación, recibí el título de *mamanchic*, reservado en principio a las *coyas*, y excepcional para una mujer joven. Además, Manco me otorgó un pequeño palacio situado en el límite de sus jardines, entre matas de orquídeas. Habíamos reanudado nuestras relaciones amorosas, pero no eran ya las mismas que antes de mi embarazo. Demasiado odio envejece a un hombre.

En cuanto sus espías (los tenía por todas partes) le informaban acerca de un rico convoy en la *Nan Cuna*, salía con algunos de sus guerreros, atravesaba en barca el Apurímac, atacaba por sorpresa y mataba mucho. Reaparecía con caballos, armas, mercancías, vestimentas europeas que le encantaban y preciosas vanidades que nos entregaba. No las utilizábamos, pues éramos hurañamente hostiles a lo que no conocíamos, actitud bastante tonta pero que nos confortaba en nuestro aislamiento.

También traía prisioneros. Viajeros, mercaderes, soldados... Conservaba a los soldados para fabricar pólvora y enseñar el manejo de los mosquetes a sus guerreros. Los que rehusaban hacerlo iban a reunirse con los condenados.

Las ejecuciones tenían lugar en el *Intipampa* y la ciudad entera participaba. Se erigían arcos de ramas y los festones de flores recorrían los bordes del canal. Las gradas que dominaban la explanada se suavizaban con tapices. Había color, músicos, bailarines, los jaguares preferidos de Manco, y nosotras, las mujeres, estábamos obligadas a asistir, ahuecando nuestras faldas de fiesta a sus pies.

El espectáculo comenzaba, anunciado con grandes sonos de caracolas, que hacían estremecerse deliciosamente a los guerreros. Cuando terminaba, yo iba a vomitar. Ver a los ajusticiados, empalados en una estaca que les salía por la boca me trastornaba. ¡No os engañéis conmigo, padre Juan! Suprimir a esa carroña que venía a despedazar nuestro país me parecía una obra piadosa. Pero esa crueldad inútil, esos sufrimientos, esas torturas... ¿Por qué?

Al principio se lo dije a Manco. Me miró, con unos ojos que eran como dos sílex.

—¡Por qué! ¿Y tu memoria, Azarpay? Nada borrará de la mía lo que los españoles nos hicieron en Sacsahuaman. ¡Por otra parte, se portan peor que nosotros! Estos hombres pagan por los que violan y mancillan nuestra raza. Nosotros también hemos pagado y eso continúa. ¡Nuestros hombres, nuestras mujeres y nuestros niños continúan pagando! ¿Y de qué somos culpables sino de haber mostrado demasiada ingenuidad hacia esos perros? Eso no volverá a ocurrir jamás. Tengo una ventaja sobre ellos. Ignoran dónde estamos. Yo, en cambio, sé dónde y cuándo alcanzarlos. Cuando ya no se atrevan a aventurarse por los caminos, ni siquiera en las callejuelas de las ciudades, cuando por fin comprendan que más vale vivir que morir por unos puñados de oro, entonces se embarcarán y el Imperio renacerá. Ésta es mi guerra. No es limpia. Pero ¿acaso me han dejado elegir?

Con Manco más a menudo ausente que presente, yo dedicaba a mi hija el tiempo que le hubiese consagrado a él normalmente. No fui una madre ejemplar. Mi única preocupación fue malcriarla. Cuando Zara guiñaba sus ojos maliciosos, yo me derretía, desataba los cordones que la sujetaban a su cuna, la cogía en brazos y la comía a besos y me alimentaba con el olor nuevo de su cuerpecito inquieto. Qhora nos sorprendía y rezongaba.

—No obras bien. Las leyes lo prohíben. Tendrá los miembros flojos y harás de ella una jovencita exigente y llorona. Estoy segura de que tu madre jamás se hubiera permitido...

—¡Pobre mujer! ¡Aparte de cuando me ponía entre sus piernas para despiojarme...! Es la única demostración de afecto que conservo de ella. Yo quiero que mi hija me ame, quiero que, más tarde, recuerde que ha tenido una madre.

—¡Si el Inca supiera esto!

—¿El Inca? ¡Zara le interesa muy poco!

Qhora suspiraba.

—Una muchacha no puede luchar, no cuenta.

Yo también suspiraba. Comprendía que Manco desdeñara a las otras, a aquella abundancia de nacimientos, salidos de la borrachera o de un breve estremecimiento de deseo. Pero Zara, la hija concebida en el amor, mi hija, ¿era normal que jamás tuviera una mirada, un gesto hacia ella?

Nuestra existencia proseguía, regida por el majestuoso ceremonial de la antigua corte, dirigida por el canto de las vírgenes del Sol, los encantamientos de los sacerdotes, el calendario de las fiestas religiosas y la ronda de las estaciones, que hacía crecer y multiplicarse la hoja de coca y el maíz, proliferar bajo tierra la sabrosa papa, abrirse las pesadas campanas aromáticas de las daturas y las orquídeas, la kantuta y mil flores cuyos nombres no os dirían nada.

Aquel período, a pesar de algunas heridas, pronto no sería más que lo que queda en mi memoria: el recuerdo de un tiempo bendito entre todos los demás... ¿Recordáis, padre Juan, que después de nuestra partida de Ollantaytambo, Almagro había arrebatado Cuzco a Hernando Pizarro?

Por nuestros espías, nos enteramos de que Gonzalo y Villalcázar se habían fugado de la fortaleza de Sacsahuaman, y de que Almagro, finalmente, se había decidido a soltar a Hernando.

—Con todos los Pizarro contra él, Almagro está perdido —comentó Manco—. Quieren Cuzco, lo tendrán y, además, el pellejo del Tuerto.

Predicción que se cumplió en la primavera siguiente. La tierra bebió la sangre roja de vuestros compatriotas y se cubrió de sedas, de terciopelo, de acero y de cadáveres. Hernando, ayudado por su furor, triunfó sobre Almagro. Cuando la lucha terminó, nuestra gente, que saboreaba aquella macabra danza fratricida desde lo alto de las colinas, bajó por las pendientes y dejó desnudos a los muertos. Los buitres se encargaron del arreglo fúnebre.

Almagro, enfermo, sufriendo de gota y consumido por una vieja sífilis, fue juzgado, condenado y estrangulado en su calabozo. Luego decapitaron el despojo en la plaza mayor de Cuzco. A continuación, Hernando y sus capitanes vistieron sus ropas de duelo y lo enterraron muy cristianamente. Cuando Manco se enteró de lo ocurrido, se emborrachó. Pienso que, sin querer admitirlo, lamentaba haber desdeñado la mano tendida por Almagro y que le quedaba un fondo de ternura hacia el Tuerto.

Aquella noche vi en sueños a Martín de Salvedra. Estaba allí, en nuestra ciudad, y me tenía abrazada. Ese sueño me intrigó. Martín nunca me había atraído físicamente. También me tranquilizó: saqué de él la convicción de que el desastre no lo había alcanzado.

Después de la muerte de Almagro, la ferocidad de Manco se exacerbó. Saber que Cuzco estaba de nuevo en poder de los Pizarro lo volvió loco. Multiplicó las expediciones punitivas, llevándolas cada vez más lejos, desdeñando los riesgos. Su temeridad le valió varios reveses. Cuando regresaba, se consolaba con los cautivos que había hecho, se saciaba de *chicha* y consumía mujeres muy jóvenes, bellas, menos bellas... Era el número lo que contaba para vaciarse de su odio, pero el odio permanecía, royéndole el vientre como una bestia feroz.

¡Yo estaba cansada, padre Juan! Cansada de la situación en la que se hundía Manco, cansada de temblar cuando él marchaba, cansada cuando volvía de esas diversiones bárbaras que las ejecuciones representaban para él. ¡Hartarse de sangre no constituye precisamente la dicha para una mujer! Y yo no sabía qué hacer, al descubrir que la ciudad, el caro símbolo de nuestra libertad, no era en realidad más que una prisión de la cual, como un pájaro, sólo mis pensamientos podían

evadirse. Y no se privaban de hacerlo.

En ese contexto, me parecía que la reconquista no tenía ninguna probabilidad de éxito. Manco y yo habíamos creído en ella, pero yo ya no creía. ¿Y él? Había puesto mucha nobleza, un prodigioso heroísmo en su voluntad de oponerse a los invasores, de rechazar sus reglas, de preservar costara lo que costase la parte hermosa de nuestras almas. Pero la lucha que libraba ya no era más que una resistencia ciega, mortífera, un encarnizamiento casi animal, una necesidad de morder. Como no me estimulaba ninguna ebriedad guerrera, yo razonaba en sentido inverso: antes que aferrarse a las pesadillas y a los sueños, ¿por qué no abrir los ojos, adaptarse a la realidad y tratar de sacar provecho de la situación?

En el transcurso de los años pasados, los españoles habían contraído demasiadas alianzas con gente de nuestra raza. Se habían implantado sólidamente en el país, eran demasiado numerosos, la relación de fuerzas se invertía dándoles ventaja. Sin embargo, tenían, tienen, que contar con nosotros. La acción de Manco estorbaba notablemente sus proyectos. De modo que Pizarro empezaba a difundir ciertos rumores, según los cuales estaba dispuesto a concertar un arreglo, sabiendo bien que el mensaje llegaría a nuestros oídos.

La primera vez que nuestros espías transmitieron esas ofertas de paz a Manco, mordió su manto con furia. Algunos días más tarde, Pizarro encontró en el patio del palacio que ocupaba en Lima una docena de cabezas rubias y pelirrojas recientemente cortadas... Como todavía conservaba alguna influencia sobre Manco, traté de ablandarlo. Fingir que creía en las leales disposiciones de la Corona de España le permitiría contactar nuevamente con las provincias que nos habían abandonado. Así que le decía:

—Aquel que economiza su grano no tiene cosecha. Si nos comprometemos a mantener las promesas que Pizarro hizo a los jefes de las tribus, éstos se unirán a nosotros. ¡Seamos quienes seamos, nuestro corazón no latirá jamás por un blanco! Después... Mañana no es ayer. Ahora tienes un ejército importante, disciplinado y organizado. Conoces a los españoles, su táctica. ¡Esta vez, todos juntos, los ahogaremos!

Lo que pareció decidir a Manco fue la partida de Gonzalo Pizarro. A Gonzalo, a quien su carácter empujaba a locas aventuras, se le había metido en la cabeza descubrir el «país de la canela». ¡No ignoráis que las especias valen en vuestras comarcas tanto como el oro y más que las esmeraldas y las perlas! De modo que Gonzalo navegaba por el océano verde de la vertiente oriental de nuestros Andes, una selva pantanosa en la que hormigueaban fieras, serpientes, caníbales, y de la que nadie ha vuelto jamás.

En cuanto a los otros Pizarro... La muerte se había llevado a Juan durante el sitio de Cuzco y Hernando se encontraba en España. De manera que sólo quedaba Francisco, el gobernador o el marqués, como preferáis. De los Pizarro, el más poderoso era el que Manco detestaba menos, porque la imagen del anciano no estaba relacionada con las espantosas humillaciones que le habían infligido. Después de consultar a los dioses, sacrificar a algunas vírgenes del Sol e interrogar a los oráculos que por la voz del gran sacerdote se revelaron favorables, Manco respondió al mensaje de Pizarro. El lugar de la entrevista se fijó en la entrada del valle de Yucay.

Los servidores habían preparado un espeso, amplio, hermoso cenador con vegetación y trazaron un camino de juncos y flores entre las plantaciones de coca, por donde debía llegar Pizarro. Manco

estaba sentado en un trono bajo. La luz, muy viva, irisaba su capa de plumas de colibrí. Yo misma le había anudado el gran disco de plata que brillaba sobre su pecho y las jarreteras de las piernas, cubiertas de esmeraldas. Una máscara de oro disimulaba sus pensamientos.

En mi calidad de intérprete, yo estaba de pie a su derecha. Detrás, sobre un rico mosaico de tapices, se hallaban los sacerdotes y su familia. Delante de él, sus más bellas mujeres, acuclilladas, muy adornadas con alhajas tal como él lo había ordenado, añadiendo su suavidad a ese paisaje abundante en colores, en plumas, en bordados y en ornamentos de mil centelleos.

Mientras esperaba la llegada de Pizarro, Manco pidió comida. Se tendieron unas esteras e inmediatamente aparecieron sopas calientes, caza asada, guisos, frutas. Se oían gritos de niños provenientes del campamento. Manco había llevado a su casa entera. Zara estaba allí, al cuidado de Qhora. Entonces mi hija tenía cuatro años. Crecía perfectamente, era muy bella... Gracias, padre Juan, por el cumplido. ¡Aunque os lo prohibáis, bajo el hombre de Dios permanece aún el seductor! En efecto, Zara se parecía a mí, pero era caprichosa, colérica, en suma, malcriada, y por mi culpa, es verdad. ¡Qué queréis, no podía decidirme a transformar aquella exquisita planta salvaje en legumbre doméstica; hubiera sido renegar de mí misma! Y como sabía ser zalamera, engatusadora, como nos adorábamos a escondidas... Me callo. Los recuerdos felices son los más tristes de evocar.

Manco estaba saboreando un guiso con guisantes, sazonado con algunas hierbas que se encuentran sólo en el Valle Sagrado y que yo había hecho buscar para él, cuando acudieron algunos de nuestros guerreros destacados en avanzada: se acercaba un tropel de españoles acompañados de servidores indígenas.

Pronto estuvieron allí, en un centelleo de acero y torbellinos de brocado. El grupo se detuvo a distancia. Dos de ellos echaron pie a tierra. Avanzaron con un intérprete, hollando las orquídeas de color rosa y malva, las salvias azules, el follaje dispuesto en su camino. Los seguía un soldado que llevaba de la brida un encantador caballito gris tordillo, enjaezado con una silla de piel escarlata.

Hacia casi cinco años que no veía a Villalcázar, pero era de esos hombres que no se olvidan. Su presencia me sorprendió y tuve un mal presentimiento. Él y su compañero, Alonso Medina, un gentilhomme del círculo de Pizarro, se inclinaron ante Manco.

Luego Villalcázar, prescindiendo de su intérprete, se dirigió a mí como si nos hubiéramos visto el día anterior. Era una insolencia. Alardear de aquella manera de nuestras relaciones anteriores no podía menos de indisponer a Manco. Conociéndolo, estaba segura de que lo hacía deliberadamente.

—Volver a verte es siempre un placer. Estás soberbia... El caballo es un presente del marqués. Ruega al Inca que lo acepte en prenda de amistad.

Aunque había tenido cuidado de practicar castellano conversando con nuestros prisioneros, traduje con dificultad. Las palabras se me escapaban. Sentía que Manco estaba rígido de irritación y yo me sentía trastornada. Manco habló.

—Di a estos hombres que yo también he traído un presente, pero que se lo daré en mano a Pizarro, con mi agradecimiento por su atención.

Villalcázar se inclinó de nuevo.

—El marqués no se siente bien. Nos ha enviado para comenzar las negociaciones. Cuando hayamos llegado a un acuerdo, se trasladará para firmarlo y, en caso necesario, arreglar con el Inca los puntos que continúen en litigio.

—Eso no era lo convenido —objeté.

Villalcázar sonrió.

—Es lo que conviene al marqués.

—El Inca no tratará más que con él. Se va a ofender.

—Por favor, límitate a traducir.

Me volví hacia Manco. Su reacción fue inmediata y tal como yo temía. Se levantó y dio un puntapié a los platos de oro dispuestos ante él.

—¡Lenguas de serpiente y corazones de traidor! El Inca no trata con hombres que se descubren ante Pizarro, el Inca trata de jefe a jefe. ¡Que estos hombres desaparezcan o los mato! La entrevista ha terminado.

Villalcázar alzó la mano en una señal de apaciguamiento. Manco aulló:

—¡Y dile a éste que si alguna vez osa volver a presentarse ante mis ojos, haré cuerdas para mi honda con sus tripas!

Y volvió a sentarse, con los brazos cruzados. Yo traduje. Villalcázar alisaba su sombrero. Se burlaba. A pesar de todo, admiré su audacia. Teníamos con nosotros más de diez mil guerreros listos para arrojar sobre él y hacerlo picadillo, y él no lo ignoraba.

—Yo ya había advertido al marqués —dijo—. El indio tiene cerebro de mono. Sólo se lo podrá domar muerto... Hasta pronto, preciosa.

—¿Has entendido lo que ha dicho el Inca? Te matará si vuelves a presentarte ante él.

—Pierde cuidado. No estará en nuestra próxima entrevista.

Dirigió a Manco un saludo muy estudiado. Alonso Medina lo imitó y se fueron. El intérprete y el soldado ya estaban lejos.

Lo primero que hizo Manco fue ordenar que colgaran el hermoso caballito de un árbol. Asistimos en silencio a la ejecución. Estábamos petrificados, temiendo nuevas consecuencias de su cólera. Pero cuando las sacudidas del animal cesaron se limitó a pedir otra comida.

Las mujeres se precipitaron para retirar las esteras, sobre las que se había derramado el resto del contenido de los platos. Esteras y alimentos serían quemados. Era la regla. Todo lo que el Inca tocaba, alimentos, vestiduras, etcétera, era reducido a cenizas después de usado, y las cenizas se guardaban en unos cestos y eran esparcidas al viento una vez al año.

Mientras las mujeres trajinaban en aquello, Manco convocó a sus capitanes y les anunció que se levantaba el campamento. Lo dijo en tono alegre, y comprendí bruscamente que la escabullida de Pizarro le convenía. Hasta la había previsto, y si había consentido en encontrarse con los españoles, era más para curar su orgullo herido exhibiendo su esplendor presente que para discutir una paz que su naturaleza rechazaba. Esa constatación me lastimó.

Comió con buen apetito, bebió al final tres vasos de *chicha* y se retiró con dos bonitas vírgenes que un *curaca* le había ofrecido en el camino de ida. Eso nos permitió estirar nuestros miembros anquilosados.

En el campamento ya se preparaba la partida. Mi tienda se encontraba en la parte alta, cerca de la de Manco. Todavía no había sido desmontada. Alrededor, vi a varios servidores y a Qhora, que gesticulaba. Se detuvo al verme, estalló en sollozos, se arrojó de cara al suelo, se levantó... Tenía el rostro gris y los ojos dilatados de terror.

—¡Qhora! —grité—. ¿Qué pasa? —Miré alrededor.

—¿Dónde está Zara? —No contestó.

—¿Dónde está Zara? —repetí.

—La han robado, han robado a la niña...

La aferré y la sacudí.

—¡Robado! ¿Qué dices?

Y como ella permanecía muda, atontada, hipando, tragándose las lágrimas, hice algo que jamás había hecho: la abofeteé.

—Eran dos hombres... dos hombres que parecían de los nuestros —dijo, sorbiéndose los mocos—. Yo estaba peinando a Zara cuando entraron en la tienda. Creí que iban en busca de tus cosas... Como me habían dicho que nos marchábamos, lo había preparado todo... Me golpearon. Cuando volví en mí, Zara ya no estaba. Primero pensé... ¡Es tan traviesa! Pero tampoco estaba fuera, los sirvientes no la habían visto y su manta había desaparecido. La habrán envuelto con ella para llevársela. ¡Quién se daría cuenta en esta agitación! Iba a avisarte... Nuestra flor, nuestra tórtola...

La dejé con sus gemidos y traté de concentrarme. ¿Secuestrar a Zara? ¿Por qué? ¿Quién? Aquello no tenía sentido. Y, de pronto, recordé el secuestro del pequeño Titu Cusi, el hijo bienamado de Manco...

Qhora tiraba de mi falda.

—Han dejado esta cosa pinchada en mi broche. Puede que tú sepas...

Le arranqué la «cosa» de las manos. Un papel. Con unos caracteres como los que trazan los blancos. Salí corriendo.

Estaban comenzando a cargar las llamas. Las tiendas caían una a una. Los guerreros se reunían. Me acerqué a uno, lo interrogué y, siempre corriendo, bajé la pendiente. Mi pierna mala hacía lo que podía. Los prisioneros españoles estaban atados a un mulli, con una cuerda al cuello y los miembros trabados. Avancé, bajo la sombra fresca del árbol, y tendí el papel a uno de ellos.

—¡Lee! —dije.

Era un hombre muy joven, un aprendiz de sastre que había tenido la mala suerte de formar parte de un convoy atacado por Manco. Cuando llegó a nuestra ciudad tenía un rostro de niña, rubio y suave. Ahora estaba seco, quemado por la fiebre y las pestañas se le caían. Jamás había disparado un mosquete, pero manejaba la aguja con destreza. Manco lo había asignado a cuidar de sus prendas europeas. Me recordaba vagamente a Martín de Salvedra. De vez en cuando, le daba algunas hojas de coca y un poco de carne.

—La lectura no es mi fuerte —señaló—. Felizmente es corto...

—¿Qué hay escrito en ese papel?

Leyó, balbuceando:

—«Si quieres a tu hija, ven a Cuzco a buscarla. Sola. Bartolomé».

Subí a la tienda de Manco. Una de las jovencitas se había dejado caer en un rincón. La otra estaba debajo de él, con la túnica subida. Me acuclillé, esperando a que Manco terminara. Mis pensamientos se arremolinaban, se escapaban, era incapaz de atrapar uno. Me dolía todo. Imaginar a Zara... ¡Padre Juan! ¡Era como si me hubieran partido en dos!

Me esforcé por calmarme. Manco decidiría. Él sabría qué convenía hacer.

La muchacha lanzó su primer grito de mujer. El cuerpo pesado y magnífico de Manco la cubría completamente, a excepción de una de sus piernas, menuda y tostada, que estaba estirada perpendicular a la cama.

Manco se separó, se volvió y me vio. La chica también. Él hizo un gesto y ella se levantó, se bajó la túnica y se marchó, con el cuerpo cubierto por los cabellos. La otra muchacha la siguió. Me enderecé. Abordar a Manco lloriqueando no era la mejor manera de hacerlo. Sería fuerte, hablaría con voz segura, como si estuviera dicho que del padre me vendría el socorro que me devolvería a mi hija. De pronto no estuve tan segura...

Me acerqué a la cama. Manco se levantó.

—¿Qué quieres?

Su voz no tenía ni una pizca de amabilidad. Sin embargo, me conocía lo suficiente para saber que jamás, ni siquiera en la época floreciente de nuestros amores, me habría rebajado a ofenderme por sus placeres, que no son sino una de las múltiples maneras de purgar el cuerpo de sus humores, y que sólo por un motivo muy grave iría a molestarlo.

Le hablé y le enseñé el papel. Como no decía nada, le pregunté:

—¿Vas a enviar guerreros? Los indígenas de Villalcázar que se han llevado a Zara no deben de estar lejos.

—Tienen caballos y están lejos. ¿Enviar guerreros...? Entonces, ¿no lo entiendes? Es una trampa. ¡Para retrasar nuestra marcha, volver con refuerzos, rodearnos y capturarme! ¡Esos perros son capaces de cualquier cosa!

—No me parece que se trate de eso. Villalcázar no ha aceptado nunca que lo abandonase...

—¿Después de tanto tiempo? ¿No te estás dando demasiada importancia?

Estaba demasiado angustiada para sentirme herida.

—Manco, ¿qué vas a hacer?

—Partir lo antes posible, ganar los montes.

—Pero Zara... ¡Zara!

Manco meneó la cabeza.

—No hay nada que hacer.

—¡Nunca la has querido! —grité—. ¡Es carne de tu carne y no cuenta para ti más que un puñado de hierba!

—Azarpay...

Me dejé caer a sus pies.

—¡Te lo suplico! ¡Si no lo haces por ella, hazlo por mí!

—Me reprochas... ¿Qué hice cuando los españoles se llevaron a Titu Cusi? Esperé. En el momento propicio, los nuestros lo rescataron. También para tu hija llegará el momento. Hay que esperar.

—¡Esperar! Titu Cusi no volvió hasta después de dos años... ¡Dos años! Esperar dos años y tal vez más, y quién nos dice... Titu Cusi tenía a su madre con él, mientras que Zara... ¡Tan pequeña, perdida en medio de hombres cuya lengua no entiende...! ¿Quién la cuidará? ¿Quién se preocupará por saber si tiene frío, si tiene hambre, si tiene miedo...?

Mi sangre fría se había agotado. Manco empezó a vestirse, con el alma ausente, con aquella

expresión que tenía una vez que había tomado sus decisiones. Mi cabeza resonaba como una campana. Llevada por la costumbre, me levanté sollozando para anudar su taparrabo cuando, de pronto, un pensamiento secó mis ojos. Dejé la tela y busqué la mirada de Manco.

—Puesto que no quieres hacer nada...

—No puedo hacer nada.

—Yo sí puedo. Iré a Cuzco y traeré a Zara.

—¡Ir a Cuzco! ¡Estás loca! Te apresarán y te torturarán hasta que les digas...

—¿Que les diga qué? ¿La ubicación de nuestra ciudad? Hice el trayecto en litera cerrada. Ignoro dónde desembocan los túneles y los pasos secretos. No conozco más que el camino que lleva al monte, y todo el mundo lo conoce: tus guerreros vigilan allí constantemente.

—¿Y ellos saben que tú no sabes nada?

—¡No me importa! ¡La verdadera tortura es imaginar a Zara sola, sin mí, y no actuar!

—No irás, te lo prohíbo... El Inca te lo prohíbe.

Yo le había dado demasiado al hombre para temer al dios.

—Iré —repetí.

—No irás.

—Iré.

Estiró la mano.

—Debería matarte.

—Puedes hacerlo. Te costaría menos que devolverme a mi hija.

Manco se puso a gritar.

—¡Si te vas, si vas donde está ese hombre, no vuelvas! Y si él te entrega al verdugo, no cuentes con nosotros. ¡No te vas tú, yo te echo!

Cogí la ropa de una sirvienta, me trencé el cabello como hacen las mujeres del pueblo, me proveí de una manta, de un poco de carne seca y de unas mazorcas de maíz, escondí bajo mi ropa mi bolsa de coca y mi collar de esmeraldas, y me despedí de Qhora y de Inkill Chumpi. Qhora se desgañitó llorando y se echó al suelo, pero yo no cedí y me negué a llevármela.

Al final del día empecé a cruzarme con jinetes españoles. Ví también un cortejo precediendo a un *curaca* que se pavoneaba en una magnífica litera. Pero éste no era más que el esclavo de aquéllos, encadenado por sus ambiciones. Las terrazas de cultivo, dispuestas como escaleras de honor sobre las laderas que daban al valle, parecían bien cuidadas. Estábamos en mayo. La cosecha ya había despojado la mayor parte de los campos. Me agregué a un grupo de hombres y mujeres, campesinos que iban a Cuzco. No eran locuaces ni curiosos. Por la noche encendían un fuego. Las mujeres hacían una sopa espesa con harina de *quinua*. Yo ofrecí algunas tajadas de *charqui*. Y el fondo de un pozo nos abrigaba.

La fatiga ahuyentaba la desesperación. Me dormía con la carita de Zara bajo los párpados y la encontraba allí al despertar. Evitaba pensar en Villalcázar. El deseo de matarlo me quitaba las fuerzas. ¡Más tarde! Por el momento, si no había otra posibilidad de recuperar a Zara, estaba dispuesta para todo lo que él exigiera. Lo había dicho cuando nos encontramos en el terreno de Hernando Pizarro, mientras Manco estaba prisionero en Sacsahuaman: «Cada uno tiene su precio».

Pasamos por debajo de mi palacio. Un español, con un sombrero blanco y una capa de terciopelo

granate, subía la cuesta sobre su caballo. Lo seguían dos negros conduciendo una carreta tirada por cuatro mulas enjaezadas con pompones y cascabeles. Los campesinos con los que yo iba se pusieron a hablar de Marca Vichay. Había respeto y temor en su tono. Mi *cañari* se había convertido en un personaje y gobernaba en una parte del valle. Estuve a punto de subir a mi palacio, pero resistí. Zara tiraba de mí hacia delante.

El cuarto día, al final de la mañana, entré en Cuzco. Es una impresión singular, padre Juan, sentirse totalmente desorientada en un lugar donde se ha vivido y cuya imagen es venerada por la memoria. ¡Ya no reconocía nuestra ciudad! Había crecido hacia arriba, tenía otros colores, había perdido toda su majestad.

Sobre los muros de piedra de nuestros palacios y de nuestros templos que se habían salvado del gran incendio provocado por Manco, se elevaban fachadas de cemento cubierto con yeso, blancas, color ocre rosado, azules, malva, verde suave. Aparecían horadadas por unas ventanas frívolas, que subrayaban unos arabescos de hierro forjado. Algunas tenían hasta dos pisos, lo cual me asombró. Aquellos planos verticales, vertiginosos, que nos robaban el cielo, se cubrían con unas curiosas techumbres onduladas. ¿Dónde estaban nuestras nobles perspectivas al mismo nivel, dónde estaba nuestra techumbre rubia, dónde estaba yo? En una ciudad muerta. Sobre su esqueleto, sobre mis recuerdos, los españoles habían construido la suya.

Con paso de sonámbula me dirigí hacia la *Huacaypata*... ¡Perdón, la Plaza Mayor! En la fuente bebí, me refresqué el rostro y me arreglé el pelo y la ropa. Deshice mis trenzas y me peiné. No me senté, no habría podido volver a levantarme. Cuando pregunté por la casa de Bartolomé Villalcázar, diez brazos se tendieron hacia una de las calles que desembocan en la plaza y, desde lejos, me mostraron el precioso trabajo de madera calada que decoraba la galería del primer piso.

Pensar que mi hijita estaba allí... Mi corazón se agitó, olvidé mis pies ensangrentados y corrí.

Un alto portal claveteado de plata, coronado por un macizo dintel de granito, vestigio del pasado, se encastraba en la fachada. Uno de los batientes estaba entreabierto. Me deslicé en el interior.

No hace falta, padre Juan, describiros el vestíbulo embaldosado, su pesado mobiliario, la escalera con hermosa baranda de cedro, los conocéis, esa casa es la misma donde os he recibido... No. No me preguntéis cómo me he convertido en su propietaria y no tengáis demasiada prisa por saberlo. ¡No os agradará en absoluto! Por el momento, quedémonos con aquella que era yo, una pobre mujer joven con los pies lastimados, que iba a recuperar a su hija.

En el vestíbulo, titubeé. La ausencia de servidumbre me sorprendía. En el fondo divisé un patio y unos caballos atados. Elegí la escalera. Me temblaban las piernas. Aquellos escalones lanzándose hacia las alturas no tenían nada en común con las escaleras de nuestra ciudad, que salían de la roca misma.

En el rellano, a la derecha, había una puerta abierta, por la que se escapaba un zumbido monótono. Me acerqué con precaución. En el medio de la pieza, sobre un zócalo cubierto con unas colgaduras negras, había una de esas largas y horribles cajas de madera, en las que vosotros, los cristianos, encerráis a vuestros difuntos. Unos cirios doraban con sus llamas amarillas una cabeza rubia de mujer, que reposaba sobre un almohadón de satén. Era la primera mujer blanca que yo veía. La enfermedad o la muerte habían consumido sus carnes. La piel del rostro, muy pálida, cubría unos huesos frágiles e infantiles. Pero las manos cruzadas sobre un crucifijo ya no eran jóvenes.

La luz de los cirios empujaba a los asistentes hacia la sombra. Distinguí vagamente, por los detalles de sus vestimentas, a algunos españoles de pie, a dos religiosos pasando las cuentas del rosario y detrás, arrodillados, a un gran número de indígenas de uno y otro sexo, rezando con un falso fervor al dios extranjero que los alimentaba.

Faltaba Villalcázar.

Sin darme cuenta, me había adelantado. De pronto sentí que las miradas se posaban en mí y retrocedí. A mitad del camino, en la escalera, oí una voz que susurraba mi nombre. Me volví. Necesité algunos segundos para ajustar el amable rostro de Martín de Salvedra a la fisonomía erosionada, devastada, del hombre que bajaba los escalones.

—Venid —dijo.

Fuimos a una salita de la planta baja y él cerró la puerta.

—Martín, ¿qué hacéis aquí? ¿Dónde está Villalcázar?

—En casa del obispo. Para organizar el ceremonial de las exequias.

—¿Quién es esa muerta? ¿Una persona de su familia?

—Su mujer.

—¿Su mujer? ¡Me había dicho que no estaba casado! ¡No importa! Martín, ¿sabéis...?

—Tranquilizaos, vuestra hijita está bien.

—Martín...

—Está en una propiedad que Villalcázar posee en los alrededores... ¡Azarpay, me siento tan, tan aliviado de que hayáis venido! Imagino vuestra angustia... ¿Y qué podía hacer yo? En la pobreza en que estoy... Desde la ejecución de Almagro vivo en Lima con Diego, su hijo, y algunos compañeros. Una vida de apestados. ¡Los abusos, las humillaciones que sufrimos! Pizarro pagará. ¡Pagará, os lo juro! Perdonadme, me dejo llevar... Esto no os concierne. No estáis aquí para escuchar mis lamentos...

—He pensado en vos a menudo —dije—. Martín, ¿dónde queda la propiedad de Villalcázar?

Me cogió la mano.

—¿Cuánto tiempo hace que no nos hemos visto? ¿Cinco años... seis?

—Seis años. Antes de vuestra partida para Chile.

Dejó mi mano y suspiró.

—¡Una eternidad! Tengo un caballo, os llevaré allí.

—No querría comprometeros.

—¿Comprometerme? Villalcázar y yo no nos dirigimos ya la palabra. Si mi hermana, sintiendo próximo su fin, no me hubiera hecho llamar... Ella me puso al corriente sobre lo de vuestra hija. ¡Qué ignominia! Yo creía que ya nada podría asombrarme de los hombres...

—¿Vuestra hermana?

—Mi hermana era la esposa de Villalcázar.

—¿Vuestra hermana? ¡Oh, estoy desolada; Martín! ¿Por qué no me habéis dicho jamás que Villalcázar estaba casado con vuestra hermana?

—Recordar ese casamiento siempre me ha asqueado. Fue obra de mi hermana y, contrariamente a lo que podéis pensar, no fue Villalcázar el que hizo el mal papel.

—¿De qué ha muerto?

—De enfermedad del alma. Eso no se cura. Vamos, él puede volver.

Salimos de Cuzco por la ruta del sur. Martín me había dado un gran chal de su hermana, con el que me ocultaba. Me había sentado de lado, delante de él, rodeada por sus brazos y sujeta con las dos manos a las crines del caballo. A pesar del espanto que me causaba la energía que se desprendía del animal, por primera vez desde el secuestro de Zara me sentía menos desgraciada.

—¿Falta mucho? —preguntaba yo sin cesar.

—Un poco.

Martín no hablaba. De pronto se desvió y se introdujo en un camino. Los campos de cultivo se extendían hasta las estribaciones de los montes. Paja rojiza. Allá también se había efectuado la cosecha.

—Aquí está la propiedad —indicó Martín.

—¿Cómo la adquirió Villalcázar? —pregunté.

—Cuando Almagro volvió de Chile y sus negociaciones con Manco Inca fracasaron, se apoderó de Cuzco y redistribuyó las tierras que Pizarro había otorgado a algunos. La propiedad fue para uno de sus capitanes; yo he venido a menudo. Y entonces, después de la derrota y la ejecución de Almagro, Pizarro volvió a tomar lo que nosotros habíamos quitado a sus fieles... Llegar a robarse, odiarse, matarse entre compatriotas, ¡qué desastre! Villalcázar, que se había distinguido combatiendo contra nosotros junto a Hernando Pizarro, ha sido espléndidamente recompensado: el palacio de Cuzco, estas tierras provistas de varias aldeas... Es precisamente a causa de eso... Las leyes que rigen la existencia de los españoles en las Indias Occidentales estipulan que todo aquel que disfrute de una tierra rica debe tener a su esposa junto a él o casarse. Villalcázar se resignó a hacer venir a mi hermana. Debo decirlo...

Lo interrumpí.

—¿No es aquí?

En el recodo de una colina, encaramadas a poca altura sobre un saliente con matorrales, se perfilaba un grupo de casitas y la silueta hueca de un gran edificio esbozado por el armazón de madera.

—Es aquí —dijo Martín—. La antigua construcción se incendió y Villalcázar la está haciendo reconstruir.

Ató el caballo a un árbol y trepamos hasta las casitas. Alrededor, el terreno estaba desbrozado y se extendía en explanada ante la obra.

—Es raro —murmuró Martín—. ¿Dónde están los obreros?

Entonces escuché las lamentaciones. Una mujer gemía, con esa voz enronquecida, lúgubre, que entre nosotros se asocia a la desgracia. La voz provenía de una de las casas.

—Ocurre algo —dije—. ¡Martín, Martín, os ruego...!

Empecé a temblar mientras me inundaba el sudor. Recuerdo que tropecé con una piedra. Martín me sostuvo.

—Calmaos. Debe de tratarse de un accidente... alguno de los obreros. Sería preferible que esperásemos fuera. Alguien saldrá.

Me desprendí de él.

—¿Esperar? ¡Esperad vos! ¡Yo voy a ver a mi hija!

Me agaché para penetrar en el interior de la casita y me absorbió la oscuridad. Choqué con unas sombras. Hombres. Lo adiviné por su silencio. Nuestros hombres son ruidosos sólo en la guerra, la borrachera o la alegría.

En alguna parte de la habitación, la mujer seguía gimiendo. Martín se había reunido conmigo.

—¡Zara! ¡Zara! —grité yo.

—¿Qué buscas? —preguntó una voz de hombre. Tal como habíamos convenido, expliqué:

—El extranjero es pariente del señor Villalcázar. Venimos a buscar a la niña para llevarla a Cuzco.

—Es una gran desgracia —contestó el hombre.

Lo empujé y me lancé entre las sombras. Zara estaba tendida sobre una manta, vestida con la túnica blanca con flores rojas y amarillas que yo le había bordado, con los cabellos cuidadosamente alineados a cada lado de su bonito rostro. Me arrojé sobre ella, la estreché, la llamé. Me negaba a aceptar lo que veían mis ojos, lo que sentían mis manos. ¡No podía ser! Y continuaba palpándola, hablándole, sacudiéndola casi con rudeza...

—Azarpay —susurró Martín.

—¡Dejadme, que me dejen!

La mujer dijo:

—¡Una hermosa niña, e inquieta! Fuimos a recoger hierbas para la sopa. Le gustaba mirar trabajar a los obreros. Yo se lo había prohibido y se me escapó... Mis piernas ya no son muy buenas, ¿comprendes...? Corrió hasta la obra, trepó sobre unas tablas y perdió el equilibrio... Un obrero la ha visto caer. Se ha roto la nuca. ¡Son tan frágiles a esa edad! ¡Un pajarito! ¡Y el señor Villalcázar, que nos había ordenado que la cuidáramos! Un hombre ha ido en busca del religioso extranjero que vive en la aldea... Para el entierro, ¿sabes?

El entierro... ¡Enterrar a Zara! ¡Poner a mi hijita bajo tierra según las malditas costumbres españolas, a ella que amaba tanto la luz, ella que no era más que luz! Me dirigí a Martín:

—Esperan a uno de vuestros sacerdotes para enterrarla. Pero eso... eso... esa abominación, ¡jamás! Vámonos.

Cogí a Zara en mis brazos. ¡Padre Juan! ¡Si supierais cuánto pesa el cuerpo de un niño muerto!

—¿Qué haces? —preguntó la mujer.

—Nos vamos.

Ella aferró mi falda.

—No puedes. El señor Villalcázar tenía mucho apego a esta niña. Es necesario que el sacerdote vea con sus propios ojos que no la hemos maltratado, si no, el señor Villalcázar...

—¿Qué dice? —preguntó Martín.

Mientras yo se lo traducía, la mujer discutía con los hombres. Eran hombres como los de mi *ayllu*, salvo uno de ellos, vestido a la europea, probablemente un criado de Villalcázar, que se dirigió a mí. Tenía la suficiencia que echa a perder a menudo a los humildes, en cuanto adquieren un poco de autoridad sobre sus semejantes.

—Mujer, cállate. Vete o quédate, si quieres. Pero la niña se queda con nosotros.

Martín dijo en voz baja:

—Son demasiado numerosos. Por vuestra seguridad, Azarpay...

—¡Mi seguridad...! Martín, habéis sido muy bueno. Ahora idos, no tenéis nada que hacer aquí, no os impliquéis en esto.

Meneó la cabeza.

—Coged a la niña bien sujeta y seguidme. Vamos a tratar de pasar.

El criado de Villalcázar, que debía de entender algunas palabras de castellano, extendió la mano hacia mí.

—¿Quién eres tú?

El tono de voz, el gesto, me arrancaron de la desesperación.

—¡No me toques! —grité—. ¿Quién soy? ¡Mírame, hombre de baja calaña, larva abyecta, mírame bien! ¡En el lugar de donde vengo te colgarían por esto! Soy Azarpay, la madre de esta niña engendrada por Manco Inca, tu señor y tu dios. Ella descende de nuestro padre el Sol, su carne está alimentada con la sangre divina. Atrévete a impedirme prepararla según nuestros ritos para la vida feliz del más allá... Atrévete, puedes hacerlo. ¡Pero tiembla, temblad todos! El Inca está en todas partes, los suyos os encontrarán y cuando os haya hecho despedazar y empalar, cuando no seáis más que pedazos de carne ensartados en una estaca, los demonios y los gusanos devorarán vuestro corazón, ¡seréis podredumbre para la eternidad! Venid, Martín.

Avancé. Uno a uno, los hombres se apartaron. Afuera el día era magnífico, la luminosidad sedosa de una hermosa tarde llegando a su fin. Creo que fue al descubrir el cielo en su lugar, los montes erguidos, cuando comprendí verdaderamente qué soledad tan grande sería la mía desde entonces.

Habíamos retomado el camino; luego, lo habíamos dejado y nos encontrábamos, ahora, en un campo de hierbas altas. Martín me ayudó a bajar del caballo. Me senté con Zara contra mí, envuelta en el chal. Es curioso ese absurdo deseo de los vivos de comunicar su calor a los muertos. ¡Tenía tanto miedo de que tuviera frío!

—¿Qué vais a hacer? —preguntó Martín.

Eran las primeras palabras que pronunciaba. Yo no había pensado en nada, pero lo supe inmediatamente.

—Vuelvo a Cuzco a matar a Villalcázar.

Martín se sentó frente a mí.

—Sed honesta, ha sido un accidente.

—Si él no se hubiera llevado a Zara, ella estaría viva, ¡es lo mismo!

Martín suspiró.

—Fijaos, antes hubiera intentado disuadiros, pues no conocía el odio. ¡Pero ahora...! Sin embargo, Azarpay, en estas circunstancias sería una locura. Vuestras relaciones privilegiadas con Manco Inca son de dominio público. En Cuzco, correríais el riesgo de ser reconocida a cada minuto. Los de vuestra raza que se han aliado con los Pizarro para recuperar sus bienes serán los primeros en denunciaros. Y no os encontráis en un estado... Perdonadme por hablaros tan brutalmente, pero para vengarse hay que vivir y elegir el momento.

Acaricié la cabeza de Zara. Volvía a verla con las mejillas coloreadas por los juegos, los cabellos enmarañados. ¡Cuánta vivacidad, cuánta alegría en ella! Los recuerdos se detuvieron allí. Ya no habría risas, lágrimas, penas, dichas que añadir. Se había terminado, ella no crecería, no envejecería, su imagen estaba detenida para siempre. Martín se levantó.

—¿Habéis pensado en...? ¿Dónde creéis que...? Es imposible que se la llevéis al Inca. Ella... ella no soportaría el viaje. Decidme, ¿dónde os parece que...? Os ayudaré.

Martín tenía razón: los muertos no esperan. Conservar a Zara en su gracia y su belleza era más urgente que matar a Villalcázar. Busqué.

¿Dónde? Pensé en mi palacio. Por encima de los pastos había grutas sanas y secas, propicias a la conservación de los cuerpos y al bienestar de las almas. Pero ¿cómo llegar hasta allí? Los españoles ocupaban el palacio, y por los alrededores y el valle de Yucay pululaban los indígenas a sueldo de ellos, traidores y convertidos. Si me sorprendían con el cadáver de mi hijita, me lo quitarían, lo meterían en una caja, y meterían la caja en la tierra... Entonces, ¿dónde? Y, ante todo, ¿dónde encontrar las manos expertas para prepararla, ungir la, embalsamarla, adornarla? En todas las aldeas se conocían los secretos, los ritos, pero vuestra religión, vuestras leyes prohibían esa manera de honrar a nuestros difuntos. Eso no se practicaba más que a escondidas, entre nosotros, en el seno del *ayllu*... Interrumpí mi reflexión.

—Martín, ya sé adónde iré: entre los míos, a mi aldea.

—¿Dónde es?

—Cerca de Amancay.

—Os llevo. Además, está en mi camino. Vuelvo a Lima.

—¿No vais a asistir a las exequias de vuestra hermana?

—¿Me imagináis conduciendo el duelo con Villalcázar? ¡Vencedor y vencido codo con codo! No tengo la desenvoltura ni la hipocresía que se imponen.

Lo miré.

—Martín, ¿por qué no regresáis a España? Almagro ya no está...

—Está Diego, su hijo. Yo soy un hombre muy corriente, Azarpay, pero soy un amigo fiel. Diego me necesita, tenemos cosas que hacer juntos. Después... ¡qué importa!

Nos separamos al pie de las terrazas de cultivo. La cosecha allí es más tardía. Hombres y mujeres comenzaban a formar haces con el maíz recién cortado. Los niños los ayudaban; los más pequeños, a cuatro patas, se afanaban en misteriosas tareas. Cuando tenía la edad de Zara, yo también me divertía persiguiendo las miríadas de insectos trepadores que el trajín hacía salir de sus agujeros. Nada había cambiado.

Padre Juan de Mendoza, 12 de octubre de 1572.

¡Con qué crueldades ha afligido la existencia a esta mujer! Sin embargo, es alegre, ríe de buena gana; tiene un carácter duro, templado en todas las desdichas, pero también es bondadosa. Por momentos, el alma le aflora hasta los ojos, ¡y cómo resplandecen! Lamentablemente, temo mucho que esta alma esté perdida para Vos, Señor, y por nuestra culpa. Los porteadores se reúnen, los servidores apagan las brasas y nos marchamos. Todavía faltaban dos o tres días, me ha dicho ella.

Si la temperatura manifiesta cambios de humor que me hacen sudar y tiritar por turno, el paisaje, un caos de rocas, con los flancos cubiertos de un pelaje de zarzas color castaño, no cambia. Es verdad que, sobre estos senderos que bordean los escarpados, mi atención se limita a mis pies. Con sólo echar una mirada hacia abajo, el corazón se desprende.

Ayer sentí un malestar. Ella me obligó a mascar algunas hojas de coca con una pasta que, al parecer, duplica el efecto. ¡Milagrosa medicina! ¡A continuación, yo brincaba con la despreocupación de una cabra! Los porteadores sonreían. Compartir lo cotidiano nivela las diferencias. Ella también sonrió: «La próxima vez, padre Juan, me obedeceréis sin discutir. No olvidéis que sois mi cautivo». ¿Empieza a tirar de la sogá que me ha puesto en el cuello?

Señor, cualquier pensamiento que esa reflexión sugiera a mi espíritu, estoy entre Tus manos y no entre las tuyas. Tú dispondrás. No volveré a tomar su medicina más que en caso de necesidad absoluta. El honor de un hombre consiste en permanecer siendo él mismo pase lo que pase.

Creo habérselo dicho, padre Juan: cuando una jovencita entraba en el *Acllahuasi*, estaba perdida para los suyos. Al cambiar de nombre en la pubertad e ir después a ejercer sus funciones de *incap aclla* en la corte de Cuzco o a aumentar el número de concubinas de algún señor, ¿cómo habrían podido sus padres encontrar su rastro? Por otra parte, tampoco pensaban hacerlo. La niña pertenecía en adelante a otro universo, maravilloso, mágico, que les estaba prohibido.

Por lo tanto, mi *ayllu* no había establecido ninguna relación entre la pequeña «Lluvia de Maíz», que se había ido a Amancay tantos años antes, y Azarpay, la mujer en que me había convertido, cuyos amores con Huáscar y Manco eran celebrados por los sanadores itinerantes hasta en las menores aldeas hundidas en los pliegues de la sierra... Si revelé la verdad a nuestro *curaca* sólo fue para asegurar a Zara, en la medida de lo posible, unos funerales dignos de la hija del Inca. El dolor ahogaba mi orgullo.

El *curaca* no opinaba lo mismo. Cuando le manifesté la intención de reintegrarme a la casa familiar, se indignó. Mis progenitores no eran más que instrumentos. El honor de haber sido elegido por los dioses para producir tan ilustre destino le correspondía al *ayllu* entero, y él se arrogó inmediatamente una buena parte instalándome en una de sus viviendas, con su segunda esposa como sirvienta.

Cuando era niña, yo abordaba a las esposas del *curaca* con los ojos bajos. Ahora, eran ellas las que se inclinaban ante mí y me llamaban «madre», como hacen los inferiores sin distinción de edad.

Su actitud me incomodaba. Las impresiones de la infancia son tenaces. Leía esa deferencia casi temerosa en cada mirada, y más aún en los ojos de mi madre y mi hermana, ambas tan ajadas por el tiempo que hubieran podido intercambiar sus rostros mudos, mustios y terrosos. Mi padre se conservaba mejor, pero de su boca, antes tan dispuesta a bromear, ya no salían más que lamentos. Sus preocupaciones eran las de un pobre campesino, colocado en una situación que lo superaba, aunque debiera asumir sus consecuencias. Oyéndolo, llegaba a la conclusión de que, en la ciudad de Manco, vivíamos paradójicamente más cerca de los españoles, de los que espiábamos cada acción y cada gesto, que de la realidad cotidiana que afrontaban las poblaciones.

—Antes, bajo el Inca —suspiraba mi padre—, los funcionarios distribuían la lana y nosotros la tejíamos. Ahora, nos obligan a proporcionarla nosotros mismos. ¡Y cómo, con el pobre rebaño de nuestra aldea...! Ahora, estamos obligados a trocar lo poco que el extranjero nos deja de la cosecha para procurárnosla. ¡Pronto las mujeres ya no tendrán maíz para preparar la *chicha*! Antes, en caso de sequía o de temblor de tierra, el Inca velaba, estábamos tranquilos, seguros de no morir de hambre, de tener con qué vestirnos y una buena manta que nos diera calor. Ahora, se vive sin saber si se vivirá mañana.

¡Y todavía, padre Juan, vuestros compatriotas no habían preparado la carga que después nos pusieron sobre la espalda!

Por la mañana, yo trepaba a la gruta donde reposaba Zara. El *ayllu* se había despojado de sus telas más preciosas para adornarla. Evidentemente, faltaban las piedras finas, las joyas y las figuritas de oro con que se honra a los hijos de los príncipes, pero mi hija tenía lo esencial: un pajarito capturado durante el crepúsculo, que la guiaría en su viaje a la eternidad, y varios amuletos con poderes benéficos confeccionados con granos, cordones y plumas, que el padre de mi padre había deslizado entre las tres mortajas de lana y la estera de junco, envuelta varias veces alrededor de su cuerpo menudo para mantenerlo en la posición fetal, en la que los difuntos deben abandonar el mundo de los vivos.

Yo le hablaba, disponía ante la gruta golosinas, maíz tostado, judías, miel que sacamos de los tallos de maíz antes de que la mazorca llegue a madurar... No eran los frutos de las tierras cálidas, guayabas, aguacates, que le gustaban tanto a Zara, pero yo hacía todo lo que podía. Perpetuar la apariencia de la vida, guardar un contacto con los seres que amábamos es, para nosotros, negar la separación y la muerte. Decidme, ¿qué mal hay en eso? Los españoles también adornan las tumbas, se comunican con los desaparecidos por medio de la oración. ¿Por qué entonces esa furia por abolir nuestras costumbres? Nos reprocháis nuestros amuletos, nuestras ofrendas, nuestros *conopa*... ¿Y vosotros? ¿No os llenáis de cruces, de escapularios, de rosarios? ¡Lanzáis el anatema contra nuestras *huacas*, y os postráis ante las imágenes de Cristo, de la Virgen y de los santos, con las que abarrotáis los lugares más inimaginables! ¿No tienen esas imágenes y nuestras *huacas* el mismo fin: protegernos, ahuyentar los demonios; no traducen la misma angustia? Entonces, ¿en nombre de qué negarnos el derecho de asegurar nuestro más allá según nuestras creencias? ¿Qué haríais vos, padre Juan, si unos hombres os obligaran a cambiar de religión con el único pretexto de que tienen a su favor la ley del más fuerte? ¿Esa idea os provoca revulsión? ¡Pues pensad en lo que sentimos nosotros!

Detrás del muro de piedras que sellaba la gruta, yo imaginaba a Zara tal como permanecería,

victoriosa sobre el tiempo que araña, surca, pudre, consume las carnes, tal como la había visto la última vez: la nuca frágil, inclinada, el suave mentón rozando las rodillas, sus bracitos rodeando sus piernas dobladas, la cabellera ordenada en múltiples trenzas, tan tenues, tan brillantes que se hubiera dicho que eran una red de perlas negras extendida sobre su joven gracia... Yo misma hice las trenzas de mi hijita muerta, padre Juan, exactamente ciento dieciocho trenzas. ¡Las conté, pero no podría contar mis lágrimas!

Más vale que me detenga y os hable de Villalcázar. Cada visita a Zara aumentaba mi odio. Yo tenía la sangre viciada, palpitaciones, náuseas, y me daba vueltas la cabeza. Alrededor de un mes después de mi llegada a la aldea, no aguanté más y decidí ir a Cuzco.

El padre de mi padre dijo:

—Los hombres están en los campos, terminando la cosecha de las patatas. Te acompañaré yo.

—Te lo agradezco, anciano. Prefiero ir sola.

El padre de mi padre enderezó su gran osamenta cubierta de pieles de zorro y me dirigió una de esas miradas que, de pequeña, me aterrorizaban.

—Una mujer no va sola por los caminos. Todo el *ayllu*, hija mía, se postra a tus pies, ¡pero a mí no me impresionas! ¿No predije que serías lo que eres? Si digo que iré a Cuzco contigo, iré.

—¡Ni siquiera sabes lo que voy a hacer allá!

—Nada bueno. Tienes demasiada voluntad y seguridad; eso es malo. Una mujer debe ser dulce y sumisa.

—Eso decía Huáscar Inca y, sin embargo... Los hombres se hacen cierta idea de las mujeres, pero van hacia aquellas que los sorprenden.

—El Inca no es un hombre. Hablas de manera vergonzosa.

—Hablo de lo que sé.

Durante el trayecto no dejamos de discutir. En un sentido, volvía a vigorizarme que me contradijera en todo, a tontas y a locas. La discusión es el puñado de pimientos que sazona el diálogo. En el *ayllu* no me servían más que una salsa insípida. El respeto aísla. ¡Además, era enternecedor, admirable, ver a aquel anciano, que jamás se había movido de su monte, lanzarse sobre la *Nan Cuna* como si fuera tierra conquistada!

Yo iba detrás, llevando la comida, las calabazas, los palitos para encender el fuego y las mantas. Él se contentaba con su par de vasos (accesorios indispensables para un hombre, señor o campesino: ofrecer bebida es una cortesía), más algunos haces de hierbas medicinales y diversos amuletos que pretendía trocar en el mercado de Cuzco para renovar su provisión de *chicha*.

—Te lo prohíbo —había dicho yo—. En Cuzco, la religión de los extranjeros es la única que se practica abiertamente. No tengo intención de hacerme notar y dejarme apresar para que tú te emborraches.

—No te creo. Mira: ¿el Sol no está allá? Él es quien manda.

—¡Viejo, te lo digo yo...! Ya verás, han construido sus templos sobre los nuestros, sus sacerdotes han expulsado a nuestros dioses...

—En ese caso, ¿qué tienes que hacer tú, una mujer del Inca, en medio de esos impíos?

—Se trata de algo personal.

—Los problemas de las mujeres deben arreglarlos los hombres. Lo que tú debas hacer, lo haré

yo.

—No conoces a los extranjeros, no hablas su lengua...

—¡Y tú, la hija de mi hijo, la hablas! ¡Hablas con ellos! Entonces, vas a ver a uno de esos extranjeros.

—Cállate, viejo. ¡Por favor, cállate!

Rió, con sus ojos agudos.

—¡Mi mismo carácter! ¡En cuanto se sopla encima, arden las llamas! No es sano que una mujer tenga el carácter de un hombre.

Disfrutó como un niño cuando franqueamos la pasarela flotante del Apurímac. La *chicha* le aligeraba las piernas. El penúltimo día de viaje empezamos a encontrar familias de campesinos que iban a establecerse en la ciudad. Sus quejas nos informaron de que nuestro *ayllu* seguía siendo privilegiado. La guerra fratricida entre Pizarro y Almagro había arruinado a comunidades enteras.

No había españoles en el camino, lo cual me sorprendió. Pero unos caballos nos arrojaron a la zanja. Era la primera vez que el padre de mi padre veía caballos. Necesitó el resto de la jarra de *chicha* para digerir la impresión. Una vez vaciada la jarra, no dejó de volver a llenarla, y encontró la manera de embaucar a un campesino que tenía *sora*. La *sora* se hace con maíz germinado, hervido en su agua de remojo y fermentado. Es una bebida diabólica. Los Incas prohibían su consumo.

—¡No vas a beber esa porquería! —dije, furiosa.

—¿Una mujer sabe lo que es bueno para un hombre? Beberé lo que quiera. ¡El jugo de maíz estimula la reflexión, y necesito reflexionar mucho cuando oigo a la hija de mi hijo dirigirse a mí con semejante impertinencia!

Cuando llegamos a las puertas de Cuzco sonaban las campanas. Aunque había tratado de explicar al anciano que las costumbres que antiguamente nos enorgullecían ya no tenían razón de ser, se empeñó en querer besar la tierra y cayó cuan largo era. Conseguí ponerlo de pie tirando de su ropa y adornos. Yo temblaba. Un poco más lejos, me di cuenta de que había perdido el cuchillo de sílex que llevaba escondido entre mis ropas, y volví corriendo a buscarlo.

Las campanas de la iglesia seguían sonando. ¿Qué se celebraba? Si era una fiesta, las calles no tenían animación. Me felicité por ello, aunque no corría riesgo de ser reconocida, ¡encorvada bajo mi carga y con semejante compañero! Éste, que nunca había oído el sonido de una campana, escrutaba el cielo, se volvía hacia todos lados, se llevaba las manos a la cabeza y se la frotaba con las palmas, gemía... ¡Las campanas, más la cantidad de *sora* que había bebido, era demasiado para él! De pronto se acuclilló.

—Los dioses me prohíben ir más adelante. Volvemos a la aldea.

Y me mostró el párpado inferior de su ojo derecho, que latía. Un presagio de los más funestos, en efecto. Pero yo había esperado demasiado para escupir mi odio a Villalcázar como para retroceder.

—Ve a donde quieras, viejo —dije—. Yo voy donde debo.

Me alejé. No había dado ni veinte pasos cuando me alcanzó. El ojo cerrado tenía una brizna de paja pegada con saliva. La mejor manera de conjurar la suerte en casos semejantes, como todos saben.

—Las lágrimas no podrán caer —declaró, majestuosamente—. Iré a donde tú vayas.

Lo estuve regañando hasta la *Huacaypata*. Las murallas de nuestros palacios, los detalles de

cemento que los realizaban, los raros transeúntes, todo le resultaba pretexto para detenerse, lanzar exclamaciones, extasiarse y criticar.

Me peiné y me lavé la cara en la fuente. El anciano no consideró útil tocar el agua. Un vaso de *sora* le dio mejor aspecto que un arreglo. En la esquina de la gran plaza con la calle, le pedí que me aguardase y cuidase de nuestras pertenencias.

Mi fiebre se desencadenó ante la casa de Villalcázar. Hacía poco más de un mes había franqueado aquel umbral, pensando encontrar a mi hija con vida, sintiendo ya la tibieza de sus bracitos alrededor de mi cuello, su alegría vibrar en mis orejas, llevada por la esperanza...

¡Un mes! ¡Tenía la impresión de arrastrar mi desolación desde hacía años!

Levanté el llamador de plata. Apareció un servidor.

—¿Qué quieres?

No era a mí a quien se dirigía. Me volví y, con los ojos del servidor, contemplé al padre de mi padre, su rostro endurecido y sucio como una vieja patata, sus harapos rojizos, sobre los que pendían como un collar los haces de hierbas atados con una cuerda.

—¡Te he dicho que me esperaras! —grité.

—¡Eh! ¡A pelear a otro lado! —dijo el servidor—. ¡Aquí no queremos pordioseros y no es momento para la caridad!

—¡Abyecto gusano, excremento de sapo! —aulló el padre de mi padre—. ¿No te han enseñado el respeto a los ancianos? ¿Y tú, hija, no dices nada, permites que insulten al padre de tu padre, al guardián de nuestra *huaca* sagrada, al que se comunica con los dioses?

Estaba a punto de arrojar mi exasperación sobre el servidor, tal como me lo ordenaba el deber filial, cuando los batientes de la puerta lateral que llevaba a las caballerizas se abrieron, vomitando una oleada de mujeres. Como llevado en triunfo por aquella pandilla ruidosa, enjaezada de oro, que se apresuraba alrededor de su montura, vi a Villalcázar. Con coraza, capa de terciopelo oscuro y su gran sombrero de fieltro negro. A continuación iba una hilera de jinetes.

Verlo devolvió la resolución a mi corazón. Me precipité, empujé a las mujeres y aferré la brida de su caballo. Él bajó la cabeza.

—¡Tú! —exclamó.

—Tengo que hablarte. ¿Podemos...?

—¿Ahora? Imposible. Me marcho.

Su boca se crispó.

—Azarpay, yo querría... Acerca de lo de tu hija. Dios es testigo de que no quería que sucediera, sólo quería recuperarte: el indio no te merece.

—¿Te vas? —pregunté.

—Hemos recibido la noticia esta mañana. Algunos bribones, entre ellos tu querido Martín y los amigos de Diego de Almagro, el hijo del Tuerto, han asesinado a Pizarro en su palacio de Lima.

—¡Pizarro ha muerto!

—Yo le había aconsejado que desconfiara. Nunca hubiera debido autorizar a ese gusano a instalarse a pocos pasos de su palacio. Han entrado por sorpresa y lo han atravesado con sus espadas. Si yo hubiera estado allí... Lamentablemente no estaba. Diego de Almagro se ha proclamado gobernador y capitán general del Perú. ¡Un muchacho, y mestizo por añadidura! ¡Cuando

llegue el momento de arreglar las cuentas, va a ser un verdadero embrollo!

Los caballos, detrás, piafaban. Él se inclinó.

—¿Ese espantajo es tu guardia de corps? ¿Manco no tenía una escolta mejor que ofrecerte?

Apreté las mandíbulas y solté la brida.

—Es un gran adivino, el padre de mi padre. ¡Un hombre que ha hecho lo que hiciste tú no es digno ni siquiera de recoger sus deyecciones!

—Azarpay, lo lamento, lo lamento sinceramente. ¿No puedes, al menos, creer esto?

—Tus arrepentimientos no me devolverán a mi hija. Pero el mal se paga, tarde o temprano. Tú pagarás.

—¡Bartolomé! —gritó uno de los jinetes—. ¿Nos vamos o no?

Villalcázar tocó el borde de su sombrero.

—No te digo adiós. La gente como nosotros siempre vuelve a encontrarse.

Las mujeres, con gran movimiento de faldas, escoltaron los caballos hasta la *Huacaypata*. Después volvieron a entrar en la casa. Las puertas se cerraron. La calle estaba vacía y oscura. Desde que vuestros compatriotas plantaron sus pisos altos sobre nuestras paredes, las calles de Cuzco ya no tienen derecho al sol.

No me moví de donde estaba. Una frase de Martín me daba vueltas en la cabeza: «Para vengarse —había dicho—, hay que vivir y elegir el momento». Él, el dulce, el tímido, el soñador, había sabido elegir el buen momento. Yo no. El odio me había trastornado, cegado... ¡Venir a Cuzco siguiendo un impulso, sin un plan preciso! Es verdad que no podía prever la muerte de Pizarro, pero ¿pretender suprimir a Villalcázar con un cuchillo de sílex...! Y suponiendo que hubiéramos estado a solas, él y yo, ¿me habría presentado el costado como si fuera una llama o un conejillo de Indias? Mi estupidez me sofocaba.

—Ven, hija, vamos —dijo el padre de mi padre.

En la esquina recogí mi carga y, sin decir nada, salimos de Cuzco. La lluvia nos atrapó en el camino y ya no nos abandonó. Cuando se dibujaban a lo lejos las alturas aceradas de nuestro monte, el anciano, que había guardado silencio durante casi todo el trayecto, dijo bruscamente:

—¿Quién es ese extranjero todo cubierto de metal con reflejos de luna con el que has hablado en Cuzco?

—Uno de sus jefes.

—Pareces conocerlo bien.

—Lo conozco.

El padre de mi padre se quedó inmóvil.

—No entiendo.

—Sería muy largo de explicar. Los tiempos ya no son lo que eran, y los acontecimientos me han obligado a muchas cosas.

—¿El extranjero te ha tendido en su cama?

Me sobresalté.

—¿Cómo te atreves...?

—Lo sé, lo he sabido al veros juntos. Cuando se posee clarividencia, el espíritu descubre lo que está oculto.

—Si lo sabes, ¿por qué me lo preguntas?

—No entiendo —repitió—. ¿Cómo tú, honrada por los hijos del Sol, puedes enamorarte de un hombre de piel blanca?

Lo miré, horrorizada.

—¡Pierdes la razón, viejo! Enamorarme de... ¡Lo odio! No quedaré en paz hasta que él no esté. Por eso he ido a Cuzco, para matarlo, pero...

—Eso también lo sé. La violencia está en ti, hija mía, e induce a error a tu corazón.

—¡Y a ti, te trastorna la bebida!

Busqué entre mi ropa empapada y arrojé al suelo el sílex que le había robado. Después seguí mi camino.

Al día siguiente de nuestro regreso, me desvanecí en la pequeña explanada que separa en dos nuestro *ayllu*... En cada aldea, en cada ciudad, se encuentra esa configuración, que engendra cierta emulación, hasta rivalidades. Mis padres, por ejemplo, que pertenecían a la *hana-saya*, «la mitad de arriba», consideraban con un poco de superioridad a los de la *hurin-saya*, o «mitad de abajo».

Después de ese vértigo tuve mucha fiebre. El *curaca* me envió a su primera esposa, que era de mucha edad, sabia y seca como una brizna de paja. Me tanteó el cuerpo para evaluar el calor, y concluyó el examen con una sangría entre los ojos con una punta de sílex. Como la fiebre persistía, se procuró una rana y me ordenó tenerla un día entero en contacto con la piel. Después se instaló a mi cabecera con sus paquetes de hierbas, sus polvos y sus mixturas... No sé si fue la achicoria de flores amarillas, la cáscara de chinchona o la savia de cactus, pero la fiebre cedió al cabo de algunas semanas. Las purgas, las dietas y las sangrías me habían quitado las fuerzas. Todo me era indiferente. Apenas tenía aliento y hasta encontraba dulzura en ello. Elegí el nicho en que reposaría, en la roca, cerca de Zara. Allí estaría bien. La existencia me había privilegiado demasiado para desear prolongarla en la miserable monotonía de aquel tiempo.

Ya sé, padre Juan. Pensáis que esa tentación de morir no era la primera. Es cierto. ¡Qué queréis, uno no escapa fácilmente al fatalismo que gobierna su raza! De todos modos, la situación se presentaba de tal manera que me parecía irreversible. Manco me había expulsado, mi hija había desaparecido, y todo esto había desatado la cuerda que unía mi barca a la orilla: yo me alejaba sin pena.

Cada mañana, cuatro mujeres se turnaban para llevarme en la litera del *curaca* hasta la gruta de Zara. Allí me quedaba durante largas horas.

Un día, estábamos en marzo, mi espíritu se distraía escuchando el ruido de los bastones con cascabeles que los ancianos y los niños agitaban en las terrazas de cultivo para espantar los pájaros atraídos por las tiernas mazorcas nuevas... Un día, decía, las mujeres subieron más temprano que de costumbre. En lugar de empuñar los largueros de la litera, se acuclillaron. Una de ellas era mi madre. En general, se mostraba conmigo más reservada que cualquiera. Pero las mujeres debían de haberla aleccionado, insuflado su discurso, porque se arriesgó a hablar.

—Tú, nuestro orgullo —comenzó—, te marchitas, te haces más pequeña, tus carnes desaparecen. Dentro de poco irás a la otra vida. ¿Qué podemos nosotras? ¡Los dioses mandan...! Tenemos una petición que hacerte: antes de marcharte, ¿no querrías contarnos el tiempo dorado que has conocido, ofrecernos algunos de tus recuerdos para florecer nuestros corazones? No sabemos nada del Inca,

sólo que nuestro deber y nuestra alegría eran servir su esplendor. Tú, en cambio, sabes...

¡Pobre madre!

Vuelvo a verla, sentada en medio de sus faldas orladas de tierra, ayudándose con las manos para apoyar sus palabras, manos que, ellas también, tendrían mucho que decir, pero ¿ha interesado alguna vez el heroísmo de lo cotidiano?

Mi auditorio aumentó rápidamente. Pronto, aquello se transformó en un hábito. Por la noche, cuando el trabajo estaba hecho, los de arriba y los de abajo se reunían en la explanada. Los hombres en un lado, las mujeres y los niños en el otro, cada uno con su comida y su manta. El frío se hace sentir entre nosotros cuando cae la noche. Yo llegaba, flanqueada por el *curaca* y sus esposas. Se hacía el silencio y empezaba a hablar. Entonces se abrían los caminos secretos, las puertas incrustadas de turquesas, de coral, de nácar y esmeralda, y las colgaduras de plumas de guacamayo y de loro, con murmullos de seda.

Juntos visitábamos los templos, los palacios, las termas con aguas en cascada; juntos nos paseábamos por jardines donde la naturaleza engalanaba, fresca y en su plenitud en todas las estaciones, toda reflejos de oro, y yo trataba de explicar la belleza, el refinamiento, los placeres que puede procurar lo inútil, callando lo que había que callar, insistiendo en los detalles susceptibles de despertar la imaginación.

Hacer brillar las maravillas realizadas por el hombre ante los ojos de aquellos para cuya existencia es suficiente lo mínimo es una tarea casi imposible... ¡Intentad, padre Juan, intentad solamente describir una piedra preciosa a una asistencia que, como única referencia, tiene los guijarros recogidos en los desmoronamientos de las rocas!

Creo, sin embargo, al recordar sus rostros, que lo hice muy bien.

Por mi parte, si hoy tengo dichas, se las debo a la gente de mi *ayllu*. Me han dado mucho por un poco de ensueño. Hay maneras y maneras de considerar a los seres. El fervor con que seguían mis charlas me ha acercado a ellos. Todos juntos, yo recreando un universo que ya no existía, y ellos deslizándose por él a pasos tímidos, hemos compartido la emoción. ¡Compartir es importante, esencial! Y fue así, por sus miradas extasiadas, a través de sus preguntas ingenuas, de su humilde sentido común, cómo empecé a descubrir y amar a aquel pueblo del cual había salido y al que había olvidado en el contacto con los príncipes.

En plena convalecencia del alma, no me preocupaba por el mundo exterior. Según los sanadores itinerantes que nos visitaban de cuando en cuando, los españoles habían vuelto a destrozarse entre ellos después de la muerte de Pizarro. A veces, los nombres de Villalcázar y de Martín de Salvedra me volvían a la mente. Me apresuraba a expulsarlos. Ni odio ni amistad. Desterrar todo sentimiento que sobrepasase mi horizonte y pudiese turbar una quietud todavía frágil. Yo aprendía de nuevo a vivir, lentamente, un modo de vida que no era el mío, y desconfiaba de mí misma.

Mientras se desgranaban los cereales y las legumbres secas, ponía en práctica un gran proyecto: instalar un taller de tejido en la vivienda que me prestaba el *curaca*.

Nuestras mujeres tienen una habilidad extraordinaria para trabajar la lana. Casi nacemos con un huso en la punta de los dedos, y nuestro despertar está acunado por los movimientos de nuestra madre, enganchada varias horas al día a su telar, que consiste en dos varitas de madera: una sujeta a la pared de la casita o a un árbol, la otra atada con una tira a la cintura de la obrera acucillada, que

regula con su cuerpo la tensión de los hilos. Otras dos varitas, paralelas a las primeras, y deslizadas entre los hilos, marcan el camino a la larga aguja de madera que conduce el hilo de la trama. Un útil muy sencillo; la habilidad y el gusto lo son todo. Nuestras mujeres los tienen. De todos modos, es obvio que, en los *Acllahuasi* donde se confeccionaban las prendas del Inca y de la *Coya*, gracias a la experiencia de las *mamacuna*, transmitida de generación en generación, adquiriríamos una maestría, una elegancia y una delicadeza en los matices y la combinación de colores que las mujeres de las aldeas no podían alcanzar.

En las circunstancias presentes, revelar esos secretos a mi *ayllu*, como me lo proponía, me parecía que era tratar de asegurar la continuidad de nuestro arte. En efecto, vuestros compatriotas, virtuosamente, habían cerrado los *Acllahuasi*, ocupándose ellos mismos de educar a nuestras jóvenes vírgenes, ¡y no era por cierto en telares donde se pedía que ejercieran su talento las manos de aquellas jovencitas!

Una tarde, las mujeres y yo admirábamos un baño de tintura de un violeta soberbio, adquirido por operaciones sucesivas en las que se mezclaba el azul del índigo y el rojo de la cochinilla, añadiendo un toque de amarillo proporcionado por la corteza del agnocasto, y nos preparábamos a sumergir en él las madejas de lana, cuando una banda de chiquillos irrumpió en la sala: al pie de las terrazas de cultivo había un hombre blanco.

—El hombre ha gritado: «¡Azarpay!». Lo ha gritado varias veces —piaban los niños—. Le hemos visto la cara. ¡Puaj! Parece carne cocida. ¿Los extranjeros no tienen sangre, que son tan pálidos?

—No vayas —aconsejaron las mujeres.

Y algunas se pusieron a gemir y a llorar. Yo fui hacia la puerta.

—¡Tu cinturón, tu *lliclla*, madre! ¡Y espera, al menos, que te peine! —rezongó la segunda esposa del *curaca*, que me atildaba como a un monosabio y no dejaba que ninguna otra lo hiciera.

La noticia se había propagado. Afuera se amontonaba la multitud.

Los hombres, armados con su *taklla*, me siguieron por el camino desigual con trozos de piedras, que llevaba a las terrazas de cultivo. Luego, uno a uno, fueron detrás de mí por las «escaleras», si se puede llamar así a las anchas piedras chatas, colocadas en saliente sobre los muros de sustentación, que permiten pasar rápidamente de una terraza a otra.

Abajo se distinguía una silueta de hombre vestido a la europea. No sé por qué, era una estupidez, pensé primero en Villalcázar, pero aquella silueta helada...

Bruscamente me volví hacia mi escolta.

—No hay nada que temer, es un amigo.

Martín de Salvedra franqueó el umbral de la casita entre una doble fila de curiosos. La suya era una delgadez aterradora, estaba sucio, tenía el rostro comido por un pelo salvaje y la mirada... Fue en su mirada donde me detuve. La había visto en los ciervos y las corzas durante las grandes cacerías. Se dejó caer al suelo. Yo me acuclillé ante él.

—Martín, ¿qué os pasa?

—Desde que capturaron a Diego, el hijo de Almagro...

—¿Lo han capturado?

—¡Cómo! ¿No lo sabíais?

El estupor lo volvía a la vida.

—No —declaré—. No lo sabía, no sé nada. Aquí las noticias nos llegan por los sanadores itinerantes, a menudo varios meses después; aquí tenemos nuestra pequeña existencia, nos conformamos, y está bien. ¿Para qué saber? Lo que sé es que el año pasado matasteis a Pizarro y que el hijo de Almagro se proclamó gobernador... sin que ese cambio, por otra parte, haya aportado nada a mi pobre pueblo... Creía que Diego estaba disfrutando de su revancha y vos igualmente.

—El mes pasado fuimos vencidos en el valle de Chupas, entre Jauja y Amancay... Azarpay, ¿no tendríais...? Hace dos días que no como.

Hasta la mesa del *curaca*, cuya segunda esposa me llevaba los mejores bocados, era frugal. Hice recalentar un sobrante de guiso de guisantes y alubias, y una sopa de harina de *quinua*. Martín lo devoró todo, con la mirada fija, sin una palabra. Después le ofrecí *chicha*, pero sólo aceptó agua. Luego se levantó y empezó a pasear de un lado a otro.

—La batalla de Chupas fue una masacre. Algunos de los nuestros prefirieron arrojarse sobre las lanzas del enemigo que caer prisioneros.

Lo interrumpí.

—¿Quién dirige a los partidarios de Pizarro ahora que está muerto?

—Gonzalo se propuso...

—¿Gonzalo? ¿Gonzalo Pizarro? ¡No me digáis que Gonzalo Pizarro ha regresado de su expedición! ¡De la jungla de los *antis* no se vuelve!

—Él ha vuelto. ¡Gonzalo es lo que es, pero en cuanto a coraje y resistencia...! De ese famoso País de la Canela que se marchó a descubrir, no ha traído, ¡y en qué estado!, más que su vida y la de algunas decenas de sus compañeros, pero de todas maneras es una hazaña formidable. En Quito se enteró de la muerte de su hermano y juró despedarnos vivos... Nosotros suprimimos a Pizarro para vengar a Almagro, ahora los de Pizarro reclaman la cabeza de su hijo y, cuando la tengan, ¿de quién será el turno? ¡Qué desgracia! En lo que concierne a Gonzalo Pizarro, el representante de Su Majestad, un Vaca de Castro, enviado de España para zanjar nuestras diferencias, le ha rogado que se quedara tranquilo. Vaca de Castro comandaba en el valle de Chupas. ¡Una carnicería, os lo aseguro! Diego de Almagro, un puñado de los nuestros y yo logramos huir. Pero los soldados de Vaca de Castro atraparon a Diego cerca de Cuzco. Y van a ejecutarlo. Desde entonces me escondo. Si me apresaran, me colgarían.

Martín se retorció las manos.

—Cuando pensaba en matar a Pizarro, me decía: «Haz lo que consideres tu deber. Tu vida no cuenta». ¡Hoy, con nuestro partido aniquilado y mi porvenir arruinado, cuando nada me retiene, la bestia arremete, se encabrita, huye ante la muerte! ¿No es grotesco, pequeño, lamentable?

Me acerqué.

—Martín, lo que necesitáis es descanso. Mañana...

—¡Mañana estaré lejos! No puedo quedarme, mi presencia os comprometería... Azarpay, cuando apresaron a Diego, él intentaba ir junto a Manco. El Inca siempre tuvo simpatía por el hijo de Almagro, le habría brindado asilo. Y yo mismo... Acordaos, cuando estábamos en Cuzco y Almagro y yo veníamos a veros, Manco siempre se mostraba amable. Es por eso... A decir verdad, no esperaba de ninguna manera encontraros aquí, pensaba que, utilizando vuestro nombre y las pocas

palabras que conozco de vuestra lengua, esta aldea me proporcionaría un guía para conducirme hacia los montes en los que se oculta el Inca... ¿Podríais hacerlo? ¿Proporcionarme un guía?

Puse mi mano sobre las suyas.

—Vos sois mi amigo, y por eso toda la gente de mi comunidad lo es de vos. Hablaré al *curaca*, pondrá vigías, no corréis ningún peligro. Voy a traeros un poco de comida, dormiréis aquí, yo me acostaré con las mujeres del *curaca*. Dormid, os hace mucha falta... En cuanto a Manco, mañana veremos... Martín, antes de acostaros, quitaos la ropa, encontraréis mantas para cubriros, y ponedla en el umbral, trataré de arreglarla un poco. También necesitáis un sílex para cortar esa barba. En cuanto al agua, más arriba hay un arroyo... Y quedaos en paz, vuestros malditos compatriotas no os encontrarán.

La primera esposa del *curaca* roncaba. Los conejillos de Indias se rascaban los piojos. Yo no dormía y ni siquiera intentaba hacerlo, pensaba. Y cuanto más pensaba, más lugar ocupaba Manco en mi agitación y ésta aumentaba. Manco...

Volvía a verlo y lo oía: «Tú no te vas, yo te echo». Palabras con las que mi orgullo había hecho una barrera infranqueable. Y de pronto, bajo el peso de algunas palabras dichas por Martín, la barrera se desmoronaba. Con mi memoria removida, llevada hacia recuerdos más dulces, de pronto osaba confesarme cuánto echaba de menos a Manco, cuánto echaba de menos todo, hasta sus furores, sus excesos, y a Qhora, a Inkill Chumpi, nuestra ciudad... ¡Todo y todos! Era ingrata, porque en un sentido había recibido más de mi *ayllu* que de Manco, a quien había dado tanto..., pero ¿acaso se preocupa el corazón por pesar en una balanza el más y el menos?

Por la mañana me preparé. La segunda esposa me peinó.

—En la luna nueva sumergiremos tus cabellos en un buen cocimiento de hierbas —dijo.

No contesté, tenía un nudo en la garganta. Pero cuando me tendió su espejito de latón, encontré mi mirada viva, una mirada que no tenía desde la muerte de Zara.

En mi casa habíamos sacudido, limpiado y remendado la ropa de Martín lo mejor que habíamos podido. Estaba vestido, con la barba pulcra, y esperaba.

—Azarpay —comenzó precipitadamente—, os ruego me perdonéis. Ayer estaba tan cansado y embrutecido, que ni siquiera os he preguntado... ¿Cómo estáis? Tenéis buen aspecto...

—Estoy mejor...

—Creo que no me expreso bien... ¿Qué hacéis aquí? ¡Una mujer como vos en este... este ambiente! Ya sé que está mal decirlo puesto que vuestra aldea me ha brindado tan generosa hospitalidad, pero no comprendo. Si mi pregunta es indiscreta, la retiro.

—He estado muy enferma, a punto de morir. Los míos, la gente que veis aquí, son los que me han salvado... ¿El ambiente? Nací aquí, uno vuelve a acostumbrarse. ¡Fueron tan bondadosos, insistieron tanto para que me quedara! Martín, yo me disponía precisamente... Iré con vos. Solo no llegaríais jamás ante Manco. Sus guerreros se negarían a conducirnos ante él. Lo más probable sería que os mataran.

—No querría que os molestarais por mí...

—Acabo de decíroslo, pensaba volver...

Comunicarlo al *curaca* y a las mujeres fue penoso. También fue duro dejar a Zara. Al bajar de la gruta, fui a implorar la benevolencia de nuestra *huaca* y a saludar al padre de mi padre. El anciano

no hizo ningún comentario. Después del altercado que habíamos tenido a propósito de Villalcázar, casi no nos hablábamos.

No tenía más bagaje que la ropa que llevaba puesta. A la hora en que nuestro padre el Sol brilla en toda su gloria, en medio de los llantos y después de haber jurado y vuelto a jurar que regresaría, dejé la aldea con Martín.

Os sorprenderé sin duda, padre Juan, pero sentí que las únicas personas aliviadas por mi marcha eran mi madre y mi hermana. Las pobres no conseguían ajustar la categoría que yo había alcanzado con nuestro parentesco.

Nos acompañaba Maita, un vecino de mi padre. Maita, «Aquel que Vuela», había cumplido en otro tiempo su período militar en las alturas de la sierra, en una de las fortalezas edificadas por Huayna Capac para detener los ataques de los *antis*, las poblaciones que ocupan la vertiente oriental, muchas de las cuales se habían unido a Manco. Maita conocía, por lo tanto, los senderos de los montes, y no tuvimos más que seguir su paso vivo. Lo esencial era acercarse al territorio de Manco. Los guerreros se pondrían de manifiesto en cuanto percibieran nuestra presencia.

La expedición a Chile había endurecido a Martín, que soportaba muy bien las alternancias de calor abrasador y de frío glacial que asaltan sin transición al viajero y os hacen sufrir tanto...

No, padre Juan, no insisto. ¡Si rehusáis mis hojas de coca, no las toméis! Aparentemente os gusta sufrir. ¿Os lo han dicho? ¡Sois de esos que, para mortificarse y sin vocación verdadera, llegan hasta el martirio!

Martín volvía a encontrar su resistencia. Lo sorprendí riendo de las bufonadas de Maita, un hombretón charlatán y bebedor, de rasgos groseros pero con oro en los ojos, que bromeaba acerca de todo, incluso cuando por tres veces tuvimos que cruzar unos ríos sobre una débil balsa y debimos meternos en el agua helada para impulsarla.

En cuanto a mí, estaba como embriagada de espacio y de libertad.

Lo había intentado, pero los días que se consumen suavemente bajo la ceniza no eran para mí. Había sido una pequeña muerte. Ahora, con Martín y Maita revivía. Una mujer necesita sentirse mujer. ¡En el *ayllu*, mi pasado me enterraba, ya no tenía edad ni sexo, no era más que una antigüedad venerable! Y, de pronto, volvía a ser joven, joven como en la época en que todavía no había la sombra de una hija que se deslizaba entre la luz y yo. Sin embargo, a medida que la distancia se acortaba, la aprensión comenzaba a entorpecer mi paso.

—Estáis fatigada, Azarpay —decía Martín—. Esta noche montaremos temprano el campamento. Un día más o menos... Maita nos preparará un delicioso *agutí* y conversaremos. ¡Dios mío! ¡Había olvidado que la existencia tiene sus alegrías! Gracias a vos...

Martín no tenía prisa. Yo la tenía y no la tenía. Reencontrar a Manco... ¿Cómo me recibiría? ¿Alegría, insultos, amnistía o rechazo definitivo? Como la angustia aumentaba, juzgué que era más honesto decirle la verdad a Martín. Habíamos terminado de cenar, un cervatillo asado cazado por Maita el día anterior y frutas que había descubierto en la selva, una especie de enorme pera con hueso, cuyo nombre ignoro. Su pulpa es muy dulce y perfumada. Estábamos contemplando el fuego. Mientras Martín bebía un vaso de *chicha*, le conté la escena terrible que había tenido con Manco.

—A vos os recibiré, Martín. A mí...

—¿Rechazaros? Estoy convencido de que el Inca no cesa de lamentar las palabras que le dictó la

cólera. Es impetuoso y violento... ¿Habéis pensado que tal vez estaba celoso de la ternura que sentíais por vuestra hija? Hay caracteres así, que no admiten compartir, egoístas que quieren todo el amor para ellos. Pero rechazaros... ¡Rechazar a una mujer como vos, Azarpay! ¿Qué hombre podría hacerlo?

Martín calló. Algunos silencios son elocuentes. El suyo me reveló bruscamente sus sentimientos.

Maita se comportó como un buen compañero y un excelente guía. Nos separamos cuando los guerreros de Manco nos interpelaron.

Maita regresaba a la aldea y yo estaba desolada por no tener nada que ofrecerle. Le di una piedra bastante bonita de color herrumbre con un agujero redondo que había pescado en un arroyo. La tomó como si fuera un tesoro y estoy segura de que lo era para él. También aceptó la imagen piadosa que Martín sacó de su breviario y los dos se abrazaron con grandes palmadas en la espalda, al estilo de España. Martín tenía los dones de corazón que atraen a los humildes pero que estorban en cualquier profesión.

Entre la veintena de guerreros que nos rodeaban, tres cuartos me conocían. Enseguida confeccionaron una litera y se disputaron el honor de llevarla. Marchamos, con Martín siguiéndonos.

En aquellas laderas se sentía la tensión de aquellos hombres en estado de alerta perpetuo. Los gritos de los centinelas reemplazaban a los trinos de los pájaros. En las posiciones estratégicas que dominaban las vías de acceso, surgían cabezas, detrás de montones de rocas destinados a bloquear el ascenso de cualquier intruso, e incluso de un ejército.

Cuando alcanzamos las alturas, los guerreros vendaron los ojos a Martín y lo sostuvieron para franquear los laberintos subterráneos. Emergió desconcertado, frotándose los ojos: «¿Está muy lejos todavía esa ciudad?». Ni siquiera contesté. La impaciencia, esa impaciencia que Manco me había reprochado tan a menudo, me revolvía el estómago.

Y, de pronto, la ciudad apareció ante nuestros ojos, escalonando en las cuevas sus construcciones ocre y blancas, sus penachos de vegetación, la prodigalidad soberana de sus escaleras. Nuestra llegada había sido anunciada. Las terrazas hormigueaban de hombres, de mujeres y de niños. Pero no noté ni cantos ni danzas. Los rostros estaban congelados, mudos. ¿Era un anticipo de la recepción que Manco me preparaba? Sentí la boca seca.

De pronto, una especie de bola rodó a través de la explanada desierta, pasó el puente que cruzaba las aguas azules del canal, entró de un salto en la litera y casi me hizo caer...

—¡Qhora! —exclamé. Y no pude decir más.

Qhora besó mi falda y mis manos. Había envejecido, unas grandes sombras cavaban su cara chata y larga, desproporcionada con su cuerpo, como la tienen a menudo las enanas.

—¡La próxima vez que me abandones, me mato! —amenazó.

—¡Qhora, Qhora!

La abracé, le acaricié los cabellos.

—El Inca ha sabido lo de la niña, todos hemos sabido... —murmuró—. Nuestra tórtola, nuestra rama...

—Calla —pedí—, calla, ahora no... ¿Manco está bien dispuesto?

—¿Quién puede adivinar los pensamientos del Inca? Ha ordenado que te condujeran al palacio, me lo ha dicho Inkill Chumpi. Me tomó con ella. Desde que te fuiste, ocupa tu palacio... El

extranjero que sigue tu litera... lo conozco.

—Es Martín de Salvedra, el primo de Villalcázar.

—¡Ese monstruo! —rezongó Qhora.

—Martín es bueno. Viene a pedir asilo, los suyos lo buscan para colgarlo.

—Ya hay otros extranjeros aquí.

—¿Quieres decir hombres blancos?

—Cinco. Son cinco. El Inca les ha hecho construir una casa y los ha provisto de mujeres. A ellos también los buscaban.

Llamé a Martín y le traduje lo que Qhora acababa de contarme. Aquella noticia sorprendente sirvió de diversión. Devolvió a Martín algo de su buen talante y me permitió controlar mi emoción. Los guerreros depositaron la litera en un patio del palacio y se retiraron con Qhora. Martín y yo nos quedamos esperando.

Yo iba y venía entre las matas de kantuta y los matorrales de salvia con flores azules. El único ruido que se oía era el de una fuente que vertía el agua en un gran estanque con fondo de arena y plantas trepadoras en los lados, poblado de una pequeña fauna acuática reproducida en oro. La turbulencia del chorro y los reflejos del agua daban vida a los peces, ranas, renacuajos, etcétera, que parecían moverse. Bajo el agua ondeaban unas minúsculas llamas amarillas. El conjunto, de una gran belleza, no existía cuando me fui, aquel mayo, hacia el valle de Yucay.

El Sol se fue. El cielo se oscureció. Aparecieron servidores con antorchas de copal y nos propusieron una colación. La rechacé.

—¿No tenéis frío? —preguntó Martín—. ¿Cuánto tiempo tendremos que aguardar todavía? No hablo por mí, sería inoportuno, pero vos... ¿No podéis preguntar...?

—¡Mi pobre amigo! ¿Preguntar qué a quién? Nadie tiene derecho de interrogar al Inca. Antes yo tenía ese privilegio, pero me dirigía al hombre, y cuando el hombre desea castigar, se convierte en el dios. Si Manco quiere hacernos esperar hasta mañana, lo hará.

—Es culpa mía. Habéis vuelto por mi causa...

—¡Martín! ¿Cuándo dejaréis de sentirnos culpable? Comprended que no habéis sido más que el pretexto que necesitaba para volver. Soy yo quien lo ha querido así.

Se elevó un canto. El patio fue invadido por servidores que nos invitaron a seguirlos. Atravesamos varias galerías y nos introdujeron en la gran sala donde Manco se entretenía después de cenar. Mis ojos, acostumbrados a la penumbra de las casitas, parpadearon. Entre los fuegos cruzados del oro que adornaba las paredes desde el suelo a las vigas, distinguí a la habitual asamblea de dignatarios, un grupo de cantantes acompañadas de flauta y tamboril y, en el fondo, a Manco, sentado, bebiendo *chicha*, con una mano en la cabeza de su jaguar favorito, y sus mujeres acucilladas, con las cabelleras atadas con unas cintas de oro que se deslizaban a sus pies como madejas de seda. El único detalle insólito en aquel cuadro del que yo había formado parte durante tanto tiempo eran unos hombres blancos con jubón y calzas, también ellos con un vaso en la mano.

Murmuré a Martín:

—Avanzad, haced como si no hubierais notado a vuestros compatriotas. Sobre el Inca, sobre él solo, debe concentrarse vuestra atención. No lo olvidéis jamás.

Por mi parte, en mi corazón había más cólera que amor. Había regresado con la mejor

disposición, decidida a asumir la responsabilidad de la horrible pelea que nos había separado, en resumen, a perdonar a Manco su crueldad y hasta... ¡hasta! su indiferencia hacia Zara. ¿Los hombres son capaces de sentir lo que sentimos nosotras, que llevamos a nuestros hijos en el vientre y los alimentamos con nuestra sangre? Confieso que me había dicho eso un poco cobardemente, deseosa de encontrar una excusa para poder amarlo plenamente de nuevo... Pero ¿merecía yo esa espera, ese comportamiento insultante? Después de todo, ¿quién lo había hecho Inca? ¿Lo sería si mi mano no hubiera vertido el veneno a Tupac Huallpa? ¿Lo sería si no lo hubiera sacado de los calabozos de Sacsahuaman arriesgando cien veces la vida?

Con espíritu rebelde, me postré sin demostraciones excesivas. Detrás de mí, Martín se había arrodillado.

—¿Qué quiere el extranjero? —preguntó Manco.

—Martín de Salvedra era amigo de Almagro, ¿te acuerdas, señor? En Cuzco te visitaba con frecuencia. Ha ido a mi aldea. Yo me había refugiado allí después... Manco me interrumpió:

—Háblame del extranjero. ¿Tomó parte en la muerte de Pizarro?

—Es un amigo fiel, con el alma recta. Actuó según su conciencia. Dígnate, señor, concederle tu hospitalidad.

—Puede quedarse. Tendrá compañía. Esos hombres también tomaron parte en el asesinato del gobernador. Dile que es bienvenido. Dile también que no se aleje de la ciudad.

A continuación transmití los agradecimientos de Martín a Manco, que a continuación hizo un gesto. Las mujeres se levantaron. Tres de ellas, con unos rostros redondos y lisos, tenían apenas la edad en la que se sale del *Acllahuasi*. La cuarta me dirigió una mirada húmeda: era Inkill Chumpi. Había engordado.

Inkill Chumpi presentó a Manco dos vasitos de oro llenos de *chicha*. Manco los tomó y tendió a Martín el que tenía en la mano izquierda. Las asistentes atisbaban: el ceremonial de las libaciones guiaba sobre la actitud del Inca. La mano izquierda no honra al huésped como la derecha, y la consideración varía según el tamaño del vaso. ¡Felizmente, Martín ignoraba esas costumbres, si no, su escasa confianza en sí mismo hubiera sido menor aún!

Cuando bebieron la *chicha*, Manco invitó a Martín a reunirse con los españoles. Fue la ocasión de esas efusiones calurosas y sonoras a las que se libran los vuestros, padre Juan, incluso si su intención es apuñalarse al día siguiente. Me quedé sola. Cientos de ojos con los párpados bajos me observaban. Aunque yo había compartido con todos los que se encontraban en la sala los peligros, los rigores y las esperanzas de la larga marcha que nos había conducido de Ollantaytambo a la ciudad de Manco, nadie se arriesgaba a manifestar ningún sentimiento mientras el Inca no hubiera definido mi posición.

Yo tenía calor, frío, sed, me latían las sienes. Pero ahora me conocéis bastante, padre Juan, para saber que las humillaciones me enderezan.

El jaguar de Manco tiraba de su cadena. Unos guerreros *antis* habían matado a la madre y nos lo habían regalado, cuando no era más grande que un conejillo de Indias. A veces yo lo llevaba a mi palacio y Zara lo estrechaba con sus bracitos, lo besaba, reía...

Manco, con una palabra, hizo que el jaguar se echara al suelo. Luego, como si el animal le recordara súbitamente mi presencia, se volvió.

—Se te ha atribuido una vivienda. Te acompañarán.

Besé sus sandalias con unas ganas salvajes de morderlo y seguí a los servidores. La vivienda era bonita, lo admito. Tenía varias habitaciones distribuidas alrededor de un patio florido y verde. Estaba situada al oeste, en la zona de la *Inti Cancha*, la plaza sagrada, donde residían el gran sacerdote y los *amauta*, pero un poco alejada, en los límites de la ciudad, y del jardín partían unos senderos caprichosos que se multiplicaban como raicillas a través de unas extensiones vírgenes y cubiertas de zarzas.

Para muchos sería una ubicación privilegiada. Para mí, el exilio y la desolación. Antes, desde mi palacio, construido en el parque de Manco, tenía libre acceso a sus aposentos. Ahora, para verlo, tendría que solicitar audiencia, una vejación suplementaria que yo no estaba dispuesta a infligirme.

Salí de la litera, las sirvientas acudieron presurosas y apareció Qhora.

—Ven —susurró—, ven, estarás contenta.

No había nada que decir sobre la decoración de las salas. Toques de oro, incrustaciones de piedras finas, floreros, y las vigas despedían buen olor.

—Ven, ven —repetía Qhora tirándome de la falda. Reencontré un poco de dulzura en aquel gesto familiar. En el umbral del dormitorio despidió a las sirvientas. Entré y lancé un grito. Colgadas de las clavijas dispuestas para ello, mis túnicas, mis *lliclla*, todas las vestiduras que yo había dejado al partir estaban allí. Y en las hornacinas se ordenaban los cofrecitos de alhajas que Manco me había regalado, mis cintas para el cabello, mis sandalias, mis mantas y hasta los pequeños utensilios que usaba en mi higiene y mi arreglo.

—¿Has sido tú? —pregunté.

—Cuando vinimos de Yucay, tuve que vaciar tu palacio y guardar tus cosas en cestas. Al enterarse de tu llegada, el Inca ordenó que trajeran las cestas aquí. Yo misma lo he arreglado todo. No falta nada.

Palpé las telas y me llené los ojos de refinamiento, de elegancia, de belleza. De pronto puse la mano en la cabeza de Qhora.

—Todavía me ama —dije.

Las mujeres nos aferramos a menudo a futilidades para reanimar la esperanza.

A la mañana siguiente, después de ir a inclinarme ante el gran sacerdote y los *amauta*, mis antiguos maestros, me dirigí a la casa de Inkill Chumpi. No tenía ganas de verla. Qhora tuvo que insistir. En el trayecto, una multitud rodeó mi litera. Entre nosotros las noticias corren como el viento. Mi reintegración al seno de nuestra comunidad había liberado a los habitantes de su reserva. Hoy todos querían saludarme, reiterarme su alegría, su respeto... Eso me reanimó. Inkill Chumpi reinaba tal vez como dueña en mi antiguo palacio, ¡pero fuera de las paredes yo seguía siendo soberana!

Al verme estalló en sollozos.

—Qué alegría que hayas venido. Yo no podía. El Inca... ya sabes cómo es.

—Lo sabía, ya no lo sé. Tendrás que explicármelo. ¿Y a qué vienen esas lágrimas?

Inkill Chumpi gimió:

—¡Me guardas rencor!

—¿Por haber ocupado mi lugar? ¡Sería demasiado honor!

—¡Azarpay, Azarpay! ¡No me hables así! Yo te quiero, eres mi única amiga, sin ti estaría muerta... Al principio, cuando el Inca me instaló aquí, estaba deslumbrada. Ya ves, no te oculto nada... ¡El Inca! ¿Qué mujer resistiría a su divina brillantez? ¡Ser distinguida por él! Casi enseguida comprendí que me había elegido a mí, tan mediocre, sólo para vengarse mejor de ti. Porque éramos amigas. Una luna después, ya no me miraba. En realidad, no me miró nunca, no mira a ninguna de sus mujeres. Cuando la naturaleza lo enardece, hace llamar a cuatro o cinco, se distrae y las olvida. Ninguna retiene su atención. ¡Y, sin embargo, las hay jóvenes y bonitas! Te llevaste su corazón contigo, Azarpay. Todo el mundo lo sabe en la ciudad.

—Sin embargo, hace más de un año que ocupas mi palacio.

—¡Yo o cualquier otra, qué importa! ¡Pero ninguna de verdad, te digo! Azarpay, cuando supimos que Zara... Uno de los nuestros, de Cuzco...

—¿Cómo reaccionó Manco?

—Nos hizo llamar a mí y a Qhora, nos anunció la muerte de la niña y nos ordenó esconder nuestras lágrimas. Sólo nosotras dos conocemos los motivos exactos de tu marcha. Él no la menciona jamás. ¿Y quién hubiera osado hacer una pregunta, pronunciar tu nombre? Algunos creen que te envió a espiar a los hombres blancos; otros, las mujeres sobre todo, pensaron que lo habías engañado y que te había hecho ejecutar... Azarpay, tu hija...

Cada detalle me la recordaba. No podía mirar las colgaduras de las puertas sin verla acudiendo al sonido de mi voz, casi esperaba que apareciese...

Apresuré la despedida. Nos besamos. ¡Pobre Inkill Chumpi! ¡Se necesitaban más armas que su débil voluntad para seducir a Manco!

En los días que siguieron esperé una llamada discreta, un signo. Engañaba mi impaciencia con prolongadas abluciones. Me peinaba. Ensayaba mis atavíos. Inventariaba los cofrecillos de alhajas. Reconstruía mi apariencia. Qhora me observaba, suspirando. Un atardecer, cuando contemplaba el ocaso en el jardín, pensando que el mañana sería sin duda igual a hoy, murmuró, con su mejilla contra mi falda:

—¿Pensaste cómo ofendiste al Inca con tu conducta? Repites que te echó. Fuiste tú quien quiso marcharse, quien se rebeló... ¡Rebelarse contra el Inca! ¿Un dios limpia una afrenta como un hombre cualquiera una mancha de barro de su manto?

—Fue por Zara.

—¿Te indignaste en tu corazón cuando los hombres blancos se llevaron a Titu Cusi, su hijo bienamado, y él no intentó perseguir a los secuestradores? Tampoco podía hacerlo por Zara.

—Titu Cusi no era mi hijo. Una madre defiende a su hijo... Evidentemente, tú...

—Zara era la hija que yo no tendría jamás. Yo habría actuado como tú. Pero debes reconocer que el Inca no te perdonará.

—¡Vete, bruja! —aullé.

Cuando mi furor malvado se agotó, reflexioné. Qhora no estaba completamente equivocada. Comprendí que, en mi rencor concentrado en el ser de carne, el amante, el padre, había descuidado al dios. En efecto, padre Juan, es un pensamiento sacrílego el que os confío: a pesar de las observancias de lenguaje a las que me había obligado el uso, nunca consideré a Manco un dios. ¡Demasiado humano en sus pasiones! ¡Y demasiadas circunstancias en las que lo había visto

disminuido, despojado! La imagen del Inca no se adecua a las sombras. Pero poco importaba. Si era necesario renunciar a mi orgullo para halagar el suyo, lo haría.

Volví a casa de Inkill Chumpi y supe lo que necesitaba saber. En mi tercera visita, en lugar de entrar en mi antiguo palacio, ordené a los porteadores que me dejaran en los jardines. Y tomé el laberinto vegetal que comunicaba con una terraza plantada de arbustos y alegrada con fuentes cantarinas, que Manco, en nuestros tiempos, apreciaba por su refrescante soledad. Según Inkill Chumpi, seguía yendo todos los días a la misma hora, la hora malva del crepúsculo, que inclina al sosiego del alma.

Había cuidado mi aspecto para producir un buen efecto. Una túnica y una *lliclla* blancas. Ni un bordado, ni una alhaja, una simple trenza de lana sobre mis cabellos sueltos. Cuando Manco apareció, me arrojé a través del camino, como muerta. Un instante después oí su voz.

—Suponía que eras lo bastante inteligente para ahorrarnos una escena ridícula. Levántate.

—¿Para qué estar de pie cuando la luz del Inca se aleja y nos abandona en la oscuridad? —repliqué—. Soy tremendamente culpable hacia ti, señor. Pero ¿me has dado la oportunidad de implorar tu perdón?

—¡Azarpay, Azarpay! Te conozco. No sientes arrepentimiento ni remordimientos. Termina con esta comedia, te sienta mal.

—Señor...

—Escúchame —dijo Manco—. Cuando la jarra se rompe, se vacía. El corazón también. Levántate.

Obedecí. Su mirada pétrea me espantó. Me precipité a él y cogí su mano.

—¡Te amo! —exclamé—. No puedes...

—Hubiera podido desterrarte para siempre de esta ciudad, matarte. Yo lo puedo todo. Lo has olvidado.

—¡Se trataba de nuestra hija, de tu hija!

—¿Una hija debía contar para ti más que el deseo de tu señor? Yo creía que tu amor no tenía límites, Azarpay. Me has decepcionado.

—¡Sin embargo te lo di todo!

—¿Y no lo has recibido todo?

Dije, destrozada:

—Manco, te lo ruego, recuerda...

—No. Tengo memoria sólo para odiar. Vivirás aquí con honor, no esperes nada más. Ahora, vete y trata de adquirir el sentido común que te falta.

Martín de Salvedra vivía con los partidarios de Almagro. Eran cinco: Diego Méndez, Gómez Pérez, Francisco Barba, Cornejo y Monroy. No me gustaban aquellos hombres. Sentía en ellos una solapada podredumbre, miasmas maléficos. No obstante, por Martín, hacía detener mi litera cuando los encontraba.

Martín tenía un hermoso aspecto, llevaba unas ricas vestiduras europeas donadas por Manco, que realzaban una robustez formada en la adversidad. Desbordaba de agradecimiento.

—¡El Inca es tan generoso! A menudo nos invita a cenar y no deja de distribuirnos presentes. Y se interesa por todo. Mis compañeros le han enseñado el ajedrez, las damas, el juego de bolos...

Apuesto a que pronto los superará. Hasta empieza a hablar castellano.

—Me alegro por vos, Martín.

—¿Y vos, Azarpay?

Yo eludía la respuesta con tono desenvuelto.

—Tejo, bordo, me mantengo ocupada. ¿Se aburre uno acaso en un paisaje tan soberbio?

Martín suspiraba.

—A riesgo de parecer ingrato, diría que sí. ¡Se os ve tan poco!

—Tenéis a vuestros amigos... y mujeres. ¿Acaso el Inca no provee a todas vuestras necesidades?

—Tengo pocas necesidades... Azarpay, cuando pienso en nuestra deliciosa caminata con Maita...

—No penséis demasiado. Los recuerdos son más molestos que útiles. Hasta pronto.

Y hacía una seña a los porteadores.

Alrededor de dos lunas después de nuestra llegada, Manco atravesó la explanada con sus guerreros, sus estandartes, sus caracolas y sus tambores.

¿Adónde iba? Lo ignoraba. ¡Yo me había sentado a la derecha del Inca y ahora sabía menos que sus sirvientes! En un sentido era un castigo peor que la muerte o la exclusión, y estaba segura de que Manco lo había elegido deliberadamente.

Pero aquello me enardecía. ¿Creía que iba a resignarme a no ser más que un florero en su hornacina? Resignarse es aceptar la derrota. Yo no la aceptaba. ¡Algún día, de una u otra manera, triunfaría sobre su voluntad! En esa perspectiva, trataba de estar al corriente de los rumores, de las intrigas de la corte. Qhora, que conservaba sus amistades entre los domésticos del palacio, era mi informante. Fue ella quien, al día siguiente de la partida de Manco, me anunció la ejecución del joven Diego de Almagro, decapitado en la plaza mayor de Cuzco.

—El Inca ha partido para distraer su cólera —dijo—. Tendremos prisioneros.

Imaginé enseguida la pena de Martín.

—Ve a buscarlo —ordené.

Qhora hizo girar sus ojos espantados.

—El Inca...

—¡Yo soy mi única dueña! Cuando Zara... Si he podido llevar a la niña a mi *ayllu*, si descansa tranquila y feliz, es gracias a Martín. Además, el Inca... Si indicas a Martín las sendas y viene por el jardín hasta la dependencia donde he instalado mi telar, ¿quién lo verá?

—Las sirvientas...

—Las sirvientas no se atreven a desobedecer mis órdenes y rondar cerca de la dependencia cuando tiño o tejo. Necesito silencio para concentrarme, ellas lo saben y tú también... Vamos, anda, no te enfades, Martín entiende algunas palabras de nuestra lengua, comprenderá.

Así empezaron las visitas clandestinas de Martín de Salvedra. Al comienzo, me inspiró pura amistad. Después, al placer de su compañía se añadió el goce perverso de burlarme de Manco. En sus primeras visitas hablamos sobre todo del joven Diego de Almagro.

—Diego —decía Martín— se creía el campeón de una causa justa. En realidad, su nombre no ha sido más que el portaestandarte de otras ambiciones... Siempre las mismas. ¡Recuperar lo que ya habíamos quitado a aquellos que nos lo habían quitado primero! Abatido Pizarro, un acuerdo entre el

Inca y Diego hubiese aportado una solución razonable a nuestros problemas y a los vuestros. La revancha ha prevalecido. Qué queréis, a los veinte años, mal aconsejado, la cabeza de Diego se envaneció. Poneos en su lugar: Lima, que la víspera nos consideraba unos parias, tuvo para con él los ojos de una coqueta. Nos instalamos en el palacio de Pizarro...

—¿Cómo procedisteis... quiero decir, para matar a Pizarro?

—¿De veras os interesa? Fue un domingo. Nos alojábamos sobre la plaza de la catedral, casi junto al palacio, pero no creáis... ¡Entre el tugurio que ocupábamos nosotros y la residencia de Pizarro había la misma diferencia que entre nuestras situaciones respectivas! Proyectábamos atacarlo en el camino a misa. ¿Sospechó algo? Anunció que no iría a misa. Vimos perdida la ocasión. Nuestra tensión aumentó. Allí estábamos, masticando y masticando nuestro odio, cuando uno de los nuestros se levantó y gritó: «¡Hay que terminar, es él o pronto seremos nosotros!». Aún teníamos puestas las corazas, tomamos nuestras alabardas, había también dos ballestas y un arcabuz, y nos lanzamos hacia la plaza.

—¿Cuántos erais?

—Menos de veinte. Diego no estaba con nosotros. ¡Fue ejecutado por un crimen que se cometió sin él! La misa había acabado y quedaba poca gente frente a la catedral. Yo estaba sobreexcitado y gritaba como los otros: «¡Viva el Rey! ¡Abajo los tiranos!». El deseo de matar me ardía en las sienes, no tenía más que eso en la cabeza: ¡matar! Un paje nos vio y se precipitó al interior del palacio para dar la alarma. Lo seguimos. Arremetimos por la escalera. Se oyó un portazo. Era la puerta del salón, que se cerraba. El domingo, día del Señor, Pizarro acostumbraba recibir. Al oír nuestras voces y el ruido que hacíamos detrás de la puerta, sus comensales, que estaban desarmados, huyeron por ventanas y patios, lo digo a disgusto por su honor... Fue entonces cuando volvió a abrirse la puerta. El capitán Chávez, encargado de defender la entrada al salón, ¿abrió la puerta por aturdimiento o para salvar su vida? Nunca se sabrá. Inmediatamente le cortaron la garganta. Entramos en el salón. No había nadie. Mis piernas ya no me sostenían tan bien. Sentí como un malestar de estómago. Fuimos de cuarto en cuarto hasta un reducto en el que, sin duda, Pizarro consideraba que le sería más fácil parar el ataque. Allí estaba, con dos pajes y el último de sus hermanos. Los pajes y Alcántara fueron inmediatamente atravesados. ¡No quedó más que aquel anciano de setenta y tres años, grande, seco, imperturbable, que blandía su espada, y si la hubiera dirigido hacia mí, os lo juro, Azarpay, no habría hecho ni un gesto para esquivarla! Yo intentaba reunir mi odio, mis agravios, pero estaba vacío como una cáscara de nuez... Pizarro resistía... Irritado por esa obstinación, uno de los nuestros empujó hacia su espada al compañero que tenía delante. Pizarro lo ensartó y, al hacerlo, se descubrió y recibió el golpe fatal en la garganta. Prefiero no hablar de la manera en que enseguida se encarnizaron con él. Al fin, cayó. Todavía tuvo fuerzas para dibujar en las baldosas una cruz con su sangre antes de expirar. No fue agradable.

—Pero vos deseabais su muerte, Martín.

—No así. Algo más limpio.

—¿Os parece que Pizarro actuó con limpieza cuando, dejó que estrangularan al viejo Almagro en su celda?

—No. No, por supuesto. Pero al imitar a aquellos cuyos actos despreciamos, ¿no nos volvemos igual que ellos? Ese encarnizamiento... ¡Y ahora, el hijo de Almagro decapitado, sin contar a tantos

válientes soldados sacrificados a nuestras rivalidades! ¿Cuándo terminaremos de matarnos mutuamente?

—Los dioses se vengan —dictaminé—. Nuestro oro empuja uno a uno a vuestros jefes a la tumba, y no es más que justicia. Si los españoles se hubieran quedado en su tierra...

—Yo no os habría conocido —señaló Martín. Y su rostro se iluminó.

Manco regresó y las visitas de Martín cesaron. Mis tejidos se beneficiaron. Terminé un encaje de algodón, tan fino que la pieza entera cabía en mis manos. Hice con él una *lliclla*, la bordé con pájaros y flores de hilos de oro y plata y, al no tener ocasión de lucirla, la guardé.

Luego comencé una túnica. Había cuidado especialmente los baños de tinte, insistiendo en la cochinilla y la cáscara de agnocasto hasta obtener un ocre rojizo brillante. Decidí trabajar la lana de la manera que en vuestro país se llama «realce». En realidad, si me obstinaba en aquel trabajo complicado, que exige mucha destreza, era para intentar escapar de mis pensamientos.

La soledad me pesaba o, más bien, digamos las cosas crudamente, me hacía falta un hombre. Mi castidad duraba desde hacía mucho tiempo. Esta confesión, viniendo de una mujer, os choca, ¿verdad, padre Juan? ¡Sabed que sí, entre nosotros como entre vosotros, la superioridad del macho es incuestionable, por lo menos se reconoce a las mujeres ciertas necesidades naturales y no se las ahoga bajo vuestros sacrosantos e hipócritas principios!

Sin embargo, nunca había pensado en Martín como posible amante, y tampoco lo pensaba cuando lo hice buscar por Qhora. Él acudió. Yo estaba con mi labor. Mientras desataba la tira que me ataba al telar, él se inclinó para admirar la obra. Me levanté y me volví. Ese movimiento me empujó contra él. Nuestros bustos se rozaron. De Martín se desprendía un olor a hombre, mezclado con otros, picantes, de las plantas aromáticas que abundan en los senderos. Sentí un súbito calor en el cuerpo... una extrañeza, si puedo traducir así una sensación que conocía bien, pero que no correspondía en absoluto al sentimiento fraternal que tenía por Martín.

Él ya retrocedía. Me acerqué y le tendí las manos.

—¡Martín, qué placer veros!

Me cogió las manos y las besó.

—Azarpay, me habéis llamado y he venido. ¿Es razonable? El Inca...

—El Inca, seguramente lo sabéis, me ignora...

Reí. Cien pícaros demonios me hacían cosquillas en los riñones.

—Habéis progresado, Martín. ¡Estáis al corriente de nuestras costumbres! En efecto, recibir a un hombre podría traerme contratiempos, pero para mí no hay peor contratiempo que el aburrimiento, y os añoraba... Pero no querría... Si lo estimáis preferible por vuestra seguridad...

El rubor le subió a la cara.

—¡Me consideráis cobarde hasta ese punto!

—Prudente, simplemente.

—¡Prudente! —repitió—. Cuando por vos...

¡Pobre querido Martín! Me parece verlo, con la indignación oscureciendo sus ojos castaño claro, debatiéndose entre el deseo de justificarse con palabras y el temor de pronunciarlas.

—No os enfadéis —le dije—. No es un reproche. Vuestra posición es delicada. Yo comprendería muy bien...

Me interrumpió:

—¡Qué me importan los riesgos, qué me importa el Inca! El primer día, en Cajamarca, cuando Villalcázar me llevó hacia él y os vi... ¡Qué instante maravilloso! Y después... ¡Vuestra belleza se adorna con tanta inteligencia, coraje, sensibilidad, sirve de estuche a tantos valores! Yo no habría podido amar, amar con mi corazón, por hermosa que fuera, a una mujer cruel, egoísta, coqueta...

—Pero también soy así, Martín.

—¡Sois maravillosa! Así que no me habléis de prudencia. No era en mí en quien pensaba. Os amo tanto como para sacrificar la dicha de pasar algunas horas con vos...

Lo miré. Él bajó los ojos.

—He hecho mal, me había jurado... Es grotesco. Por favor, perdonadme y olvidad lo que os he dicho. Un hombre como yo... ¡Qué es el amor de un hombre como yo para una mujer como vos!

Me acerqué. Quitadme mis años, padre Juan. Un hombre, incluso tímido y mojigato en extremo, ¿era capaz de resistirme? Nunca pregunté a Martín si había conocido otras mujeres. No lo creo. Con el tiempo, conseguí convertirlo en un amante no demasiado torpe. Además, el peligro que presentaban nuestras relaciones bastaba para darles sabor.

Había descubierto, con voluptuosidad, un juego suicida. Retrospectivamente, pienso qué desesperada debía de estar para haber cometido semejante locura. No ignoraba lo que nos esperaba si nos sorprendían. Morir atados, desnudos, colgados de los cabellos (o más bien de los pies, dado que Martín tenía el cabello corto). ¡Colgados, entonces, cabeza abajo en la punta de alguna roca, hasta que la sed, el frío, los sufrimientos, nos destruyeran, no es el tipo de muerte que uno corre a buscar! Pero en aquel entonces, esos tormentos me parecían sin importancia comparados con la negra tempestad que sacudiría a Manco, públicamente escarnecido, igual como él me había repudiado. Imaginar su humillación era tan deleitoso como plantarle los dientes en la carne. Un golpe del que ni el hombre ni el dios se recobrarían.

¿Y Martín, y Qhora, me diréis? No sentía ningún remordimiento. Estaban encadenados a mi barca, irían donde yo fuera. Me doy cuenta, padre Juan, de que os estoy pintando un cuadro muy sombrío de aquella relación, tal vez porque me cuesta más evocar los momentos tiernos. Nuestras conversaciones eran lo mejor. Me gusta aprender, y Martín me enseñó mucho sobre España, su historia, su geografía, sus costumbres, también sobre vuestra religión. Villalcázar nunca se preocupó por enseñarme nada, si no era a conducirme bien en la cama.

Conversando así, adquirí un excelente dominio del castellano y de sus matices. Ya no tenía que buscar las palabras, venían solas. Mi espíritu acumulaba esos conocimientos con el placer que otros experimentan al coleccionar objetos inútiles... Relegada por Manco a la categoría de insignificancia, no veía en qué me podrían servir. Pero los dioses sí lo sabían.

Fue al evocar su medio familiar cuando me habló un día de su hermana y de Villalcázar.

—Nuestros padres eran pobres. Mi hermana... Su belleza, su carácter, no se contentaban con la miseria digna que es el destino de la mayor parte de los pequeños gentileshombres en España. Y, naturalmente, hacía comparaciones con la rama mayor de nuestra familia, de la que descendían los padres de Villalcázar. Ellos vivían con desahogo. Puso la mirada en él y se juró que lo conseguiría. Todas las jóvenes de los alrededores compartían la misma ambición, sobre todo porque era un muchacho de aspecto soberbio, con esa vivacidad, esa audacia, que gustan a las mujeres. Mi

hermana, para lograr su objetivo, hizo lo que las otras no habían hecho: se ofreció. Poco después le anunció que estaba embarazada. En aquel tiempo, Villalcázar tenía sentido de la honestidad y se casó con ella. Su madre, que esperaba una nuera con dote, se encargó de informarle, después de un espionaje de sirvientas, de que había sido engañado: su mujer no esperaba ningún heredero. Siguió una escena espantosa. Villalcázar se embarcó hacia el Nuevo Mundo. Mi hermana... ¡Dios tenga piedad de su alma!, fue culpable en gran medida. Destruyó en él la nobleza, la bondad y toda la fe en el ser humano. La desdichada bien que lo pagó. Villalcázar no volvió jamás a España. Ella quedó sola, atrapada en su propio lazo, enamorada de un hombre al que había perdido, desacreditada entre los suyos... Y pagó aún más cuando Villalcázar, unos veinte años después, la hizo venir a Cuzco para obedecer nuestras leyes que, en el Nuevo Mundo, prescriben que todo propietario instale a su mujer en su hogar o se case si aún no lo está...

De la hermana de Martín yo no había visto más que el cadáver, una forma alargada en un ataúd, unos cabellos rubios formando bucles y dos manos escuálidas cruzadas sobre un crucifijo. Pero esa imagen, asociada en mi memoria a la muerte de Zara, me resultaba cruel.

Sumido, él también, en sus recuerdos, Martín proseguía:

—Mi hermana llegó con su escasa salud consumida por los rigores del viaje. Hay que contar alrededor de seis meses para ir de España al Perú. No se hacía ilusiones. ¡Pero ir del brazo de un marido, aunque no fuera más que para los deberes de representación, le parecía mucho después del purgatorio que había vivido! En Cuzco, en vez de purgatorio encontró el infierno: una casa hormigueante de concubinas, un hombre habitado por una pasión insensata que el tiempo, en lugar de tranquilizar, exacerbaba... ¡Cuando Villalcázar bebía, es decir, casi todas las noches, entraba en las habitaciones de mi hermana y, delante de la pobre mujer, se dedicaba a celebrar vuestros encantos y a maldeciros! Hasta había hecho pintar, sin que vos lo supierais, varios retratos vuestros cuando aún estabais en Cuzco, me lo dijo mi hermana. Conserva sólo uno, que ha colgado encima de su cama. Bastante parecido; lo vi cuando ella me llamó... ¡Azarpay! ¿Qué tenéis? ¡Dios mío! ¡Qué bruto soy! Y me había prometido no recordaros jamás todo lo que tuviera relación con ese día terrible...

Dije con esfuerzo:

—¿Creéis que está vivo?

El odio había vuelto y me anudaba el vientre. ¡Pensar que Villalcázar vivía, que tenía mi retrato en su cuarto, que retozaba debajo con sus mujeres! A menos que hubiera tenido la decencia de descolgarlo después de que Zara... ¡Él vivo y mi hijita, muerta!

—¿Vivo? —repitió Martín—. Me han dicho que habría sido herido en la batalla de Chupas, en la que luchaba, evidentemente contra nosotros, junto al representante de la Corona, pero después...

Entonces le conté mi locura de ir a Cuzco con el padre de mi padre en el momento de la muerte de Pizarro.

—¡Qué curiosa es la sucesión de los acontecimientos! —dije—. Ahora pienso que si vos no hubierais suprimido a Pizarro, Villalcázar no habría salido hacia Lima, me habría recibido y, tal vez, yo habría podido matarlo.

Martín me estrechó en sus brazos.

—Me siento feliz de que no lo hayáis hecho. Matar a sangre fría no causa más que repugnancia. Una mujer como vos...

Me solté y bromeé.

—¡Una mujer como yo! Siempre decís eso, Martín, pero ¿conocéis a la mujer que soy verdaderamente?

El nuevo año, luna tras luna, se inscribió en el cielo. Otro comenzó. En el mes de la cosecha, Martín apareció un día, muy agitado.

—¡Azarpay! Un virrey nombrado por Su Majestad ha desembarcado en el Perú. Es portador de ordenanzas que favorecen a vuestro pueblo y está comisionado para tratar con el Inca. Lo ha sabido ayer por uno de sus espías. Parece dispuesto a parlamentar.

—Con Manco nunca se sabe —comenté.

La actitud displicente que yo había adoptado cedió al día siguiente. La litera de un dignatario se detuvo ante mi puerta y dejó el mensaje que ya había dejado de esperar, después de haberlo hecho tanto: el Inca me convocaba a su palacio aquella misma tarde.

Imaginad, padre Juan, a un prisionero acucillado en su calabozo, a diez metros bajo tierra, a quien anuncian que volverá a ver la luz, imaginad... no sé qué os colmaría... Bien, por ejemplo, ¿que todas las almas del Perú cayeran en vuestra red! ¡En suma, imaginad que ocurre lo impensable, lo imposible, y tocaréis de cerca la euforia que me agitaba!

Como toda mujer, hice que mi arreglo se ajustara a mi estado de ánimo. Hice hervir mis cabellos en jugo de hierbas. Envié a las sirvientas a recoger orquídeas, saqué veinte túnicas, ordené mis cinturones, vacié mis cofres de alhajas... Estaba febril, indecisa, enloquecida de dicha. Qhora me observaba con mirada sarcástica.

—No vas a una fiesta —repetía.

Después de reflexionar, juzgué más hábil y digno disimular. Quité las flores de mis cabellos, despojé de lo superfluo mis orejas, mi cuello, mis muñecas, y elegí una vestimenta sencilla. La única concesión a mi orgullo fue una línea fina, trazada del ángulo de los ojos a las sienes con *ichma* en polvo. Sólo las princesas tienen derecho a ese maquillaje de encantador color carmesí. En el tiempo feliz de nuestros amores, Manco me había autorizado a usarlo derogando la disposición. ¡Eso le recordaría cuánto, entonces, la fuerza de su deseo lo doblegaba hacia mí!

En el palacio me condujeron a la gran galería cubierta, de donde la vista saltaba de los bosquecillos rocallosos hasta las lejanías que las cascadas cubrían con una cortina de agua. Manco estaba sentado en su banco de granito rosa. Los cinco españoles y Martín se descubrieron a mi entrada. Las mujeres llenaban los vasos de *chicha*. Me acerqué y me incliné. Una mujer trajo una estera y me acucillé. Desde la escena del jardín no había vuelto a ver a Manco de cerca. Recuerdo que llevaba un sedoso manto negro hecho con lana de vicuña. El tiempo lo había enriquecido en majestad, pero aquel hermoso rostro hermético se parecía muy poco a la afable fisonomía de su juventud.

Entró en el tema sin preámbulo ni cortesías.

—Debes saber, Azarpay, que nuestra situación toma un nuevo giro. El soberano de España parece preocuparse por fin por nuestros derechos. Nos envía a un señor investido de poderes extraordinarios. Estos hombres, aquí presentes, se proponen negociar en mi nombre y obtener la devolución de nuestra corte en Cuzco... ¡Naturalmente, piensan ante todo en su propia amnistía! Pero no tengo intenciones de ofrecérsela suscribiendo transacciones desiguales. Las condiciones del

tratado serán estudiadas punto por punto. No poseo la práctica de su lengua necesaria para ello. En cuanto a un intérprete... No son solamente las palabras lo que hay que traducir sino su verdadero sentido. Tú eres la única entre nosotros que has tratado lo suficiente a los españoles para descubrir sus astucias. Estos hombres parecen llenos de sinceridad y de gratitud y, sin embargo, un hombre blanco no será jamás otra cosa que un hombre blanco. Por lo tanto, asistirás a nuestros debates.

Besé la sandalia y el borde del manto de Manco. Le aseguré mi lealtad y le agradecí su confianza, ocultando mi exultación bajo el mismo tono frío, impersonal, adoptado por él.

Un halo de oro nimba en mis recuerdos los días que siguieron. Estaba en el palacio desde la mañana y regresaba a mi casa a la luz de las antorchas. Qhora me esperaba y me interrogaba.

—¿Habéis hablado...?

—¡Qué pregunta! ¡Tengo la garganta seca!

—Quiero decir, ¿el Inca te ha dicho algo... algo que indique que, además de los servicios que le prestas...?

—¡Qhora! ¿Los dioses te han colocado a mi lado para recordarme que la existencia no es más que un pantano? En este momento, la mirada de Manco se dirige hacia Cuzco... Lo esencial es que me necesite y, sobre todo, que se digne admitirlo. Ya vendrá el resto. ¡Los dignatarios no se engañan! De pronto han recobrado la memoria y me asedian con cortesías.

Diego Méndez, por su personalidad, se afirmaba como el jefe de los cinco españoles. De modo que fue él quien marchó hacia Lima en embajada ante el virrey.

Esperando su regreso, volví a mi trabajo en el telar. Martín se presentó. Morir colgada de los cabellos o de los pies ya no me tentaba. Había una probabilidad de recuperar mis privilegios, mi importancia y, tal vez, a Manco. Despedí a Martín. Con dulzura... y promesas que yo deseaba ardientemente no cumplir. Fue duro. Habría preferido insultos a su resignación.

Diego Méndez regresó. Nada me gustaba en aquel español de una corpulencia malsana, de cabellos rojos y ralos, que sumergía su barba en la *chicha*, mezclaba arrogancia y groserías, y del que era inútil buscar la mirada pálida bajo las pestañas caídas.

Pero ¡cómo no recibir amistosamente a un hombre que nos traía la paz y, con su voz resonante como mil trompetas, reabría ante nosotros las puertas de Cuzco!

Diez años de lucha entre el Inca y Su Majestad de España estaban a punto de terminar. El heroísmo y la obstinación de Manco triunfaban. Es verdad que habría que contemplar también los intereses de la Corona, evaluar la división de poderes, pero compartir vale más que blandir un puño vacío, y Manco parecía haberlo comprendido finalmente. Comenzaron los preparativos del viaje. Manco me advirtió que yo lo acompañaría a Lima para servir de intérprete entre él y el virrey. ¡Sol, Sol! Mi litera navegaba sobre plumas rosadas, yo ya no tocaba la tierra.

Y llegó aquella mañana en la que todo se tambaleó. Fue justo cuatro días antes de la partida. Yo descansaba en mi cuarto.

La noche anterior, Qhora me había embadurnado el rostro con un emplasto compuesto por ella que debía atenuar los efectos de la edad... ¡Reíd, reíd, padre Juan! ¡Las arrugas acentúan la virilidad del hombre, pero en una mujer son cuchilladas contra su seducción! Así que yo estaba allí, dejando que mi imaginación volara hacia encantadoras perspectivas, cuando apareció Qhora.

—El extranjero está en tu taller.

—¿Martín?

—¡Que yo sepa, no recibes a otros!

Me levanté.

—Sin embargo, le había dicho...

Me arranqué el emplasto, que se desprendió como una piel, y salí corriendo. Estaba furiosa y maldecía a Martín. Durante más de un año lo había tenido en mis brazos con despreocupación. Ahora, con sólo saberlo en mi casa, sentía que el suelo se movía bajo mis pies.

Entré en el taller.

—Martín, os había dicho...

—Azarpay, acabo de sorprender una conversación de mis compatriotas. A mí no me dicen nada. Conviene advertir al Inca. Diego Méndez y sus amigos planean asesinarlo.

—¿Asesinar a Manco? ¿Os he oído bien?

—Sí.

Me apoyé en la pared.

—¡Esto parece...! ¿Y cómo piensan salir de eso? Son sólo cinco.

—No he oído nada más.

—¡No tiene sentido! ¿Qué interés tendrían?

—Azarpay, reflexionad. Para España, la desaparición del Inca resolvería de una manera radical los problemas que plantea la causa indígena, de la que él es el único defensor. ¡En realidad, Diego Méndez ha ido a Lima para negociar esa muerte! Asesinato por asesinato. ¡El del Inca borraría el de Pizarro! ¿O es a instigación del virrey? Lo ignoro. Lo que es seguro, según los comentarios que he podido captar, es que con eso conseguirán su rehabilitación y ventajas sustanciales. ¡Esos miserables! ¡Corresponder así a las bondades del Inca...! Siento vergüenza...

—Martín, voy al palacio. Vos regresad. Es necesario que no sospechen, podrían vengarse en vos.

—¡Oh, yo...! —dijo Martín.

Vuelvo a ver a menudo la expresión de cansancio de su boca. Vuelvo a verla y me siento mal. No sabré jamás si Manco tuvo en cuenta o no mi advertencia. Con los ojos clavados en el suelo, el alma como ausente del cuerpo, me escuchó y me despidió.

Pasé el día angustiada y volví al palacio a la mañana siguiente. Manco no me recibió. Al subir otra vez a mi litera, tropecé, y los malos presagios no dejaron de multiplicarse. Varias veces tuve estremecimientos en todo el cuerpo y silbidos en los oídos, pisé un escorpión, una sirvienta bostezó tres veces ante mí, dos arañas... Me detengo, os aburro. Los europeos no sienten como nosotros, no saben interpretar los signos que la desdicha coloca ante ellos, se ríen, y hacen mal.

Agotada, me acosté temprano. A lo lejos, oí un concierto de flautas procedente del palacio. Manco ofrecía un gran banquete en honor de sus huéspedes españoles, un banquete que cerraba las festividades y ceremonias propiciatorias que se habían sucedido desde el anuncio de nuestra marcha. La música me reconfortó un poco.

¿Lo habéis notado, padre Juan? La mayor parte de los acontecimientos trágicos que han jalonado mi existencia me han sorprendido en pleno sueño.

Estaba por lo tanto atontada, despeinada, temblorosa, cuando los portadores me depositaron aquella noche fatal en los jardines del Inca, donde habíamos disfrutado juntos tan dulces horas. Eché

a correr. Las mujeres se apartaron y yo caí de rodillas. El manto y la túnica de Manco estaban rojos de sangre, pero él respiraba. El gran sacerdote me levantó. Los médicos rodearon a Manco. Permanecí entre los dignatarios mudos y los criados, que aullaban.

Traté de reaccionar. Había temido lo peor. Pero lo peor había pasado... ¡Manco vivía!

Me lo repetía y me lo repetía, buscando a Martín con los ojos. Ya sabía, por el servidor enviado por Inkill Chumpi para avisarme, que los españoles eran los autores del atentado, pero Martín... Su ausencia me decidió a romper el silencio agobiado de los dignatarios.

He aquí un resumen de sus relatos del drama: después del banquete, Manco había organizado un partido de bolos, su distracción favorita. Diego Méndez le ganó una pieza de oro a Manco, la perdió, se encolerizó... A partir de ahí, los testimonios divergen. Según unos, Diego Méndez se había lanzado sobre Manco, hiriéndolo con su daga; según otros, Manco, descubriendo un presagio funesto en el desarrollo del partido, había dado orden a su guardia de suprimir a los españoles, y fue entonces cuando Diego Méndez y sus compañeros se arrojaron sobre él y lo apuñalaron...

¿Pero Martín...? Los brazos señalaron una hoguera que adquiriría un tinte rojizo en la cuesta.

«Los hombres blancos han logrado escapar a los guardias y se han refugiado en la casa que el Inca les había asignado como residencia. Mira, está ardiendo. Los guardias la han incendiado y la rodean. Cuando el fuego obligue a los hombres blancos a salir, los matarán».

Me precipité hacia allí. Pasadas las terrazas, bajé por uno de los senderos que conducían a la casa. No tuve que ir lejos. Una masa oscura caída sobre un matorral bajo me detuvo. Una espada o una lanza había atravesado a Martín entre los omóplatos. Aparté su ropa. El corazón ya no latía. Me senté en el suelo y me quedé allí, acunando a Martín contra mí, como había acunado el cuerpo de mi hija.

Luego tuvo lugar el lento, el siniestro desfile de los adioses. Toda la corte en duelo se inclinó sobre el lecho de Manco para recoger su aliento y sus palabras. Al fin, él me reclamó. Besé sus manos, que me habían estrechado tan poderosamente y que la agonía crispaba.

—Azarpay, aquí está tu nuevo Inca. Sírvele en todo... Y tú, hijo, pide consejo a esta mujer, que es clarividencia, habilidad e inteligencia.

Desatinada, olvidando la etiqueta, busqué la mirada del Inca. Él bajó los párpados. El Inca se dignaba reconocerme algún mérito, pero no perdonaba.

Sus despojos embalsamados fueron colocados en el Templo del Sol.

Martín descansa al pie de un pisonay. Obtuve la autorización para enterrarlo según vuestros ritos. Sobre su tumba, recité un avemaría. Él me había enseñado las palabras, que yo encontraba poéticas. Y planté una cruz.

Si vuestro dios existe, padre Juan, Martín debe de estar a su diestra. Si no es más que una engañifa, estoy segura de que nuestros dioses se han alegrado de guiar su alma bella y pura hacia los verdes paraísos. Fue, como Manco, víctima de la codicia de los vuestros.

Padre Juan, mañana por la noche, durante nuestro último alto, acabaré este relato. Tal vez os arrepentiréis de vuestra curiosidad. Será demasiado tarde. Habéis querido saber, sabréis.

Manco sobrevivió sólo cinco días a sus heridas. Poco antes de su muerte, según nuestras costumbres, reconoció por señor y dueño a su hijo mayor legítimo, el joven Sayri Tupac.

Padre Juan de Mendoza, 13 de octubre de 1572.

¡Barbarie, barbarie! Pero te lo pregunto, Señor, ¿quiénes son los bárbaros? ¿Estos indios cuya alma está aún en terreno baldío o aquellos sobre quienes has derramado Tu luz con generosidad y a quienes el oro y la ambición han vuelto sordos a Tus enseñanzas?

La que yo era murió a la muerte de Manco. Nació la que soy.

Después de un período de dolor y de duelo, comprendí que mi lugar ya no estaba en nuestra ciudad. ¿Qué debía esperar sino llevar en ella la existencia de reclusa ofrecida a las antiguas favoritas? Honores, privilegios, respeto... Esas perspectivas con olor a rancio me sublevaban. Todavía me sentía joven de cuerpo, con el espíritu inquieto, y pensaba merecer algo mejor que la sombra y el olvido. ¡Pretensión increíble para una mujer privada de todo sostén masculino! Era consciente de ello, pero el orgullo y el odio me empujaban a sacudir mis costumbres y a perseguir un destino que, de nuevo, se me escabullía.

¡No os imaginéis, padre Juan, que una vez llegada a tales conclusiones amontoné mis riquezas sobre las espaldas de los portadores y me fui! Eso no ocurre así en nuestras comunidades. Necesitaba el consentimiento de los míos y hacer mis planes.

Fuera de este monte, los vuestros estaban por todas partes y, seguramente, ¡poco dispuestos a estrecharme contra su corazón!

Yo no concebía otro destino que Cuzco. Partiendo de esa base, esboqué las grandes líneas de mi proyecto. Lo más difícil fue ordenarlas. Cuando me faltaba inspiración o los riesgos me hacían dudar de que mi proyecto fuera posible, me dirigía a la tumba de Martín o trepaba por las terrazas al pie de la roca donde las cabezas barbudas de Diego Méndez y sus cómplices, clavadas en picas, se desecaban al viento y al frío. Entonces me volvían las fuerzas.

Una vez listo mi plan, solicité una entrevista con Atoc Supay, un gran dignatario elegido por Manco entre su familia para asegurar la regencia, ya que el nuevo Inca tenía sólo diez años. Este detalle estremecerá a los virtuosos, pero contrariamente a las realezas europeas, que a veces parecen tener dificultades para engendrar un heredero viable y normalmente constituido, en cambio algunos de nuestros Incas han tenido hasta doscientos hijos. Esta superabundancia se explica por el número, la variedad y la belleza de sus mujeres. ¡Como los hijos a su vez se multiplicaban, os dejo calcular la cifra colosal que alcanzaba la parentela del Inca reinante! Esta parentela formaba lo esencial de su corte. Evidentemente, no todos los varones (descartemos el despreciable sexo femenino cuya progenitura no contaba) podían pretender alcanzar el brillo celestial. Algunos no tenían más que su ascendencia para iluminar su mediocridad, pero muchos, entre los cuales se reclutaban los gobernadores de provincia, los capitanes de ejército y los principales funcionarios, poseían la inteligencia, la inflexibilidad y la cautela que hacen a los jefes. El regente, Atoc Supay, era de estos últimos.

Me he preguntado a menudo acerca de las razones que lo indujeron a darme su consentimiento. ¿Me consideraba capaz de realizar una obra útil o fue la ocasión de desembarazarse de una mujer

molesta, cuya personalidad, tan estrechamente ligada a los tiempos heroicos de Manco, era capaz de estropear la influencia que él ejercía sobre el joven Inca?

Fuera como fuese, obtuve lo que quería: mi libertad de acción y las informaciones indispensables para intentar la aventura. Las que me proporcionaron nuestros espías me obligaron a retrasar mi marcha. No estábamos lejos del segundo aniversario de la muerte de Manco cuando llegué con Qhora a mi palacio de Yucay. Volver a ver aquellos lugares, reencontrarme con Marca Vichay, mi querido *cañari*, después de tantos años...

—¡Tantos años, Marca Vichay! —repetía yo, reteniendo mis lágrimas por dignidad.

—Catorce, señora Azarpay. Hace catorce años que tuve la inmensa dicha de servirte bajo tu techo. Y han pasado doce años desde que nos encontramos en Cuzco, justo después de la entronización de Manco Inca.

Precedidas por Marca Vichay, penetramos en la gran sala. Los muebles, amontonados y alineados contra la pared, empequeñecían la pieza que yo había conocido tan noble en su despojamiento. Unos españoles jugaban a la taba y bebían vino ante una mesa. No tuvieron ni una mirada para nuestra ropa ordinaria de campesinas. Marca Vichay se detuvo. Se inclinó, intercambié algunas palabras en buen castellano con los jugadores y llenó las copas, sonriendo. Admiré la representación que me brindaba. ¿Quién hubiera creído que era de los nuestros al ver su diligencia?

Los años lo habían beneficiado. La última vez que lo había visto era joven y no poseía nada, ni siquiera la ropa que lo cubría. Ahora se trataba de un hombre orgulloso, con poder, con gestos amables, vestido de fina lana y cuya autoridad, gracias a su aparente adhesión a los vencedores, se extendía sobre numerosas aldeas. Eso permitía a nuestros correos y espías atravesar impunemente el valle cuando iban y venían de nuestra ciudad a Cuzco.

Único recuerdo del pasado: Marca Vichay lucía siempre sus cabellos largos, brillantes, retorcidos en un rodete, con su círculo de madera y sus trenzas de lana multicolores flotando sobre la nuca.

Cuando se reunió con nosotras, murmuré:

—¡Salgamos! ¡Esos hombres aquí..., me ahogo!

Cogimos la escalera que conducía a los baños. No había sido reparada. Las heridas de la piedra y el suelo destrozado testimoniaban la rabia con que los españoles se habían encarnizado en su búsqueda del menor asomo de oro. No quise subir hasta las terrazas. Los jardines no eran más que terrenos baldíos y zarzales. Unos caballos pastaban en la hierba salvaje.

—Lo lamento mucho, señora Azarpay —se quejó Marca Vichay—. Es imposible hacerles comprender...

Me enderecé.

—Pronto, te lo juro por mi vida, esos bribones estarán fuera de aquí. ¡Ellos, sus animales, sus ruidos, sus olores...! Vamos a tu casa.

Un poco apartada del palacio, Marca Vichay se había hecho construir una vivienda. Sus mujeres acudieron. Graciosas, arregladas... Una tras otra besaron el borde de mi túnica embarrada.

—¿Estás seguro de que ellas no dirán nada? —murmuré.

Los grandes labios de Marca Vichay se fruncieron.

—Son jóvenes y aman la vida.

Me sirvió él mismo mis platos preferidos y unas magníficas frutas cubiertas con miel extraída del maíz de Yucay, el mejor maíz del mundo. Después de comer, despidió a sus mujeres.

Los españoles se habían marchado. Aprovechamos para volver al palacio. Mientras Marca Vichay vigilaba, bajé a la sala secreta donde estaban escondidos mi oro y mis cosas preciosas. Todo seguía allí. Quería asegurarme antes de confiarme más. Luego volvimos a su casa.

Yo no quería detenerme en los años pasados, en los que hasta las alegrías se habían transformado en penas. Le dije sólo lo que él necesitaba saber y nos dedicamos a mis proyectos.

—Lo que tú hagas está bien —recalcó Marca Vichay.

No había perdido mi poder sobre él. Lo sentí, con el corazón acariciado por un dulce placer. Os lo he dicho, padre Juan, la adoración me alimenta. ¡Y desde la muerte de Martín estaba más bien desprovista de adoración!

—Me alegro de tenerte a mi lado —manifesté.

Enseguida hablamos de Gonzalo Pizarro.

Sin duda, padre Juan, tenéis el espíritu admirablemente preparado para haber clasificado en él, una a una, las convulsiones que sacudieron a los españoles al comienzo de su implantación en nuestro país. De cerca o de lejos he soportado las repercusiones. Figuran en mi relato. Pero no resisto al goce de decir de nuevo dos palabras al respecto. ¡Qué queréis, a los vencidos no se les puede pedir reacciones caritativas! ¡Cuando los vuestros se desgarraban, los míos tenían un poco de paz!

Sin embargo, ahora comprendo qué doloroso debe de ser para un hombre de Dios descubrir en sus compatriotas sentimientos tan divergentes de los que preconiza la religión... Las trampas socarronas y homicidas entre Almagro y Pizarro, la ejecución ignominiosa del primero, el asesinato del segundo, la decapitación del joven Diego... a todo lo que se añaden los muertos anónimos en uno y otro campo... Admitiréis que estas peripecias, guarnecidas de cadáveres, ofrecen un muy curioso ejemplo de la moral cristiana a nosotros, los descreídos. Blandir la cruz, símbolo de amor y mansedumbre, chapoteando hasta el vientre en la sangre de los hermanos, ¡qué imagen tan edificante! Tanto más cuanto que aquella batalla de rapaces no se detuvo allí... Es absurdo pretender controlar la ambición. Incluso el virrey, delegado por Su Majestad de España, aquel mismo que debía tratar con Manco, recordáis, lo aprendió a sus expensas.

Henos aquí, en efecto, llegados a los recientes acontecimientos ocurridos mientras yo tejía, bordaba y volvía a bordar mis planes para abandonar la ciudad. Y ahí estaba de nuevo Gonzalo, el único Pizarro que quedaba en el Perú, resurgiendo con estrépito en la escena política. ¿La razón de ese regreso? Las nuevas ordenanzas que se suponía debían suavizar algo la suerte de la gente de mi raza, traídas por el virrey. Furor de los colonos. ¿Para qué conquistar el país si ya no se puede esclavizar al indígena y transformar en oro su sudor y su sangre? El virrey es un funcionario celoso. Se obstina en aplicar las ordenanzas. Desembarca, no conoce nada de la mentalidad de los españoles de por aquí... ¡Quién los conoce, por otra parte, en vuestras comarcas! Se convierte en la fiera que hay que abatir. Los colonos se vuelven hacia Gonzalo. Éste también llora de rencor y de rabia, estimando que el sillón de gobernador que ocupaba su hermano le correspondía a él por derecho, y no a aquel infeliz enviado por el Rey.

Por lo tanto, Gonzalo Pizarro se pone a la cabeza de la revuelta.

Corromper por medio del oro o de las amenazas es un terreno donde Gonzalo se mueve como un

experto. El gobierno municipal de Cuzco lo nombra capitán general. Los jueces reales, en Lima, destituyen al virrey y ordenan su partida. El virrey huye. Gonzalo lo alcanza en Quito y le hace cortar la cabeza por un esclavo negro. ¡Otra cabeza barbuda que rueda!

Esto ocurría en enero de 1546, tres meses antes de que yo abandonara nuestra ciudad. Ésa era la situación en la que me preparaba para volver a Cuzco. Encontrar otra vez a un Pizarro dueño del Perú no me molestaba. Ya dominaba perfectamente mis odios, pues había comprendido al fin que era la única manera de saciarlos.

A la mañana siguiente, subí con Qhora en la litera de Marca Vichay. Había cambiado mi ropa usada por un atavío elegante y hermosas joyas de las que estaba provista. Las mujeres habían cuidado mi cabellera. Lo que leí en los ojos de Marca Vichay me hizo bien.

En el comienzo de este relato, padre Juan, cuando estábamos en las fluctuantes impresiones del primer contacto, me permití daros una pequeña clase sobre el capital que la belleza representa para una mujer. Aquel día, más que nunca, mi aspecto era primordial. ¡Todo dependía de él! Y, angustiada, no cesaba de preguntarme: ¿seguiría gustándole a Bartolomé Villalcázar?

¡Sí! ¡Villalcázar!

Sospechaba que os sobresaltaríais. ¡Cualquier cosa es posible, padre Juan, cuando la venganza está al final! Una lluvia tupida saludó mi entrada en Cuzco. Esta vez había tomado mis precauciones. Por los informes transmitidos al regente de nuestra ciudad, sabía que, después de compartir las triunfales cabalgatas de Gonzalo Pizarro, Villalcázar había regresado a la ciudad.

La litera nos dejó frente a su vivienda. El servidor que me abrió era el mismo que había zaherido al padre de mi padre. Después de evaluar mi oro y mis esmeraldas, me rogó con mucha deferencia que lo siguiera. Subimos la escalera. Tres chiquillas con ropa a la europea la bajaban, y no estaban más vestidas, con aquellas sedas que les ajustaban la cintura y dibujaban sus senos, que si hubieran estado completamente desnudas. Dieron media vuelta, entraron detrás de mí en la sala adonde me condujo el servidor y se sentaron en una banqueta, con los dedos en la boca, observándome. Yo permanecí de pie. Entró Villalcázar.

—¡Fuera! —gritó.

Las chiquillas recogieron sus faldas y se marcharon. Él fue hacia mí. Se detuvo.

—Juanito... el criado que te ha abierto... me ha dicho: «Hay una india muy bella que quiere veros». Juanito tiene razón. Siempre eres bella.

Yo lo miraba. Una cicatriz le atravesaba la mejilla. Pero esa clase de hombre sale bien de todo. La cicatriz le iba bien a su porte.

—¿Quién te ha hecho eso? —pregunté.

—Un compañero de tu querido Martín, en la batalla de Chupas... No me pidas noticias de Martín. No lo hemos apresado ni colgado. Ignoro qué es de él.

—Martín ha muerto. Se había refugiado entre nosotros. Mataron a Martín cuando los españoles de Almagro asesinaron a Manco.

—Se equivocó de campo. ¡Ya se lo advertí!

—No he venido para hablar de Martín, sino a proponerte un negocio.

—¡Un negocio! ¿Qué negocio? ¿Qué tienes para vender? ¿Tus alhajas? Soy comprador. Las pequeñas que has visto adoran los regalitos.

—¡Por favor, se trata de cosas serias!

Villalcázar rió.

—¡Bien! ¡Seamos serios!

—Vivir en los montes ya no me conviene, Bartolomé. Y en otra parte... Es aquí, en Cuzco, donde quiero vivir. Estoy...

Me interrumpió.

—Por mi parte te daría gustoso la autorización. Pero después de la jugada que tú y el indio le hicisteis a Hernando Pizarro...

—Hernando está en España.

—Los Pizarro tienen el rencor tenaz. Ahora manda Gonzalo. Aquí o en otra parte, dudo de que te conceda el derecho de residencia. Ni siquiera es prudente...

—Lo hará si te casas conmigo.

—¡Qué dices!

Sonreí.

—¿No me lo propusiste, hace algunos años? Te adelantaste un poco, pero después tu mujer murió y eres viudo. Según vuestras leyes, tendrás que pensar en ello... Quiero decir, pensar en volver a casarte.

Se frotó la cicatriz con la palma de la mano.

—¡En verdad eres la mujer más sorprendente...! La última vez, cuando me disponía a salir para Lima, me insultaste, tenías la muerte en los ojos, y ahora vienes... No entiendo. ¿Un negocio, decías? ¿Qué negocio? ¿Qué ganaría casándome contigo? ¡Perdóname, pero me obligas a recordártelo: no tengo ninguna necesidad de pasar por el altar para tenerte!

—Yo necesito casarme contigo para recuperar mis bienes.

—¿Heredaste del indio?

—¡No hables de Manco en ese tono! No se trata de él... Huáscar Inca me había regalado una propiedad en el valle de Yucay. Una gran propiedad, un palacio, aldeas, inmensos cultivos, campos de coca... Acuérdate. Después de la entronización de Manco, quise que me los devolvieran. Tus amigos ocupaban el palacio y los Pizarro se negaron. Si te casas conmigo, si llevo tu nombre...

—Ya tengo una propiedad.

—No en el Valle Sagrado. Antiguamente, era propiedad exclusiva de los Incas. Por eso los Pizarro se adjudicaron la totalidad de las tierras. ¿No te gustaría tener un palacio donde Gonzalo tiene el suyo?

—Con uno me basta.

Ensanché mi sonrisa.

—¡Es la primera vez que oigo a un español declararse satisfecho con lo que tiene! Has cambiado, Bartolomé. Eras más voraz.

—No tenía lo que tengo... Tú también has cambiado. ¡Qué dulzura!

—Es que quiero persuadirte. Quiero mi oro, y poder disfrutarlo.

—¿Qué oro?

—Cuando los ejércitos de Atahualpa amenazaron Cuzco, saqué y escondí todo el oro que había en el palacio, y había mucho, puesto que Huáscar Inca permanecía allí muchas veces para descansar.

Estatuas, jarrones, estatuillas, la vajilla y hasta los utensilios de cocina... ¿Sabes que la comida del Inca se prepara sólo en recipientes de oro?

—¿Y dónde está ese oro?

—¡Bartolomé! ¿Me tomas por idiota? Te casas conmigo, yo recupero el oro, lo dividimos... Ese oro, sin embargo, no es nada en comparación... ¿Has oído hablar de la famosa cadena llamada «cadena de Huáscar»?

—¡Los indios dicen que medía trescientos metros y tenía unos eslabones gruesos como las muñecas! Según su costumbre, fábulan para hacernos la boca agua. Los hermanos Pizarro han buscado esa cadena por todas partes. No existe.

—Existe. Pero los Pizarro habrían podido en vano poner patas arriba la mitad de Cuzco... Allá donde está...

—¿Porque tú lo sabes...?

—Yo la tengo.

Villalcázar se sobresaltó.

—¡Mientes!

—Huáscar la hizo transportar a los montes, trozo a trozo. Me llevó. Ví la cadena. Sus tesoros también están allá. En el caso de que él muriera... Ha muerto. Según su voluntad, la cadena y los tesoros son míos. ¿Sigues sin creerme?

Dijo lentamente:

—Después de todo, es posible. Parece que Huáscar hizo más locuras por ti que ningún Inca hizo jamás por una de sus favoritas. Y nunca se pudo poner la mano sobre su oro... Pero ¿has pensado...? ¡Si dices la verdad, posees un gran secreto! Podría entregarte para que te hicieran soltar la lengua.

—¿Te divierte asustarme? Eres capaz de lo peor, pero hacerme eso a mí... Y, si lo hicieras (¡ya ves que de todos modos lo he pensado!), ¿qué ganarías? Los funcionarios reales no bromean. Por derecho de conquista, la cadena iría a los cofres de Su Majestad de España. ¡Te colmarían de felicitaciones, tal vez algunas otras tierras, una miseria! Mientras que si presentas la cadena como propiedad de tu mujer, una pieza que no tiene precio... Y si tratas directamente con tu rey, un título de conde o de marqués no le costaría nada.

Meneó la cabeza.

—Hay algo que se me escapa en tu historia. Tenía la impresión de que me detestabas, incluso antes... antes de lo que pasó con tu hija, y ahora...

Reuní mis fuerzas.

—¡No vuelvas a hablarme de mi hija! ¡Lo que hiciste es despreciable! Te guardé un terrible rencor. Tal vez, en el momento, si hubiera podido te habría matado. Con el tiempo... El tiempo ayuda a reflexionar. No querías que ocurriera eso. ¿Quién desearía la muerte de una niña inocente? En cuanto a detestarte... ¡Confiesa que me has dado motivos en muchas ocasiones! ¡Eres un loco cuando te encaprichas! Pero a ti, al menos, te conozco. No se ofrece una montaña de oro y la propia persona, además, a un desconocido. Y mis amantes no son legión entre tus compatriotas, tú has sido el único. ¿A quién querías que me dirigiera para ayudarme a cambiar de existencia? Estoy cansada, Bartolomé, cansada de vivir proscrita, de obedecer a nuestras leyes. La muerte del Inca es la bajada a la tumba para sus mujeres. ¿Me imaginas en una tumba? ¡Me ahogo allí! Mientras estaba Manco,

luché con él contra vosotros. Ahora ya no está. Y defender una causa perdida... Perder me causa horror. Esto, al menos, puedes entenderlo, ¿no?

—Si me has mentido en cuanto a la cadena, te mataré.

Lo miré fríamente.

—Si no tienes confianza, si no me quieres a mí ni a mi oro, es inútil que discutamos. Me arreglaré con Gonzalo Pizarro.

—¿Gonzalo? ¡No saldrías viva de sus manos!

—¿Quieres apostar?

Entonces al fin, al fin, lanzó el primer grito:

—¡Te lo prohíbo! ¡Él no te tocará!

Y me sentí aferrada, manoseada, triturada... Fuimos a su habitación. Jamás había podido resistirme a los arrebatos de Villalcázar. Lo había previsto. Mi cuerpo miserable era, en aquella ocasión, mi mejor carta de triunfo.

El retrato del que me había hablado Martín estaba, en efecto, encima de la cama. Por la mañana, después de una noche sin dormir, simulé descubrirlo a la luz. Villalcázar no se inmutó.

—¡Estas chiquillas son tan torpes...! ¡Atrévete a jurarme que nunca pensaste en mí en los brazos de tu indio!

En su risa, la risa fatua y triunfante del hombre, comprendí que ya tenía los dos pies en la trampa.

Hizo el viaje de ida y vuelta de Cuzco a Lima, donde Gonzalo Pizarro tenía su corte, y obtuvo su conformidad.

—Siempre seguí a los Pizarro. Gonzalo no podía negármelo. Tus títulos de propiedad serán su regalo de bodas. Por otra parte, políticamente, el asunto le conviene. La unión de la compañera de Manco Capac con un capitán español simbolizará el acuerdo que deseamos establecer entre nuestras dos razas. Cuando el ejemplo viene de arriba, es contagioso.

No habría boda sin bautismo. Villalcázar me presentó al obispo de Cuzco. El obispo me recibió amablemente. ¿Era hacia la pecadora que mostraba una encantadora humildad o era mi oro, del que se hablaba mucho desde el anuncio de nuestros desposorios, hacia el que se dirigían sus bendiciones? Os dejo juzgar, padre Juan.

Gracias a la ayuda del clérigo que delegó para instruirme en la religión, empecé enseguida a aprender a leer y escribir en castellano. Su ilustrísima tuvo la delicadeza de prestarme a su clérigo hasta que estuve en condiciones de descifrar un texto. Leer, escribir, ver las palabras deslizándose bajo la pluma, fijar acciones y pensamientos me pareció maravilloso. No os lo oculto, consagré a eso más entusiasmo que a retener los dogmas que me amenazaban con el infierno.

La víspera de la boda fui bautizada y recibí el nombre de Inés. Villalcázar había elegido a mi madrina entre las esposas de sus amigos, que lo felicitaron efusivamente. Las mujeres, en cambio, economizaron sus cortesías. Para ellas, todas las indias apestaban a azufre y a lujuria.

En descargo de esas mujeres, digamos que los maridos, que devoraban a dos carrillos los frutos verdes o maduros ofrecidos a su soberana voluntad, no tenían deseo de subir al lecho conyugal para cumplir desganadamente con su deber y llenar de niños unos vientres para los cuales el único placer autorizado es engendrar.

Gonzalo Pizarro honró nuestra boda con su presencia. El tiempo había afinado su físico. Con la

barba lustrosa, y la ágil silueta de un animal salvaje, era atractivo. Su vocabulario y sus maneras arruinaban un poco esa prestancia. Cuzco lo recibió como un rey. Al entregarme los títulos de propiedad que me devolvían mis bienes, dijo:

—¡Al fin entre nosotros, señora! Ésta es una resolución que hubierais debido tomar hace diez años.

—Vuestra Señoría no habría tenido tanta satisfacción —repliqué, sonriendo.

Él también sonrió y, dirigiéndose a Villalcázar, dijo:

—La única que no he tenido es... Te aprecio demasiado, amigo. ¡Si no fuera por eso!

Cuando terminaron los festejos, nos dirigimos a Yucay. Era el mes de la labranza. En las terrazas de cultivo, los hombres trabajaban la tierra con sus *taklla*. Las mujeres, arrodilladas ante ellos, deshacían los terrones. Llamé a Villalcázar, que cabalgaba junto a mi litera.

—¿Ves a esas mujeres? Yo hubiera podido ser una de ellas.

No contestó. El paso de los portadores lo exasperaba. Llegar al palacio lo calmó. Yo había enviado a Qhora algunos días antes con mis instrucciones. Cuando hubo admirado con un vistazo distraído la disposición interior, descendimos por mi habitación a la sala subterránea. La cantidad de oro allí reunida lo dejó un minuto largo en suspenso, sin voz. Luego, en tanto que yo luchaba con mis recuerdos, se dedicó a sopesar los objetos. Ya os lo he dicho, padre Juan, para vuestros compatriotas la belleza se juzga al peso. ¡Sin embargo son ellos los que nos tratan de bárbaros!

Pasamos una semana en Yucay. Fue alegre. Marca Vichay nos colmó de atenciones y de suntuosos platos de caza. Junto con él decidimos los trabajos de restauración. Vuestros españoles, sus caballos, sus juergas, su codicia dejaban rastros...

Los *curaca* de mis aldeas acudieron. Les presenté a su amo. Villalcázar se mostró encantador. Su soberanía le encantaba, así como la abundancia de riquezas que descubría. Fuimos al valle a inspeccionar mis campos de coca. La coca estaba adquiriendo un gran valor comercial. Los españoles habían levantado la prohibición sobre la hoja mágica, que antes era monopolio del Inca. Veían en sus virtudes un medio de aumentar el rendimiento de aquellos a quienes explotaban y explotan siempre. Así fue como mi pueblo, mi pobre pueblo, empezó a copiar a sus príncipes. En exceso, para soportar los rigores de la existencia que le imponen... Y cuando el organismo ya no se rebela ante el hambre y el agotamiento, cuando va sin dificultad más allá de sus fuerzas, se desgasta rápido. Una masacre discreta.

—Tenemos una fortuna —comentó Villalcázar, que ya se había apropiado de mis bienes con soltura.

Eso me convenía, quería que estuviera alegre. Resopló al subir la pendiente.

—Es la edad —comenté riendo.

—¿La edad? ¡Tengo siempre la misma, la de vivir bien!

Cuando volvimos a Cuzco, reorganicé la casa. Los espacios se ahogaban entre las maderas siniestras de un mobiliario llegado de España. A pesar de los gritos de Villalcázar, relegué la mitad a una dependencia y atraje al interior al sol, que disfruta jugando con los oros. Las sedosas colgaduras de plumas que Huáscar había apartado con su mano divina cubrieron las puertas, añadiendo al brillo de los jarrones y las estatuas el color que, entre nosotros, es el elemento indispensable de la decoración.

Una vez efectuados esos primeros arreglos, los amigos de Villalcázar invadieron nuestros salones. Yo aparecía con discreción, dejando a sirvientas jóvenes y despiertas el cuidado de darles de beber. Las sirvientas habían sido elegidas por Marca Vichay. Asimismo me envió mozos formados en el servicio para reemplazar a los antiguos sirvientes. Pronto tuve una servidumbre que sólo dependía de mí.

Una vez por semana, el obispo cenaba en casa. Yo le había ofrecido dos espléndidos jarrones de oro macizo y el tributo de toda una aldea para sus caridades. Esa munificencia ponía de relieve mi modestia. Los grandes prelados se creen, gustosamente, que son Aquel que representan y exigen el mismo incienso.

El obispo, una vez aflojado por la buena comida y los excelentes vinos, era de un trato muy agradable. Conversábamos con libertad. Él se enorgullecía de mi conversión como si hubiese sido obra suya. Villalcázar, que se quedaba quieto sólo ante una mesa de juego, desaparecía. Yo interrumpía nuestra conversación y suspiraba: «Bartolomé es el mejor de los esposos, pero me preocupa. Tendría que pensar en su salud. Los hombres que han vivido solos durante tantos años, en la disipación inherente al oficio de las armas, no saben cuidarse. Sin embargo, Ilustrísima, os suplico que esto quede entre nosotros. Los hombres detestan que se dé importancia a sus pequeñas debilidades físicas».

El apetito de un glotón no se satisface jamás. Villalcázar tenía mi palacio de Yucay, mis aldeas, mis campos de coca, mi oro, pero pronto comenzó a importunarme para que lo condujese al lugar donde Huáscar había ocultado su cadena y sus tesoros. El momento todavía no era propicio para mis proyectos. Y yo ya no sabía qué pretexto inventar para contener su impaciencia cuando, bruscamente, la situación política volvió de nuevo al drama.

Una mañana, yo estaba en el patio interior, (que había decidido transformar al estilo de vuestro país), cuando apareció Villalcázar. Lo llamé.

—¿Qué te parece? ¿Te gusta?

—Me voy a Lima.

—¿Algún problema?

—Gonzalo ha recibido una carta conciliadora del Rey, que se digna reconocer que el nombramiento del virrey fue una elección desdichada. En resumen, veladamente, Su Majestad está dispuesto a pasar a ganancias y pérdidas la ejecución del virrey y a absolver a Gonzalo... La carta le ha sido enviada desde Panamá por Pedro de La Gasca, el nuevo presidente de la audiencia de Lima y enviado de Su Majestad. Según los informes recibidos, La Gasca es un eclesiástico muy culto, muy hábil y desprovisto de toda ambición personal. Ya ha captado a algunos de los nuestros que han olfateado algo.

—¿Olfateado qué?

—No nos engañemos. Si los jueces reales han proclamado a Gonzalo Pizarro gobernador del Perú, es bajo presión, por temor o por afán de lucro. Nuestra posición frente a la Corona es totalmente ilegal. Y la popularidad de Gonzalo ha bajado. Ya no hay entusiasmo. Demasiadas muertes. Sus verdugos nunca descansan. ¡Matan por cualquier cosa, hasta por una mujer codiciada cuyo marido molesta! Los ahorcados no tienen más voz ni bienes, pero su olor infecta el aire y siembra el terror... Aceptar la gracia que Su Majestad nos ofrece y ganarnos la voluntad del

presidente La Gasca me parece una salida razonable. ¿Qué hombre resiste al oro? ¡Pavimentaremos con él el camino del Eclesiástico hasta doblegarlo!

El consejo que Villalcázar llevó a Lima era prudente. Gonzalo titubeó. Algunos de sus íntimos, comprometidos en negocios turbios y temiendo que la indulgencia real pasara ante su puerta sin detenerse, lo pusieron en guardia: ¿no sería una trampa? La sospecha prevaleció. Armonizaba con el carácter de Gonzalo, incapaz de renunciar a su omnipotencia. Rechazó la gracia. La rebelión se hizo oficial.

Durante varios meses no supe nada de Villalcázar, aparte de algunas noticias poco alentadoras que me comunicaba el obispado. Los desórdenes y las deserciones se multiplicaban. La Gasca conducía su guerra con sotana raída, breviario en mano y amnistías en el bolsillo. Atraerse a los colonos era su prioridad. Prometió la revisión de las famosas ordenanzas del virrey, que debían aflojar nuestras cadenas. Esa política, que aseguraba a vuestros compatriotas en sus derechos, le abrió poco a poco las puertas de las ciudades. El Eclesiástico daba tranquilidad.

Yo, por mi parte, rabiaba. Cuando el techo de paja arde, las vigas que lo sostienen arden también. Si Gonzalo Pizarro caía, Villalcázar caería con él. Confiscarían sus bienes y los míos. Me encontraría despojada, sospechosa. Y sería definitivamente excluida del estrecho círculo del poder, donde la señora Corrupción mezcla las cartas y dirige el juego, factor esencial en los planes que yo había trazado para ayudar a continuación a mi desdichado pueblo. ¡Tantos esfuerzos y semejante fracaso!

Leo vuestros pensamientos, padre Juan. Os decís: «¡Justicia de Dios!». ¿Nunca habéis disimulado, transigido, maniobrado, mentido y odiado? ¿Podrías jurarlo, santo hombre?

En el mes de la siembra, se avistaron rebeldes en la costa, en Arequipa. Acosados por los soldados de La Gasca, se decía que pensaban buscar refugio en Chile. Eso tampoco me favorecía. Ya veía nuestras propiedades arrasadas, las ruinas cubiertas de sal y la palabra «TRAIDOR» escrita en grandes letras por todas partes, cuando supimos que una gran batalla había tenido lugar en el sur, cerca del lago Titicaca, y que el ejército real había sido derrotado en las colinas de tierra roja, donde los campesinos *aymaras* cultivan la patata desde el comienzo de los tiempos.

Llegó el regocijo. Se pusieron colgaduras, tapicerías y guirnaldas en las ventanas. Las calles de Cuzco rivalizaron en coquetería. El cañón tronó, las campanas repicaron. Tambores y trompetas recibieron a los vencedores precedidos por el estandarte real de Castilla. Porque, se perteneciera a Su Majestad de España o a Gonzalo, se combatía con el mismo signo.

Reanimada por aquel delirio de alegría que sacudía la ciudad, me ocupé de preparar la recepción que Villalcázar deseaba ofrecer a Gonzalo. Se trincharon carretadas de carne, se sirvió una profusión de caza y de pasteles. El vino corría como la *chicha* entre nosotros. El éxito reciente, los luminosos días que se avecinaban, la derrota de La Gasca, los prisioneros y los muertos fueron otros tantos pretextos para vaciar y volver a llenar las copas. Los servidores cambiaron seis veces los manteles y se gastaron los brazos volviendo a sentar en sus sillas a los convidados a los que la ebriedad hacía tambalear.

La noche palidecía cuando la noble y vacilante concurrencia se retiró. La sonrisa de Villalcázar se eclipsó con el último invitado.

—Ven —dijo.

Su tono me hizo abandonar el inventario de los destrozos que ocasionan las fiestas como aquella. Lo seguí al dormitorio.

—Tienes tres días para sacar todo el oro que trajiste de Yucay y volver a ponerlo en su escondite.

Creí que la bebida le había ahogado la inteligencia.

—Tanta bebida... —comencé.

—Me separo de Gonzalo. Se ha terminado.

—¿Qué?

—¿Me permites hablar? No me seduce el suicidio. Gonzalo, en poco tiempo, será hombre muerto.

—Pero, ¿no esperáis refuerzos de Arequipa, de La Plata y de otras ciudades? ¡Bien, Bartolomé! ¡La Gasca ha perdido, todos lo dicen!

—¡Si escuchas a los borrachos y a los iluminados! Yo previne a Gonzalo cuando La Gasca desembarcó: el Eclesiástico, con sus expresiones amables, sus indulgencias y sus bendiciones, era mucho más peligroso que un ejército. Gonzalo rió. Se negó a escucharme. Se niega a la realidad. Aferra su hueso y prefiere reventar a soltarlo. ¡Él es libre de hacer lo que quiera! Yo abandono.

—¿Qué vas a hacer?

—Ofrecer mi espada a La Gasca. En los momentos que vivimos, si no se está con alguien, se está en contra. No hay término medio. En cuanto a ti... ¡En cuanto mi sumisión se haga pública, no doy mucho por nuestras cabezas si Gonzalo nos atrapa! Vete a Yucay. Tu mayordomo me parece hombre de cuidar sus intereses. Hazle comprender que los nuestros son los suyos. Si es necesario, que te esconda.

Al alba, antes de que Villalcázar tomara el camino de Lima, redactamos nuestros testamentos a petición suya. Cada uno, en caso de muerte, donaba sus bienes al cónyuge sobreviviente. El notario, llamado de urgencia, homologó las actas.

—Nunca se sabe, con todas las triquiñuelas administrativas y teniendo en cuenta que eres india... —dijo Villalcázar—. Si yo muriera, conservarías esta casa.

Me abstuve de hacerle notar que aquello no valía nada comparado con lo que él heredaría si yo desaparecía antes.

—¡Dios sea contigo! —dije.

El calor de mi voz reanimó un deseo que se había entibiado un poco.

Me quedé a vivir en mi palacio. De cuando en cuando, acudían los vigías apostados por Marca Vichay. Yo me refugiaba en su casa y me mezclaba con sus mujeres. Pero no fueron más que falsas alarmas. Por dos veces, uno de los criados que Villalcázar había llevado consigo me llevó un mensaje.

En el primero me relataba la excelente acogida de La Gasca. El segundo me llegó en el lluvioso mes de diciembre: el ejército real se aprestaba a dejar Jauja, donde acampaba, y a subir por Amancay en dirección a Cuzco para aniquilar las tropas, muy reducidas, de Gonzalo Pizarro. La suerte de Villalcázar me angustiaba. No quería que se me escapara. Su muerte me pertenecía. Así que yo oraba con fervor a nuestro padre el Sol, cuya copa desbordaba de afrentas, y que no podía menos que aplaudir mis propósitos. Visité igualmente la *huaca* del valle. Qhora y yo nos cargamos de ricas

ofrendas, hojas de coca, *chicha*, lana fina y rico maíz, a fin de que su influencia benéfica protegiera a Villalcázar.

Fue a comienzos del año nuevo cuando atraje a Marca Vichay a mi lecho. Algo me había gustado siempre en él. Y yo había madurado desde la época de Huáscar. ¡Ya no temía que los demonios y los gusanos me devoraran las entrañas si otro que no fuera el Inca me tocaba! Marca Vichay se comportó en su papel de amante con la misma devoción que ponía en servirme.

¡Vamos! ¿Y ahora qué he dicho? ¡Ya os suponía capaz de oír de todo, padre Juan! ¿Estaríais, por casualidad, imaginándome como una criatura lúbrica, revolcándome en el lodo con mi hermoso *cañari*? Me apresuro a desengañaros. Nuestras relaciones fueron siempre delicadas, amables. Una distensión para el cuerpo y el espíritu. Yo no deseaba más. En cuanto abandonaba mi lecho, Marca Vichay volvía a vestir su librea de mayordomo. De ese modo, la distancia entre nuestras respectivas posiciones seguía siendo como debía ser, aunque se reforzaban los lazos de fidelidad que lo unían y lo unen siempre a mí.

En el campo, el tiempo se mide según el trabajo de la naturaleza. A mi llegada, las nuevas plantas de maíz brotaban de la tierra. Habían crecido, madurado, y ya apuntaban como puntas de lanza sus mazorcas hinchadas de savia, cuando apareció Villalcázar.

—Vengo a buscarte. Prácticamente no hemos tenido que combatir. En el momento del enfrentamiento, las tropas de Gonzalo se desbandaron. El heroísmo colectivo exige un mínimo de esperanza. Y ya no había. Yo lo había predicho: Gonzalo se encontró solo, midiendo al fin la situación en que se había metido. ¡Minutos espantosos, por cierto! Podía elegir: precipitarse sobre nuestras líneas y matar a algunos de nosotros antes de perecer él mismo, o admitir su error y terminar como cristiano. Eligió lo más honorable y entregó su espada a La Gasca.

—¿Y...?

—Fue juzgado aquella misma tarde y decapitado al día siguiente. ¡Al diablo! ¡Un valiente entre los valientes! Si me hubiera escuchado...

Sombrío, con el rostro cerrado sobre sus recuerdos, Villalcázar no estaba dispuesto a decir más. Más tarde, los comentarios de vuestros compatriotas me permitieron conocer algunos detalles de la ejecución. Os los transmito.

Aunque yo habría transformado de buena gana a los Pizarro en «tambores», no os sorprendáis de oírme acompañar con voz elogiosa los últimos pasos de Gonzalo. Cuando la muerte es grande, se saluda y merece que se la cuente...

En la plaza mayor de Cuzco, en aquella tarde de abril donde me place pensar que nuestro padre el Sol brillaba, Gonzalo avanza, escoltado por oficiales y monjes. Siempre le gustó el fasto. Lleva su manto más espléndido, un suntuoso terciopelo amarillo destellante de oro y, bajo su no menos soberbio sombrero, lleva alta esa cabeza con barba sedosa que, en algunos minutos, habrá abandonado sus hombros. Contempla sin amargura a sus antiguos compañeros, entre las filas de los cuales trota su mula. No tiene aún cuarenta años y ya ha tenido más que ellos: el imperio más vasto de nuestro mundo, las más prodigiosas riquezas (entre ellas las minas de Potosí), más de lo que nadie tendrá jamás, incluso más que un rey a quien están prohibidas ciertas disipaciones. Ha vivido mil vidas en una, un fantástico torbellino color de oro y de sangre. Entonces, ¿qué puede lamentar? Muere en paz con su dios y va a pagar su deuda a su soberano. ¡Está sereno, aliviado de sus

crímenes, aunque no han debido de pesarle jamás! Con la imagen de la Virgen María en la mano, sube los escalones del cadalso. ¿En qué piensa? ¿Orgullo de haber sido lo que fue o contrición, esa brusca toma de conciencia que parece asaltar a los más endurecidos de los vuestros en el último instante? ¿Cómo saberlo? Nada se lee en su rostro, que llegó fresco y juvenil de España, y que se ha vuelto aquí, en nuestro país, curtido por el viento de todas las pasiones... Gonzalo besa el crucifijo. Rehúsa la venda que le presenta el verdugo. No teme mirar la muerte a los ojos. Fue su mejor cómplice y lo es aún hoy, haciéndose hermosa para él...

Ignoro si, en el día de hoy, Hernando Pizarro vive todavía. Las noticias nos llegan lentamente de Europa, y la juventud lo ha abandonado también a él... ¡Otra ironía de la existencia, padre Juan! ¡Si Hernando no hubiera sido retenido en España por la condena del viejo Almagro, sentencia arbitraria que le valió veinte años de fortaleza, sin duda habría compartido el destino trágico de sus cuatro hermanos! Según lo que me han dicho, ahora se ha retirado a sus propiedades de Extremadura, lleva un tren de vida principesco y está casado con Francisca, la hija que Francisco Pizarro tuvo con una hermana de Atahualpa. Francisca, heredera de una gran fortuna, es la sobrina de Hernando. ¡Qué importa! Los Pizarro siempre han obtenido del cielo las dispensas necesarias para rastrillar el oro, estuviera donde estuviese.

El gobierno tranquilo del presidente La Gasca alejó como agua bendita los demonios turbulentos.

Todos los españoles que se habían alineado a tiempo bajo la insignia del Eclesiástico celebraban su sabiduría y la propia; Villalcázar como los otros. Recibimos mucho, se emborrachó mucho y discutimos varias veces en público, pues él tuvo algunos malestares. Yo le suplicaba que bebiera menos.

—¿Te vuelves tan aguafiestas como nuestras mujeres? —aullaba, pero sus gritos tenían menos fuerza.

Si el vino ayudaba a Villalcázar a olvidar a Gonzalo Pizarro, no le restaba memoria respecto de sus intereses y pronto me conminó a cumplir mi promesa y conducirlo al escondite de Huáscar. Yo estaba lista. En la fecha fijada nos marchamos.

Villalcázar estaba nervioso. Me abandonó con mis porteadores a la entrada del Valle Sagrado y marchó a todo galope hacia el palacio. Cenamos. Recuerdo que en el menú había perdices deliciosas y bananas asadas. Después del postre, fuimos a sentarnos en el jardín. Marca Vichay nos sirvió piña, cacahuetes y un botellón de vino. Villalcázar empezó a hablar del viaje a España que proyectaba.

Su familia tenía relaciones en la corte. Contaba con esos apoyos para llegar hasta el Rey. La perspectiva adquiriría en su espíritu el relieve de una nueva conquista y había dispersado la melancolía que lo roía desde la ejecución de Gonzalo.

Con la desaparición de los Pizarro, se presentía que se acababa la era de las grandes expediciones y los juegos guerreros. El porvenir sin relieve que Villalcázar percibía ante él lo asustaba. No lo decía, pero yo lo adivinaba. Era uno de esos temperamentos que, cuando alcanzan un objetivo, buscan otro... ¡Estoy convencida de que se había aprovechado de la ocasión que le proporcionó la hermana de Martín para romper una boda que, apenas celebrada, ya debía de hacerlo bostezar! En el Nuevo Mundo, donde ocupar un lugar entre los jefes no se concedía más que a unos pocos, el desafío, los obstáculos y las incertidumbres lo entusiasmaban. En cuanto a mí... Si yo no me hubiera mostrado rebelde, irreductible, ¿me habría concedido más atención y tiempo que el que

precisa un hombre para tender a una mujer en su lecho, marcarla, arreglarse la ropa y guardarla entre sus recuerdos? El enfrentamiento de nuestros caracteres había encendido esa pasión tórrida, responsable de la muerte de Zara, pasión que ya se consumía y que, enseguida, se dispersaría en cenizas, pues toda posesión, aunque hubiera sido tenazmente deseada, despertaba muy rápido en Villalcázar cansancio y desinterés.

Lo que agitaba sus sueños en aquel momento era derribar una puerta nueva, la de la corte de España, a fin de conseguir, con la cadena de Huáscar, un título de conde o de marqués. Todavía no lo tenía, o sea que le hacía falta. ¡Lo quería! Disputar en una sociedad experta en genuflexiones, en maneras aterciopeladas y en bajas intrigas le era totalmente extraño. De modo que hablaba de ello con gran entusiasmo. Y, a la sombra azul oscuro de los grandes pisonay, al escucharlo exponer estrategias de antecámaras y de salones, me contenía para no gritarle: «Admira esta dulce noche, respira estos perfumes de hierbas, saborea este vino y estas sabrosas frutas, entrégate entero a las horas presentes, porque las tienes contadas».

Al alba reanudamos el camino. Marca Vichay nos acompañaba. Nos detuvimos en los alrededores de Ollantaytambo. Al día siguiente, confiando a un criado las monturas de Villalcázar y de Marca Vichay, cruzamos el Urubamba. Villalcázar, que no daba jamás tres pasos a pie, penaba y maldecía. Yo le había propuesto una litera. Había rehusado: «¿Qué parecería? ¿Me ves transportado como si fuera un relicario? Eso es para las mujeres, los impotentes y los viejos». ¡Igual reacción que la vuestra, padre Juan! Sin ninguna cortesía.

Después de un duro abrirse paso entre los arbustos espinosos, ordené un alto. Villalcázar pidió de beber. Intervine. Las bebidas fermentadas son nocivas para aquellos que no están acostumbrados a trepar. Se encolerizó. Marca Vichay le llenó un vaso, que él vació de un trago. Proseguimos. Para llegar al viejo fortín donde Huáscar había dejado a sus porteadores, empleamos cinco veces más tiempo que entonces. Villalcázar tuvo malestares, náuseas, vértigos.

Por la noche, durante la cena, mientras los criados nos presentaban las carnes asadas, los pimientos y las mazorcas de maíz, declaré que él no estaba en condiciones de continuar y que volveríamos otro día. Villalcázar, interpretando mis palabras como una excusa, se enfureció. Creed en mi experiencia, padre Juan. ¡Contrariar la voluntad de un hombre es el mejor método para que se empecine!

El propósito de la excursión era supuestamente la exploración de una selva llena de árboles con esencias raras, situada a una hora escasa de marcha, y llevamos con nosotros sólo a Marca Vichay. Villalcázar y yo habíamos discutido a ese respecto. Compartir un secreto tan fabuloso con un tercero le parecía aberrante.

—Lo es tanto como aventurarnos solos entre esta vegetación —repliqué—. ¿Qué conoces tú de nuestros montes aparte de lo que has podido ver desde tu caballo? Por otra parte, dado que la cadena se quedará donde está hasta que se completen tus negociaciones con Su Majestad de España, Marca Vichay no tiene ninguna razón para sospechar cuál es el contenido de la gruta. Le diré que es una *huaca* cuyo emplazamiento me había revelado Manco y que él no debe entrar. No osará hacerlo, tendrá miedo de la maldición.

—¿Y si se atreve? ¿Si nos sorprende ante el oro? ¡Peor! ¿Y si después vuelve solo a la gruta? Me encogí de hombros.

—¡De acuerdo! ¡Mátalo si eso te tranquiliza! Será fácil en el camino de vuelta. Diremos a los servidores que te ha faltado al respeto. Eres español. Será suficiente para justificar tu gesto.

—Habría creído que te interesaba tu mayordomo.

—Más me interesa ser marquesa.

Villalcázar rió. Yo también... De modo que íbamos los tres. Marca Vichay abrió el camino según mis indicaciones.

Tal vez estéis sorprendido, padre Juan: ¡qué memoria, después de tantos años! Me encargaré de refrescar la vuestra.

Volvamos al día en que Huáscar me había llevado allí. Recordad que, al volver al palacio, yo había señalado en una pequeña maqueta de arcilla los puntos de referencia que me había mostrado el Inca. Recuperé la maqueta al bajar con Villalcázar a la sala subterránea. Como veis, tenemos mucha astucia para disimular nuestros tesoros. Vuestros compatriotas se lamentan bastante de ello. Todavía buscan, exploran, sondan quebradas y ríos y no descubrirán jamás otra cosa que lo poco que abandonamos para calmarlos y que no representa más que un grano de maíz en relación con la cosecha de todo un campo. ¡Preferimos perder esa cosecha a entregar una sola mazorca!

El fragor de la cascada no tardó en guiarme. Avancé sin pensar en nada. Todo estaba decidido e inscrito en mi cabeza. Todo se haría en el debido momento. Detrás de mí, Villalcázar gruñía y maldecía. Cada paso obligaba a liberarse de las lianas y de aquel suelo esponjoso, que exudaba sus humores pegajosos.

Al fin llegamos. Como la primera vez, la súbita brecha que dejaba ver el cielo, en medio de la selva concentrada alrededor de aquel espacio centelleante, me atrapó. Me detuve. Ante mis ojos nublados se perfilaba la maciza silueta de Huáscar, bordeando la lámina de agua, alcanzando el reborde rocoso sobre el cual rebotaba la cascada... Algunos seres desaparecen, otros se transforman. Pero los paisajes se incrustan. El agua se extendía ahora a derecha e izquierda hasta las ondas negras de las enramadas. Rechacé los recuerdos y la emoción. Repentinamente tenía prisa por terminar. Dije a Marca Vichay, como habíamos convenido:

—Debemos cruzar esta agua. Vigila dónde ponemos los pies.

Y me volví hacia Villalcázar.

—¿Tienes sed?

Él, con el rostro sudoroso, trataba de recuperar el aliento. Le tendí el odre de vino. Noté que tenía canas en las sienes. Bebió. Esperé. De pronto, dejó el odre, se tambaleó, intentó enderezarse y cayó de espaldas. ¡Qué grande era! Me arrodillé y lo sacudí.

—¿Me oyes?

Movió los párpados, dirigiéndome una mirada vaga.

—He cumplido mi promesa, Bartolomé. Éste es el lugar. La cadena y los tesoros de Huáscar están ante ti. Sólo tienes que cruzar el agua, y el oro... ¡Tanto oro, Bartolomé! ¡Suficiente para ser príncipe en tu país, organizar una expedición, ir al encuentro de nuevas glorias! Pero no irás. No irás a ninguna parte. Es estúpido, ¿no? ¡Todo ese oro al alcance de la mano, más del que encontraron los Pizarro, y eres incapaz de dar los pocos pasos que te separan de él, ni siquiera puedes levantarte! ¿No sientes que tus miembros se entorpecen y entumecen? No te inquietes, es normal, vas a morir... ¿Cómo pudiste creer que yo olvidaría? ¡Robarme a mi hija! ¡Ella era la rama florecida que

embellecía mi existencia y tú la mataste, tus sucias acciones la mataron! ¿Perdonarte? La gente como tú siempre cree que merece el perdón de las víctimas. Yo no te perdoné, Bartolomé, yo no perdono nada...

Hubiese continuado así durante horas. Tenía tantas cosas que decir, tantas cosas que me llenaban la cabeza y el corazón... Pero ¿dónde está el goce cuando las palabras ya no pueden herir, cuando aquel a quien se dirigen ya no nos oye?

Me levanté.

—Ven, ya está —grité.

Marca Vichay llevó a Villalcázar hasta el campamento. Los servidores improvisaron una camilla y lo bajamos. En Ollantaytambo, Marca Vichay partió a todo galope en dirección al palacio. Se detendría sólo el tiempo necesario para cambiar su caballo por una montura fresca a fin de llegar a Cuzco lo más rápido posible. Mis instrucciones eran que fuera al obispado y pidiera en mi nombre al obispo que nos enviara al mejor médico de la ciudad. El médico enviado a Yucay era un amigo de Villalcázar. Juntos habían servido a los Pizarro y luchado en los campos de batalla. Sabía más de gangrenas, fracturas, llagas y chichones que de fisiología general, pero cualquier médico habría diagnosticado el fatal deterioro de una constitución destruida por decenios de aventura y excesos, diagnóstico reforzado por los recientes malestares padecidos por Villalcázar.

Durante una semana, Marca Vichay y yo nos turnamos a su cabecera en previsión del caso, muy improbable, de que recuperase la conciencia. Al fin se extinguió y le cerré los ojos.

¡Padre Juan, es inútil inventarme remordimientos para vuestro consuelo moral! Hice lo que debía. Además, tuve un poco de frío los meses que siguieron. El odio mantiene el calor.

Las exequias tuvieron lugar en Cuzco. Ofició el obispo. El presidente La Gasca mandó a uno de sus allegados para representarlo. Desfilaron las personalidades de la ciudad: los príncipes incas, arrepentidos y convertidos. En otro tiempo, las larguezas de Huáscar para conmigo habían congelado sus sonrisas. Desde que yo besaba los pies de nuestros vencedores, desbordaban de afecto. ¡Solidaridad en la baja!

Villalcázar fue inhumado en Yucay. Su Ilustrísima el obispo se trasladó con una brillante cohorte. Era una buena ocasión para olfatear de cerca mis riquezas. Bendijo mis tierras y mi palacio y se marchó con otros dos jarrones de oro macizo. Me quedé holgazaneando algunas semanas en mi querido valle. Después volví a Cuzco. Los pretendientes empezaron a asediarme. Me quejé al obispo, que había vuelto a frecuentar mi casa y venía a comer dos veces por semana.

—¿Los hombres no pueden dejar a una viuda en paz?

—Querida hija, mi ministerio me autoriza a contestaros, sin que haya lisonja en ello, que la falta debe imputarse a vuestra belleza y fineza de espíritu... Además, qué queréis, vuestra fortuna tiente.

—¡Ilustrísima, debíais haber empezado por allí! Pero voy a desilusionar a todo el mundo. Nadie reemplazará a mi esposo.

El obispo eligió una fruta confitada y suspiró.

—Esa fidelidad os honra. Sin embargo, los deberes materiales priman a menudo sobre los sentimientos. Como la propiedad que Bartolomé Villalcázar os ha dejado era una encomienda...

Padre Juan, ¿sabéis qué es una encomienda...? En efecto. El mismo principio que se aplicaba en España durante la reconquista contra los moros, un reparto de tierras a valerosos capitanes o

tendientes de modo que estos, sin ser los propietarios, se benefician del tributo o renta, encargándose a su vez de educar a los paganos de sus aldeas en la religión cristiana y de tratarlos bien... Pero entre las encomiendas de España en la época de los moros y las encomiendas del Perú; existe una diferencia: la distancia. Allá, era posible controlar de cerca a los encomenderos. Aquí, se ríen de sus obligaciones. Nadie las respeta y nadie mete la nariz en los asuntos de los otros. ¡Y os dejo adivinar qué parte de la humanidad puede vanagloriarse de esta institución, sin duda nacida de piadosas intenciones pero que, en nuestro país, llega al lento asesinato de todo un pueblo!

Cerremos el paréntesis. Aborrezco a los encomenderos. Los desollaría vivos. Los atiborraría de pimientos hasta que se ahogasen. Les vertería oro fundido en los párpados. Les... ¡Mirad! ¡Con sólo pensar en ellos me vuelvo bárbara! Y sería estúpido arruinar esta última velada y la maravillosa paz de nuestros montes vituperando aquello contra lo que se es impotente. Así que volvamos a los consejos de mi amable obispo, hacia quien no tengo más que alabanzas.

—No ignoráis, querida hija —continuó—, que los hijos de los encomenderos heredan las ventajas concedidas a sus padres. Si la unión no ha tenido frutos, la viuda tiene la obligación de volver a casarse, para que esas ventajas pasen al nuevo cónyuge. Para no perder los privilegios correspondientes a la encomienda del finado Bartolomé Villalcázar, estáis forzada a encarar un nuevo casamiento.

—Ilustrísima, me siento feliz de que hayáis abordado el problema. Yo deseaba, precisamente, hablar de ello con vos. Os lo he dicho, la sola idea de volver a casarme me repugna. Y, para ser franca, ¡poner bajo tutela mi fortuna personal...! Antes de que un esposo la dirija, prefiero disponer de ella a mi gusto. Los hombres se disgustan ante las caridades, y a mí me agradan. En resumen, he pensado en una solución. Depende sólo de vuestra aprobación y de la voluntad del presidente La Gasca. Desearía que la Iglesia o la orden que vos designarais recoja los beneficios de esta encomienda. Servirían para mantener un hospicio. Me comprometo a hacerlo edificar a mi costa en la propiedad. La Conquista ha tenido sus afortunados, pero también sus malaventurados. Gran número de soldados españoles lisiados, remendados por todas partes, arrastran su miseria y su rencor al azar de los caminos, cuando no en las ciudades, donde las tentaciones son múltiples y se añade la degradación moral a los achaques físicos. El hospicio sería para ellos. Incluso podríamos emplearlos según sus aptitudes. Nuestro Inca, el gran Huayna Capac, acostumbraba decir: «Si el pueblo no tiene ocupación, hazle transportar una montaña de un lado a otro. Así prevalecerá el orden». Es sólo una imagen, pero cuando las manos se activan, el espíritu permanece en reposo y más dispuesto a volverse hacia Dios que hacia el diablo...

El presidente La Gasca, cuya sencillez desdeñaba la arrogancia y el despliegue de vestuario de su séquito, vino a visitar Cuzco. Tuve el honor de asistir al banquete que le ofreció la municipalidad, sentada a su derecha. Y cuando Antonio de Mendoza, el nuevo virrey, sucedió a La Gasca, Su Ilustrísima el obispo me lo trajo y cenamos juntos.

Reino desde entonces. Ninguna personalidad pasa por la región sin prever un desvío por mi casa. Las autoridades de Cuzco, e incluso a veces el gobierno de Lima, me consultan, principalmente sobre los litigios que enfrentan a los de mi raza contra los vuestros. Cada edicto de España me es transmitido apenas el barco toca puerto. De todo hago mi miel.

¡Desatad el corazón de los príncipes con vuestra prodigalidad, acariciad la vanidad de los

hombres, tratad con miramiento los celos de las mujeres, tened buena mesa, oídos complacientes y boca discreta, adoptad la misma cortesía hacia los criados que hacia los amos, atraed a los humildes y el rumor os favorecerá!

Reconozco que mi pasado me ha ayudado. ¡Qué dulce es, para el orgullo español, impulsarme hacia delante, a mí, mujer de mi raza, limpia de los vicios que nos endilgan, repintada con los colores de la virtud, excelentemente impregnada de vuestra maravillosa civilización, ejemplo perfecto de una integración que los hombres cultos se jactan de lograr!

Nunca me costó ni me cansó fingir. Al contrario. Encontré una constante delectación en engañar a los vuestros. ¿Acaso no empezaron ellos, presentándose como salvadores cuando no eran más que lobos y buitres?

Éste es el último alto. De cualquier forma que me juzguéis, padre Juan, gracias. Vuestra venida ha sido para mí un regreso a la luz...

Padre Juan de Mendoza, 15 de octubre de 1572, al alba.

Dentro de algunas horas habremos llegado al final de nuestro viaje, y al final de mis días. Lo presiento desde que dejamos Ollantaytambo. Ahora es una certeza. Ella ha dicho demasiado. No puede permitirse que yo vuelva a Cuzco. Por lo menos me ahorrará un dilema imposible: ¿denunciarla o absolverla, cumplir con mi misión o satisfacer mi conciencia y mi corazón?

El informe que me había presentado en España el padre general se ajusta, es verdad, al relato hecho por ella. No queda ninguna duda. Es todo eso de lo que la acusan, y aún más, ¡y se vanagloria! Pero los estremecimientos del ser, las heridas, las desdichas, el peso de las circunstancias, ¿han sido anotados al margen del informe? ¡Hasta el clima de la situación escapa a quienes lo redactaron! Navegamos en las aguas negras y secas de la tinta. ¡Algunas rayas y curvas, y ya estamos dispuestos a condenar, pues la culpabilidad siempre es más evidente, y la inocencia más compleja! ¿Dónde está la equidad, dónde está la auténtica verdad?

Según mi humilde opinión es en ella, sin disfrazar los hechos, donde hay que buscar, ella es tal como es, atravesando los años con su resplandeciente silueta, dominando y azotando alternadamente la adversidad con los medios de su raza, que no son los nuestros... ¿Tenemos el derecho de juzgar según nuestra moral a esta mujer que ha actuado según la suya? Ésa es la cuestión.

¡Que al menos mi sangre vertida pueda contribuir a la conversión de estos pobres indios y rescatar mis debilidades! ¿Cómo procederá? ¿Pondrá veneno en la chicha o seré inmolado en el altar de algún demonio?

He pasado la noche orando. ¡Señor, Dios mío, asísteme con Tu fuerza y perdónala! Ha cometido actos criminales, pero ¿mis compatriotas no tienen más en su activo? ¡Y ellos, Señor, ellos sabían lo que hacían!

Una última reflexión sobre la cual he meditado largamente y que fue confirmada, anoche, al final de su relato. Admitamos que Manco Inca la subyugara por su impetuosidad, su valor excepcional y las esperanzas que daba. Pero no se engaña a un viejo experto en estas cosas: una mujer que clama su odio es una mujer que sufre de amor. Ella amaba a Villalcázar. El español ha dominado su vida. Lo mató por esa razón antes que por otra. Para terminar con la tentación y la vergüenza. Para castigarse, también. Pero ¿lo sabe?

¿Por qué, me dirás, Señor, trazar estas líneas que nadie leerá? La costumbre, presumo. Incluso en el umbral de la muerte las costumbres permanecen.

Epílogo

La estrecha cornisa pavimentada con piedras planas no parecía llevar más que a un pico en forma de garfio. A la derecha, estaba el abismo: rocas puntiagudas, fondos negros casi verticales...

Juan de Mendoza había encontrado un medio de combatir el vértigo: mantener la mirada fija en la litera de Azarpay. Al comienzo había temido a cada instante que la frágil carcasa de madera, adornada con oro y plata, cayera al vacío. Ahora se remitía al paso lento y seguro de los porteadores y a la destreza con la que los dedos de sus pies se enganchaban en las pendientes a la menor aspereza del terreno.

Había aprendido mucho de aquellos hombres de piel oscura, rugosa, resquebrajada como la corteza, de cuerpos aceitados por el trabajo, industriosos, alegres de buena gana, cuyos ojos reían amablemente de sus ignorancias. Y aunque su vocabulario quechua se limitaba a algunas palabras, había llegado, por la complicidad del esfuerzo compartido, a sentirse amigo de ellos, mientras que siempre había considerado a la gente humilde de España «desde lo alto de su caballo», según la expresión de Azarpay, actitud muy poco cristiana, se daba cuenta ahora.

Levantó su sombrero, se secó la frente con su pañuelo, suspiró, pensando, y reprochándose, que a pesar de toda la buena voluntad que se pueda tener nunca se está listo para morir. Hay cierta falta de sentido en dejar la existencia justo en el momento en que se comienza a descubrir el sabor de las cosas sencillas y a amar a los hombres, no sólo a través de Dios sino por lo que son.

Cuando levantó la cabeza, la litera había desaparecido, absorbida por la sombra del pico, y el talud, a su izquierda, cedía revelando una inmensidad rocosa cuyas crestas acuchilladas se desplegaban en oleadas hacia la lejanía. Esos cambios bruscos de horizonte ya no lo asombraban. Lo que lo impresionó fue, al avanzar, distinguir en la base del pico una gran concentración de techos de paja, cuadriculada por callejuelas, aireada con plazas y espacios verdes, en fin, el conjunto ordenado que presenta una ciudad habitada y próspera, con la particularidad de que esta se encaramaba casi a ras del cielo.

Se bajaba por una sucesión de rellanos. Sobre una de las mesetas, clavada en la hierba como la espada de un arcángel, se levantaba una piedra gigantesca, lisa, afilada, brillante, en la que terminaba una redcilla de escaleras que salía de un gran edificio ubicado al borde de la ciudad. Las láminas de oro en los muros anunciaban un templo.

La litera se detuvo, se abrieron las cortinas y salió Azarpay. Se postró ante la piedra y depositó unas ofrendas. Juan de Mendoza la contemplaba, tan concentrado en la gracia de los gestos que olvidaba su significado bárbaro. Una marea de indios se aglutinaba al pie de los rellanos. Cuando Azarpay se levantó, la multitud se ordenó en dos filas: los hombres a un lado, las mujeres al otro, subiendo hacia ella, acercándose por turno, besando sus manos y el borde de su túnica. Había de todo: doseles escarlata abrigando mantos de príncipes, *lliclla* sedosas, trajes de campesinos, los más numerosos, y los hombres llevaban tocados variados: turbantes, bonetes, cordones de piel, trenzas de lana, círculos de junco... Todo eso probaba, dedujo Juan de Mendoza sacándolo de su ciencia nueva, que aquella población provenía de distintas provincias. Una vez rendido el homenaje, hombres y mujeres se apartaron y se pusieron a contemplarlo. La alegría se borraba, la hostilidad era inmediata.

Cerca, bajo la paja de los techos, se alargaban las fachadas de piedra tallada, viviendas

señoriales, y se adivinaban, detrás de la magnificencia austera de la arquitectura, patios floridos y fuentes. Un palacio de granito rosa dominaba la plaza, comunicado con esta por una suntuosa escalinata cuyas gradas se desplegaban en abanico, y a lo largo de las cuales caía en cascada un agua clara, saltando de taza en taza, entre macizos de orquídeas. Los portadores se dirigieron hacia esa escalinata.

El interior del palacio relucía de oro. Ningún mueble. Esteras, colgaduras y, en las múltiples hornacinas, estatuas y jarrones enriquecidos con gemas. La bóveda era alta, un conjunto de vigas y viguetas que difundían un sutil aroma.

Azarpay se eclipsó. Los servidores dispusieron la cena. Juan de Mendoza esperaba. Ella volvió, grave, casi muda. Comieron y él se esforzó a hacerlo por cortesía.

En los postres (miel suave y guayabas verdes, de pulpa blanca y jugosa que él apreció porque tenía mucha sed) surgió una minúscula criatura, deslizándose con minúsculos pasitos entre los pliegues de una capa. El rostro grosero, tallado por los años, era viejo. Azarpay le dirigió algunas palabras breves.

—Qhora —la presentó—. Os he hablado tanto de ella que quería que la conocierais.

Qhora saludó, mirando al suelo, y se retiró.

—Creo que no le he gustado mucho —observó Juan de Mendoza.

—Abomina de los hombres blancos, y tiene sus razones. Aquí todos tenemos nuestras razones... Os ruego que me excuséis, padre Juan, tengo órdenes que impartir. Id a descansar. Hablaremos mañana.

—¿No está todo dicho, señora?

—No. Y vos lo sabéis muy bien.

Un servidor lo llevó a una casa de dimensiones modestas, contigua al palacio. Apenas entró en la habitación sintió que se ahogaba. ¿Era la exigüidad de la pieza, aquellas cuatro paredes desnudas que se estrechaban alrededor de él? Una estera cubría el suelo. Las mantas se amontonaban en una hornacina. Había frutas y un vaso de *chicha* en otro. Una pequeña fuente brotaba de una de las paredes. No tocó ni las frutas ni la *chicha*. Se refrescó en la fuente y se tendió en la estera. Luego se levantó y decidió que necesitaba un poco de aire. Cuando franqueó la puerta, un hombre al que no conocía le indicó con gestos que volviera al lugar de donde venía. Para calmar su agitación rezó varios rosarios y se durmió de agotamiento sobre su breviario.

Por la mañana lo despertó un servidor con una sopa caliente, una salsa de *quinua* y algunas finas tajadas de carne de llama desecada. Tenía frío y tomó la sopa. Sabía bien y su paladar se había endurecido lo bastante para soportar el fuego del *chinchu*, el diabólico pimiento rojo que acompañaba toda comida.

Terminada la colación, volvió la espera. Una claridad pálida se filtraba por una abertura practicada en una de las paredes, a la altura de las vigas. Los segundos se estiraban, cayendo con la lentitud exasperante del agua que alimentaba, gota a gota, la taza de la fuente.

¿Qué hacía ella? ¿Cuidaba los detalles de su suplicio? ¿Qué suplicio? La cuerda, la lapidación, los garrotazos, un foso pleno de serpientes venenosas o incluso otros más ignominiosos, que ella había mencionado y que él no retuvo, negándose a considerar esa clase de muerte para él... Con amarga ironía, pensó que eso era lo que lo atormentaba: partir sin elegancia ni aparato. ¡Como un

mendigo! Y se detestó.

Ella apareció:

—Vamos, padre Juan.

Él se colgó el rosario del cuello, cogió su breviario con una mano y su crucifijo con la otra. Volviendo la espalda al pico, ella se dirigió hacia el extremo de la ciudad. Soplaban un viento fuerte y había pequeños torbellinos de tierra rodando por el suelo, cantos de mujeres, vuelos negros de pájaros, aguas murmurantes y algunos niños andando con dignidad de señores, a los que, al pasar, Azarpay acariciaba la cabeza. Ella dijo, con su hermosa voz:

—Sois el primer hombre blanco, y el último, que atraviesa esta ciudad. Fue construida por orden del gran Inca Pachacutec. Inicialmente no era más que una fortaleza. Luego se agrandó y se convirtió, como la ciudad de Manco, en refugio para nuestros Incas. Con la formidable extensión del Imperio, fueron abandonándola poco a poco. La ciudad está muerta. Los hijos de Manco me han autorizado a devolverle la vida. Puedo decir que es mía. Me han ayudado sacerdotes y príncipes. Los españoles han proporcionado la mano de obra: ¡tantos hombres y mujeres se han sentido felices al escaparse de ellos refugiándose entre nosotros!

Fue hasta un parapeto bajo, ancho como un camino de ronda. Más allá, mucho más lejos, el ojo daba contra los montes.

—Aquí termina la ciudad propiamente dicha, pero su radio de acción se extiende hasta donde llega la vista... ¡Acercaos, padre Juan, no temáis, el vacío no os devorará! Mirad hacia abajo, en cada pendiente, esos cientos de terrazas de cultivo, esas aldeas. Todo crece: el maíz, el algodón, la coca, la patata, las habas, las calabazas, los boniatos... Numerosas comunidades, entre ellas mi *ayllu*, han vuelto a formarse alrededor. En este lugar bendito nos bastamos a nosotros mismos, vivimos como vivíamos antes de que los vuestros ensuciaran hasta nuestro aire... Venid, volvamos al palacio...

La enana trajo la *chicha* y dos vasos, unas maravillas de madera laqueada en tonos de ocre, rojo y marrón, con algunos toques de oro. Azarpay los llenó y tendió uno a Juan de Mendoza.

—Ante todo debo decir, padre Juan, que no regresaré a Cuzco. Mi camino termina aquí. Desde la captura y la ejecución de Tupac Amaru, el tercer hijo y sucesor de Manco y el mejor, mi resolución está tomada. Había soñado con un equilibrio posible entre nuestros amos blancos y los antiguos, pero ahora es notorio que el nuevo virrey, don Francisco de Toledo, desea borrar de nuestra memoria toda traza de lo que fue el Imperio. El español ya no necesita, como en los primeros tiempos, al inca para drenar nuestras riquezas hacia sus cofres. ¡Ahora está en su casa, nosotros ya no estamos en nuestra tierra! ¿Qué tengo yo que hacer abajo que no pueda hacer arriba? Es en ese estado de espíritu que os recibí en Cuzco. ¡Llegar a mi casa cuando la cabeza de Tupac Amaru acababa de ser retirada de la plaza mayor donde los vuestros la habían expuesto, clavada en una pica frente a la catedral, no era, confesadlo, un momento bien elegido! ¿Os han dicho que el hijo de Manco, traicionado por ciertos indígenas, fue obligado a abandonar sus posiciones, acosado hasta en la jungla y llevado a Cuzco con una cadena al cuello, como un perro? Por lo tanto yo estaba en pleno dolor, horrorizada por los sacrilegios cometidos en la persona de nuestro soberano, y os veo acudiendo, impaciente por sondear nuestros corazones y nuestras almas, pareciendo a mis ojos uno de esos médicos comedores de carroña, que se alimentan de los moribundos. Os odié y vuestra

condena fue pronunciada inmediatamente. ¡Qué alivio para mi dolor, qué delicia excitar una curiosidad que no os sería de ninguna utilidad, allá donde os arrastraba! ¡Bebed, ese vaso no ha sido frotado con veneno, merecéis algo mejor! Os lo repito, teneros en mi poder me ha procurado enormes satisfacciones. ¡Un blanco, un español, sacerdote por añadidura, tres razones para destruirlos! He dado vueltas largamente a esta idea, buscando la manera de sacrificaros más amable para nuestro padre el Sol, para consolarlo un poco de la pérdida de Tupac Amaru, su hijo tan amado... Lo sospechasteis enseguida, ¿verdad?

—En efecto, señora.

—¡Fascinante situación! ¿Sabéis, padre Juan, que habéis añadido un buen puñado de pimientos al plato que yo saboreaba? Pero ¿por qué esa obstinación en proseguir? ¿Deseo fanático de confundirme o de convencerme? ¿Atracción de la muerte? He buscado saberlo. Decidme.

—No puedo deciros más que una cosa, señora: si hubierais sido otra, yo no estaría aquí.

—¡Y si vos no hubieseis sido lo que sois...! Padre Juan, vais a regresar. Estos días tal vez os han ayudado a conocernos un poco, pero ahora tenéis que aprender a conocer a vuestros compatriotas, los de aquí, los de Perú, y apreciar su obra. Id por todas partes. Id a las minas, allí veréis el infierno en que viven los nuestros. Id a los talleres de tejidos, allí veréis prisiones para mujeres y niños. Id a las encomiendas, allí veréis a seres humanos sometidos a tratos que no se darían a un animal. Id a las ciudades, allí veréis lo que jamás se había visto: vagabundos, mendigos, ladrones; y eso también es obra de los vuestros. Porque para sustraerse a las minas, a los talleres de tejido, a las encomiendas y a esas aglomeraciones donde los españoles deportan y encierran a ciertos pueblos a fin de dominarlos mejor, los nuestros huyen de sus casas. Sin medios y sin techo, apartados de sus raíces, muchos que, como todos, tenían el orgullo de su trabajo, ya no utilizan sus manos más que para recoger una escasa limosna o recuperar algunas migajas de lo que les han quitado. En fin, id a las aldeas a visitar a vuestros curas, que tienen corte, como los potentados, y que, sólo por su depravación y su codicia, nos harían aborrecer una religión que imponen a latigazos. Id, padre Juan, observad, escuchad. La vida y la libertad que os devuelvo a veces se os harán muy pesadas. Incluso apuesto que, al remover ese lodo, al respirar esa podredumbre, llegaréis a añorar las puras y luminosas alegrías del martirio, pero yo he elegido por vos... Digáis lo que digáis de mí, llevaréis un poco de dicha a mi pueblo. Que los españoles arrasasen mi casa de Cuzco no fue más que el teatro de la comedia que representé para ellos, y ya hace tiempo que, en previsión de este retiro, cedí mi palacio de Yucay y mis plantaciones de coca. Mi fortuna padece en paz en la *puna* de estos montes, crece y se multiplica. En ciertas épocas, varios millares de llamas descienden de ella. El producto de su venta me permite rescatar a buen número de desdichados obligados a la *mita*, el trabajo obligatorio instaurado por los vuestros... Os marcharéis mañana por la mañana. Se os llevará al valle de Yucay. Una montura os espera.

El cielo estaba plomizo y los montes, negros.

—Parece que la estación de las lluvias se ha adelantado este año —comentó Azarpay.

Había querido acompañarlo hasta la cresta. Cuando llegaron a las mesetas de hierba, Juan de Mendoza se detuvo y hurgó en su escaso equipaje. Sacó un pequeño paquete atado con hilo negro.

—Me habéis enseñado, señora, que a la hora de los adioses, entre vosotros, se acostumbra ofrecer un presente. Os ruego que aceptéis este. Son notas... Tengo por costumbre consignar mis

impresiones y mis reflexiones. Estas notas comienzan el día de nuestro primer encuentro en Cuzco, y las últimas son de anteayer. Léedlas cuando yo esté lejos.

—Os lo agradezco, padre Juan, pero ¿no os harán falta?

—No tengo intención de utilizarlas. Vuestros secretos os pertenecen, señora. Me los habéis confiado, os los devuelvo. ¡Dios juzgará! Os habéis mostrado franca conmigo, yo debía serlo con vos. Digamos que es un intercambio de confesiones. Sabréis más sobre mí... y tal vez sobre vos.

Ella sonrió.

—Padre Juan, os lo agradezco. Leeré vuestras notas, lo prometo... Yo también tengo un regalo para vos.

Gritó algunas palabras. Tres siluetas acuclilladas se perfilaban sobre la colina que sostenía al pico. Probablemente, los guías encargados de conducirlo. Dos de ellos se levantaron. Uno puso la mano en la cabeza del tercero. Éste saltó y bajó la pendiente. Era un adolescente, menudo y fornido. Sus ojos escrutaron a Azarpay con expresión dulce y ansiosa.

—Padre Juan, os presento a Lliasuy Huana, «Pato Salvaje». Cuando todavía era un niño, su padre fue designado para la *mita*. Se acercaba el tiempo de la cosecha. El padre se negó a abandonar su campo. Los vuestros lo encadenaron con otros hombres recalcitrantes. El niño lo siguió con su madre, que estaba encinta, era frágil y no resistió el viaje. El padre y el hijo llegaron a Potosí. Inmediatamente se hizo ir al padre a la mina. El trabajo se efectúa durante cinco días consecutivos en equipos de a tres. El niño ayudaba. Para acceder a las galerías se utilizan escalas. Una noche, la escala se giró y el padre se rompió la nuca. El pequeño se salvó, pero el miedo, el impacto, la conmoción... Quedó sordo y desde entonces no ha proferido un sonido. Huyó de Potosí. Un español lo recogió al borde de un camino y lo incorporó por la fuerza a un taller de tejido. ¡A latigazos uno se hace entender! El niño huyó de nuevo. Uno de los míos lo encontró medio muerto de hambre, una pequeña bolsa de huesos arrojada en el foso. Me lo llevaron a Cuzco y lo envié aquí. Mirad bien a este niño, padre Juan: es nuestro pueblo, es lo que los vuestros han hecho con él. Nuestro pueblo, igualmente, ha perdido el oído y el uso de la palabra. Es verdad que se mueve a gusto de vuestros compatriotas, pero permanece sordo a sus enseñanzas. Todo lo que él ha aprendido a adorar, reverenciar, respetar, todo aquello de donde, durante siglos, ha tomado sus fuerzas, su fe, su savia, lo guarda en el fondo de sí mismo. ¡Es su tesoro secreto, su pasado, su futuro, la herencia que se transmite y se transmitirá de padres a hijos, y los vuestros no conseguirán jamás arrebatarlo! Lliasuy Huana es un buen muchacho, sabe preparar el maíz y la *quinua*, atrapar pájaros con su honda, ocuparse de un caballo... En la marcha es infatigable. Come poco y descifra las palabras en los labios. Tomadlo, padre Juan, os lo doy, será un fiel servidor. Pero también vuestra memoria.

FIN.



COLETTE DAVENAT, seudónimo literario de Sidonie-Gabrielle Colette (28 de enero de 1873 - 3 de agosto de 1954). Nació en Sallanches, Francia y escribió varias novelas que abarcan épocas históricas muy diferentes, desde el Renacimiento inglés con *Deborah*, hasta la Restauración francesa con *Les Rougeville*.

Pero el gran éxito de público lo obtuvo con sus novelas sobre la conquista de América, tema que la apasionaba y del que fue gran conocedora tras haber residido en diversos países del continente americano.

Escribió *Gigi*, célebre novela corta llevada al cine en 1951, en una película con el mismo título y dirigida por Vicente Minnelli.

Fue miembro de la Real Academia Belga (1935), presidenta de la Academia Goncourt (1949) (y la primera mujer en ser admitida en ella, en 1945), y nombrada *Chevalier* (1920) y *Grand Officier* (1953) de la Legión de Honor. Fue nominada al Premio Nobel de Literatura en 1948.